ANTONIA GUZMÁN

Vivir amando



Montena





Para los que recogen flores entre la nieve, que es más difícil que buscar luz en la oscuridad.

Para los que tienen el valor de ser amables y mirar siempre al mundo con una sonrisa.

Ustedes son los verdaderos guerreros



Te woods are lovely, dark and deep.
But I have promises to keep,
And miles to go before I sleep,
And miles to go before I sleep.

—Robert Frost,
«Stopping By Woods On a Snowy Evening»

Nota de la autora



Esta es una historia sobre crecer, sobre perderlo todo y, aun así, volver a encontrarte. Sobre reconstruirte después del dolor y aprender que se puede soportar más de lo que uno piensa.

Vivir amando habla sobre la vida, sobre lo peor y lo mejor que el mundo puede ofrecernos. Con esta historia quiero llevarte por esas partes oscuras, porque podemos estar en las sombras sin convertirnos en una y, al final, encontrar las luces más brillantes. Pero para ello debes ser paciente, y no creer que todos son malos solo porque, hasta ahora, eso es lo que conoces. Al igual que hizo Violeta.

Estos libros son un viaje por la venganza, el resentimiento, el odio. Y también por la amistad, el amor y el perdón; sobre todo, el perdón a uno mismo. Espero que, cuando termines de leerlos, no seas la misma persona que eras cuando los comenzaste.



ACOMPAÑA TU LECTURA CON ESTA PLAYLIST

PARTE 1

Ya es primavera

Te amo como se aman ciertas cosas oscuras, secretamente, entre la sombra y el alma.

—Pablo Neruda, «Soneto XVII»





CAPÍTULO 1

Visitas inesperadas

«Walk in the Rain» – Passenger

Su día comenzó con una llamada telefónica en medio de la madrugada. Bueno, de la madrugada *madrugada* no, pero el sol todavía no salía, así que para Violeta venía a ser lo mismo. Con un sobresalto se incorporó en la cama, rogando que el sonido no atravesara las paredes y despertara a Dominik.

Se estiró para tomar el teléfono y contestó sin reconocer el número. ¿Quién demonios llamaba a esa hora? No eran ni las seis treinta.

—¡Violeta! —chilló una voz femenina, antes de que pudiese decir palabra.

En sus labios se formó una sonrisa incontenible.

—¿Zoë?

—¿Quién más? —se burló ella—. Dios, ha pasado tanto tiempo…

—Sí, no lo puedo creer —dijo Violeta, intentando recordar la última vez que *realmente* hablaron. Se mantenían en contacto, eso siempre. Sin embargo, no era lo mismo mandarse fotos todas las semanas, que una conversación que podía durar horas—. ¿Te das cuenta de lo temprano que es?

—Oh, lo siento, es que aquí son más de las once.

—Estás al otro lado del mundo, Zoë.

—Pero ya estás despierta, así que mejor hablamos, ¿no te parece?

Violeta rio con tanta fuerza que le dolió el estómago. ¡Cómo no extrañar a esa chica!

—Está bien, tú ganas —aceptó. Entonces lanzó una mirada preocupada hacia la puerta—. Solo… espérame un momento, ¿sí? Ya

vengo.

Zöe murmuró algo que le sonó muy parecido a un «ajá». Violeta se conformó con eso y se levantó de la cama: no tenía demasiado sentido caminar de puntillas luego del estridente tono de la llamada, pero le quedaba la esperanza de que Dominik no hubiera despertado. La puerta de su pieza estaba abierta, así que asomó la cabeza… solo para encontrarse la cama deshecha y la habitación vacía. Frunció el ceño y volvió a su cuarto sintiendo como si tuviese un enorme signo de pregunta girando sobre ella, uno grande y rojo.

Tomó el teléfono y, dejando todas sus preocupaciones de lado, sonrió.

—Ya puedo hablar. Quiero saberlo todo.

Zöe comenzó a contarle de sus viajes, de todo lo que ella se había perdido luego de dejar Europa, y mientras se detenía en anécdotas, emociones y lugares, Violeta se puso a recordar el día en que se conocieron.

Llevaba poco más de dos años viviendo en Francia. Luego de uno de los inviernos más fríos que le había tocado vivir, por fin había llegado la primavera. La brisa era cálida y todo empezaba a florecer, poco a poco, entre la nieve. Ese día el sol brillaba con renovadas fuerzas mientras Violeta caminaba por el centro de París, recorriendo los caminos que rodeaban la torre Eiffel.

Desde que tenía memoria fantaseaba con conocerla: nunca entendió del todo a qué se debía tanta fascinación por ese monumento, pero sabía que *tenía* que verla. Cada vez que se presentaba la oportunidad iba a la zona y buscaba una cómoda ubicación en alguna parte del Campo de Marte para sentarse con sus cuadernos o su computadora. Así podía mirar la torre cuanto quisiera

mientras se concentraba en escribir sobre su viaje, estudiar para sus exámenes o en ayudar, a distancia, con la contabilidad del orfanato.

En París el tiempo se le pasaba volando; era como si las preocupaciones, los miedos y el dolor que subyacían bajo su piel en su antiguo hogar ya no existieran. No sentía más el peso en sus hombros, y ciertas escenas de su vida le parecían ahora tan lejanas que a veces incluso le costaba creer que fue ella quien las vivió. En ese lugar tan lleno de vida, paz y personas que no conocían su historia, se sentía como la niña que había sido antes de que sus padres murieran. Sentía como si esa niña aún tuviese esperanzas.

La mañana que conoció a Zoë, Violeta iba tarde. Si quería alcanzar a llegar a la entrevista de trabajo que tenía programada, debía apurarse. Tomó sus cosas, se levantó de la banca en donde estaba contemplando la torre… y entonces chocó con alguien. Su computadora, que aún no guardaba del todo en la mochila, cayó al suelo con estrépito y algo dentro de Violeta se detuvo al ver la delicada pantalla estrellarse contra los adoquines.

«Ay, ¡¿por qué?!», preguntó maldiciendo su suerte.

«¡Perdóname!», exclamó la chica con la que había chocado, mientras se agachaba a recoger la computadora para entregársela a Violeta. El millar de disculpas en que se deshizo la muchacha la ayudó a ignorar… todo lo demás. «De verdad lo siento mucho, no te vi. Es que ibas muy rápido, y *yo* iba muy rápido… suelo ser despistada, eso no es nuevo. Debería andar con más cuidado. En serio, lo siento mucho. ¿Se arruinó tu computadora?»

Recién ahí Violeta revisó los daños.

«No, solo un par de raspones —dijo y suspiró aliviada. Aliviadísima —. Por suerte.»

«¿De dónde eres?»

Violeta no pudo menos que sonreír.

«De Nueva York. Me llamo Violeta.»

«¡¿En serio?! ¡¿De qué parte?! ¡Siempre he querido visitarla!»

«Manhattan, bien al centro. Y tú ¿de dónde eres? ¿Vas a decirme tu nombre?»

«Oh, sí, lo siento. —Se removió—. Soy Zoë.»

Violeta se detuvo a mirar a aquella chica un tanto baja y delgada, de cabello castaño y corto, cuyas manos y hombros estaban repletos de bolsas y…

«¿Estudias arquitectura?»

Zoë asintió.

«¿Qué me delató?»

Lo preguntaba en serio, como si no fuera consciente de los planos que llevaba en tubos traslúcidos colgando de sus hombros. Violeta los señaló.

«Ah, claro. Bueno, ¿qué mejor lugar para estudiar arquitectura que París?»

Violeta no podía decir que estaba en desacuerdo.

Resultó que Zoë era de Florida, pero llevaba medio año estudiando en París gracias a una beca. Era una chica que solía correr por la vida porque nadie le había enseñado a ir más lento, así que cuando dijo que su prisa y su despiste se debían a su personalidad y no a que tuviese otro lugar en el que estar, Violeta le preguntó si quería que tomaran un café y le enseñara sus planos. En cosa de segundos había decidido que ese era un mejor plan que asistir a la entrevista de trabajo, así que cuando Zoë aceptó la propuesta llamó para avisar que no se presentaría. No es que no quisiera la oportunidad, no

obstante, por una vez se permitió querer *algo más* de la vida, algo que no tuviese que ver con las cosas que «debía» hacer, sino con aquellas que la harían feliz.

Caminaron hasta un café que estaba en medio de una callecita llena de árboles y se sentaron en la terraza, en una mesa redonda y metálica, observando cómo en la vereda de enfrente más personas hacían lo mismo, pidiendo *croissants* y conversando. Zoë ordenó por ambas en un rápido francés que Violeta no terminaba de entender. Algo había aprendido, se manejaba, pero el acento… El acento era otra cosa.

Para ser una estudiante de tercer año, el trabajo de Zoë era impresionante. Le apasionaba dibujar espacios nuevos, darle vida a algo que estaba en su imaginación a través de una maqueta y poder enseñarle al mundo lo que habitaba dentro de su cabeza. A Violeta le pareció admirable.

Ese día hablaron durante horas. Al primer mes, casi no pasaba un día en que no se escribieran o llamaran para comentar algo o reírse del pobre francés de Violeta. Tres meses después, eran inseparables.

Decidieron vivir juntas cuando se dieron cuenta de que, en todo París, no había nadie más con quien pudieran contar, excepto con la otra. Y Violeta además se percató de que, durante toda su vida, Zoë era la única amiga que había tenido. Se sintió dichosa al pensar que el destino juntó sus caminos al otro lado del mundo.

Los meses transcurrieron y se volvió costumbre recorrer la ciudad iluminada casi todas las noches. Se maravillaban de seguir descubriendo nuevos rincones y lugares que exhibían una fantasía completamente distinta a la que se veía durante el día. La ciudad era mágica, Violeta siempre lo pensaba. Cada día era una nueva

aventura en la que podía reinventarse y elegir entre dejar atrás su pasado o compartirlo con la única persona en ese continente en la que confiaba. París no era la ciudad del amor, los mismos franceses lo decían: era la ciudad de la luz, y la luz traía esperanza.



Subían la torre Eiffel a menudo: les gustaba sentirse en la cima del mundo, donde ellas eran más grandes que cualquier persona o

edificio, más grandes que cualquier problema. Sin embargo, aun en la cima, con la ciudad a sus pies y un día increíble tras ella, cada vez que caía el manto de la noche y Violeta se veía obligada a descender y ver el mundo desde abajo, le era imposible negar la sobrecogedora soledad que la aplastaba, y se preguntaba, sin falta, si al otro lado del océano Dominik sentiría lo mismo.

—¿Violeta? ¿Hooolaaa? —cantó Zoë por el auricular—. ¿Sigues ahí?

Ella sacudió la cabeza para volver de sus recuerdos. Enterró en lo profundo la sonrisa de Dominik y el calor que sentía en el pecho al pensar en la persona que siempre la había acompañado y protegido.



Lo enterró porque, aunque en ese minuto era feliz, su corazón todavía portaba las heridas de muchas rupturas. No quería arriesgarse a hacerlo trizas de nuevo. No podía.

Seis meses. Habían pasado casi seis meses desde Katherine. Desde Ethan.

—Sí. Estoy aquí —le respondió.

—Bien —resopló su amiga—. Porque ahí es donde necesito que estés. —Dejó de hablar por un rato que a Violeta se le hizo eterno. Ciertamente, a Zoë le gustaba el dramatismo—. Pensé en sorprenderte, pero no me puedo guardar más la noticia: estoy en el aeropuerto. ¡Dentro de nada vuelo a Nueva York!

—¿¡Qué!?

—¡Sí! —chilló con emoción—. ¡Estaré allí esta noche!

—¿Esta…? ¿*Esta* noche?

—¡Sí! Estoy en una parada intermedia.

—¿¡Y no podías avisarme antes!? ¡Estás loca! —Repasó en su cabeza qué tan malo sería pedir el día *ese mismo día*—. Esta noche trabajo, pero lo solucionaré… sí o sí.

Lo dijo con una sonrisa, tanto en el rostro como en su alma. Daba lo mismo: se las arreglaría, porque ver a Zoë era algo que anhelaba con todo el corazón.

Procedió a explicarle el fortuito encuentro en el bar que le había ganado un trabajo y cómo exactamente fue que lo consiguió, empezando por el licor derramado sobre la mesa. Zoë rio ante cada frase, y Violeta no pudo menos que contagiarse de su risa.

Quedaron en que, luego de que Zoë se instalara en su hotel, iría hasta al bar para encontrarse con Violeta. Y si Dominik se quedaba

un rato ahí, con ella, podría conocerlo a él también. *Dos pájaros de un tiro*, pensó.

—Va a ser la mejor noche del mundo. ¡Te he extrañado tanto!

—Yo también, Zoey. Nos vemos pronto. —Fue lo último que dijo antes de volver a quedarse sola en el silencio de la mañana.

Maldijo el momento en que su cerebro decidió no dormir durante gran parte de la noche por estar ocupado en tonterías. ¿Qué hora era? Ah, las siete. ¿Y dónde estaba Dominik? ¿Quién demonios se levantaba a esa hora? En fin, a ella qué le importaba.

El resto del día se le hizo un suplicio eterno que pasó entre tazas de café y nervios; no podía esperar a ver a Zoë. Decidió que almorzaría tarde, porque quizá en el bar no tendría tiempo de comer y quería ir con el estómago lleno. La noche anterior Dominik quedó de llevarla, y resultaba perfecto: le insistiría en que la acompañara durante el turno para que pudiera conocer a Zoë.

Un mensaje vibró en su teléfono. Era él.

Pasaré por ti a las 5.30. ¿Está bien?

Acompañó la pregunta con una carita feliz. Eso era todo.

Ella respondió que sí, y con una sonrisa de alivio sacó el delineador negro del bolso de maquillaje.

Sonrió porque, con el paso de los meses, las cosas entre ellos habían vuelto a ser como siempre. Tal vez, incluso mejores.



—Va a resultar, ya vas a ver —dijo Violeta entre dientes, tratando de contener las risas todo lo que le era humanamente posible para que Tim no se sintiera mal.

Se apresuró a tomar la bandeja de sus manos, antes de que esta —junto con las tres copas— cayera al suelo.

—No eres buena mintiendo, ¿te lo han dicho?

Violeta se lo pensó un minuto.

—No. De hecho, suelen decirme todo lo contrario.

—Entonces los que mienten bien son ellos, si tú te lo crees. ¡Mírame! Soy un desastre.

Ni ella ni Dominik fueron capaces de contener las carcajadas esta vez.

El bar estaba casi lleno, la gente compartía tranquila y se escuchaban murmullos de conversaciones por todos lados. Mientras paseaba por el salón, Violeta agudizaba el oído para alcanzar a escuchar algo por sobre la música de ambiente; encontraba en extremo interesante darse cuenta de lo distintos que eran los temas que rondaban por las cabezas de las personas.

En una mesa, por ejemplo, una mujer hablaba con gran exaltación sobre la inminente boda de su hijo. Se notaba ofuscada, y agitaba las manos mientras trataba de expresarle a la chica que estaba con ella —¿su hija, tal vez?— lo horrendo que le parecía el asunto. La muchacha le sonreía amable, sin embargo, sus ojos decían que lo único que deseaba era cambiar de tema.

Ajenos a ellas, en la siguiente mesa dos hombres de traje bebían cerveza. Ambos llevaban maletines de cuero y zapatos caros.



Todo en ellos —salvo sus bebidas, quizá— rezumaba dinero. Hablaban con tanta tranquilidad sobre una campaña política que a Violeta casi le dio risa pensar que, a pocos metros, una madre entraba en colapso nervioso por la boda del hijo.

Al final de su ronda siempre volvía a la barra. En realidad su puesto era ese, pero Violeta era demasiado curiosa como para permanecer inmóvil en un lugar lleno de conversaciones tan sugerentes. Además, no podía negar que le causaban gracia las reacciones de Tim ante cada cosa que, según él, le salía estrepitosamente mal.

—No eres un desastre, qué exagerado —le dijo, ayudándolo a terminar de llenar unos vasos de cerveza—. Solo te falta práctica. ¿O crees que yo nací sabiendo servir tragos?

Él la miró con cara de pocos amigos.

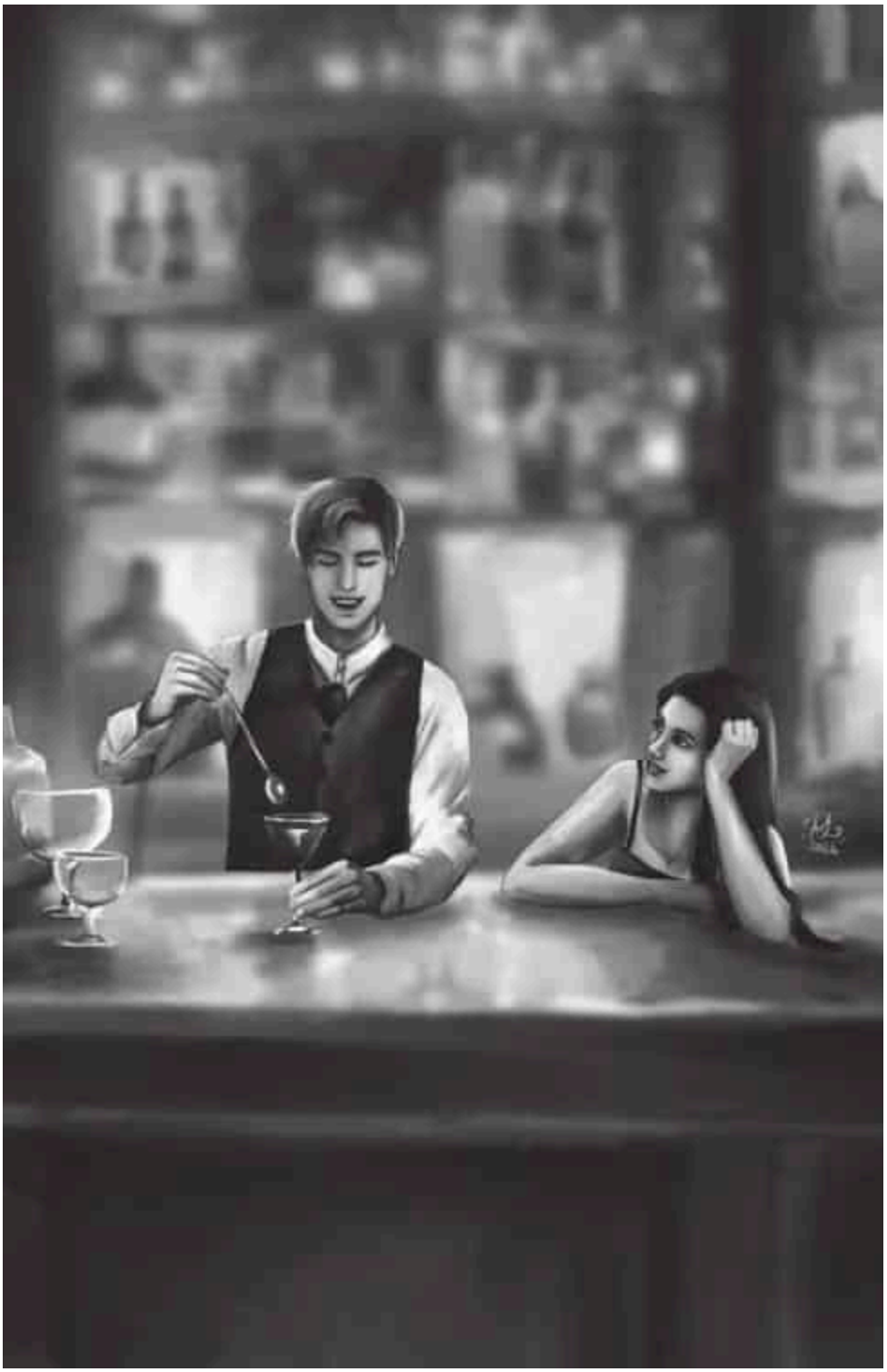
—Pareciera que sí.

—Oh, créeme —intervino Dominik mirándola con ironía—. Yo le enseñé todo lo que sabe.

—Sí, seguro que sí. —Violeta apoyó los codos en el mesón sin despegar los ojos de él y se acercó… demasiado. Sabía que eso lo descolocaba—. ¿Por qué no te ofrecieron a ti el trabajo, entonces?

Él la miró desconcertado. Luego rodó los ojos y retrocedió balanceándose en el taburete junto a la barra.

Violeta sonrió con la victoria en los labios. Se giró, tomó la bandeja y la acomodó en las manos de Tim.



—Solo estás sosteniéndola mal —le explicó, acomodando los vasos de manera estratégica—. Tienes que tomarla desde el centro, y aquí

—dijo tomando dos botellas de vino— pones lo más pesado. Lo más liviano va por acá, y eso es lo que sacas primero. Así no se te va a caer.

Tim asintió, determinado, y siguiendo las indicaciones de Violeta avanzó hacia las mesas con una sonrisa en la cara.

—Vaya que compensa con carisma lo que no tiene de experiencia —comentó Dominik en voz baja.

—La experiencia se gana —respondió ella con un encogimiento de hombros—. Ganar el carisma es más difícil.

—Y tú eres buena enseñando.

—¿Qué cosa? ¿A ganar carisma? —bromeó—. Lo que pasa es que tengo de sobra.

—¿Ego? Sí, así parece.

Violeta sonrió y pensó en el pasado. Al menos, las bromas que se gastaban seguían siendo las mismas.

Abrió la boca para responder algo mordaz, pero la interrumpió un chillido de alegría proveniente del otro lado del salón.

—¡VIOLETA CAMILLE CORTANA!

Se volteó, fuera de sí por la emoción: solo había una persona que la llamaba por su nombre completo, y esa era…

—¡ZOË ALESSIA BRUNET!

Pasó por encima de la barra, dejando atrás a un Dominik estupefacto y a un Tim confuso, y corrió sin importarle que la gente las mirase como si estuvieran locas. Ambas se envolvieron en el más apretado de los abrazos.

—¡No puedo creer que estés aquí! —chilló Violeta.

—¡No puedo creer que estoy aquí!

Cuando se separaron, Violeta miró bien a Zoë. Su cabello castaño estaba más claro. Se lo había dejado crecer y unas ondas preciosas le caían sobre el pecho. Sus ojos azules reflejaban alegría y confianza.

—Ha pasado tanto tiempo…

—¡Prométeme que nos veremos más seguido! —Zoë la abrazó una vez más—. Tengo *taaaanto* que contarte.

—Yo también. —Violeta suspiró—. No vas a creer todo lo que ha pasado... No, en serio; no vas a creerlo.

—Quizá podrías empezar por decirme quién es el chico de la barra que no para de mirarnos.

Violeta lanzó una carcajada.

—Ven, déjame presentarte. —Le puso una mano en la espalda y la guio hasta la barra, procesando las emociones que amenazaban con desbordarse de ella. Todas buenas—. Zo, él es Dominik.

—¿*El* Dominik? —inquirió ella, abriendo los ojos todavía más.

—Qué bueno saber que sí te acordaste de mí cuando estuviste fuera —se burló él. Violeta se limitó a rodar los ojos—. Sí, soy yo. Al menos, creo que soy el único Dominik que conoce.

—¿Solo Dominik? —inquirió Zoë.

—¿Qué tienen ustedes por los nombres completos?

—Nada —replicó Zoë mirando a Violeta y conteniendo la risa—; es que hay muchos «Dominik» en el mundo.

—Lo dudo.

Ambas resoplaron.

—Te amas demasiado, ¿no?

Dominik se encogió de hombros y se puso de pie.

—Sería un problema si no lo hiciera.

No lo dijo como si fuera algo bueno o malo, ni tampoco con falso ego. Lo dijo como un hecho, como quien dice la hora o el estado del clima.

Tenía un punto.

—¿A dónde vas? —preguntó Violeta con urgencia cuando lo vio dispuesto a desaparecer.

—Afuera, solo un rato —la tranquilizó—. Las dejo para que… se pongan al día y eso. Parece que tienen mucho que conversar.

—Ni te imaginas —concedió Zoë.

Violeta resopló y volvió a ubicarse tras la barra, echando un vistazo rápido a Tim. Parecía estar manejándose bien.

Antes de que pudiera decir nada, su amiga la abordó.

—¿Cómo es que no me dijiste lo increíblemente guapo que era?

Violeta se sintió enrojecer y optó por hacerse la tonta. No quería pensar en eso.

Tomó un vaso, lo llenó con agua y lo bebió a grandes sorbos para disimular.

—¿No lo hice?

Zoë la miró un largo rato, analizando su rubor y la expresión contradictoria en sus ojos.

—Cuando te conocí en París me contaste de un chico que habías dejado atrás… ¿Era él?

Su corazón, hasta el momento hinchado de alegría, se desinfló como un globo y cayó al suelo.

—Sí —susurró. No consiguió agregar nada más.

—Me dijiste que ocurrieron cosas entre tú y…

—Sí —confirmó, echando un vistazo hacia la puerta—. Pasaron cosas, es… Es complicado, y no resultó. Luego conocí a otra

persona, lo quise mucho y… tampoco resultó.

Decir que lo suyo con Ethan «no había resultado» era subestimarlo con creces. Ya le contaría los detalles. Le habló de él en Europa, al menos un poco. Lo había mencionado también por teléfono, aunque de forma breve, porque abrir esa puerta significaba abrir también la puerta a todas sus heridas del pasado. Supuso que ahora poco importaba, porque esa puerta ya no existía. Ahora el pasado la había alcanzado y entraba a raudales por la presa derribada.

Pero no dolía como antes.

—Dominik y tú… —insistió—. ¿No hay nada entre ustedes?

Violeta negó con la cabeza.

—No, no hay nada.

Y aunque lo dijo con toda seguridad, no pudo evitar que por su cabeza pasaran las conversaciones en doble sentido y las miradas cargadas de deseo que se habían dedicado en múltiples ocasiones durante los últimos meses. O el simple hecho de que aún vivía en su departamento.

—Entonces ¿no te molestaría si yo…?

Dejó la frase en el aire. Al principio, en su ingenuidad, Violeta no entendió lo que quería decir. Cuando lo comprendió,

se atragantó con el agua que estaba tomando.

Mierda.

Comenzó a reír a carcajadas. Tanto, que sus ojos lagrimearon. ¿Por qué estaba riendo? No tenía idea, no le parecía gra-

cioso, pero una vez que empezó, no pudo parar.

—¿Tú y Dominik? —Zoë se encogió de hombros con una sonrisa maliciosa—. Por supuesto, adelante.

Las palabras le quemaron la garganta, pero no se dio cuenta del ácido hasta que Dominik volvió y Zoë le dirigió tal mirada que él, Dominik Benedict, enrojeció hasta la raíz del pelo. *Enrojeció*. Violeta no estaba segura de si lo había visto así antes.

Y es que Zoë era hermosa, de eso no cabía duda.

Un odioso sentimiento se extendió por su interior, quemando sus entrañas, y deseó que la tierra se abriera y la engu-

llera por completo, o que un meteorito cayera justo sobre el bar… Cualquier cosa con tal de no tener que contemplar esa escena. ¿Estaba celosa? No. No era posible. ¿Cómo podía sentir el corazón destrozado por alguien y aun así celar a otro? Se negaba a eso. Se negaba a revivir el dolor que a duras penas estaba logrando sanar. No solo por Ethan, sino también por sí misma.

Fueron seis meses de llanto, pesadillas y demonios internos que la atormentaban día y noche. Meses de escuchar su propia voz diciendo cosas horribles y meses para intentar que esa voz se acallara, para que las pesadillas disminuyeran y los demonios volvieran a esconderse en las sombras. Todavía no sabía si estaba lista para lanzarse al mundo de nuevo, porque todo lo malo que vivió seguía ahí, escondido, esperando un efímero momento de debilidad para volver a surgir.

No iba a dejar que eso sucediera. No iba a ser débil de nuevo. Luchaba cada día por ser una persona de la que estar orgullosa, por sentirse feliz de estar donde estaba, de la vida que tenía.

Así que mandó sus sentimientos a la tumba, los hundió junto con todos los sueños y esperanzas que ya había enterrado. Y sonrió.

Cuando volvió a la realidad, Zoë seguía hablando sobre su tiempo en París, contándole a Dominik de los viajes que hizo después de

que Violeta volvió a Nueva York.

Violeta sonrió, rio y actuó su papel hasta que terminó creyéndoselo.



CAPÍTULO 2

Sanar las heridas

«Premonitions» – Boundary Run

Era de madrugada cuando llegaron a la habitación del hotel en que Zoë se estaba quedando. Tras poner la tarjeta y escuchar el «bip», empujó la puerta para que Violeta entrara.

Ambas estaban exhaustas. Lo único que Violeta deseaba era quitarse las zapatillas y dejarse caer sobre la cama, con maquillaje y todo. Sin embargo, una parte de su somnolencia se desvaneció al contemplar el hermoso lugar. El piso de madera contrastaba con las paredes de tono *beige* claro.

Zoë se adelantó y tomó a su amiga de la muñeca:

—¿Quieres ver qué es lo que más me gustó de este sitio? Ella, por supuesto, asintió.

Tomadas del brazo atravesaron el recibidor. Tres lámparas redondas colgaban del centro de la estancia, cada una a diferente altura, y la cama se ubicaba frente a una pared con detalles de madera a juego con el piso. Su amiga no se entretuvo con el tamaño descomunal de esa cama —donde Violeta moría por recostarse— ni con las hermosas colchas que la decoraban, sino que fue hacia el fondo de la habitación, donde había un escritorio enorme frente a unos ventanales que llegaban hasta el techo, con vista a la ciudad.

Violeta se acercó y tocó con cuidado las hojas de una planta. Para su sorpresa, era real.

—¿No es un paisaje hermoso? —preguntó Zoë observando las luces de los edificios, de las calles, de los autos que a esa hora empezaban a rondar las avenidas—. Aunque supongo que ya estás acostumbrada.

Su tono le recordó al de las conversaciones que tenían en París, sobre la torre Eiffel.

—Sigue siendo hermoso —respondió. Y lo era. Tanto, que ya no aguantaba verlo.

Violeta se alejó de la ventana, pateó sus zapatillas con las puntas de los pies hasta quitárselas, y se arrojó de espaldas sobre la cama. Escuchó que Zoë reía mientras iba hasta su maleta para buscar algo dentro.

Unos segundos después, la sintió dejarse caer a su lado.

—Te he extrañado tanto.

Violeta la miró.

—Yo también, Zoey. Y sé que he sido una amiga terrible. No he escrito tanto como antes, no he llamado… Lo siento, de veras.

La mirada de Zoë fue como una bandita a su corazón. La entendía, sin necesidad de que dijera nada más.

—Yo tampoco lo he hecho. Todo fue un caos luego de que te fuiste. Surgió la oportunidad de este proyecto: estudiar la cultura de una ciudad distinta a la mía y desarrollar una propuesta de monumento representativo, luego estar tres meses en el extranjero, si logro quedar seleccionada. La idea de pasar a la segunda fase y poder venir a presentarlo era un sueño. Peleé tanto por esto… Noches sin dormir, días sin salir de mi habitación, pero lo hacía con ganas. Sabía que era una oportunidad increíble y que si lo conseguía podría estar aquí, visitándote.

Violeta quiso llorar. Se acercó más a Zoë, buscando su calor, su consuelo. Apoyó la cabeza cerca de su hombro, porque no quería mirarla cuando dijera lo que le iba a decir.

—He pensado mucho en ti. He querido llamarte miles de veces, pedirte consejo, contarle mis cosas a alguien que no sea… Dominik. —Rio, sin poder evitarlo—. Y no lo hice, porque no quería que vieras la persona que estaba siendo.

Sintió que Zoë se volteaba a verla, mas solo pudo observar su cabello.

—¿A qué te refieres?

Violeta suspiró.

—No he sido la mejor versión de mí misma —dijo, y le contó todo.

Ya le había confesado su historia familiar cuando estuvieron en París, viviendo juntas. Le había hablado del día en que sus padres murieron, de la Residencia, de Hayden… Además de sus padres adoptivos y su terapeuta, Zoë era la única que sabía lo que sucedió esa última noche que pasaron juntos, cuando era tan, tan pequeña.

Le había hablado de Katherine y de Ethan, sin embargo, no había mencionado el parentesco entre ambos. Ahora lo hizo. Trató de contarle aquellos meses con tanto detalle como le fue posible, sin que el estúpido nudo en su garganta le impidiera hablar. Recordarlo a ese nivel era difícil, aunque podía sentir otra pequeña parte de su carga liberarse mientras hablaba, y pasar hacia Zoë.

Su amiga guardaría ese pedazo de ella, la verdad que le estaba ofreciendo. Tomaría sus momentos más oscuros y atesoraría la honestidad que traían consigo para recordarle, en un futuro, todo lo que había logrado vencer.

Violeta lo sabía.



Así que le dijo todo. Y Zoë la escuchó. Y la abrazó. Y lloró con ella cuando ya no pudo contener más el peso de los recuerdos, de sus acciones.

Cuando terminó, solo dijo:

—¿Has vuelto a saber de él?

—No.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Violeta tragó con fuerza, intentando hacer bajar la piedra de su garganta.

—Pienso en él. Constantemente —admitió—. Pero no… no extrañándolo, como antes. No lo pienso deseando volver con él, ni siquiera deseando que me perdone, porque siento que en este punto ambos tendríamos cosas que perdonarle al otro. Ya no es unilateral.

—¿Y entonces?

—Creo que solo siento pena. Pena por toda la situación. Por cómo resultó, y a lo que me llevó. Y lo que más me cuesta es perdonarme a mí misma por las cosas que hice, por cegarme tanto al odio y dejar que ese rencor empañara las cosas buenas que hay en mi vida. Me siento tan ridícula, tan inmadura y tonta… Debí haberlo pensado mejor, debí…

—Sí, debiste —interrumpió Zoë—, y no voy a decirte que al menos aprendiste algo para el futuro, porque espero que jamás, jamás vuelvas a estar en una situación como esa. —Violeta quiso reír. *Lo mismo digo*, pensó—. Vi, solo tienes veintiún años. Incluso si hubieses tenido una infancia normal como el resto de nosotros, eres solo una chica. Y ni siquiera tuviste la oportunidad de ser una *niña* cuando te correspondió, en tu infancia.

Las palabras la golpearon como un martillo. «Ser una niña.» No alcanzó a procesar lo que eso significaba ni a pensar en una respuesta, porque su amiga continuó:

—Te quitaron tu niñez y a tu familia de la forma más brutal posible, y no tuviste contención ni apoyo hasta mucho más tarde. Fuiste maltratada, abusada y violada. —Zoë nunca titubeaba al decir aquello. Admitía la verdad de los hechos y Violeta lo agradecía, porque en su interior no quería pensar en sí misma como una

víctima. No quería recibir miradas lastimosas, que las personas midieran sus palabras y cuidaran lo que decían para no herirla más. Tuvo relaciones sexuales a una edad en donde no podía consentir. Punto. Con Zoë podía hablar de ello con libertad, y eso lo agradecería hasta el infinito—. Has conocido más muerte de la que cualquier persona debería. ¿Honestamente? No te culpo por actuar de la forma en que lo hiciste. Fue egoísta, impulsivo e imprudente, y está bien… Está *bien* que hayas actuado de esa forma por una vez en toda tu vida. Por una vez fuiste una niña, o adolescente, cuando durante toda tu infancia tuviste que ser adulta.

Gracias, quiso decirle, pero no pudo. No sabía qué más podía decir. Violeta no creía que hubiese algo más que decir ante eso, ante aquella validación que expandía sus pulmones y le quitaba el peso de encima, dejándola respirar. Al fin, respirar.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó que todo estaba borroso. Cerró los ojos, dejando las lágrimas caer, y abrazó a Zoë transmitiéndole en ese gesto lo mucho que sus palabras, su entendimiento y su mirada sin reproches significaban.

—¿Por qué siempre haces que llore? —le preguntó limpiándose la nariz con la manga.

Zoë rio.

—¿Por qué siempre haces cosas que te hacen llorar, Vi?

Sonrió. ¿Qué más iba a hacer?

—Estoy tratando de cambiar eso, intentando hacer cosas que me hagan feliz.

—¿Y qué te haría feliz?

¿Qué la haría feliz? Ella la hacía feliz. Dominik la hacía feliz, y aunque sonara tonto, su trabajo la hacía feliz. Adrien y Tim, aquel

contraste de seriedad, torpeza y sinceridad la hacían feliz. Trabajar con Camila en el orfanato la hacía feliz. ¿Qué más?

—Pintar, creo —pensó en voz alta—. Me gustaría pintar.

—Pintar será —afirmó Zoë apretando su mano.

—No me dejes seguir llorando, ¿sí? Cuéntame de ti. ¿Has salido? ¿Has conocido a alguien? ¿Algún chico parisino? —insinuó, limpiándose la cara.

No quería llorar más, no ahí, no con ella. Quería aprovechar cada segundo al máximo.

Zoë soltó el suspiro más largo que Violeta había escuchado en su vida, y eso la preocupó. Se irguió en la cama, mirando la expresión de nostalgia y desagrado de su amiga.

—¿Lo hay? —inquirió.

—Hubo —corrigió Zoë.

Auch.

—¿Qué pasó?

—No era nada serio, en realidad. Nos vimos un par de veces, hubo algunos besos y ya. No creo que vuelva a saber de él y detesto quedarme pensando en si va a escribirme o no. Entre eso y el proyecto, la espera me va a matar estos días. Necesito distraerme.

Distraerse.

—¿Con… Dominik? —aventuró Violeta.

Zoë lanzó una carcajada.

—Digo… No me molesta si a ti no te molesta. Es lindo.

Violeta volvió a recostarse sobre su espalda.

Ella lo sabía. Mierda, sí lo sabía. Claro que era lindo, era malditamente…

—Lo sé. Y no, no me molesta.

Deseaba tanto que fuese verdad.

Intentando mantener el código de amistad, Zoë insistió:

—¿Segura?

—Segurísima. —¿Qué más iba a decirle?



A veces, cuando su trabajo estaba más o menos estático, Violeta se recargaba sobre la barra y se quedaba quieta, igual que el tiempo. Apoyaba la cara sobre sus manos con aire taciturno y observaba a la gente pasar: algunos reían, otros no tanto.

La noche y la madrugada anterior ella y Zoë hablaron durante horas. Temas importantes, al principio, y cuando todo eso se dio por finalizado, cuando le hubo contado todos los hechos que la habían llevado hasta el hospital y fuera de él, pasaron a las trivialidades. Casi había olvidado lo mucho que se divertían juntas, y todo lo que podían hablar y hablar sin querer dejar de hacerlo, o sin poder parar de reír.

Creyó que, por consiguiente, dormirían casi todo el día, pero ambas despertaron a una hora más o menos decente y salieron a almorzar. Zoë se tomaría el resto de la tarde para trabajar en su presentación y repasar sus planos, antes de reunirse al día siguiente con el comité de la Universidad de Nueva York y mostrar su trabajo.

Por lo que Violeta había entendido, durante la semana otros estudiantes seleccionados para la segunda fase del proyecto presentarían también sus ideas. Era como un concurso, en realidad, aunque nadie lo llamaba de esa manera. Suponía que para no quitarle formalidad. Durante esos días, Zoë esperaría hasta que

anunciaran por fin a los tres seleccionados, que volverían a París con muchos fondos y mucho trabajo por delante.

Esperaba de todo corazón que ganara el proyecto. No solo porque era su mejor amiga de la vida, sino porque dudaba que hubiese alguien que trabajase tanto como ella, que le dedicara tanto de sí a su oficio, no solo tiempo, sino amor y pasión. Algún día, Violeta deseaba encontrar algo que la hiciera así de feliz, algo que la llenara de tal forma que daría todo de sí para seguir haciéndolo.

Suspiró con una sonrisa y sacudió la cabeza.

Observaba a Tim, su *aprendiz*, como había comenzado a llamarlo: veía cómo poco a poco iba adquiriendo seguridad en sus gestos, en su andar. Las manos no le temblaban al servir una bebida y ya no titubeaba antes de batir la coctelera. Estaba mejorando, y Violeta sabía que no era tanto gracias a ella como a su propio esfuerzo.

Las luces eran tenues, la música se oía suave y los murmullos de las conversaciones y risillas a escondidas resonaban como estática en el ambiente.

Mientras ella se concentraba en limpiar la barra de manchas y salpicaduras, un hombre mayor se sentó con brusquedad y apoyó ambos codos sobre el mesón.

—Whisky. Solo. —Violeta medio sonrió y se dio la vuelta para rebuscar entre las botellas. Tomó una que estaba a poco menos de la mitad y vertió el líquido ambarino en un vaso.

Apenas lo puso en la mesa él apuró el contenido. Violeta, con una mueca divertida, le sirvió otro poco.

—¿Día duro? —quiso saber.

—Estoy tratando de resolver algo —dijo, más para sí mismo, con el ceño fruncido. *Se le va a marcar una arruga en la frente*, pensó

ella.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo te está resultando?

No creyó que pudiera arrugar el entrecejo todavía más, pero terminó por sorprenderla.

—¿Por qué se lo contaría a una completa extraña?

Violeta se encogió de hombros sin darle importancia y dejó la botella a un lado. Cerca podía escuchar a Tim; su voz estridente se hacía oír por sobre el bullicio de la multitud: «¿Qué le sirvo?», «¿otro? Claro, no hay problema…». A Violeta le gustaba que el chico les sonriera siempre a los clientes.

Su mirada volvió a caer en el hombre al otro lado de la barra.

—Porque no volverás a verme, y yo veo mucha gente aquí, así que probablemente voy a olvidar todo lo que me digas.

—¿Estás diciendo que soy insignificante?

—Todos lo somos —replicó como quien no quiere la cosa.

Él —¡por fin!— relajó las facciones.

—Suena como si fueras tú la que trata de resolver algo.

—Quién sabe, quizá sí.

—¿Un secreto por un secreto? —ofreció.

—Buen intento. —Violeta rio.

—¿Y por qué no? Fuiste tú la que dijo que no se acordaría…

—Pero tú lo harás. ¿A cuántas baristas ves al día? A una, y si es que. ¿A cuántos como «tú» veo *yo* al día?

—A muchos, probablemente.

—*Touché*.

—Bien —suspiró vencido—. Estoy tratando de resolver algo.

—¿Y qué…? —Se interrumpió al ver que alguien se inclinaba en la barra y le hacía una seña. Violeta le rellenó los vasos con una

sonrisa y regresó junto al hombre—. ¿Qué es exactamente lo que tratas de resolver?

—Bueno, está esta mujer…

—Siempre hay una mujer.

—Supongo que sí —coincidió el extraño.

En muchos años ambos habremos olvidado todo esto, pensó ella.

Tal vez no, la reprimió su propia voz dentro de su mente.

Entonces él le contó todo sobre esa mujer a la que no podía sacar de su cabeza: le habló sobre su buen trato con las personas y sobre cómo nunca podía mirar a alguien a los ojos sin sonrojarse. Le contó cómo se conocieron y la forma en que ella sonreía cuando pronunciaba su nombre. Le habló de ella con tanto detalle que Violeta sintió que también la conocía. Pensó en lo curioso que era saber sobre alguien sin que ese alguien supiera de ti, y pensó que era una linda forma de mantener vivo el recuerdo de una persona.

Hablaron durante el resto de la noche, mientras Violeta atendía a los clientes que iban llegando o a los que no pensaban marcharse.

Cuando era pequeña jamás se habría imaginado que estaría escuchando los problemas amorosos de extraños en un bar mientras les servía tragos para ayudarlos a hablar, pero tampoco se habría imaginado despertando en el hospital, como le ocurrió hacía seis meses, ni mucho menos que iba a pasar gran parte de su infancia en un agujero llamado «orfanato».

—La vida está llena de sorpresas —le dijo al extraño, quien asintió sumido en sus propios pensamientos—. A veces hay que dejar de intentar arruinarlas.

—¿Me estás diciendo que debo simplemente… decirle lo que siento?

—¿Y por qué no habrías de hacerlo?

—Pues… porque puede rechazarme.

—Por favor —rio Violeta—. Ya sabes lo que siente. Si no lo supieras, no me habrías hablado de ella de la forma en que lo hiciste. Uno elige qué detalles contar.

Pareció que él no la entendía del todo.

—¿A qué te refieres?

—A que no me hablaste de cómo es *ella*, sino de cómo es ella *contigo*.

—Eso hice, ¿no es así? —Violeta asintió.

—El inconsciente siempre tiene una forma de saber cuando le gustas a alguien.

—Pero si gusta de mí, ¿por qué no me lo ha dicho?

Se encogió de hombros y le sonrió con dulzura.

—Diría que por la misma razón por la que tú no se lo has dicho a ella.

Un silencio, como un entendimiento, se instaló entre ambos. Él miró al frente, pero parecía como si no estuviese viendo nada en realidad; como si las palabras dichas y no dichas se estuviesen asentando en su interior. Al final, él sonrió y decidió que era hora de marcharse. Le dejó a Violeta una propina excepcional, no solo por las bebidas, sino también por escucharlo.

Una vez que se puso el abrigo, se reclinó de nuevo sobre la barra.

—¿Al menos me dirás tu nombre?

Violeta sonrió.

—Eso arruinaría el concepto de «extraños», ¿no crees?

Él asintió, suspirando.

—Supongo que sí.

—No irás a conducir, ¿verdad?

—No, claro que no —negó riendo y luego se quedó callado un momento, como si estuviese pensando en la última cosa que quería decir—. ¿De verdad olvidarás todo esto?

Lo preguntaba como si le causara un gran miedo ser olvidado, y Violeta se sintió conmovida por ello.

—Quizá no —prometió.

Nunca más volvió a verlo, pero esperaba que las cosas hubiesen resultado bien para él y la mujer de la que estaba enamorado.



CAPÍTULO 3

¿Todavía me amas?

«Hold On» – Chord Overstreet

Violeta

Esa noche llegué a casa un poco más tarde de lo usual. Eran pasadas las tres y media de la madrugada y las luces del departamento estaban apagadas. Entré en silencio, arrastrando mi pequeño bolso como si llevara piedras y los pies como si fueran de concreto. Fui directo al baño, me quité el maquillaje, la ropa, y me puse el pijama. No había mejor sensación en el mundo. Ya en mi habitación, abrí las cortinas. Maldije que el cielo estuviera tan nublado y, decepcionada, las volví a cerrar. No había nada que ver. Casi me reí de mí misma mientras me pasaba la camiseta por la cabeza; mi obstinación por ver las estrellas antes de dormir tenía algo de infantil, pero me gustaba. Me detuve frente al espejo de cuerpo completo y me examiné un momento. ¿Qué tanto había cambiado desde la última vez en que realmente me observé? Sentía que por dentro ya nada era igual, pero ¿reflejaría eso mi exterior? Sí, mi cabello estaba más largo, aunque no podía decir si estaba más o menos brillante. Yo lo veía igual. Las oscuras ojeras de los últimos meses habían desaparecido casi por completo, y dormir cada vez se me hacía más fácil. Todavía tenía pesadillas, sí; a veces aún soñaba con *ella*, con él, pero ya no me despertaba, y a la mañana siguiente el sueño no me carcomía las entrañas.

Suspiré.

Mi rostro, mis labios, mis ojos… Todo me parecía igual que siempre y no sabría decir si se debía a que yo era muy ciega o a que, en efecto, no había cambiado tanto.

Con los dedos temblorosos me animé a levantar el borde de mi camiseta. Supuse que, si algo había cambiado, era eso. La única muestra de mi pesar, la cicatriz que representaba no solo la herida de la traición, sino también todo el huracán de dolor que se había desatado después de eso. No solía mirarla demasiado. No me atrevía, porque no me gustaba volver a los recuerdos. Luchaba tanto por olvidarlos que no quería que la cicatriz me llevara a ellos… pero las vendas ya no estaban ahí. La sutura tampoco. Ahora solo había una línea larga y blanquecina de piel nueva y delgada, casi translúcida. *Sana*.

Pasé los dedos despacio sobre ella, sintiendo su textura.

—¿Te duele? —La voz de Dominik a mis espaldas me hizo dar un salto y soltar la camiseta para llevarme las manos al pecho.

—Dios, Dominik… —susurré conteniendo el aliento. Él se rio ante mi expresión—. ¿Qué haces despierto? Me asustaste.

—Sabes que siempre te espero —dijo encogiendo los hombros. Entró en la habitación y se recostó sobre mi cama como si fuera suya. Aunque, técnicamente…

—Las luces estaban apagadas —me quejé.

—Traté de dormir. —Se encogió de hombros otra vez y señaló mi cicatriz con un gesto serio—. ¿Te duele?

—No. Solo a veces, pero es más como… una molestia. La piel aún no se regenera del todo, y se irrita con facilidad.

Él asintió y me siguió con la mirada mientras iba hacia la cama y buscaba un espacio para sentarme.

—¿Te importa? —pregunté casi gruñendo.

Rodó los ojos, haciéndose a un lado. Me acomodé entre las mantas, envolviéndome en ellas para cubrirme del frío. Nos quedamos en silencio durante un rato. Él miraba el techo, yo lo veía a él. Analicé su imagen pensando en si su exterior reflejaba sus cambios, buscando al Dominik que había conocido en las calles. Había mucho de ese niño en el hombre en que se había convertido. La sonrisa ladeada, sarcástica y traviesa seguía ahí, al igual que el abismo en los ojos. Un abismo que te indicaba que, si bien podías perderte en su sonrisa, también podías vagar por la fila interminable de miedos que cargaba.

Al final, él y yo nunca fuimos tan diferentes. Siempre riendo y bailando con la tragedia, siempre sonriéndole al dolor y recibiendo la pérdida como a una vieja amiga.

Estábamos acostumbrados a eso.

—¿Ves algo que te guste? —Ahí estaba, su estúpida sonrisa interrumpiendo mis cavilaciones.

—Sí —respondí de inmediato. Su expresión vaciló, mirándome serio—. El techo.

—¿Qué?

—El techo me gusta —repetí, conteniendo la risa—. Y a ti también, por lo que parece.

—Más que tú, de seguro.

—Eso lo dudo.

Los duelos de respuestas, pelear por ver quién tenía la última palabra, quién respondía primero y de manera más mordaz, eso no cambiaba. Si bien Dominik ya no era un niño, mucho de él seguía igual que cuando nos conocimos.

—Vamos, ya —insistió él, recargándose sobre el costado para mirarme—. Dime qué piensas.

—¿Por qué quieres saber?

—Porque llevas por lo menos diez minutos mirándome sin hablar, Violeta, y por más que quiero ignorarte, creo que juegas con mi autocontrol.

Resoplé, divertida.

—Tú no tienes autocontrol.

Me arrepentí de haber dicho eso en cuanto vi el efecto de mis palabras en sus ojos, que me atravesaron como si vieran cada centímetro de mi alma.

—Sí, créeme que sí.

Le devolví la mirada sin decir nada, esperando que él sintiera lo mismo que yo cuando me veía de ese modo, aunque nunca sabría si era capaz de trasmitirle con los ojos todo lo que no expresaba en palabras.

Tratando de recordar cómo respirar, dije:

—Pensaba en cuando nos conocimos. —Si él se sorprendió, no demostró nada—. Y trataba de descifrar qué tanto hemos cambiado.

—¿Y? ¿A qué conclusión llegaste?

—No lo sé todavía. Me interrumpiste —acusé, dejando de lado la distancia que había interpuesto entre nosotros para disfrutar de su contacto y su compañía.

Descrucé las piernas y me acosté sobre mi estómago junto a él.

—Oh, hemos cambiado —replicó, dejando de ver el techo para posar su vista en mi rostro—. Solo basta con verte.

—Pero no me refiero solo a crecer, Dom, sino que…

—¿Sí?

—Trataba de ver si es que todo lo que nos ha pasado nos ha hecho lucir diferentes.

—Yo creo que sí.

—¿De veras? Yo siento que me veo igual, sin importar qué…

—Eso es porque tú te ves desde dentro, y con la costumbre llega un momento en que ya no notas los cambios más pequeños.

Sonaba lógico.

—¿Como cuáles? —susurré.

—Que tus ojos brillan más cuando estás contenta. Se ven más grandes, como si no tuvieran miedo de ver el mundo. Como si no te doliera estar despierta.

Sentí que mi corazón se retorcía dentro de mi pecho.

—¿Es así como me he visto estos últimos meses? —pregunté con pesar.

—Sí. Pero ya no más.

—¿A qué te refieres?

Dominik se encogió de hombros, sin despegar sus ojos de los míos.

—Ahora estás brillando de nuevo.

La respiración se me fue. Él siempre era así, veía lo mejor en mí incluso cuando yo sentía que no había nada que ver. Apenas en un susurro, contesté:

—Yo no me siento como si brillara.

—Pero lo harás. Como las estrellas que tanto te gustan.

Cuando me decía cosas como aquella, o cuando me miraba de esa forma, me era muy difícil ignorar esa parte de mí que siempre había ansiado estar con él. Era una niña cuando me enamoré de Dominik,

hacía tanto que ya ni siquiera recordaba cómo comenzó, solo el dolor que me trajo saber que él no me correspondía.

Jamás pensé que, en el momento en que lo hiciera, yo amaría a alguien más. No pensé ni siquiera que eso sería posible, pero ahora me daba cuenta de que, incluso cuando los roles se habían invertido y aunque el tiempo nunca estuviese de nuestro lado, los sentimientos no habían desaparecido, no por completo, solo se vieron opacados por alguien más durante un tiempo.

Un anhelo se apoderó de mí, un deseo de formular la pregunta que había aparecido como una señal en mi cabeza.

¿*Todavía me amas*? Me mordí los labios y cerré los ojos, porque sabía que no estaba lista para cruzar todas las puertas que abriría esa pregunta.

Luego de un rato, justo antes de caer en la inconsciencia, lo escuché suspirar.



CAPÍTULO 4

Deseo

«What A Time» – Julia Michaels ft. Niall Horan

Solo unas cuantas cuadras separaban el bar del club al que Zoë le sugirió que fueran después de su jornada de trabajo, así que Violeta decidió que caminaría en lugar de esperar a que pasaran por ella. En cuanto su turno terminó, se encerró en el baño y retocó su maquillaje intentando darse ánimo. Eran las dos de la mañana y solo quería irse a casa. A veces, solo a veces, se preguntaba para qué demonios aceptaba planes de los que luego se arrepentiría. Sin embargo, el sentimiento siempre duraba poco y su ánimo mejoraba una vez que estaba en el sitio, así que fue optimista.

Se cambió los jeans y la pulcra blusa blanca por una falda negra corta y un top de lentejuelas doradas. Se dejó las zapatillas y salió del baño envuelta en un abrigo largo que Tim elogió, aunque estaba demasiado ocupado atendiendo mesas como para ser elocuente.

Llegó al club a eso de las dos y media. Zoë le dijo que iba en camino, así que decidió esperar afuera, abrazándose a sí misma mientras veía a extraños entrar y salir del recinto con actitud cansada o listos para convertirse en el alma de la fiesta. Su amiga llegó a los pocos minutos. Lo primero que vio salir del taxi fue un zapato de tacón brillante y fucsia, luego pantalones de cuero y una blusa casi transparente y negra.

Sin duda Zoë sabía cómo causar una impresión, pues apenas estuvo fuera del auto todos los hombres que se hallaban fumando alrededor la miraron con repentino interés.

Lo segundo que la impresionó fue ver que otra persona bajaba del auto.

—¿Dominik?

Él, como siempre, sonrió.

—Zoë me invitó. Parece que tú te olvidaste —bromeó.

—Pensé que sería una noche de chicas —replicó, crispándose en un segundo.

Zoë, sin embargo, soltó una risa y la cogió del brazo.

—Aún puede serlo.

Caminaron una al lado de la otra hasta la entrada, donde fueron recibidos por el fulgor de las luces de neón, el olor a completo éxtasis y el rugido de la música. De inmediato, Violeta sintió que algo dentro de ella se removía con emoción. *Vivo*, como hacía mucho.

Sonrió sin poder evitarlo y se adentró en la multitud danzante, girando y riendo. Más atrás, sus dos acompañantes se quedaron viéndola perplejos, esperando contagiarse de su energía. Violeta no había empezado ni a bailar y todo en ella desbordaba vitalidad. Tanto, que a Dominik le costaba imaginarse que era la misma chica que hacía unos meses lloraba desconsolada por un imbécil.

Él sacudió esos pensamientos de su cabeza, miró a Zoë y siguieron avanzando hasta la barra. Cuando llegaron, Violeta ya había ordenado algo por ellos y estaba terminando su primer *shot*.

—Trabajaste en esto todo el día —comentó Zoë—. ¿No te aburre el aroma, el sabor?

Violeta negó con la cabeza.

—Siempre soy yo la que sirve, ahora quiero que me sirvan a mí.

No vio las miradas de sorpresa que ambos le dedicaron. Se volteó demasiado rápido como para hacerlo.

Sí, ella y Zoë tuvieron una buena cuota de fiestas en el extranjero. De las mejores, de hecho, pero algo en ella se sentía diferente. Cuando se fue a París estaba huyendo de su pasado. Cuando volvió, estaba persiguiéndolo. Y ahora… Ahora ya no le quedaba nada de eso. Ahora todos sus demonios la habían abandonado, y esa dulce compañía que permaneció con ella desde los diez años simplemente se había desvanecido.

Pensó que se sentiría aliviada, pero no. Solo se sentía *libre*.

Así que se sacó el abrigo, dio un trago a su bebida y, girando sobre su eje, tomó a Zoë del brazo y se la llevó a la pista de baile, dejando a un Dominik sonriente con su vaso en la mano.

Y bailó, y bailó, y bailó hasta que las piernas le pidieron a gritos un descanso, hasta que sintió su garganta seca de tanto gritar, y hasta que los ojos le ardieron de sueño.

Bailó con ánimo, con vida y con furor, sin pensar en ella o en él, en el pasado o en el futuro. Bailó cantando, bailó riendo y bailó gozando. No necesitaba analizar qué hacer o cómo moverse, porque cada vez que la música cambiaba sentía las vibraciones esparcirse por su cuerpo, agitándolo. A su lado, su amiga sonreía como en todas aquellas aventuras que vivieron en París. Así era como Violeta la recordaba, y así era como quería recordarla siempre.

Se alegró de haberse quedado con las zapatillas.

—¡Voy por algo de beber! —gritó levantando su vaso.

Zoë asintió y siguió bailando con un grupo de chicas que había junto a ellas. En ese momento, todas eran amigas. Le gustaba la sororidad que se daba entre extrañas que, sin saber nada las unas de las otras, reían y danzaban como si nada más importara.

Se acercó a la barra y pidió otra bebida. No quiso sentarse pues temió que, de hacerlo, ya no podría levantarse. Rio de solo pensarlo y tomó un gran sorbo.

—Hace mucho no te escuchaba reír de esa forma.

Una presencia se alzó tras ella y todos los vellos de su cuerpo se erizaron al sentir esa cercanía inconfundible.

—¿Y qué forma es esa? —preguntó dándose la vuelta aún con el vaso en la mano. Notó que entre el cuerpo de Dominik y la barra apenas tenía espacio para moverse.

—Sola, porque sí.

—Bueno, es que han sido meses difíciles.

Él asintió.

—Lo sé, pero hoy…

—Hoy ¿qué?

—No lo sé —confesó Dominik—. Luces distinta.

—¿Y eso es bueno?

Miles de cosas pasaron por sus ojos, como si un millar de respuestas diferentes volaran por su cabeza. Sin embargo, ninguna fue lo suficientemente buena. Al final, él solo asintió.

Y, mirándola desde las zapatillas hasta la punta del pelo, le dijo:

—¿Te había dicho ya que te ves preciosa?

Casi por instinto, sin pensarlo, quiso retroceder, mas sintió el borde de madera clavándose en su espalda.

—No hacía falta, pero gracias.

Estaban demasiado cerca. Tanto que podía sentir los músculos tensos de su cuerpo contra el de ella. ¿Y qué si él la besaba? Después de todo, habían hecho eso y más… Y no era como si ella no

lo quisiera, porque la atracción estaba ahí. Mierda, *siempre* había estado ahí, sin importar las circunstancias.

Así que, ¿y qué si él la besaba? O quizá lo haría ella, porque terminaría por ceder si él la seguía viendo de esa forma, como si cada poro de su anatomía quisiera estar más cerca, y como si cada parte de sí le gritara que eso era lo correcto, que siempre lo había sido…

Se observaron durante segundos eternos sin hacer ni un movimiento. Entonces Violeta se permitió pensar en él como no lo hacía desde hacía meses: con deseo. Deseando más, deseándolo a él, queriendo que desapareciera cada obstáculo entre ellos.

¿Y qué si lo besaba?

A la mañana siguiente, cuando despertara en la cama de él o en la suya, su corazón seguiría roto y destrozado, y no podía hacerle eso a Dominik. Ni a sí misma.

Carraspeó, recordando el vaso que tenía entre las manos. Lo dejó a un lado para salir de la prisión de su cuerpo con disimulo. Pronto, Zoë llegó junto a ellos.

—Estoy tan, tan cansada que creo que me voy a morir aquí mismo.

Con una piedra en el estómago, Violeta respondió:

—Quizá ya deberíamos irnos a casa…

—Sí. Es lo mejor. —Dominik no la miró y pasó de largo junto a Zoë.

Tomó su chaqueta de la silla y se la ajustó al cuerpo.

Los tres se dirigieron a la salida. Apenas cruzaron la puerta el aire frío de la noche los golpeó con creces, y Violeta sintió un escalofrío recorrer su espalda.

De pronto su celular empezó a vibrar. Al principio lo ignoró, pero cuando volvió a vibrar con insistencia lo sacó y el número de Tim apareció en la pantalla.

Alcanzó a ver que Dominik detenía un taxi.

—¿Hola?

—¡Violeta! Te necesitamos. —¿Era en serio? ¿A esa hora?—. El bar está repleto, no damos abasto…

—Tim… —Un taxi se detuvo junto a la acera. El amarillo del vehículo era tan chillón en la oscuridad de la noche que la desconcertaba.

Tanto Zoë como Dominik alzaron la vista hacia ella, esperando.

—¿Vienes? —Zoë la apuró.

Dudó.

—Por favor —suplicó Tim al otro lado de la línea. Y Violeta, en vez de tomárselo como una molestia, lo tomó como una oportunidad. Ya se había decidido a ir a ayudarlo incluso antes de que él agregara—: Adrien dice que te dará el día libre mañana y pasado si nos das una mano hoy.

—Iré. —Fue lo único que dijo antes de colgar. Miró a sus amigos, que la esperaban expectantes, todavía fuera del auto—. Me necesitan en el bar.

—Pero… —comenzó a replicar Zoë. Violeta la interrumpió.

—Me compensarán con dos días libres —explicó, y ambos vieron lo lógico que era—. Acompáñala al hotel —le pidió a Dominik, sabiendo de sobra que prácticamente los estaba invitando a pasar la noche juntos. Detestaba la idea, pero el bienestar de su amiga le importaba más que sus estúpidos celos. Le dijo a Zoë—: Has bebido y es demasiado tarde para que vayas sola.

Insegura, Zoë miró a Dominik.

—Tiene razón —concedió él.

—No quiero molestar…

Dominik se encogió de hombros.

—No es molestia, en serio. Todos nos sentiremos mejor de saber que llegaste bien.

Zoë asintió y abrazó a Violeta.

—Te veo mañana.

Ella la abrazó también y miró a Dominik una última vez antes de emprender el camino de vuelta hacia su trabajo. No sabía qué quería decirle con su mirada, ni tampoco pudo descifrar la respuesta de él en la suya.

Los vio subirse al auto y no volvió a voltearse. Dominik y Zoë, dos adultos objetivamente atractivos y considerablemente alcoholizados, en una *suite* de hotel.

No quiso imaginar lo que pasaría después.

Cuando llegó a casa, Dominik no estaba ahí.



CAPÍTULO 5

Colores y grises

«Dive Deep» – Andrew Belle

Violeta

El resto de la semana fue un borrón de momentos que atesoraría para siempre. Zoë y yo no pudimos vernos tanto como nos habría gustado, por mi trabajo y su proyecto, pero los días que pasamos juntas los aprovechamos como si fuesen el último.

La llevé a los lugares que más significado tenían para mí, compartiéndole así una parte de mi vida que, hasta ahora, no muchas personas conocían. Saber lo que me había ocurrido era una cosa; estar en aquellos sitios, en medio de los recuerdos, era otra por completo diferente.

Y me gustó. Por primera vez no me dio miedo o nervios, sino que me sentí feliz y en paz.

La llevé al jardín botánico, le mostré las fotografías que había recuperado del matrimonio de mis padres y paseamos por los senderos. Visitamos también la casa de mis padres, el hogar que compartimos cuando era niña, y le mostré los cuadros de mamá. Aunque ella jamás lo admitiría, podría jurar que vi sus ojos aguarse mientras contemplaba la pintura de un atardecer.

Aquel día pintamos. Ninguna tenía idea de cómo usar óleos, pero esos materiales y lienzos llevaban muchos años acumulando polvo. Me hizo feliz —y pensé que a mamá la haría feliz también— saber que estaba ahí con alguien especial, disfrutando de eso que ella amaba. Yo pinté algo que se suponía era la ciudad de Nueva York.

Zoë hizo un cielo estrellado, y dejamos las telas secándose en el salón. Le prometí que cuando estuvieran listas las colgaría en mi departamento. No eran maravillosas, ni obras de arte maestras, sin embargo, para mí eran invaluables.

La siguiente vez que fui al hotel de Zoë fue para quedarme durante el fin de semana. Toqué la puerta de su habitación. Apenas la tuve enfrente volví a sentir la emoción de verla y nos abrazamos como si no hubiéramos pasado juntas casi todos nuestros almuerzos. Me prometí que no dejaría pasar otro año sin ver a mi mejor amiga.

—Ay, Violeta, Europa no es lo mismo sin ti —se quejó Zoë, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Por lo menos tú estás disfrutándolo por ambas. —Sonrió—. Tengo que admitir que lo extraño demasiado. Allá todo se sentía tan fácil…

—Entonces ¿por qué te fuiste?

Nos dejamos caer sobre la cama. No sabía si pediríamos algo de comer y veríamos películas o si saldríamos, y no me importaba; cualquier plan estaría bien.

—Tú sabes por qué, Zoey. No puedo vivir escapando de mis problemas, por más que ese escape haya sido a un lugar tan maravilloso.

—¿Y por qué no? —insistió—. Si era algo que te hacía bien, que te mantenía cuerda…

—Quizá podría ir de nuevo, quedarme un tiempo sin tener que estar escapando de nada.

Zoë me dedicó la sonrisa más grande del mundo, de esas que hacían brillar los ojos.

—Sería lindo. ¿Y qué tal… quedarte indefinidamente?

Lo pensé un momento. Vivir en París. Vivir en París con ella… Si era sincera, me parecía una idea increíble, mágica, incluso. Era tan perfecta que no me costaba imaginarme lo bien que lo pasaríamos, los lugares que conoceríamos y el millar de aventuras que tendríamos estando juntas. Pero…

—No podría, Zo.

Ella sonrió. Sonrió como si *supiera*.

—¿Por qué no?

—Hay… siempre ha habido hilos que me tiran de vuelta acá.

—Un hilo parece muy poca cosa como para impedirte viajar a otro continente.

Asentí.

—Sí, pero cuando son muchos se sienten más como un pedazo de cuerda.

—Y ese hilo… ¿es moreno, alto y te mira como si no pudiera vivir sin ti?

Me atraganté con algo, lo juro.

Ella jamás mencionó a Dominik luego de esa noche en que fuimos a bailar, y yo no me atreví a preguntar.

—¿De qué estás hablando?

—Violeta. —Zoë resopló, poniendo una cara de frustración suprema. Arqueó tanto las cejas que se perdieron bajo su flequillo—. Por favor. Te conozco. Y él no es el único que te mira de esa forma: tienes escrito en la cara lo que sientes. Te *conozco* —repitió.

—No —le dije, aunque no había caso.

—Tú me dijiste que entre Dominik y tú ya no pasaba nada, pero cada vez me cuesta más y más creerlo. Traté de que me lo dijeras

por tu cuenta el otro día, traté de hacerte hablar incluso intentando que te pusieras celosa, pero tú… —Soltó una risa incrédula, y yo sentí que enrojecía—. Eres terca.

Bufé. Claro que no. Aun así, no había pasado nada entre nosotros desde… Bueno, desde hacía mucho.

Ella continuó:

—Y la forma en que te mira, cómo se comporta cuando está contigo… Él te ama, Vi.

¿Lo hace?, me pregunté con un dejo de esperanza que debía estar escrito por toda mi cara, así como esos sentimientos que ella tan fácilmente había leído. Mi corazón se estrujó. Después de todo ese tiempo, ¿había alguna posibilidad todavía para nosotros?

—¿Cómo…? ¿Cómo se comporta? —pregunté. Zoë enderezó los hombros.

—Imagina que está esta habitación llena de gente. Cada persona tiene una escala de grises. Algunas son de color negro, otras blanco, otras gris oscuro, gris claro, y así. Todas son diferentes, únicas, no hay ninguna igual a la otra…

—¿Pero?

—Para él tú eres de color. Y tú brillas.

Yo solo la miré. ¿Qué podía responder a eso? ¿Que ya lo sabía? ¿Que así era para mí también? Por suerte, no hizo falta.

—Lo nuestro es complicado…

—¿Es que no lo amas también?

No pude evitar sentir un nudo en mi garganta que me impidió hablar, tragar, respirar.

—Lo quiero, estuve enamorada de él, es mi mejor amigo…

—¿Pero?

—Pero también amé a otra persona, tú lo sabes.

—Ethan ya no está en tu vida, Vi —me dijo Zoë, tomándome la mano—. Y sé sincera: si él volviera, ¿lo aceptarías?

Esa era la pregunta que importaba, ¿no? Tal vez yo me había cegado y no quería aceptarlo, porque la verdad era…

—No —suspiré—. Ya no. Ella ya sabía sobre Dominik; cómo nos conocimos y cómo nuestros tiempos jamás parecían coincidir. Era como en una película: dos mejores amigos, ella se enamora de él, él no siente lo mismo. Ahora podíamos estar juntos. En realidad, no había nada que nos lo impidiera, excepto… Excepto yo, yo y mi miedo arraigado de ser lastimada de nuevo, de que no resultara, de que nos arruinara.

—Vas a sanar, Violeta. Sé que lo harás, porque siempre lo has hecho. —Asentí. Mis ojos empezaron a lagrimear—. Y volverás a amar.

—¿Y si no quiero? —rebatí, siendo igual de terca que como ella me describió.

—No podrás evitarlo, Vi... —Entonces sonrió cual madre aconsejando a su hija; ese era el amor que sentía de su parte—.

E incluso te dejaré pretender que no lo haces ya. No dolerá para siempre, y va a llegar el momento en que tu amor será más fuerte que el miedo, porque, aunque no quieras admitirlo, también lo amas a él.

—Yo no…

—No significa que no hayas amado a Ethan —aclaró—, y ese es el dilema: puedes amar a más de una persona al mismo tiempo, con mucha intensidad. Ahora esos sentimientos te ciegan y te abruma el dolor que conllevan… pero no quiere decir que los demás ya no

existan. ¿O me equivoco? —No dije nada, no me atreví—. Busca en tu corazón —insistió—. Quizá no pase ahora, ni en un mes o tampoco en un año. Sanar toma tiempo, pero cuando lo hagas podrás ver con otros ojos a aquel que siempre ha estado ahí para ti. Aprenderás a amar lo que te hace bien.

—¿Por qué me dices todo esto? —repliqué ofuscada. Sabía que tenía razón—. Pensé que él te gustaba. El otro día…

—El otro día, nada. No pasó nada, Vi. Él y yo solo hablamos.

Mi expresión debió ser épica, porque ella dijo:

—¿Qué? ¿Crees que me respeto tan poco como para acostarme con un chico que está claramente enamorado de otra?



—Sin poder evitarlo, me reí, porque así era Zoë—. Jamás. No importa si él es el chico más guapo de todo este continente. Además, esa «otra» es mi mejor amiga. Nunca te haría eso, incluso si en tu estupidez me diste *permiso*. —Se burló incrédula. —¡Oye!

—Es verdad, Vi; no podía creer lo que me estabas diciendo. Y sí, solo hablamos. De ti, incluso. Él es de los buenos, Violeta. No necesitaba que Zoë me lo dijera para saberlo. Porque, al final, era él quien jamás me había dejado sola. Desde aquel día en que nos conocimos en las lluviosas calles de los barrios bajos, él jamás me dejó sola.

—Sí, lo sé.



Cuando logré calmarme, decidí que era hora de avanzar. No volví a llorar; si sentía pena y dolor, recordaba lo que Zoë me había dicho y pensaba en que, a pesar de que parte de mí lo perdió todo, había cosas que jamás me abandonarían.

El resto del fin de semana seguimos hablando, aunque ya no de mí, sino de Zoë. Reímos más que cualquier otra cosa, vimos películas y comimos una cantidad ridícula de palomitas, café y *croissants*… «por los viejos tiempos».

El lunes, después de trabajar, volví donde Dominik.

Eran alrededor de las dos y media de la madrugada, pero todas las luces estaban encendidas.

Supe que estaba despierto porque él odiaba dormir sin antes apagar la luz.

Como no lo encontré, me fui directo a mi habitación, y al final fue él quien me encontró a mí.

—¿Qué haces? —preguntó a mi espalda.

No me volteé a verlo. Me removí tratando de ver algo afuera, en la oscuridad que se cernía tras la ventana.

—¿Sabes qué es lo único que hace que deteste el invierno? —dije volteándome al fin. Como Dominik no respondió, continué—: Que no se pueden ver las estrellas.

Había tantas cosas que moría por decirle, tantas revelaciones a las que había llegado ese fin de semana… Más que cualquier otra cosa, moría por ir hacia él y besarlo hasta no poder respirar, disculparme por todo, por mis miedos, mis acciones, por haberme desviado tanto de un camino que, si lo pensaba bien, siempre fue tan claro…

Podría haber dicho tantas cosas y, en su lugar, dije aquella. —¿Qué?

—Siempre está demasiado nublado, y las nubes no dejan ver nada. —Suspiré.

—¿Y eso hace que odies el invierno?

—Sí.

—Pero no estamos en invierno, Vi. Falta mucho todavía. —Ya, igual. Sigue nublado.

Me alejé del velo blanco de las cortinas y quité las frazadas de la cama. Me metí dentro con la cabeza baja, sin decir nada más. Me quedé viendo a Dominik, que me miraba sin verme mientras pensaba quién sabía qué.

Esa conversación, si bien no lo supe en ese minuto, la recordaría por mucho tiempo.

Al final, Dominik simplemente sacudió la cabeza y dijo con un intento de sonrisa:

—Buenas noches, Violeta.

—Buenas noches, Dominik.



CAPÍTULO 6

Ir haCia adelante

«We Are» – Paper Planes

Violeta

Luego de dos semanas, Zoë se fue. Me hubiese gustado decir que la despedida fue semiamarga, pero la verdad es que fue amarga por completo y no había forma de endulzarla. El tiempo juntas jamás nos alcanzaría para que se nos acabase la conversación. Hablamos y reímos hasta el último minuto. En el aeropuerto, antes de cruzar la zona de policía, ella volteó para despedirse de mí haciendo un gesto con la mano, con lágrimas en los ojos.

Odiaba las despedidas, siempre me hacían llorar. Quizá porque, muy en el fondo, me daba miedo no volver a ver a la persona a la que decía adiós.

Pero ese no sería el caso. Había decidido que no podría soportar otro año sin escuchar sus chistes cargados de sarcasmo o sus sabias palabras en persona. Por lo demás, por algún motivo ahora los días se me hacían más cortos, como si no me pesara cada uno de ellos. Quería pensar que eso significaba que estaba sanando, mas no quería asegurar nada todavía. Solo el tiempo lo diría.

Durante la semana el trabajo me mantenía ocupada. El ritmo había disminuido, y tenía más tiempo para observar y analizar lo que ocurría a mi alrededor. Disfrutaba más eso que estar consumida en el caos de gente. Tim ya se manejaba mucho mejor, así que podía encargarse de las mesas mientras yo atendía la barra. Adrien pasaba todos los días a ver cómo íbamos, pero no solía quedarse

demasiado. Lo que sí, siempre se iba con una sonrisa. Eso me gustaba.

Dominik y yo… Todo seguía siendo más complicado de lo que debía. Parecía una niña junto a él, en el mejor de los sentidos. Cada vez que me miraba no solo sentía mariposas en el estómago, sino un huracán en todo mi cuerpo. Muchos días había llegado a casa con la firme convicción de hablarle de mis emociones, pero una mirada suya me desarmaba y perdía el valor. Luego me ponía a pensar en todo lo que podría salir mal, en todas las razones por las que yo ya no era la mejor opción para él…

Por Dios, era ridícula.

Esa noche soñé con Ethan.

En el sueño, sus manos acunaban mis mejillas. Estaba cerca de mí, tanto que su pecho tocaba el mío, sin embargo, su rostro estaba lo suficientemente lejos como para observarme. Recorría mis facciones con cariño, y ante cada una de sus caricias mi corazón saltaba. No era solo por su tacto, sino por él, por cada gesto suyo que mostraba que me veía como la persona a la que había amado profundamente y con pasión antes de descubrir quién era en realidad.

Me dolía su sonrisa tranquila y fácil, o la risa que salía de sus labios sin razón, solo por el hecho de estar juntos. Me dolía la expresión de calma y devoción en su rostro, y su ceño sin preocupaciones, porque sabía que estaban muy lejos del último recuerdo que yo tenía de ellos.

¿Cómo era posible que el amor se convirtiera en odio tan fácil? O quizá era por eso mismo, porque cualquier traición, por pequeña que fuera, dolía el triple al venir de alguien que amabas. Dios, eso yo lo

sabía mejor que nadie, pues me había pasado años odiando a mi padre por lo que había hecho, por lo que su error nos costó.

A lo mejor por eso las cosas entre nosotros estarían para siempre rotas, sin posibilidad de redención, porque supe en ese momento que él jamás podría olvidarlo, y yo… No sé si quería hacerlo tampoco, olvidar quién fue al final de todo.

Esos pensamientos me acompañaron la mañana siguiente cuando, con lágrimas en los ojos, desperté deseando con todo mi corazón dejarlo atrás.

Respiré el aire fresco y me llevé la mano a los ojos. Los apreté para borrar el sueño y la pena, diciéndome a mí misma que no era esa la forma en que quería empezar el día. Lo consideré como un gran progreso, pues hace unos meses no habría salido de la cama luego de un sueño así.

Tal vez era cierto que *brillaba* de nuevo. Era una luz tenue, no obstante, era un comienzo.

Traté de recordar qué había pasado la noche anterior. Dominik estaba aquí, y yo estaba sobre la cama, junto a él. Ahora estaba sola y bien metida dentro, bajo todas las cobijas y mantas, tapada casi hasta la cabeza. Sonreí con una mezcla de tristeza y ternura: por eso no podía darle lo que quería. No podía estar con él de esta manera, siendo la Violeta que luchaba por recuperarse de todas sus caídas, porque él se merecía a alguien que le diera un corazón entero, no uno roto y apenas remendado.

Si esa persona era yo o no… no podía saberlo.

Si no lo sabes tú, entonces ¿quién?, preguntó mi subconsciente mientas salía de la cama tiritando por el frío y me dirigía al pasillo.

—Eso tampoco lo sé —dije entre suspiros.

—¿Qué cosa? —Por supuesto, pegué un salto y él, como siempre, se rio de mí—. No sé por qué te asustas, si sabes que también vivo aquí.

—Es que apareces en los momentos más inesperados, es eso —contesté con la voz ahogada, llevando las manos a mi pobre corazón que latía desenfrenado.

—¿Y cómo voy a saber yo cuáles son los momentos esperados? —se quejó. Vale, sí, tenía un punto—. ¿Qué quieres que haga?, ¿tocar una campana todas las mañanas para que sepas que estoy despierto?

—No, pero ponerte una en el cuello, como los gatos, estaría bien. —Traté de sonar seria, mas la risa se me colaba por los labios. Como mi corazón ya se había calmado pude mirarlo con mayor detenimiento. Su cabello estaba revuelto y sus ojos no muy abiertos. No lo culpaba: era bastante temprano. Por otro lado… su pecho estaba desnudo—. ¿Alguna vez has intentado ponerte las camisetas que tienes?

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo, pero se dirigió a su habitación de todos modos y volvió con una camiseta puesta. Bien—. Igual… no es nada que no hayas visto.

Lo dijo casi como si quisiera recordarme todo lo que había pasado entre nosotros, como yo una vez había hecho. No había necesidad; *me acordaba*.

—No uses mis palabras contra mí. —Fue lo único que dije antes de encerrarme en el baño.

Lo oí resoplar. Podía imaginármelo rodando los ojos al otro lado de la puerta, exasperado por no tener la última palabra. Reí en voz baja.

—¿¡Quieres café!?

—No tienes que gritar, la puerta no es tan gruesa.

Lo dije bajo para comprobar mi argumento, aunque igual me acerqué a la puerta, pensando que él haría lo mismo. Resopló una vez más.

—¿Eso es un sí?

Sonreí.

—Sí, sí quiero café.

No lo oí alejarse —la puerta tampoco era *tan* delgada—, pero sí escuché sonidos en la cocina.

Me giré hacia el espejo, ya no pensando en los cambios sino tratando de ver si lograba encontrar ese brillo del que Dominik me había hablado. Aunque no tuve éxito, no lo descarté. Si él lo decía era por algo, así que me forcé a sonreír como lo hacía últimamente todas las mañanas. Me parecía una buena forma de empezar el día, y cada vez me salía más fácil, menos falso.

Me lavé los dientes y la cara con agua fría para despojarme de los restos de sueño y me cepillé el cabello. Después, ya en mi habitación, me vestí con uno de los suéteres más gruesos que tenía. Eché un vistazo rápido hacia la neblina que casi hacía desaparecer los edificios a través de mi ventana y me dirigí a la cocina. El delicioso aroma del café recién preparado me recibió, y una taza sobre la mesa esperaba por mí.

Me senté mientras que Dominik permaneció de pie, apoyándose en la encimera con su taza entre las manos.

—¿A qué hora te fuiste anoche? —quise saber.

—Cuando me di cuenta de que te quedaste dormida.

—No te sentí.

Él se encogió de hombros.

—¿Dormiste bien?

A pesar de todo…

—Sí, bastante.

—¿Ya no tienes pesadillas?

—No, no como antes. Ya no me despiertan. De alguna forma, sé que no son reales, que ya… ya pasó. —Decirlo lo hizo real. *Ya pasó* —. Supongo que llego tan cansada del trabajo que no me queda energía para soñar con la misma fuerza.

—Eso, o el atrapasueños de verdad funciona. —Rio.

Le devolví la sonrisa, divertida.

—Eso nunca estuvo en duda.

No dijo nada más y permaneció mirándome como si tratara de encontrar las palabras. Yo intenté ignorarlo, fingir demencia y darle tiempo, pero la paciencia no era mi fuerte, así que decidí que necesitaba un empujón.

—¿Algo que quieras compartir? —inquirí viéndolo por sobre mi hombro. Noté que asentía.

—Mis padres están en la ciudad.

Oh. De todas las cosas que podría haberme dicho, esa era la que menos me esperaba. Dominik no hablaba de sus padres, así como yo tampoco solía hablar de los míos. Era algo que nos traía dolor a ambos, así que habíamos decidido hacía mucho tiempo que era un tema que no se discutía.

Me contó algunas cosas cuando éramos pequeños; sobre su falta de cariño y atención, que sus papás nunca estaban en casa y que, incluso esa vez que escapó, cuando nos conocimos, ellos no se

dieron cuenta de que su hijo de *doce años* estuvo fuera durante todo el día.

Pensé en aquella pelea tonta que tuvimos cuando salí de la casa de Scott y fui a vivir con él. En un principio me mintió, sí, pero con el paso del tiempo había logrado entenderlo mejor. Al enterarme reaccioné por instinto, y luego pensé que, al no decirme la verdad, en realidad no quería admitir que a ellos les importaban más otras cosas que su hijo.

En mi caso, mis padres no eligieron dejarme. Me los arrebataron. Al menos yo podía vivir con la tranquilidad de que ellos jamás se hubieran alejado de mí por su cuenta. Dom, en cambio, tenía que aceptar que sus padres preferían a otros por sobre él. De hecho, a los pocos meses de que él se fuera de casa decidieron mudarse a otra ciudad. No podía imaginar lo que debió sentir.

—¿Qué?

—Sí. —Asintió dando un gran trago a su café, tal vez para ocultar su expresión—. Y quieren verme.

—¿Qué? —repetí y sacudí la cabeza—. ¿Cuándo…?

—Ayer. Me llamaron para decirme que estarían aquí mañana. Me dijeron que «les gustaría invitarme a comer». A comer, Violeta. No los he visto desde que tenía dieciséis, lo único que he sabido de ellos en siete años es que al parecer ganan mejor, porque los números suben todos los meses. Y quieren invitarme *a comer*.

—¿Por qué no me contaste anoche?

—Porque te quedaste dormida antes de que pudiera hacerlo.

Bien.

Me imaginé la respuesta, mas tuve que preguntar:

—¿Y tú qué les dijiste?

Él resopló. *Lo sabía*.

—Pff. ¿Qué iba a decirles? Que se vayan a la mierda, eso les dije.

—¿Y ellos? ¿Qué dijeron?

—Que estarían ahí si cambiaba de opinión —espetó con enojo. Dejó la taza con tanta fuerza sobre la mesa que salpicó café por todas partes—. Ni siquiera tenía sus números guardados, no reconocí sus voces, tampoco, y me odio porque *aun así* parte de mí se alegró de que llamaran... Aunque ahora creo que lo que más me alegró fue decirles que se fueran al demonio. —Sonrió, cínico.

—Dominik…

—¿Por qué querría verlos? Me dejaron solo toda mi vida. Y cuando me fui no les importó. No les importó que fuese un niño de dieciséis años y que *me fuera*, sino que *me callara*. Solo quisieron mi silencio. Ni siquiera trataron de detenerme.

—Pero tú tomaste el dinero —le hice ver.

—Por supuesto que lo hice. Era lo mínimo que podían hacer por mí. ¿Qué hubieras hecho tú?

—Exactamente lo mismo. —Por fin, Dominik sonrió y relajó su postura. Con un gesto de la mano lo invité a sentarse, y no hablé hasta que estuvo junto a mí—. Lo entiendo, Dom. Entiendo todo lo que sientes y por qué has hecho lo que hiciste. Hace años, antes de irme, antes de todo… peleamos. Te lo eché en cara porque estaba enojada. Me molestaba que no me hubieses dicho la verdad… —Su expresión empezó a transformarse. Lo recordaba, por supuesto—. Pero lo que no te dije, y que te diré ahora, es que te agradezco infinitamente por haberlo hecho. Sé que cuando aceptaste ese trato no fue solo por ti, o por despecho, o porque era más fácil, sino porque sabías que así podrías ayudarme.

Bajó la mirada, y no entendí por qué lo hizo. Era como si se sintiera avergonzado de haberme puesto primero que a todo.

Antes de que Amber y Scott me adoptaran y me sacaran de la Residencia, Dominik y yo ya habíamos sido amigos por dos años. Como Hayden ya no estaba, era él quien me ayudaba a escapar de ese infierno, quien me llevaba la cena por las noches porque sabía que existía la posibilidad de que no hubiese comido en todo el día. Y no solo llevaba suficiente para mí, sino también para las chicas y chicos con quienes compartía el cuarto, y me dejaba algo más para que tuviera una reserva escondida al fondo del clóset.

Cuando Dominik se fue de casa, yo tenía catorce años y comenzaba a pensar que tendría que estar atrapada hasta los dieciocho en la Residencia, con las Furias. Quería escapar, necesitaba hacerlo, porque no era solo que lo pasara mal, sino que ya no estaba segura de poder sobrevivir ahí dentro. Después de Hayden todo se vino abajo. Más todavía.

Estaba desnutrida, golpeada y sucia. Las únicas veces en que nos daban de comer o nos dejaban tener una ducha decente —aunque fría, incluso en invierno— era cuando venían los trabajadores sociales. Y había que sonreír, porque el armario había dejado de ser un castigo de un día y a veces nos dejaban dentro hasta por una semana, solo dándonos agua y un trozo de pan para que no nos muriéramos a su cargo.

Dominik aceptó el trato porque era la única forma de sacarme de ahí y luego tener a dónde ir, de asegurarnos de no terminar en un lugar peor. Estábamos planeando la huida cuando me dieron la noticia de que sería adoptada, y ya nada de eso fue necesario. Ni él ni yo confiamos en mis padres adoptivos en un principio, no después

del horror que fueron las tres hermanas, así que el plan quedó en el bolsillo por si llegábamos a necesitarlo. Y él trabajó y se ganó su propia vida entremedio, así que yo jamás pregunté. Confiaba en él.

—Entonces ¿estoy perdonado? —preguntó, medio sonriendo.

—Siempre lo estuviste. —Reí, suspirando—. No deberías dejar pasar esta oportunidad, Dom. Sé que es difícil, pero si tus padres quieren hablar, explicarte por qué se portaron así contigo, quizá comenzar a hacerlo mejor…

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Para mi sorpresa, me encontré negando.

—Tarde sería si estuvieran muertos. —Mis palabras lo golpearon como una bofetada, porque echó el cuerpo hacia atrás y no me miró —. No tienes que perdonarlos. Ni siquiera tienes que terminar de escucharlos si crees que solo hablan estupideces y dicen excusas, pero por lo menos podrías… aparecer.

No dijo nada por un buen rato. Permaneció con la vista en sus manos mientras jugueteaba con sus dedos. Yo ya había dicho todo lo que tenía para decir, así que esperé a que él estuviera listo para hacer lo mismo.

Cuando levantó la vista… Fue tan leve que pensé que lo había imaginado, pero sus ojos se veían vidriosos.

—¿De verdad crees que debo ir?

—Creo que debes intentarlo.

Me escrutó con la mirada confundida durante varios segundos antes de que su expresión se tornara seria. Asintió con firmeza.

—Bien. —Resopló levantándose—. Les diré que podemos vernos mañana por la noche, después de dejarte en el trabajo. Voy a necesitar que me sirvas un par de copas antes.



CAPÍTULO 7

Vuelven a brillar las estrellas

«In Te Stars» – Benson Boone

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Dominik vio a sus padres que, por un momento, llegó a temer que no los reconocería. Pensó que se quedaría como un tonto de pie en la entrada del restaurante, analizando las distintas mesas con una ansiedad creciente a medida que los segundos pasaban y él seguía ahí, inmóvil. Su único consuelo hubiese sido saber que sus padres se sentirían igual. Después de todo, la última vez que lo vieron él era un niño, y ahora se había transformado en adulto. De los dieciséis a los veinticuatro había una gran diferencia. ¿Esperarían ellos encontrarlo tal como el niño que habían dejado? ¿Serían conscientes de todo el tiempo que había pasado? Todas sus cavilaciones fueron en vano. Llegó al restaurante con la cabeza en alto, casi pavoneándose al caminar en un intento de ocultar lo horrible que se sentía. Ya no se acordaba de la última ocasión en que estuvo en un lugar como ese, donde los hombres iban de traje y las mujeres de vestido y tacones. Por lo menos atinó a eso, a vestirse bien. No con traje, pero supuso que el abrigo y la camisa bastarían.

Se maldijo en voz baja, pues incluso después de todo lo que había pasado, a una minúscula parte de él todavía le importaban sus ridículas opiniones. Quizá debió haber ido desnudo.

Conteniendo un suspiro, se acercó al anfitrión, un hombre mayor que ocultaba la mitad de su cuerpo tras un podio de vidrio y metal. Debía rondar los cincuenta, y así y todo lo trató de «señor»; Dominik odiaba eso, lo hacía sentir como si fuera su padre, y si había algo en el mundo que no quería ser era su padre.

—Hola, ¿hay una reserva para…?

—¡Hijo! —El resto de las palabras murieron en su boca.

Se volteó lívido, como si hubiese escuchado a un muerto en vez de la voz de su madre. No supo cómo sentirse ante la imagen que lo recibió al darse la vuelta.

Sí, se asemejaban a los rostros que él recordaba, pero bien podrían haber sido dos extraños. La mujer llevaba un elegante vestido azul ajustado, que le llegaba debajo de la rodilla, acompañado de un abrigo café claro y tacones del mismo color. Era la imagen de la elegancia, eso al menos no había cambiado, sin embargo, su perfecto cabello cobrizo estaba surcado de visos blancos que no se molestaba en ocultar o teñir. Claro que no; le favorecían, y su rostro, antes liso y respingado, tenía un par de arrugas apenas visibles junto a los ojos.

A Dominik le sorprendió que no se le hubiese marcado el ceño.

Pero ahora ella no tenía la barbilla en alto, como si el resto del mundo estuviese por debajo de su nivel, ni los hombros perfectamente cuadrados y la espalda rígida y derecha. Se veía… normal. Como la madre que le hubiese gustado tener.

Su padre lucía casi igual que como lo recordaba: pulcro, derecho y distante. Quizá de él había heredado esa parte de su personalidad, la pared invisible que ponía siempre ante sí para alejarlo del resto de las personas. Una pared de vidrio apenas perceptible, pero lo suficientemente gruesa y fría. Su cabello estaba más gris que castaño, y hacía que sus ojos, azules y profundos, destacaran más. Si había algo que Dominik jamás pudo hacer fue leer las emociones de su padre; era demasiado confuso.

Él sí iba de traje, por supuesto… como todos los días. A lo mejor seguía sin tener ropa casual, no podría saberlo. De todos modos, era como si estuviese luchando por derribar parte de esa formalidad.

Si había esperado ver a dos personas enervadas y altaneras, se llevó una gran decepción. Esos eran Adelaide y Nathaniel Benedict, ocho años después.

—Hola… mamá, papá.

Esa era su idea de saludo. Después de tanto tiempo se le hacía estúpido decir solo «hola», pero no había mucho más que agregar. Quería superar la incomodidad inicial lo más rápido posible.

Los hubiera llamado por sus nombres, hubiese provocado más efecto en ellos, pero no podía. Había hábitos que a pesar de toda la mierda aún no morían.

—Hijo… —repitió su madre, acercándose a él.

Sus pasos resonaron como un eco para Dominik, quien los escuchó más fuerte de lo que en realidad sonaban. Cuando la mujer llegó hasta él extendió la mano, pero se detuvo a medio camino. Parecía indecisa entre abrazarlo, darle la mano o quedarse donde estaba.

Dominik no se movió, tampoco dijo nada. Vaya. Si quería que la incomodidad pasara rápido, estaba haciendo muy mal el trabajo.

Volvió a dirigirse al anfitrión para terminar su pregunta.

—¿Benedict? Reserva para Benedict.

El hombre asintió.

—Por aquí —dijo con suma educación, saliendo del podio e invitándolos a pasar.

Sonreía como si no notara la tensión en ellos. Debía ser parte del trabajo.

Dominik se apresuró a seguirlo, y se imaginó que sus padres venían detrás. No quiso voltearse a ver. No quería que creyeran que le importaba.

Su mesa estaba al fondo del restaurante, cubierta por un mantel rojo y servilletas de tela blanca. Un adorno de velas y flores decoraba el centro. Fue consciente de que su padre le pedía una botella de vino al hombre, quien asintió complaciente antes de marcharse. Al parecer, sus gustos tampoco habían cambiado.

Se sacó el abrigo evitando subir la mirada, aunque sentía los ojos de sus dos progenitores clavándose por todo su cuerpo. ¿Estarían analizándolo del mismo modo que él había hecho con ellos? Cuando tomó asiento, se atrevió a verlos.

Durante unos minutos ninguno dijo nada. Su madre lo miraba como si la visión de su hijo le produjera pesar. ¿O sería el hecho de haberlo dejado a su suerte? Prefirió pensar que era eso.

Con un suspiro, se animó a decir:

—Bien. —Dudaba que la cosa pudiera ponerse más incómoda, así que simplemente lo soltó—. ¿Por qué estamos aquí?

Otra vez hubo silencio.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿no creen? —continuó—. ¿Hay alguna razón por la que debamos vernos en lugar de seguir como hasta ahora?

—Sí, la hay —dijo su padre. Era la primera vez que oía su voz en años.

—Bien —volvió a decir Dominik—. Los escucho.

—Hace mucho que…

—Queremos disculparnos —interrumpió su madre—. Primero, queremos disculparnos. —Su padre, para sorpresa de Dominik,

asintió, bajando la vista—. Hemos sido terribles contigo, Dom, y no pretendemos que… No queremos que creas que no lo sabemos.

—No sabía que les importaba lo que creo o no —replicó.

Su madre asintió con pesar.

—Tengo que admitir que hubo un tiempo en que no nos importaba. —Ah, eso sí que no se lo esperaba. ¿Dónde quedaron las respuestas políticamente correctas que tanto le habían inculcado? Al menos era sincera, por fin, después de años—. Con que estuvieras bien nos bastaba, y sabíamos que lo estabas, así que si nos odiabas… podíamos vivir con eso.

—¿Y qué? ¿Pretendes que me crea que ahora quieren hacer las paces?

—Sí, hijo. Eso es lo que queremos. —Su padre se dignó a mirarlo a los ojos por primera vez desde que se sentaron. Es más, se acomodó en su asiento y se acercó a él—. Han pasado muchas cosas en los últimos meses. Nos hemos dado cuenta… —Se interrumpió cuando el mesero llegó con el vino, que repartió con maestría en tres copas.

—Ahí está bien —le dijo Adelaide al muchacho mientras este le servía a su padre. Él levantó la botella con una interrogante en la mirada, pues apenas había llenado dos dedos de su copa.

Dominik los observó sin comprender.

—Nada más para mí, gracias —murmuró su padre, antes de que el mesero se retirara. Luego volvió a fijar su mirada en Dominik—. Quiero que sepas, hijo, que estoy profundamente arrepentido de no haber estado ahí para ti todos estos años, de no haberte visto crecer. De no haber estado ahí para ayudarte a ser la persona que eres ahora.

—De no haberme hecho como tú, querrás decir —replicó, resoplando.

—No. En absoluto. Sé que eres mejor que yo…



—Eres mejor que ambos —terminó su madre—. Dominik, escúchanos, ¿sí? Es todo lo que te pedimos. Si luego quieres irte, estarás en todo tu derecho.

Al él le pareció justo, así que escuchó.

«Suerte», fue lo último que Violeta le dijo a Dominik antes de que él fuera a reunirse con sus padres. Lo observó salir con paso despreocupado del bar luego de haberle servido un par de bebidas cargadas de apoyo moral. No supo si fue el alcohol, sus consejos o su personalidad, pero ya no se veía nervioso en lo absoluto. Ahora quien estaba por comerse las uñas era ella. —¿Cuánto tiempo llevan

juntos? —preguntó Adrien a su lado. Esa noche había decidido quedarse un rato, y aprovechando que el ambiente era ligero, le pidió a Violeta que le preparara su mejor cóctel. Estaba ahí desde antes que Dominik se fuera, apoyado en la barra, conversando con ellos y aportando sabiduría.

Ahora que se habían quedado solos, Violeta le sirvió el segundo vaso de la mezcla que hizo para él utilizando cítricos y esencia de cacao. A Adrien le gustó tanto que estaba planteándose añadirlo a la carta.

—¿Qué? —murmuró ella distraída. Limpiaba la barra y observaba a Tim dar vueltas por las mesas, que ahora eran de su exclusiva responsabilidad.

—Tú y Dominik. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Oh, no estamos juntos. Solo somos amigos. —Adrien la miró con una mueca de escepticismo—. Borra esa sonrisa patosa; es verdad. Nos conocemos desde que éramos niños y hemos sido amigos desde entonces.

—No parece que fuera eso *todo lo que son*.



—¿Has escuchado eso de «uno contra el mundo»? —Él asintió—. Bien. Desde que nos conocimos, siempre hemos sido nosotros

contra el mundo.

—Es un vínculo muy intenso para mantenerlo durante tanto tiempo, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que no se hace difícil con la persona indicada. Es casi natural.

—Alguna vez tuve algo así. —Adrien suspiró, recargando más su cuerpo sobre la barra y bebiendo de su trago—. Era joven… Bueno, *más* joven —murmuró sonriendo con su propio chiste—. Fuimos amigos durante muchos años. No nos atrevimos a ser algo más por miedo a que no resultara y terminase por acabar con nuestra amistad. Pasó un largo tiempo hasta que decidimos intentarlo. Estuvimos casados por dos años, y fueron los dos mejores años de mi vida. Al contrario de lo que yo pensaba, la amistad resultó ser una base aún mejor que el amor para nuestro matrimonio. Y lo vivimos todo. Amamos con mayor pasión lo que se lleva tiempo deseando.

—¿Y? —Violeta lo animó a continuar cuando él se detuvo—. ¿Qué pasó?

Adrien bajó la mirada.

—Ella estaba enferma. Siempre lo estuvo, yo lo supe desde que nos conocimos, pero no me importó. Jamás fue un motivo de duda para mí. Nuestro amor fue corto y hermoso; no lo cambiaría por nada. Y ahora tengo un hijo maravilloso que me recuerda a su madre cada vez que lo veo.

—¿No crees que…? ¿No te da miedo a veces…?

—¿Qué cosa, Violeta?

—Cuando una persona se va, ¿no te da miedo pensar que… podrías decepcionarla?

El hombre negó con la cabeza, sonriendo. Violeta se dio cuenta de que miraba con ternura la franja más clara de su dedo anular, donde debería estar el anillo de casado.

—Preocúpate por los vivos, Violeta. Por quienes están aquí para ti. No los decepciones a ellos.

—¿Quieres decir que no crees que los muertos se queden con nosotros?

Ese pensamiento la entristecía. Violeta no quería creer que los muertos se iban para siempre, porque si así era perdería a demasiadas personas.

—No —negó él—. Al contrario. Ellos están con nosotros, nos acompañan, pero no están aquí para guiarnos, para ayudarnos o darnos consejo. Quiero creer que, incluso cuando me equivoco, ella está orgullosa de mí. No es fácil ser quien se queda.

—No, no lo es. —Suspiró—. Desde que murieron mis padres… Era tan pequeña que es difícil recordar el tiempo que tuve con ellos. Hay momentos en que solo recuerdo todo lo horrible que pasó después… y me lleno de tanto odio y rabia que preferiría pensar que no están viendo en lo que me he convertido.

—Oh, yo veo en lo que te has convertido —replicó Adrien, mirándola por fin a los ojos—. Y creo que, donde sea que estén, están felices de ver lo que yo veo.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces. No todas mis facetas, por lo menos.

—Todos tenemos esas facetas, Violeta. Y todos cometemos errores. Hacemos cosas malas, a veces sin querer, a veces a

propósito, pero somos nosotros quienes estamos aquí para hacerlas. Tú te criaste sola, sin ninguna guía la mayor parte de tu vida que te impidiera tomar malas decisiones. ¿Los reprocharías tú si la situación fuese al revés?

—No. —Negó enseguida—. Por supuesto que no.

—La cinco pide la cuenta, y en la catorce quieren… —Tim llegó de improviso con tanto entusiasmo que Violeta sintió que rompía la burbuja en la cual ella y Adrien se habían encerrado. En cuanto el muchacho se dio cuenta del ambiente, la expresión de su rostro cambió a una de total mortificación. Dejó la bandeja sobre la barra como en cámara lenta—. ¿Interrumpo algo?

Violeta lanzó una carcajada, tal vez porque su actitud la alegraba o porque no quería que el horrible nudo que empezaba a formarse en su garganta se tensara más. El cambio de tema era bienvenido.

Se echó hacia adelante y le dio un suave golpe en el brazo.

—No, nada, solo estábamos discutiendo nuevas opciones para la carta.

Tim asintió, sin darse por enterado.

—¿Algo bueno?

—¡Por favor! —exclamó ella—. Son mis ideas, y todas son buenas.



Durante el resto del turno creyó que tendría que esforzarse por no dejar que la melancolía se la llevara a los lugares más profundos de sus recuerdos, no obstante, no tuvo que esforzarse en lo absoluto. La atmósfera relajada, las sonrisas de las personas y sus

comentarios amables cuando les gustaba lo que les servía o cómo los atendía, la hicieron sentirse ligera otra vez.

Entre eso y las bromas constantes de Tim, las horas siguientes volaron.

Al término de la jornada la recibió el aire helado y la ausencia de gente en las calles, característica de esas horas de la madrugada. Eran alrededor de las dos y cuarto cuando salió, con la negrura y quietud frente a ella, y las luces y la música del bar a su espalda. Unos pasos más y todo fue silencio, pero la noche era algo que ella disfrutaba. Había algo especial en la oscuridad; algo que la hacía sentirse como en casa.

Sus escapadas del orfanato o de la casa de los Scott fueron siempre de noche; momentos cargados de adrenalina y euforia, o de calma e introspección. Para ella, al irse la luz no solo llegaba la hora de dormir, sino también la hora de soñar. De noche todo parecía posible. Era como si los recuerdos se volvieran más vívidos y las expectativas alcanzables.

Pensaba en eso mientras iba en el taxi, mirando las luces desvanecerse al pasar a gran velocidad por la calle despejada. Vio a un par de personas caminando y se preguntó qué las habría llevado a estar fuera a esa hora. Quizá lo mismo que a ella; quizá algo completamente distinto.

De las pocas cosas que recordaba con total claridad de cuando era niña eran las noches en que viajó con sus padres por la carretera. Aquellas vacaciones en que condujeron durante día y noche, acampando y recorriendo. Como la parte trasera del auto era toda suya, se sumergía en un mundo alterno lleno de mantas, almohadones y cosas que había querido llevarse consigo. Era capaz

de dormir todo el día para estar despierta en el momento en que empezaran a aparecer las estrellas.

Llegó a casa bastante rápido, casi demasiado. Cuando estaba así de sumida en sus pensamientos deseaba que los caminos fueran más largos. Por otro lado, la ansiedad y ganas de escuchar cómo estuvo la reunión de Dom con sus padres habían regresado. Moría por saber, aunque iba preparada para tener que esperar hasta el día siguiente. Si bien él solía esperarla, cabía la posibilidad de que ya se hubiese dormido, cosa que confirmó cuando entró en el departamento y vio que todas las luces estaban apagadas.

Trató de no hacer ruido: no quería despertarlo, así que se contentó con prender la linterna del teléfono para alumbrar el camino y no tropezar con nada. Llegó a su habitación y no prendió la luz. Tiró su bolso y las llaves sobre la cama, y fue cuando se dio la vuelta que notó la figura oscura parada junto al ventanal.

—¡AAH! —gritó pegando un salto que casi la hizo caer sobre la cama—. ¡¿Qué mierda haces aquí con todo apagado?!

El muy maldito tenía el descaro de reírse.

—Te estaba esperando.

—¿En mi habitación? Es mía, ¿recuerdas? ¿Por qué no puedes esperar en la tuya, como una persona normal? ¿O salir a recibirme? —*Cálmate*, le dijo a su corazón, que latía desaforado. Lo sentía por todo el cuerpo—. Dios, un día vas a matarme.

Dominik tuvo la decencia de parecer apenado.

—Lo siento, no quería asustarte. Es que no te escuché llegar.

—Bien. —Suspiró tratando de regularizar su pulso—. Quiero saberlo todo, solo… dame un minuto, ¿sí?

El asintió.

Lo primero que hizo fue prender la lamparita de noche: no iba a correr el riesgo de que la asustara otra vez. Casi se rio ante lo tonto del pensamiento. Se fue al baño y se quitó el maquillaje, se cepilló los dientes, el cabello y se puso el pijama. Era la mejor sensación del mundo, la de prepararse para dormir y dar por finalizado el día.

Cuando volvió a la habitación, Dominik estaba de espaldas sobre su cama. Se dio cuenta de que llevaba todavía la camisa con la que había ido a cenar. ¿Habría llegado hacía poco?

—Ahora sí —dijo al tiempo que se acomodaba a su lado entre las mantas—. Cuéntamelo todo. Pensé que tendría que ser hasta mañana…

—Te esperé. —Lo dijo casi como una promesa, como si todas las noches fuera a esperarla—. También quería hablarte.

Ella le sonrió con ternura.

—Entonces, háblame.

Y él lo hizo, suspirando.

—Fue tan extraño, Vi. No los veía hace tanto tiempo, y era como si fueran dos fantasmas con los que he pasado toda mi vida. Los reconocí, no han cambiado tanto, pero… ya no los conozco, ni siquiera estoy seguro de haberlo hecho en algún momento. Incluso cuando era pequeño y vivía en su casa, ellos casi nunca estaban.

—¿Te dijeron por qué querían verte? —Él asintió.

—Dijeron que… que mi padre hace meses tuvo un infarto.

—¿Qué? Dominik, eso es…

—Lo sé. —Asintió—. Es fuerte. Dijeron que fue un susto, más que nada. Que ahora está bien, que fue el estrés del trabajo y el ritmo de vida que estaban llevando. Desde entonces ha estado en

tratamientos. Tuvo que reducir su carga laboral, pasar más días en casa, descansando, y no tanto en la oficina.

—Debe haber sido un gran cambio para ambos.

—Lo fue. Y por eso dicen que se dieron cuenta de lo mucho que han fallado… Es más, dijeron que siempre lo han sabido. Eso de que estaban fallando, quiero decir. Pero que llegó un punto en que ya no sabían cómo arreglarlo.

—¿Y ahora sí? —inquirió la chica.

Dominik se miró las manos y jugueteó con sus dedos un buen rato antes de continuar. Cuando lo hizo, no la vio a los ojos.

—No sé. Sonaban apenados, me pidieron disculpas por todos estos años de no estar… Creo que lo decían de verdad. Pero es tan extraño, no sé cómo tener una relación con ellos cuando en realidad nunca estuvieron conmigo.

—¿Eso es lo que quieren? ¿Estar en tu vida?

—Supongo. Es lo que ellos dicen. ¿Puedo creerlo?

—Me imagino que sí, si vinieron hasta aquí…

Él se encogió de hombros. Violeta no podía ni comenzar a imaginar lo que él estaría sintiendo. Debían ser las personas que más lo querían en el mundo; en su lugar, eran dos desconocidos que regresaban luego de años para hacer las paces. Incluso a ella se le hacía complicado.

—Ese es el tema. Creo que es lo máximo que han hecho por mí en toda mi vida. Tiene que valer algo, ¿no?

—Por supuesto que sí. —Dominik suspiró y la contempló con ojos tristes. Violeta no sabía qué hacer o decir para que se sintiera mejor, mas no quería seguir viendo esa expresión en su rostro—. ¿Qué quieres tú, Dom? ¿Quieres incluirlos en tu vida?

—¿Está mal que sí quiera hacerlo? —se cuestionó—. ¿Estoy mal por plantearme el darles la oportunidad? Ha pasado tanto tiempo… No quedamos en nada concreto. De hecho, después de que se explicaran hablamos muy poco, pero al irse, cuando se despidieron… me abrazaron. Volví a sentirme como un niño de diez años. Es lo que quise toda mi infancia.

—Nunca es tarde, Dom. Al menos lo están intentando. Se demoraron, sí, pero podrían haberlo dejado estar, no haber hecho nada y permitir que todo siguiera igual. Eligieron cambiar las cosas, *tratar* de arreglar sus errores.

—Las personas no cambian —dijo, apartando otra vez la mirada—. Es lo que siempre te dije, Vi. ¿Me considerarías un hipócrita por desear creerles?

Ella negó con la cabeza y lo miró con ternura.

—No. Y tenías razón, Dominik. Las personas no cambian.

—Después de todo, ¿de verdad crees…?

—Crecen —dijo sin más—. Las personas no cambian, pero sí crecen. Dios, míranos a nosotros, míranos ahora. ¿Quién hubiera dicho…?

No completó la frase. Tanto había pasado que no podía decidirse por una sola cosa para ejemplificar. Él, de todos modos, lo entendió.

—Gracias, Violeta.

—¿Por qué?

—Por estar.

Eso hizo que su corazón se hinchase de ternura.

—Siempre.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —rio ella con sarcasmo, tratando de aligerar el ambiente, que él sonriera—. Yo no tengo padres millonarios que quieran hacer las paces conmigo, o que me mantengan… pero sí tengo un mejor amigo que puede hacer lo mismo.

Cuando Dominik la observó con la chispa de broma en los ojos, Violeta supo que lo había logrado, que todo estaría bien. Que él estaría bien.

—¡JA! Ni lo sueñes. Es más, creo que deberías comenzar a pagarme renta.

—Ah, ¿sí? Desde donde yo lo veo, deberías pagarme tú a mí. Después de todo, mi apartamento sigue cobrándose y yo estoy aquí.

—Tú estás loca. ¿Qué gano yo con eso?

—El placer de mi compañía.

No pudieron evitarlo: ambos rieron como si fuese lo más gracioso del mundo.

Violeta pensó que le gustaba verlo así, reír a carcajadas, porque él era de los que siempre sonreían, pero pocas veces escuchaba su risa.

Al final, cuando el silencio volvió, sus labios permanecieron curvados hacia arriba.

—Es en serio —dijo él, calmado.

—¿Qué cosa, Dom?

—¿Cómo estás tú?

Se lo pensó un momento, pues no quería decir algo que no fuese cierto solo por decirlo rápido.

—Mejor —decidió al fin—. Estoy mejor. —Se recostó sobre su espalda mirando a Dominik, que sonreía como si supiera algo que ella ignoraba. Su sonrisa se tornó contagiosa, y la mantuvo hasta

que Violeta lo imitó con las mejillas enrojecidas, sin saber por qué—. ¿Qué?

—¿Quieres ver algo genial? —Ella, por descontado, asintió.

Dominik sonrió todavía más amplio si se podía y se levantó para apagar la luz.

—¿Qué…?

—Shh, espera.

Lo siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la ventana. No se dio ni cuenta de qué hacía el muchacho hasta que, de pronto, fue como si un millón de pequeñas luciérnagas se hubiesen instalado en su ventana: un montón de lucecitas unidas por un diminuto alambre de cobre estaban colgadas detrás del velo de la cortina, y ella ni cuenta se había dado. Las luces, de un tenue amarillo, se reflejaban en el cristal y este, como un espejo, las devolvía y las convertía en el doble de lo que en realidad eran. Toda la pieza se iluminaba. Fuera, la oscuridad ya no parecía tan abrumadora.

—Dominik, ¿qué…?

—Dijiste que no te gustaban los días nublados porque no podías ver las estrellas. Bien, estas son tus estrellas. Ahora ya puedes verlas. —Abrió la boca muchas veces, pero las palabras jamás llegaron hasta ella. Sintió que sus ojos se cristalizaban y que su corazón se llenaba, por fin, de una felicidad infantil y tan, tan grande, que casi le producía tristeza. Se limpió, sonriendo, una lágrima rebelde de la mejilla—. Sé que no te vas a quedar para siempre, pero mientras estés, aquí van a estar. —Caminó hacia ella y se sentó a su lado sobre la cama una vez más—. Dime algo —pidió, pero ella siguió negando con la cabeza como una idiota, sin poder creérselo.

—Es que no sé qué decir —admitió al final.

—¿Te gusta?

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida. —Violeta gateó hasta él, lo abrazó por la espalda y le susurró al oído—: Gracias, Dominik.

Se mantuvieron así un momento, quietos, abrazados, observando las luces. Hasta que ella bostezó.



—Debería dejarte para que descanses, fue un día largo.

Violeta asintió. Apenas él se fue, ella se levantó de la cama con una sonrisa pintada en la cara y se plantó frente a la ventana, admirando las luces que tanto le gustaban. ¡Qué bien la conocía! Pensó que era lo más lindo que habían hecho por ella en muchísimo tiempo.

Parada ahí se puso a pensar en todo lo ocurrido desde que salió del orfanato, en todas y cada una de las acciones y las palabras que la habían llevado hasta ese momento. Y ahí estaba: justo donde había empezado. De algún modo siempre volvía al comienzo; eran ellos contra el mundo. Eran un equipo.

Escuchó los pasos de Dominik antes de verlo aparecer por el pasillo que llevaba a la cocina.

—¿Todo bien? —le preguntó, asomando su cabeza.

—No puedo dejar de verlas.

—Esa era más o menos la idea. —La muchacha sonrió.

Sin darse cuenta de lo que hacía, caminó hacia él y le tomó la mano.

—En serio, gracias.

—Era lo menos que podía hacer.

Violeta suspiró.

—¿Podrías quedarte aquí un momento? Solo un rato más, es que… no quiero estar sola.

—Nunca estás sola, Violeta. Yo estoy contigo. ¿Y, Vi? —preguntó. Ella lo miró—. Aunque el pasado es terrible, el presente es mejor. Y *siempre* estaré contigo.

Violeta asintió, tragándose las lágrimas.

Dominik no se fue hasta que ella se durmió. Estuvo a su lado, abrazándola sin poder dejar de mirarla hasta que la muchacha se

perdió en la inconsciencia. Se levantó despacio, cuidando de no despertarla. Se acercó a la ventana y metió la mano entre las cortinas para encontrar el pequeño interruptor que apagaba las luces. De un instante a otro, todo se sumió en la oscuridad.

Apenas podía vislumbrar la silueta de Violeta, pero distinguía el leve movimiento que hacía su cuerpo al respirar. Se acercó a ella y subió las frazadas hasta que estas cubrieron sus hombros y su espalda: no quería que pasara frío o que enfermara. Dominik se hubiese quedado ahí toda la noche, con ella, abrazándola, observándola sin decir palabra, pero sabía que si quería recuperarla algún día, tenía que darle su espacio, así que salió de la habitación y juntó la puerta sin hacer el menor ruido.

Mañana será un nuevo día, pensó.



CAPÍTULO 8

El amor más grande y roto

«Upside of Down» – SVRCINA

Violeta

Todas las piezas del puzle estaban volviendo a su lugar. Todas, menos una, y pensé que esa pieza estaría perdida para siempre, que el hueco en mi corazón nunca se llenaría… Hasta ese día. Me dirigí hacia mi apartamento por las veredas abarrotadas de gente. Llevaba poco más de tres cuadras y ya estaba arrepentida de mi elección de caminar. ¿Por qué demonios no había aprendido a conducir aún? Dominik me lo decía siempre, pero yo no podía decidir si me gustaba menos caminar o la idea de ir tras el volante de un auto.

Recorrí las calles con los auriculares puestos: la música era lo único que me ayudaba a aislarme del resto de las personas, a no pensar en sus empujones, a soportar las miradas lascivas de algunos o a dejar de lado la incomodidad de no saber dónde posar la vista cuando alguien venía de frente.

La noche anterior había llegado a la conclusión de que no podía seguir evadiendo mis responsabilidades por más tiempo. Llevaba meses viviendo con Dominik y mi apartamento seguía ahí, acumulando polvo. Se suponía que sería algo temporal, que estaría con él hasta que me recuperase y ya, pero si era sincera, cada vez me acostumbraba más a su compañía, y me gustaba que así fuera, porque eso había permitido que nuestra amistad se reafirmara. Aparte, no sabía cómo hubiera sobrevivido los últimos meses de haber estado sola. No por la herida, ya que bien podía arreglármelas

por mi cuenta, sino por mi desastre mental y emocional luego de que todo pasó. En ese minuto toqué fondo; no quería ni imaginar cuánto más profundo y oscuro hubiese sido ese fondo de no haber tenido a nadie que me apoyase.

El apartamento, eso sí, era otra cuestión: todavía no decidía qué hacer con él, y eso que lo pensé durante toda la noche. Por un lado, alquilarlo era la opción más lógica, porque no quería volver a vivir sola, no ahora que todo funcionaba tan bien y me sentía cómoda donde estaba. Por el otro, era muy consciente de que todo podía irse pronto al carajo y, si eso sucedía, querría un lugar donde escaparme del mundo.

Pero me dedicaría a pensar sobre eso más adelante. Todavía podía permitirme estirarlo unas semanas más.

Crucé las puertas giratorias y sentí como si pasara de un ambiente con aire acondicionado a uno sin él. Fue sofocante la cantidad de presión que se me vino encima de solo poner un pie en lo que solía ser mi realidad. Me dije a mí misma que tenía que hacer algo al respecto. El hogar jamás debería hacerte sentir como si el mundo estuviera encima tuyo, y si así era cómo me sentía al volver a casa, entonces quizá ese ya no era el lugar para mí.

Me acerqué a la mesa de recepción donde me recibió el conserje, un hombre mayor que llevaba ahí quién sabía cuánto tiempo. Hacía tanto que no lo veía que, si no fuese porque del bolsillo de su traje colgaba una plaquita con su nombre, no lo habría recordado. Aun así, me sacó una sonrisa que se alegrara de verme.

—¡Señorita Cortana! ¡Piso 7! —me saludó—. ¡Hace mucho que no la veía!

—Hola, Steve —saludé yo también, apoyándome en el mostrador —. ¿Cómo has estado?

—Oh, yo muy bien, muy bien…

—Me alegro. —Sentí la necesidad de explicarme—. Surgieron unos asuntos de último minuto de los que he tenido que ocuparme.

—Pero ¿ya está de vuelta? —quiso saber.

—Por ahora creo que no. Vine a poner un poco de orden.

Él asintió.

—Espero que todo le resulte muy bien, señorita. Han llegado varios paquetes en su ausencia. Si me espera un momento iré a buscarlos. O puedo subirlos luego a su piso —ofreció.

—Yo los llevo, Steve. No hace falta que hagas el viaje solo por eso.

—Mis rodillas se lo agradecen, señorita.

Sonreí viendo cómo se alejaba y entraba a la bodega. Esperé con la sonrisa intacta en mi rostro, observando distraída a la gente que entraba y salía del edificio. Para ser sincera, jamás se me ocurrió que mi ausencia se hubiese notado.

Cavilaba sobre eso cuando algo llamó mi atención. No puedo describir la sensación de otra manera: el corazón se me cayó a los pies incluso antes de ver quién había salido del edificio.

Tardé unos segundos en reaccionar y dejar de lado la parálisis que se había apoderado de mí. Un frío que venía desde adentro me hizo estremecer. Eché una última mirada a la bodega; al ver que Steve aún no salía, me acerqué hacia las puertas giratorias. Iba reacia al principio, pero después corrí.

Crucé las puertas, desorientada. Me confundió la gente, me confundió el sol, sin embargo…

—¿Ethan? —lo llamé. La figura se congeló con el sonido de mi voz —. ¿Ethan Carter?

Se volteó… Era él.

No supe cómo sentirme cuando sus ojos, sorprendidos y enmascarados por sus lentes, recayeron sobre mi cuerpo pálido y entumecido. Me pregunté si él notaría lo que me produjo verlo. Yo pensé que sí, porque mi corazón latía tan rápido que me dolía al respirar.

En medio de la multitud, Ethan se acercó vacilante, mirándome de arriba abajo casi sin dar crédito. ¿Estaría tratando de ver si había rastros del puñal de su madre todavía en mi cuerpo? El pensamiento me dejó un sabor amargo en la boca, que permaneció por mucho rato luego de que el *shock* inicial se desvaneciera.

Durante todos estos meses lo había llorado, había estado de duelo por él y por su amor. Había querido besarlo, abrazarlo; habría dado cualquier cosa por su perdón y por que las cosas volvieran a ser lo de antes… Jamás, *jamás* se me ocurrió que cuando lo viese lo único que querría hacer sería darle un puñetazo.

—¿Qué haces aquí? —Traté de no escupir las palabras, aunque por la expresión que puso, no me salió muy bien.

Me imaginé que él también debía sentirse contrariado, porque abrió la boca varias veces sin saber qué decir.

Lo había amado y él me dejó tirada para morir. Es más, se había jactado de eso. No tenía nada que hacer en mi edificio.

—Yo… —Se rascó el cuello con una mano y miró hacia abajo. Dios, esto era horrible. Quería abrazarlo y golpearlo a partes iguales—. Subí, pero no… no había nadie.

—Claramente.

—Quería hablar contigo.

Sí, eso me lo había imaginado. Volví a echar una mirada recelosa hacia adentro, hacia la bodega: Steve tenía mis paquetes sobre el mostrador.

Suspiré y decidí ser sincera.

—No creo que eso sea buena idea.

No quería admitir que me daba un poco de miedo quedarme a solas con él, y no sabía si eso se debía a que temía que me hiciera algo o a que no confiaba en mí estando cerca suyo. Odiaba sentirme así de indefensa y confusa.

—Por favor, yo solo… Necesito que hablemos. Q-quiero aclararlo todo.

Y pensé que *me lo debía*, así que acepté.

—Está bien.

No dije ni una palabra más y me apresuré a entrar de nuevo al edificio. Supuse que me siguió, mas no me volteé a comprobarlo: no quería que viera mi expresión contrariada. Me acerqué con lentitud al mostrador, no muy segura de cómo proceder.

—¿Está bien, señorita? —me preguntó Steve cuando tomé los paquetes—. Parece que hubiera visto un fantasma.

Hice mi mejor esfuerzo por sonreírle y tranquilizarlo.

—Algo parecido. Gracias por guardarme esto, Steve.

—No hay de qué —se despidió con amabilidad.

Me demoré un poco más de lo debido en volver a darme la vuelta. Mi cerebro funcionaba a toda máquina, cavilando cada posibilidad. Parte de mí no quería pasar por el estrés y la ansiedad que esa conversación me producía. Prefería evitarlo y ordenar mis asuntos tranquila, como había planeado. Sin embargo, otra parte de mí era

consciente de que, por más que me aterrara, era lo correcto. Al fin y al cabo, ambos teníamos mucho que soltar.

Cuando estuve junto a Ethan, sus ojos volvieron a mirarme con una extraña mezcla de sentimientos. Me ponía mejor pensar que se sentía tan raro como yo en esa situación, pero odié el maldito temblor que recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de que en sus ojos no había furia, ni odio, ni altivez, ni desprecio, solo… pena.

—¿Subimos? —musité.

Ethan asintió y me siguió al ascensor.

Las puertas se cerraron dejándonos a él, a mí y a la incomodidad dentro. No me miró durante todo el trayecto, pero yo sí que me di el lujo de analizarlo descaradamente. No me importó que mi mirada lo hiciera bajar la suya ni que sus mejillas enrojecieran. Necesitaba saber qué había cambiado en él. Necesitaba precisar qué era diferente ahora y comprobar si esos cambios se notarían en su exterior.

Tal vez la respuesta a mi pregunta era simple: todo.

—¿Te ayudo? —ofreció cuando luché por no dejar caer los paquetes mientras sacaba el manojo de llaves del bolsillo.

Su voz era cuidadosa y suave.

Asentí muda, porque no había caso en pretender que no conocía mi casa, mi cuerpo, a mí. Le entregué los paquetes vigilando que nuestros dedos no se rozaran, porque estaba segura de que no podría soportarlo. No quería ni pensar en lo que sentiría ante su tacto cuando ya estaba luchando por mantener todos mis sentimientos a raya. Había erigido una pared entre él y mis emociones que no había hecho más que solidificarse como un hielo en el trayecto de los siete pisos que subimos.

Las manos me temblaban.

Cuando entré, el frío fue lo primero en recibirme. Me estremecí al dejar las llaves sobre la mesa de la entrada, y le indiqué que pusiera los paquetes sobre la silla mientras yo iba a prender un calefactor para darle un poco de calor a mi cuerpo, que de pronto se había entumecido.

—¿Quieres un café? —le pregunté, dirigiéndome de antemano a la cocina, porque ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

—Sí, gracias.

Él me acompañó. No se sentó, sino que se quedó parado analizando todos mis movimientos junto al marco de la puerta mientras que yo me esforzaba por recuperar el control de mí misma. Sentía su mirada quemándome, tratando de descifrarme, y ahora era yo la que no podía verlo.

Mis emociones no eran el problema, pero mi cuerpo temblaba, el corazón me golpeaba las costillas y estaba teniendo dificultad para no hiperventilar. Me ponía nerviosa su presencia, tener sus ojos sobre mí después de tantos meses pensando que él y yo nunca volveríamos a estar en la misma habitación. Odiaba admitir que, en el fondo, todavía lo extrañaba.

Esta revelación me golpeó como una ola de agotamiento mental. Sentí todo el peso de los últimos meses venírseme encima, y tuve que cerrar los ojos un minuto y suspirar. Por suerte me repuse pronto, o al menos fingí hacerlo, porque no quería que viera lo mucho que me había destruido.

Le tendí la taza de café, él la aceptó con un intento de sonrisa y nos dirigimos hacia la sala. Me senté en el sillón y me sorprendí

muchísimo cuando él se sentó a mi lado, pese a que dejó una distancia prudente.

No pude ocultar mi desconcierto.

—¿Violeta…? —comenzó, al mismo tiempo que yo soltaba:

—Leí *Matar a un ruiseñor*.

No sé por qué dije eso. Ni siquiera estaba segura de que a esas alturas le importara, pero no pude contenerme: el silencio me estaba matando.

Él, para sorprenderme todavía más, sonrió. Esta vez, de verdad.

—¿Te gustó?

—Me encantó.

Otra vez hubo silencio, solo que ahora fue peor, porque no pude escapar de la mirada que me enganchaba como si tratara de leer todos y cada uno de mis pensamientos. Me odié cuando noté que mis ojos se cristalizaban. ¿Por qué demonios iba a llorar? Todavía no decíamos nada.

Aparté la mirada al fin y cerré los ojos. *Quizá*, pensé*, hubiese sido mejor no haber venido*. Era un silencio ahogante, cargado de tensión y sentimientos de amor resquebrajado. No lo soporté más.

—¿Por qué viniste?

—Ya te lo dije —replicó con suavidad, todavía mirándome fijo—. Quiero que hablemos.

Sí, eso ya me lo había dicho. Aun así…

—No pensé que nos quedara nada por decir —susurré.

—Pues yo sí. —Su convicción terminó por desmoronar mi barrera. Bastó eso. El hielo se derritió. Me sentí expuesta. Expuesta y vulnerable—. Estos meses han sido los más difíciles de mi vida, Violeta. No he podido dejar de pensar en… en todo lo que ocurrió,

en ti, en nosotros, en lo que tuvimos. No dejo de preguntarme si… —Negó con la cabeza—. Y cómo terminó todo, yo… ¿Estás bien?

—La herida sanó, si eso es lo que estás preguntando.

Él no se molestó con mi tono. Yo pensé que lo haría, pero no había ni el más mínimo rastro de enojo en su mirada. ¿Cómo…?

—Lo siento tanto, Violeta.

—¿*Tú* lo sientes? —pregunté incrédula.

Él asintió. Por supuesto, yo jamás iba a esperar que su madre se disculpara. De esa mujer no me interesaban sus razones, no me importaba en lo más mínimo conocer las motivaciones de su actuar. Con saber que me había arruinado la vida dos veces me bastaba para desear que se pudriera en el infierno, pero entre él y yo… Creí que, de vernos de nuevo, sería yo quien se estaría disculpando. Por los engaños, por las mentiras… Por todo.

—He querido decírtelo por meses. Primero no sabía cómo, tenía miedo de acercarme, y luego… no estabas aquí.

—¿Ya habías venido?

La voz apenas me salía.

—Sí. Supuse que te habrías ido, pero…

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Me hubieses contestado? —Me dolió que asumiera que la respuesta era «no» cuando, en realidad, estaba lejos de serlo—. De todos modos, no creo que sea la mejor manera de arreglar algo como esto.

—No sé si «esto» se pueda arreglar, Ethan.

Él levantó la mirada de sus manos. Su expresión me dolía todavía más, porque él lo sabía y, aun así, había venido.

—Hay tantas cosas que quiero… que *necesito* entender*…* —Sonaba realmente desesperado, y me permití pensar que, tal vez, lo que me había torturado a mí los últimos meses también lo había torturado a él—. ¿Lo sabías? —soltó Ethan, mas no logré comprender a qué se refería—. Ese día, cuando nos conocimos en el bar, ¿supiste quién era yo?

Negué con la cabeza.

—No. Me enteré después, cuando ella fue a buscarte. —No iba a nombrarla—. Por eso me fui, no supe qué hacer.

Suspiré, empezando a sentir cómo mi estómago se apretaba al recordar.

—Pero cuando volviste… Cuando volviste lo sabías.

Ya no era una pregunta.

—Sí. Lo sabía.

—Y me dejaste enamorarme de ti. Eso era lo que querías.

Me acusaba, me lo recriminaba, y yo no podía decir que no lo entendía.

—Sí, eso era lo que quería.

—Jugaste conmigo.

La voz le temblaba, y yo sentí sus palabras como una bala al corazón. Por supuesto que pensaba eso. Y lo entendía. Dios, sí lo entendía. Si la situación hubiese sido al revés, yo también lo habría pensado, pero me mataba que ni siquiera fuera capaz de creer que algo de lo que sentí fue cierto, que en algún momento el engaño y la mentira se disolvieron en la ilusión, y al final el amor que quería pretender se hizo real. No podía permitir que se fuera pensando eso, porque no podría vivir en paz conmigo.

Con la voz en un hilo logré decir:

—Me enamoré de ti yo también, Ethan. —Lo vi en sus ojos: no sabía si creerme. Suspiré, consciente de que la única forma de que creyera en mí sería contándole todo—. Tú… Tú dijiste que yo iba a morir mintiendo. A ti, a todos.

Maldita sea la voz que me traicionaba al recordarlo.

—Violeta…

—Déjame terminar —lo interrumpí—. No quiero que sea así como termina nuestra historia. Tienes que saber… —Entonces me acerqué más a él y empecé a hablar. Abrí mi corazón y se lo entregué una vez más, ahora sin omitir nada. Y no lo hice por él, lo hice por mí. Para sanar, para dejar atrás—. El día en que mi padre fue asesinado, yo estaba ahí. Lo vi todo.

La voz se me quebró: era más difícil de lo que hubiese esperado, sobre todo sabiendo que, mientras yo hablaba de una *asesina*… para él era *su madre*. Suspiré apoyando la cabeza contra el respaldo del sillón y fijé mis ojos en el techo. Me sentía incapaz de enfrentarlo. Si lo miraba, el nudo de mis emociones se desataría y me volvería un desastre.

Recordé el momento en que tocaron la puerta de nuestro hogar. Recordé haber bajado la escalera cantando, pensando que mamá había vuelto antes a casa. Papá pensó lo mismo, porque caminó con una sonrisa que desapareció en cuanto abrió. Recuerdo que la dejó entrar bañada en sangre. Lo peor, me daba cuenta ahora, es que en ese minuto no supe que era la sangre de mi madre. Que yo la estaba esperando y ella jamás volvería a casa conmigo.

—Cuando ella llegó yo me escondí tras el sillón. De pequeña era muy tímida, no me gustaban los extraños, así que siempre me

escondía cuando alguien llegaba. Tu madre estaba cubierta de sangre.

»Hablaron. Dijeron mucho, hablaron de… de mi mamá, pero yo no entendí lo que querían decir, no entendí lo que estaba pasando y mucho menos que ella no volvería, que la había visto por última vez y ni siquiera me acordaba de qué le había dicho. Hasta el día de hoy no consigo acordarme. —Casi reí—. Y cuando ella lo mató, me quedé paralizada. Estuve ahí, viéndolo durante qué sé yo cuánto tiempo. Esperé a que se levantara, pero eso no pasó. Había sangre por todas partes, tenía *tanto* miedo… Luego la policía llegó y se lo llevaron en esa… en esa *bolsa*. Y yo grité, porque si cerraban la bolsa él ya no podría salir.

»Lloré y lloré, llamé a gritos a mamá hasta que se me desgarró la garganta. Tuvieron que sedarme para poder llevarme con ellos. No supe cuánto tiempo estuve dormida, todo estaba borroso… Y así continuó. Creo que seguían sedándome, porque lo siguiente que recuerdo con claridad fue despertar en el hospital. Todo lo que pasó después… —Me atreví a mirarlo al fin—. Tienes que entender, Ethan, que viví cosas horribles. Y no puedes pedirme que no la culpe, porque fue por su culpa que me llevaron… ahí.

Me detuve solo un momento, fugaz, para ver si él decía algo. No obstante, Ethan continuó callado, observándome. Lágrimas se deslizaban por su rostro de mármol, y de no haber sido por el brillo en su mirada jamás hubiera sabido lo que él estaba sintiendo.

Escapé de sus ojos y vi el techo. Ahora las lágrimas también querían salir de los míos.

—Lo llamé «La Residencia». Era una casa hermosa, pintoresca, incluso, que ocultaba horrores por dentro. Las mujeres que dirigían

el orfanato eran… Eran serpientes. Me golpearon, me encerraron por horas en un armario oscuro, sin darme de comer. Nos mantenían días sin alimento. Aprendí a tenerle miedo a mi propia sombra, hasta que conocí a Hayden.

»Fue ese mismo año. Él me ayudó, me daba comida que robaba de la cocina por las noches, me enseñaba canciones para que tarareara dentro del armario, me mostraba cómo esconder dulces bajo mi ropa… Fue mi único amigo dentro de ese infierno, hasta que ellas se lo llevaron también.

Hablar de Hayden todavía me dolía, me hacía confrontar sentimientos que no me gustaba mezclar. ¿Cómo podía explicar el agradecimiento que sentía hacia él sin mancharlo por lo que pasó al final? ¿O explicar *eso* sin desmerecer lo bueno que hizo por mí? Era imposible, solo yo lo entendía porque estuve ahí. Lo viví.

—Él empezó a marchitarse. Yo no sabía lo que pasaba; apenas me daba cuenta. Era difícil saber si era lo mismo de siempre o algo nuevo. Hayden… Resultó que ellas lo hacían vender drogas. Cada día llegaba con nuevos golpes por todo el cuerpo o en la cara. —Mi voz falló. Tuve que contenerme para no empezar a sollozar, porque si lo hacía ya no podría parar—. Ese mundo fue lo que terminó con él, pero la verdad es que Hayden murió antes incluso de estar muerto. Poco antes de que muriera, él y yo…

—Él y tú ¿qué? —preguntó Ethan con delicadeza.

No podía mirarlo y decirlo al mismo tiempo.

—Él fue la primera persona con la que estuve. Con la que tuve relaciones. —Suspiré, porque estaba atragantándome con mis palabras y mis recuerdos. Habría deseado que Zoë estuviera ahí. Ella era la única con quien me sentía libre de hablar de esto sin

quebrarme—. Yo no sé si… Después de eso me sentí horrible. Pensé que quería… La verdad, no sabía lo que estaba haciendo. Solo quería algo que se sintiera diferente, algo que se sintiera *bien* entre toda esa mierda. Pero él tenía dieciséis y yo apenas tenía diez años.

—¿Qué?

—No sé —me apresuré a decir— si lo que pasó fue abuso o no. Quiero decir… Sé que sí. En teoría, sé que sí, pero no… No sé. Acababa de perder a mis padres, estaba en un lugar de mierda, y solo quería que todo acabara. Él fue mi única salvación, ¿entiendes? Estaba aterrada de perderlo y quedarme sola con ellas. Y pensé que darle mi cuerpo en ese momento era la única forma de salvarlo a él.

Me reí para mis adentros. Ahora sonaba tan tonto… *Nada* hubiese podido salvarlo, ni siquiera yo.

El silencio que le siguió a esa oración fue impenetrable. Pensar en Hayden era remover una herida que no sabía si algún día iba a cerrar. De todas, esa era la que más sangraba. Cuando los Scott me adoptaron, una vez que pude confiar en ellos, hablar con Amber sobre esto fue lo que me ayudó a superarlo, a no dejar que lo que pasó esa última noche controlase mi vida. Ella era psicóloga, pero, por sobre todo, era mi familia. Me buscó la ayuda que necesitaba y estuvo a mi lado hasta que me di cuenta de que tenía que encontrar la forma de seguir adelante, porque la persona que me había hecho eso ya no estaba y no había nada que imputarle. Guardarle rencor a esas alturas solo me haría más daño.

—Confiaba en él y se aprovechó de eso. O quizá tampoco sabía lo que estaba haciendo. No lo sé, nunca pude preguntarle —repetí y retuve el aire—. Días después lo encontraron muerto. Y aunque creí

que dándole lo que él quería podría ayudarlo, terminé por hundirlo más. Él se suicidó.

—No es tu culpa, Violeta. Nada de eso…

Moví la cabeza y no dije nada. Sabía que podría escuchar y gritar esas palabras millones de veces y jamás las sentiría ciertas.

Seguí hablando antes de perder el valor. Le conté de Amber, de su muerte. De cómo Scott solo empeoró después y cómo Dominik me ayudó a salir de aquel lugar en vez de volver al sistema los meses que me quedaban hasta cumplir dieciocho. Llevaba no más que un par de días viviendo con él cuando se dio nuestro encuentro en el bar.

Recordarlo ahora parecía tan extraño. Era un recuerdo de otra vida, así de simple.

Cuando concluí, volvió a caer sobre nosotros un silencio aplastante. Pasaron unos minutos hasta que sentí a Ethan removerse a mi lado y acercarse todavía un poco más. Cuando por fin habló lo hizo despacio, como si tuviera miedo de que las palabras que salieran de su boca no fuesen las correctas.

—Cuando ella te lastimó... Lo siento, Violeta. Jamás quise que nada malo te pasara. Estaba enojado, sí. Herido hasta la mierda, y aun así te... —Sacudió la cabeza, sin querer decirlo—. Estaba demasiado paralizado para reaccionar, y parte de mí quería que sintieras lo que sentí yo cuando me enteré, pero no iba a dejarte morir. *Nunca*. Solo tenía que asegurarme de sacarla de ahí antes de que todo empeorara, antes de que decidiera terminar contigo de verdad. Luego llamé a la ambulancia.

Oh.

Eso no lo hubiese esperado.

—¿Tú…?

—No iba a dejar que murieras —repitió—. Ya sé lo que dije, pero nunca podría…

Yo asentí. Lo entendía. Mierda que sí.

Ethan se pasó las manos por el cabello en un gesto desesperado. Aun después de todo odiaba verlo así.

—Es solo que… ¿Qué querías lograr, Violeta? No logro comprender qué es lo que pretendías con todo eso. Solo explícame.

—Yo… —Suspiré. No tenía sentido—. Creo que ni yo lo sabía con claridad. No espero que me perdones —enfaticé—. Ni siquiera espero que entiendas por qué actué como lo hice. Lo que sí espero que entiendas es lo que fue para mí verla ahí ese día. —*Respira, Violeta*, me dije—. Tu madre destrozó mi vida, a mi familia, y yo pensé que por lo menos después de todos esos años no tendría que volver a pensar en ella. En ese minuto era el menor de mis males. Pero verla ahí, caminando por la calle como si nada… Mis padres jamás tendrán eso, Ethan —le hice ver—. *Nosotros* jamás tendremos eso, y todo lo que ocurrió…

—Fue su culpa —terminó él. Ni siquiera hizo falta que asintiera—. Lo sé.

—Cuando la vi ahí simplemente reaccioné. Le di muchas vueltas durante los años que estuve fuera. Y en parte me alejé por eso, porque me daba miedo volver y hacer… justo lo que hice. Fue impulsivo, emocional, inmaduro, pero a pesar de todo, si volviera el tiempo atrás, lo haría de nuevo, porque jamás me sentiré a salvo si ella está libre.

—No creo que tengas que preocuparte por eso nunca más, Violeta. Ahora está de vuelta en el hospital. No creo que salga de ahí

durante mucho tiempo. Es lo correcto. Ella no está bien.

Eso me dejó pasmada. Que Katherine estaba… oh. *Oh*.

No supe qué agregar. ¿Debía decirle que lo sentía? No por ella; por él, porque notaba que lo desgarraba. ¿O debía decirle que me alegraba de que esa mujer estuviese encerrada, como merecía? Dudé que eso aportara a la situación, aunque era cierto.

—Mentí —confesé al final—. Cuando me interrogaron en el hospital acerca de lo que pasó, no les dije qué había sucedido.

Él lo sabía, lo vi en su expresión. Y era obvio. Después de todo, la policía jamás apareció en su puerta.

—¿Por qué?

—No lo sé —contesté por instinto, no obstante, en cuanto lo pensé mejor me di cuenta de que eso no era del todo cierto—. He vivido toda mi vida con *tanto odio…* —Hablaba sin saber qué estaba diciendo, pero no me detuve. Expulsé las palabras fuera de mí—. Y creo que durante este tiempo no he querido darme cuenta de que no todo ese resentimiento era hacia ti. Hacia ella, quiero decir. Sí, por supuesto que sentía odio, pero también… —Suspiré—. Nadie obligó a mi padre a engañar a mamá. Nadie lo forzó a hacer lo que hizo, y nunca he podido evitar que parte de mí lo odie, porque de no haber sido por eso nada de esto hubiera pasado. Tu madre no es inocente, pero él tampoco lo era.

—Violeta… —comenzó a decir. Me di cuenta de que pretendía consolarme, así que lo corté, porque no soportaría escucharlo.

—Amar es una cosa. Odiar es otra. ¿Cómo puede ser que todos estos años haya experimentado ambas con tanta intensidad hacia la misma persona?

—Es posible —afirmó. Ethan se volvió hacia mí con una expresión vidriosa y devastada que no creí volver a ver en él. Me tomó las manos y las apretó fuerte. No pude evitar pensar en que lucía como alguien que se había pasado viendo la vida a través de un cristal, y ahora este se le había hecho pedazos—. Yo no sabía, Violeta. Te lo juro. Te lo juro por lo que más quieras, yo no lo sabía. Sabía que había pasado algo malo, que ella estaba… que ella *está* enferma, que Carter se fue después de que algo malo ocurriera... Pero no sabía…

No lo dejé seguir, porque me estaba destrozando con sus palabras.

—Shh… lo sé. —Me acerqué a él y lo abracé al fin. El peso se levantó de mis hombros—. Lo sé.

—No creo que alguna vez pueda encontrar la forma de volver a lo de antes. De verla y no pensar en que no es la persona que yo creía. De no pensar en lo que hizo y en las vidas que arruinó. No pensar en lo que te hizo *a ti*. —Se detuvo en seco. Me miró con una disculpa en los ojos, mordiéndose los labios.

Supe enseguida qué fue lo que pensó.

—Pero es tu madre. —Ethan asintió—. Y la amas y la odias por eso.

Asintió nuevamente.

—Necesito saber… ¿Fue real?

—¿El qué?

—Tú, yo, lo que decías sentir…

—Fue real.

El nudo que se venía formando en mi garganta ahora era insoportable. No estaba llorando del todo, y podía hablar… pero no

supe en qué minuto me había tragado los pedazos filosos de mi corazón roto.

Lo que más me dolía era lo que vendría a continuación. Eso que ambos sabíamos. Lo que decía mi cabeza y lo que mi cuerpo y mi alma me pedían a gritos eran cosas totalmente distintas. Siempre lo eran.

Porque yo por dentro me quemaba por él, por volver a tenerlo cerca, por estar entre sus brazos y sonreír como cuando nos conocimos y no sabíamos la desgracia y la destrucción de la que seríamos parte. En ese momento era lo que hubiese querido, mas tenía que aceptar que eran mis emociones hablando y que, en unos días, todo esto también pasaría.

—Violeta, yo… te amo. Y creo que parte de mí siempre lo hará. Estoy enamorado de ti como no lo he estado nunca de nadie, pero yo no… es decir… tú y yo… Ambos sabemos que no podemos estar juntos. Hay demasiadas heridas.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Aun así, asentí.

—Lo sé —susurré. No me dio el valor para hablar más fuerte.

Ethan también asintió y, después de un eterno momento en que nos miramos a los ojos, se levantó para irse, mas yo lo detuve.

—Ethan, espera. —Me acerqué a él, dudosa y a la vez sabiendo que era lo que tenía que hacer—. Yo también te amo. —Mi voz era poco más que un murmullo, pero a él no le pasó inadvertido ese presente—. No todo fue mentira.

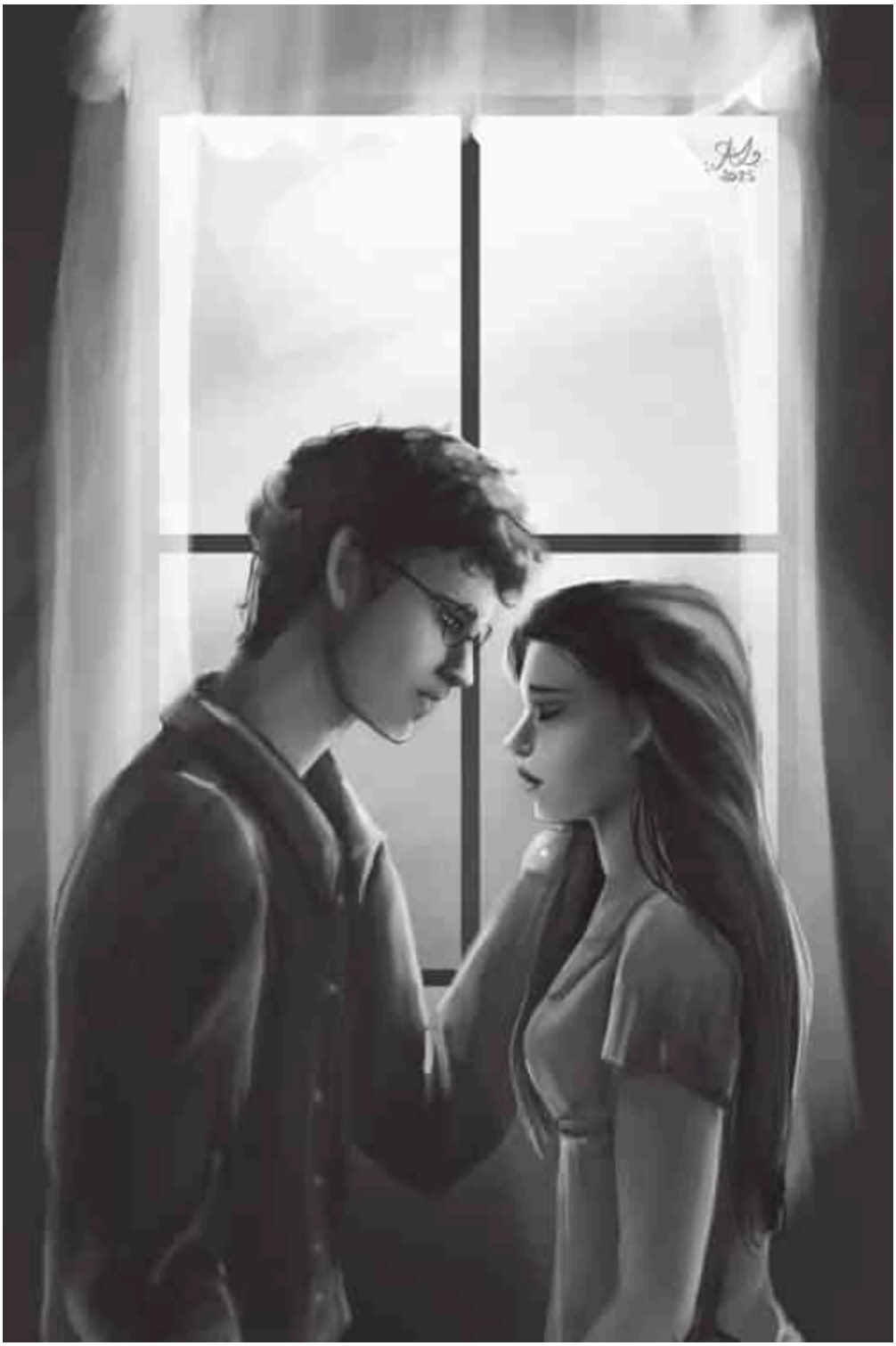
Sonrió: lo sabía.

Ethan dio un último paso que extinguió la distancia que nos separaba. Fue el roce más mínimo y al mismo tiempo el más profundo, e hizo que mi cuerpo se sacudiera en temblores. Era la

dualidad que nos representaba, porque me quedó claro en ese mismo instante, mientras lo besaba por última vez, que él fue mi amor más grande y, al mismo tiempo, el más roto.

—Adiós, Violeta.

—Adiós, Ethan.





CAPÍTULO 9

Las lágrimas que lloramos

«I Found» – Amber Run

Cuando Ethan cruzó la puerta para salir de su apartamento fue como si una parte de él se quedara atrás, con ella, y Violeta no sabía si era bueno o malo. Por un lado, el pensamiento de no volver a verlo era doloroso, pero por el otro, estaba cansada de vivir con fantasmas.

Esa tarde se permitió estar triste y expulsarlo todo de su sistema. Se dio esas horas para llorar su pérdida, y ya no más. Estaba harta de pasarse la vida lamentando lo que había perdido en lugar de estar feliz por lo que había ganado. Y aunque era más fácil decirlo que hacerlo, tenía que intentarlo. Pasó el resto de la tarde ordenando sin importar cómo se sintiera; no iba a dejar de lado lo que había ido a hacer.

En silencio anduvo como una sombra por la casa, de aquí para allá limpiando lo que más pudo; no quería darle tiempo al polvo para asentarse, así que lo aprovechó como una bienvenida distracción. En algún momento le mandó un mensaje a Dominik: se suponía que él iría a buscarla, sin embargo, se había atrasado, por lo que le dijo que no se preocupara y que volvería caminando. Si eso le pareció extraño, no dijo nada. Era otra distracción muy bienvenida: le daría tiempo para despejar su mente y poner en orden sus pensamientos.

¿Qué era lo que sentía, con exactitud? Era difícil decirlo, porque era una mezcla tan compleja de sensaciones que le costaba desenredarlas y aislar una en concreto, pero supuso que había sido lo mejor. Ahora el ciclo se había cerrado.

A eso de las siete salió de su edificio con un bolso de ropa colgando de su hombro. Todavía no decidía qué quería hacer con su

apartamento. Se suponía que eso era lo que iba a resolver… Como siempre, la vida tenía otros planes. Sí sabía que no quería estar sola, no de nuevo, no en ese minuto, así que volvió de buena gana donde Dominik.

Poco a poco el cielo se oscureció. Caminó por las calles con el abrigo puesto observando de cuando en cuando el vapor que salía de su boca a medida que la temperatura descendía. Era curioso lo que le pasaba a esa hora de la tarde, justo antes de que el sol se pusiera del todo: un estado latente entre la penumbra y la oscuridad. El último tono de gris antes de volverse negro, las últimas gotas de nostalgia antes de por fin quedar en paz. Las luces que se desdibujaban como aureolas y le aportaban color a la noche inminente.

Casi había oscurecido por completo cuando abrió la puerta del departamento de Dominik. Dejó caer el bolso en el suelo antes de cerrar la puerta: el hombro ya le dolía.

—¿Dom? —preguntó con timidez.

Al instante vio la luz del pasillo encenderse.

—Hola —saludó el chico apareciendo junto a ella y tomando su bolso. Traía una tenue sonrisa que no tardó en volverse un gesto de preocupación—. ¿Estás bien? ¿Cómo te fue?

—Me fue bien… pero me cansé caminando—admitió, tratando de que volviera a sonreír.

—Sí, ¿a qué iba eso? —inquirió con sarcasmo mientras la seguía hacia su habitación.

Violeta suspiró y tomó el bolso de su hombro con una sonrisa de agradecimiento. Lo dejó sobre la cama y comenzó a sacar las cosas.

—Solo… creí que sería buena idea.

—Violeta, ¿qué pasa? —Ella no lo miró, porque no estaba segura de si decírselo o no—. Quisiste caminar. Si eso no es motivo suficiente para pensar que algo va mal, nada lo es.

—Oh, por favor —dijo rodando los ojos… Pero la había hecho reír.

Siempre buscaba eso.

—Ya, en serio, mírame. ¿Estuviste llorando?

Se acercó a ella y posó una mano en su mejilla. No hizo presión, no la obligó a verlo, mas fue como si un imán atrajera sus ojos a los de él. Decidió que sincerarse era lo mejor. Además, así podría dar por concluida toda la historia. La única razón por la que dudaba era que sabía que iba a molestarle.

—Cuando llegué al edificio me encontré con… con Ethan. —La expresión de Dominik fue cambiando con cada palabra que pronunció de ahí en adelante, aunque se veía que trataba de mantener a raya sus emociones—. Quería hablar conmigo. Me dijo que había ido varias veces a buscarme, pero que nunca me encontró.

—¿No conoce el teléfono? —espetó Dominik apartando la mirada. A pesar de todo, Violeta tuvo que contener las ganas de reír—. ¿Qué? No es gracioso. Por su culpa casi mueres, Violeta. Por él casi te pierdo, así que perdona si no me hace gracia.

Su corazón dio un vuelco.

—Lo siento. —Suspiró—. Pues precisamente de eso quería hablar. Al principio no estaba segura, pero creí que era lo mejor dejarlo todo claro, así que subimos…

—Ustedes ¿qué?

Violeta resopló al ver que él se volteaba.

—¿Prefieres hablar con la pared o conmigo? —preguntó, molesta.

Dominik volvió a verla con cara de pocos amigos. Sí, al parecer prefería la pared.

—¿Cómo puedes? ¿Después de lo que su familia te ha hecho? ¿Después de todo lo que pasaste por su culpa? —Resopló viendo todo menos a ella, revolviéndose el cabello como si no supiera qué más hacer—. Es que no lo entiendo, ¿qué tendrías que…?

—¡Lo amé, Dominik! —exclamó la chica, callándolo al fin—. Y necesitaba… Necesitaba sacar esas palabras de mí, necesitaba aclarar nuestros asuntos para poder…

Se detuvo. No podía creer que, justo después de todo, estaba lista para avanzar, para dejarlo atrás.

—¿Sí? —replicó.

Era como si estuviera conteniendo la respiración mientras esperaba su respuesta, ansioso.

—Para seguir adelante —soltó, admitiéndolo al fin. Suspiró, acercándose a él—. Dom… por favor, no quiero pelear contigo.

Eso pareció ablandarlo. Su expresión se relajó y, luego de soltar una exhalación cargada de pesar, relajó los hombros y tomó su mano.

—Yo tampoco quiero pelear contigo, Violeta. Nunca más.

—Entonces no lo hagas. No te enojes, no por esto. No hay razón.

—Lo siento, solo… —Soltó su mano—. Estoy celoso.

Dominik apartó la mirada: no podía verla y decir eso al mismo tiempo. Era demasiado difícil. Violeta, por su parte, abrió los ojos como platos. Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no dejar caer su mandíbula.

Abrió la boca varias veces sin saber qué decir, pero lo que al final salió fue:

—¿Y lo admites?

—No tengo nada que perder, Vi. No es nada que no sepas.

—Yo… yo no…

Pero sí lo sabía, no podía negarlo o hacerse la tonta. Sabía lo que él sentía por ella, se lo había dicho. ¿Qué esperaba, que sus sentimientos desaparecieran? No, por supuesto que no, y en parte eso le daba esperanzas.

—Está bien. —Dominik optó por reír—. No tienes que decir nada.

Ella le sonrió y fue a sentarse en el suelo junto a la cama. Llevó sus rodillas a su pecho y al poco rato Dominik también estaba sentándose en silencio a su lado.

Permanecieron de ese modo, uno junto al otro, disfrutando tanto del silencio como de su compañía. Violeta recordaba cuando, en otro momento —casi parecía otra vida—, se había sentado ahí mismo, de esa forma, y había llorado hasta que sus ojos dolieron y las lágrimas se acabaron. ¿Ya habían pasado más de seis meses desde entonces? ¿Cómo era posible?

En ese minuto creyó que jamás podría superarlo, que el dolor nunca se iría, y sin embargo…

—¿En qué estás pensando?

—¿A dónde van las lágrimas que lloramos?

—¿Qué?

—Es en serio. —Se produjo un silencio—. Durante todo este tiempo he estado tan cegada, inmersa en una oscuridad que solo yo veía, de la que no salía más que nada porque ahí elegí quedarme, y ahora todo se ve tan…

—¿Claro? —adivinó él. Violeta asintió con una sonrisa.

—Sí. Todo se ve tan claro.

—Deben estar por ahí. Las lágrimas, me refiero. Esperando a volver al lugar del que salieron.

Violeta asintió y, suspirando, le preguntó:

—¿Tú sabías que fue Ethan quien llamó a la ambulancia luego de que Katherine me apuñalara?

—Violeta…

—¿Lo sabías? —volvió a preguntar.

—Sí, lo sabía. Cuando llegué a buscarte los paramédicos estaban saliendo contigo del departamento. Yo no entendía ni mierda, no sabía qué había pasado.

—Y, aun así, cuando me desperté supiste que había mentido.

El chico asintió.

—Después de que salieras de cirugía, Ethan se apareció en el hospital.

—¿Qué?

—Sí. Quería verte, pero no podías recibir visitas. Ni siquiera estabas despierta.

Violeta asintió, incorporando la información en su cabeza.

—Ustedes… ¿hablaron? —Dominik se limitó a hacer una mueca que ella interpretó como un «sí»—. ¿De qué?

—¿De qué crees?

No dijeron nada durante unos minutos en los que ella se preguntó si quería o no saber los detalles de esa conversación. Al final, decidió que era mejor dejar el pasado donde estaba: hasta ese momento había hecho lo contrario y, claramente, no había obtenido muy buenos resultados.

—No te traicionó, como creía. Como *ambos* creíamos —dijo al fin —. Jamás me caerá bien, y odio pensar en él cerca de ti, pero… es

algo.

Ella sabía lo mucho que a él le costaba decirlo, enamorado de ella como estaba… y lo dijo de todos modos.

—Sí —susurró Violeta, sintiéndose en paz por fin—. Es *algo*.

Dominik lanzó un profundo suspiro y se acercó más.

Violeta alcanzó a ver por el rabillo del ojo que él abría y cerraba la boca varias veces, sin atreverse a decir lo que estaba pensando. Trató de no mirarlo, de fingir que no se daba cuenta y de no presionarlo a hablar, porque no le habría gustado que se lo hicieran a ella, sin embargo, conforme pasaban los segundos se le hacía más y más difícil ignorar la tensión que crecía en su pecho.

Y esa tensión no hizo más que explotar cuando Dominik, sin verla, preguntó al fin:

—¿Todavía lo amas?

Ahí estaba, la gran pregunta. ¿Lo hacía? ¿Amaba a Ethan? Le había dicho que sí unas horas atrás, pero en el fondo sabía que ese amor era completamente diferente al que le profesó cuando todavía estaban juntos, cuando su relación aún no se torcía. Era más un «recuerdo de amor» que «amor» como tal.

—Yo… —Suspiró—. No, supongo que no.

Dominik no la miró, pero ella sí que se volteó a verlo. No estaba del todo segura de si estaba respirando. Es más, no estaba del todo segura de si ella misma seguía respirando.

Dime algo, rogaba en silencio, esperando que una fuerza del destino hiciera que Dominik se diera la vuelta, la observara y respondiera algo. Lo que fuera.

Tal vez, de alguna forma, él escuchó sus súplicas, porque se giró hacia ella y no despegó sus hermosos ojos color chocolate de los

suyos. Pasaron tantas palabras, tantos sentimientos en un solo segundo de aquella mirada, que Violeta se preguntó qué más pasaría por ese puente si se observaban todo el día.

—¿Y a mí? —susurró con un hilo de voz—. ¿Me amas a mí?

Su corazón dio un vuelco doloroso, casi agónico, porque lo que escuchaba en su voz era… desesperanza. Resignación.

Aunque hubiese querido, no habría podido mentirle.

—Siempre te he amado, Dom.

Fue como si el aire hubiese regresado a sus pulmones de golpe; Dominik exhaló.

—Violeta, lo siento tanto.

—¿Por qué? —preguntó con sorpresa—. No has hecho nada.

—Lo siento *por todo*. Por no haberte apoyado cuando me necesitabas, por haber dejado que mis estúpidos sentimientos me impidieran estar contigo… Yo sabía que me necesitabas. Sabía que, aunque todo esto era una locura, era importante para ti. Pero tenía… *tengo* tanto miedo de perderte. No podría soportar que algo malo te pasara.

—Dom, está bien. Tú tenías razón. Yo estaba equivocada.

—Aun así —replicó—. Debí haber estado contigo. Y lo siento… perdóname por no haberte dicho la verdad aquel día en esa maldita fiesta, cuando me preguntaste si te amaba… Por supuesto que te amo, Violeta. En todas las formas posibles.

Había dicho que no iba a llorar más. Quizá no debió haberlo hecho, porque sus ojos se aguaron tras sus palabras.

Se acordaba de ese día, de la fiesta, de la conversación que le rompió tanto el corazón. Se acordaba perfectamente de las declaraciones de ambos.

Entonces ¿vas a decirme que haces esto porque te gusto? ¿Vas a decirme que, después de todos estos años, me ves como algo más, y no solo como la hermana pequeña que tienes que cuidar? ¿Vas a decirme que no quieres que esté con él, que me besaste y te acostaste conmigo porque estás enamorado de mí?

—¿Por qué no lo hiciste? —quiso saber—. ¿Por qué no me lo dijiste en ese minuto? Las cosas podrían haber sido tan diferentes…

—Ya lo sé —resopló él, apartando la vista—. No dejo de pensarlo. No dejo de pensar qué hubiera pasado si no hubiese sido un completo imbécil contigo.

—Sí, lo fuiste —admitió ella sonriendo.

Dominik también sonrió. Fue una sonrisa muy pequeña, pero ahí estaba. Bajó la vista negando con la cabeza.

—No te lo dije porque tenía miedo de arruinarlo todo. Y al final fue ese mismo miedo el que hizo que todo se fuera a la mierda. Y lo siento por eso, Vi. Lo siento mucho.

Ella sonrió y lo abrazó: ya había pasado.

—Estás perdonado.

Dominik le devolvió el abrazo y así permanecieron hasta que se hicieron visibles las estrellas.



CAPÍTULO 10

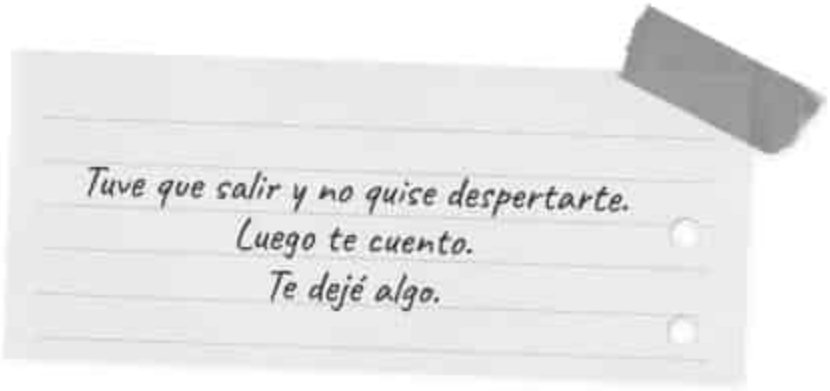
ReCuerdos que deJamos

«Breathe Again» (Acoustic) – Harrison Storm

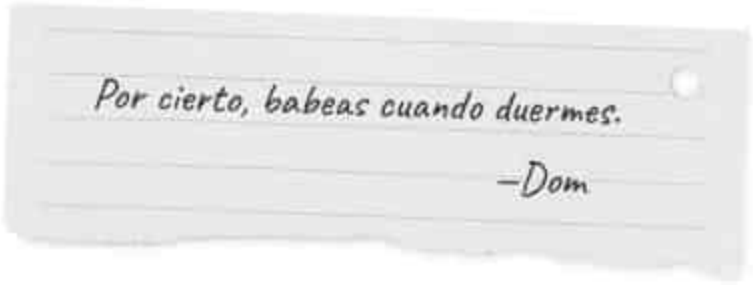
Al día siguiente Violeta se despertó tarde. Y cuando decía «tarde» se refería a eso de la una. No entendía cómo podía haber personas que encontraban que abrir los ojos a las once de la mañana era tarde.

Su estómago gruñó, sus ojos estaban hinchados y su cabeza dolía. Fuera de eso, se sentía bien. Tranquila. Y no había nada que un poco de agua fría en la cara y una aspirina no pudieran arreglar.

Después de pasar por el baño caminó hasta la cocina, preguntándose dónde estaría Dominik, porque ahí evidentemente no. Sin embargo, su respuesta la encontró sobre la mesa, en una escueta nota pegada con cinta a un pequeño paquete de cartón.



Y un par de líneas más abajo, como si se le hubiera ocurrido en el último momento:



—Idiota —masculló por lo bajo. Por supuesto que no babeaba… ¿O sí?

No pudo contener su curiosidad y abrió el paquete, que todavía estaba tibio. ¿Hacía cuánto lo habría dejado ahí?

Adivinó lo que era antes de mirar lo que había dentro: el olor lo delataba. Era comida china. Una de sus favoritas. Almorzó en la terraza, disfrutando de la vista y el silencio, pensando qué hacer con el resto de su día. Ese domingo no le tocaba trabajar, pero no le apetecía quedarse encerrada toda la tarde tampoco.

Ante ese prospecto un pensamiento apareció en su cabeza: no se le había ocurrido antes, pero a medida que la idea tomaba forma supo que era lo correcto. La sonrisa se dibujó en su cara y ya no pudo volver a quitarla. Tampoco quería. Se duchó y vistió rápido, se puso máscara de pestañas, se calzó el abrigo y salió del edificio.

Fuera la recibió el aire helado y el frío sol de principios de otoño. Aspiró con fuerza y disfrutó sentir el viento en sus pulmones: era una sensación maravillosa.

Pidió un taxi con rapidez. Apenas estuvo dentro del auto se puso los audífonos y le subió el volumen a la música hasta que esta cubrió todo lo demás. La vibración recorrió su cuerpo y en los primeros diez segundos la melodía logró colmarla de sensaciones. Quiso moverse,

bailar y gritar, pero se contuvo y reprimió también una risa, porque ya se imaginaba lo que pensaría el conductor si se ponía a cantar en la parte de atrás de su auto.

La ciudad y los edificios se desdibujaron. La última vez que hizo ese camino fue más de cuatro meses atrás, antes de que todo diera un vuelco, antes de que por poco perdiera la vida. Con el dolor de su corazón roto ni siquiera se había detenido a pensar en que estuvo a punto de morir. «Todos casi morimos alguna vez, solo que no nos damos cuenta», recordaba haberle dicho a Ethan en una ocasión. Era mucho más fácil decirlo así de ligero cuando estaba a salvo y fuera de peligro.

Después de lo sucedido los últimos días sentía que varios pesos se habían levantado de sus hombros, dejándola como un lienzo en blanco listo para ser pintado. Fue consciente de las muchas cosas que había descuidado, cosas que le importaban y a las que no les había prestado la suficiente atención por estar enfrascada en sentimientos y en ideas que en su momento parecieron correctas y ahora estaban en la basura.

Cuando llegó a su destino, la casa azul bebé saltó a la vista como un faro. Violeta se despidió del conductor y se bajó del auto desconectando la música. Era hora de dejar las heridas atrás y reconectar con lo que de verdad era importante para ella, como la felicidad y el bienestar de los niños que ahí cuidaban. Ella no tuvo una infancia feliz ni un hogar acogedor en el cual crecer, pero eso no significaba que no pudiera ayudar a otros a conseguirlo.

Subió con cuidado esos peldaños de la entrada que de pequeña le parecían inmensos y se plantó frente a la puerta. Incluso a través de las paredes podía escucharse el ajetreo del interior si prestaba

suficiente atención. Un momento después de tocar el timbre, la puerta se abrió.

La expresión de Camila al verla no tuvo precio.

—Por dios, parece como si hubieses visto un fantasma. —*Interesante elección de palabras*—. ¿No vas a invitarme a pasar?

Camila sacudió la cabeza y sonrió.

—¡Por supuesto que sí! Pasa. —Violeta sonrió y entró en el recinto —. Es solo que estamos esperando que lleguen más niños hoy, así que me sorprendí de verte; creí que serían ellos. Es una buena sorpresa, por lo demás.

Le dedicó la más tierna de las sonrisas y fue a abrazarla. Fue menos de un minuto, no obstante, Violeta sintió como si abrazara a su infancia con ella.

—Estos niños que dices que van a llegar, ¿son muy pequeños?

—No, adolescentes. Quince y dieciséis. Son hermanos. Vivían solo con su padre, pero él llevaba enfermo muchos meses y falleció hace unos días.

Violeta asintió con la cabeza, pensativa. Camila la guio hasta la cocina, un área que ella conocía muy bien. Aunque hacía años no entraba en esa estancia, y aunque era por completo imposible, casi creyó sentir el aroma del pastel de zanahoria que Amber solía preparar, o el suave vapor de los vegetales salteados de Scott.

—Espero que hayan podido despedirse.

—Sí, lo hicieron.

Eso era algo.

La invitó a sentarse y no se lo pensó dos veces. Se preguntó si los niños que estaban por llegar lograrían permanecer juntos si salían… *Cuando salieran*, se corrigió. Estaba segura de que ella haría todo lo

que estuviera en su poder por que así fuera. Observó los movimientos pausados de Camila, y le gustó que se tomara cada tarea con calma: sacar las tazas del estante, buscar el azúcar, hervir el agua. Nunca se apresuraba y por eso siempre le salía bien. O, al menos, esa era la impresión que le daba.

Violeta, por su parte, siempre hacía las cosas rápido y terminaba teniendo que limpiar el café o azúcar que regaba por todas partes.

—Había una niña aquí la última vez que vine —comentó—. Una que se quedaba en el cuarto de arriba, ese que…

—Tina. Sí, me acuerdo.

—Recuerdo que tenía problemas para adaptarse…

—La adoptaron, Violeta —contó Camila sonriendo—. Una familia muy buena. Perdieron un hijo hace años y luego no pudieron volver a tener, así que se decidieron a adoptar. Tina y ellos se llevaron muy bien desde el principio. He ido varias veces para ver cómo sigue.

El corazón de la muchacha se ablandó con esas pocas palabras.

—¿Y?

La sonrisa que puso habló por sí sola.

—Está perfecto. —La voz de Camila estaba llena de orgullo—. Va a la escuela, tiene nuevos amigos y todos los ositos de peluche que podría querer. —Rio.

Lo sabía. Ella siempre se aseguraría de que así fuera.

—Dios, cómo me hubiese gustado que fueras mi primera trabajadora social.

—A mí también. Sé que las cosas hubieran sido muy distintas, pero me da consuelo saber que, si bien un poco tarde, al final sí nos conocimos.

—No quiero ni pensar qué habría sido de mí si no. O de estos niños…

Con los años Camila se había enterado de todo lo que pasó cuando Violeta estuvo en La Residencia. Se horrorizó, y no era para menos: no podía comprender que existieran seres humanos tan crueles, que se aprovechasen de los más pequeños e inocentes. A Violeta le hubiese encantado estar de acuerdo, aunque llegados a ese punto, ya nada la sorprendía.

Para suerte de todos, La Residencia fue clausurada menos de un año después de que los Scott adoptasen a Violeta. Ningún niño volvió a pisar esa casa del infierno. Solo esperaba que no hubiesen llegado a lugares todavía peores.

—Sé que no he estado muy presente —le dijo a Camila cuando esta le entregó la taza humeante y se sentó al otro lado de la mesa —. Ni te creerías lo que ha pasado. —Resopló—. Pero desde ahora vas a tener que acostumbrarte a mi presencia, porque no dejaré de venir. Este lugar es muy importante para mí, y no creo que pueda algún día explicarte lo mucho que me tranquiliza y me llena el corazón saber que quien llegue aquí tendrá las oportunidades que yo no tuve, porque tú estás a cargo. Y si en algo tengo fe, es en que vas a asegurarte de eso.

—Gracias, Violeta —musitó la mujer estirando una mano para tomar la suya por sobre la mesa—. Será un placer tenerte.

Camila no supo qué más decir. Las palabras de Violeta habían llegado a lo profundo de su ser, y saber que ella era capaz de cambiar el destino de cientos de pequeños era lo que más amaba en este mundo. Confió en que su mirada pudiera expresar todo eso.

—¿Me los presentas?

—Por supuesto, ven.

Tomó su taza y la siguió por los pasillos. Las risas y los murmullos llegaron a sus oídos a medida que se acercaban a una de las habitaciones. La casa era grande, demasiado como para que una familia pequeña —como lo fueron los Scott y ella— viviese ahí. Muchas habitaciones vacías acumulando polvo que ahora se habían convertido en salas de clase y talleres. Era perfecto.

Se pararon junto a la puerta de madera durante un momento antes de que Camila tocara. Los ecos de las voces al interior se hicieron más claros y uno sobresalió entre los demás:

—Todo lo que hacemos son acciones. Comemos, reímos, jugamos, lloramos. Incluso cuando creen que no hacen nada, siempre están respirando, o pensando, o existiendo. Todas estas acciones que realizamos se pueden clasificar en una palabra: el verbo. El verbo expresa dicha acción, proceso o estado, y puede variar en el tiempo…

Violeta deseó que a ella se lo hubiesen explicado así de fácil cuando entró a la escuela atrasada en todas las materias, porque durante los cuatro años que pasó en la Residencia jamás asistió a clases. A las Furias no les podía importar en lo más mínimo su desarrollo, así que lo poco que aprendió fue gracias a que los chicos más grandes se dedicaban a enseñarles a los pequeños todo cuanto sabían.

—Ahora la mayor parte de los que viven aquí tienen entre cinco y trece años —explicó Camila, llamando a la puerta al fin.

Violeta asintió, preguntándose cuáles habrían sido las circunstancias que los llevaron hasta ahí. Dentro el murmullo se detuvo y pasos se aproximaron desde el otro lado del salón. Los

recibió un hombre de unos treinta años y sonrisa afable que llevaba una corbata de lunares de colores. A Violeta le gustó ese detalle, porque significaba que a él le importaba ser formal incluso en una clase con niños de siete u ocho años.

—Hola, George —saludó Camila.

—¡Hola! Veo que traes una invitada. —Se dirigió a Violeta—. ¿Qué tal? Soy George, profesor de lenguaje.

—Violeta Cortana. Encantada. —Estrechó su mano todavía sonriendo mientras Camila tomaba la palabra.

—George lleva dos años trabajando aquí. Los niños lo adoran. —El hombre rio, lanzando una mirada hacia el interior de la sala. Por supuesto, apenas se volteó para abrir la puerta todos adentro perdieron la concentración y se levantaron de sus asientos para gritar y jugar—. Violeta fue quien donó esta casa para hacer el orfanato.

Sin necesidad de verlo, ella supo que la expresión de George sería de incredulidad. ¿Cómo pudo haber donado una casa siendo tan joven?, estaría pensando, así que sintió que debía explicarse.

—Viví aquí con mi familia adoptiva, hace años. Cuando murieron y la casa quedó para mí, la convertí en esto.

Quizá era demasiada tragedia en una sola oración, pero no iba a tratar de convertirlo en algo que no era echándole endulzante. La verdad era cruda y ya, aunque sabía que cuando lo soltaba así, sin más, la gente no sabía qué responder. No fue el caso de George, quien volvió a sonreír al tiempo que asentía, comprendiendo.

—Una idea muy bella. Me alegro de que lo hicieras, porque me encanta ser parte de esto. —Más que la afirmación, lo que la

conmovió fue la determinación con que la dijo—. Pasen, por favor. Te presentaré a todos, Violeta.

—¿Seguro? No quiero interrumpir…

—Tonterías, les gusta recibir visitas.

Algo para romper con la rutina, supuso ella.

Entró junto a Camila al aula. George se paró en frente de la clase con autoridad, pero ni eso ni su tono «estricto» fueron suficientes, porque los niños tardaron un buen rato en volver a sus sillas y prestar atención.

Cuando por fin hubo silencio, o al menos algo parecido, él habló:

—Niños y niñas, quiero presentarles a alguien... No, Tony, no es el presidente. Es alguien todavía más especial para nosotros. Ella es Violeta. Se preguntarán quién es y qué hace aquí, y qué tiene que ver con nosotros. Aunque no lo parezca, ella una vez vivió aquí, muchísimo antes de que ustedes llegaran. —Un



prolongado «oooh» se extendió por la sala—. Violeta era como ustedes, y gracias a ella estamos aquí hoy.

Antes de que pudiese abrir la boca para presentarse, un chico preguntó a media voz:

—¿Por qué ya no vives aquí?

La pregunta la sorprendió. Analizó un momento cuáles eran las palabras adecuadas para responderle a un niño de siete años.

—Porque crecí, y ahora vivo en otro lugar.

—¿Es un lugar bonito?

—Sí, lo es.

—¿También iremos a un lugar bonito cuando crezcamos? —quiso saber una niña sentada en la primera fila, que apoyaba casi todo su cuerpo sobre la mesa como si tuviera sueño.

—Sí. —Eso no necesitó pensarlo—. Claro que sí.

Otro chico alzó la mano al fondo. Se estiraba en el asiento, como si eso lo hiciera más alto y visible.

George le dio la palabra.

—¿Nos leerás un cuento?

Miró al profesor de lengua con incertidumbre, mas él no parecía en absoluto sorprendido.

—Es tradición. Todas las visitas leen un cuento.

Camila asintió y ella esbozó una sonrisa.

—En ese caso, no podemos dejar que la tradición se pierda.

Lo que más la enterneció fue el «yeiiii» que exclamaron los niños ante su respuesta. Así que se pasó la tarde leyendo cuentos y contando historias, conversando o respondiendo sus preguntas. Todo, con tal de hacerlos felices.



Llegó a casa después de Dominik, que la esperaba con la cena. Su corazón estaba pleno e hinchado de alegría.



CAPÍTULO 11

El vín**C**ulo que no tuvimos

«Re: Stacks» – Bon Iver

—¿Te acuerdas de lo que solía decirte? —preguntó Dominik, conteniendo un suspiro.

La cafetería estaba casi desierta, suponía que por la hora. Dominik odiaba con el alma levantarse temprano; no lograba comprender cómo había personas que lo hacían cada día. Culpaba de eso al insomnio que lo mantenía en vela casi todas las noches, y se preguntó, observando con recelo a las personas que sí transitaban por la calle a esa hora, si es que a ellas no las despertarían también sus propios pensamientos.

A su alrededor había un total de tres mesas ocupadas. Aparte de la suya, claro, en la que solo estaban él y el café que tenía delante. Eran exactamente las diez de la mañana. Y eso estaría bien, de no ser porque había tenido que despertarse a las ocho para estar ahí a esa hora.

Al otro lado de la línea, Jasper resopló.

—Solías decirme muchas cosas, hermano. Y la mayoría de las veces estábamos borrachos.

Bueno, eso no podía negarlo.

Lo único peor que levantarse a las ocho, era hacerlo a las siete, y eso era lo que su amigo de Los Ángeles tenía que hacer gracias a su nuevo trabajo. Aunque, si miraba el lado positivo, era eso junto con la diferencia horaria lo que les permitía estar hablando en ese momento.

Desde que había abandonado LA hacía un año, más o menos, no había mantenido contacto con nadie más que con Jasper, su compañero de estudios y de fiestas. Ambos entraron a estudiar Economía el mismo año en el Instituto Tecnológico de California. Su amistad fue lo único bueno que salió del tiempo en que Violeta

estuvo en Francia, porque esos tres años fueron un abismo de malas decisiones y decisiones buenas con motivos equivocados.

Poco después de que la chica se marchase, Dominik se dio cuenta de que no podía seguir en Nueva York como si nada hubiera cambiado. No quería pasarse la vida torturándose con la interrogante de todo lo que pudo haber sido diferente, así que tomó sus cosas, puso en renta su apartamento —que amaba— y se marchó. Siempre había querido conocer California, así que decidió ir al lugar en donde se decía que la fiesta jamás terminaba.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que la fiesta sí que terminaba, y cuando eso pasaba, odiaba llegar a casa solo y con resaca, sabiendo que ni siquiera podía hablar con la única persona con la que había contado toda su vida, porque ella estaba al otro lado del mundo y le había pedido espacio. Dominik no sabía qué más espacio quería, pero le quedaba claro que un océano no era suficiente. Así que, a los pocos meses de su llegada a Los Ángeles, decidió hacer algo con un poco más de propósito: estudiar. Aunque no le veía sentido porque quizá jamás ejercería en algo acorde a su carrera, creyó que era la mejor opción.

Sus padres siempre quisieron que estudiara Derecho o Ciencia Política, como ellos. Y esa fue exactamente la razón por la que entró a estudiar Economía, a pesar de que odiaba los números y amaba las letras.

El primer día en el campus conoció a Jasper. Un chico de cabello cobrizo corto, sonrisa sarcástica y actitud desafiante. Le cayó bien enseguida, y el hecho de haberlo conocido mientras este trataba de gastarles bromas a los alumnos de último curso solo aumentó su simpatía. Se hicieron amigos con rapidez. Si bien Dominik no estaba

seguro de volver a tener con nadie un vínculo como el que tenía con Violeta, esto se le acercaba mucho y, al mismo tiempo, había algo que lo diferenciaba. No estaba seguro de qué, pero ese algo le gustaba.

A los dos meses Dominik dejó el apartamento que estaba rentando y se fue a vivir al campus junto a Jasper. Él era, en todo sentido, como el hermano que hubiese deseado tener.

Ladeó un par de veces su taza sobre el plato, observando el líquido oscuro a punto de caer, antes de responder con sequedad:

—Ya. Si sé, pero las otras veces —dijo retomando la conversación.

—Recuerdo que siempre hablabas de una chica, una que se había ido y que no p… —Percibía el rastro de burla en su tono, no obstante, tanto Jasper como él sabían que ese era un tema sobre el que jamás bromeaban.

Había ciertas cosas que sencillamente no tenían gracia.

—No —lo cortó antes de darle oportunidad de terminar la frase—. Eso no. Sobre mis padres.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Casi podía escuchar el «aah, eso», en los pensamientos de Jasper. Era otra de las cosas que los unió cuando se tuvieron la suficiente confianza como para compartirla. La relación de Jasper con su familia tampoco había sido fácil, y comprendía a la perfección lo que era tener padres a los que no podía importarles menos lo que él hiciera con su vida. Por eso lo llamó.

—Sí. Me acuerdo.

Con el tiempo se lo contó todo. Absolutamente *todo*. Le habló sobre Violeta, sobre cómo se conocieron en las calles y cómo ella terminó por convertirse en su verdadera familia compuesta por él y

las empleadas que lo criaron. Le habló sobre la poca atención que sus padres le habían dado de pequeño, y que eso no hizo más que empeorar hasta llegar al punto en que ya no soportaba estar en casa. Le contó de cuando se fue, y cómo ellos le ofrecieron dinero a cambio de mantener a su persona fuera de problemas y la boca cerrada. Y le dijo las razones por las cuales había aceptado.

Jasper lo entendió. Y lo apoyó. Si bien no había vivido lo mismo, su historia era complicada también. Por esa razón supo que fue la persona adecuada para hablar sobre lo contrariado que se sentía en ese momento.

—La semana pasada supe de ellos. —Aunque Jasper no dijo nada, Dominik estuvo seguro de que la noticia lo había sorprendido—. Cuando me llamaron no lo podía creer. De hecho, en un principio no me di cuenta de que eran ellos, porque ya no tenía los números guardados.

Cuando lo decía así hasta a él le resultaba difícil de creer que todo lo que sabía de ellos estaba en sus vagos recuerdos. Incluso podría haber pensado que estaban muertos, de no ser porque veía las cifras subir mes a mes en su cuenta bancaria.

—Querían algo.

No era una pregunta: era una afirmación. Lo asumía, y era lo mismo que pensó él cuando escuchó sus voces.

—Querían verme. Dicen que vinieron a la ciudad por eso. Que viajaron desde DC para verme. —Todavía no se lo creía del todo—. Acepté porque me convencieron, y fui a la estúpida cena sin esperar nada… y ellos dijeron que querían hacer las paces.

—¿Hacer las paces? —inquirió Jasper—. Linda forma de decirlo, porque no es como si se hubieran peleado... Para eso habrían tenido

que estar presentes.

Dominik quiso reír.

—Pensé lo mismo. Pero luego me soltaron toda esta historia… —se interrumpió.

Jasper esperó en silencio hasta que se atreviera a continuar, sin embargo, pronto se dio cuenta de que necesitaba un empujón.

—¿Qué historia?

—Dijeron que mi padre tuvo un infarto hace unos meses. Que este tiempo había estado sanando y que ahora veía las cosas de otra manera. Que nunca fueron ajenos al hecho de que eran unos padres de mierda… y que tampoco les había importado serlo —bufó—. Al menos no mintieron, ¿no? Pero dijeron que ahora querían dejar de lado lo superficial y buscar la forma de arreglar las cosas. Es gracioso, porque hablaban como si las relaciones alguna vez se hubiesen roto, pero el problema era que en realidad jamás estuvieron aquí, conmigo.

—Eso es justo lo que digo. —Jasper suspiró, incrédulo—. Es verdaderamente impresionante lo que la muerte les hace a las personas.

—¿Matarlas? —adivinó Dominik por lo bajo.

—Una experiencia cercana a eso —replicó—. Sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Y no puedo evitar pensar en que todo esto es pura mierda. Quiero decir… —Bajó la voz cuando vio que las personas de la otra mesa se lo quedaban viendo mal—. Si no hubiese sucedido, ni siquiera estarían aquí.

Jasper no lo puso en duda.

—No, pero *pasó*. No te sirve de nada pensar lo contrario.

—¿Crees que por eso sea menos válido todo lo que me han dicho?

Esta vez lo pensó un poco más. Dominik se imaginó la cara de su amigo con unos engranajes girando en la cabeza, procesando las ideas antes de decir:

—No tendría por qué.

—Aun así, no puedo confiar en ellos. No puedo simplemente creer que ahora quieren estar en mi vida y dejarlos entrar así como así.

—No tienes por qué confiar en ellos, ni siquiera darles el beneficio de la duda si no quieres. Solo dales la oportunidad de probarlo. Al final, eso dice más de ti que de tus padres.

Jasper tenía razón, como la mayoría de las veces. Siempre lograba ver las cosas desde una perspectiva distinta. Los problemas nunca lo abrumaban, sus inquietudes no lo paralizaban, sino que lo ponían a pensar, a buscar la forma de salir del apuro. Era la clase de persona que tiene una excelente capacidad para distanciarse de sí misma y de sus emociones lo suficiente como para analizar las situaciones con claridad. Jasper jamás sentiría que se ahogaba en una piscina, y eso Dominik lo envidiaba, porque él era de los que se ahogaba solo con el vaso de agua.

—Bien. Es verdad —aceptó.

—Pero eso solo puedes decidirlo tú.

—Creo que… me gustaría. Qué idiota. Tengo veinticuatro años y me sigo aferrando como un niño a la idea de la familia feliz, esa que jamás tuve.

—No es idiota. Y vamos, tampoco estás tan viejo, tu cumpleaños fue hace nada. —Dominik no pudo evitar la risa—. Si te sirve de algo, si yo fuera tú, lo intentaría. Si pudiera, les daría la oportunidad.

Tanto él como Violeta dijeron lo mismo, y viniendo de dos personas que ya no podían *darles la oportunidad*, decidió hacerles caso.

Se mantuvo hablando con él unos minutos más, atento a los tintineos de la campana que colgaba de la puerta de cristal, hasta que vio a sus padres entrar por ella. Se despidió precipitado y cortó la llamada.

Tuvo que tomarse un minuto para ocultar la sensación que le produjo verlos en un lugar tan sencillo. Los pocos recuerdos que tenía de ellos, incluso de la cena de días atrás, eran todos de traje y zapatos de tacón, bolsos y accesorios caros, y poder contemplarlos así, vestidos como personas normales que van a desayunar a una cafetería donde no había que hacer reserva… vaya si fue extraño. Le gustaba, porque no pensaba seguirles el juego de la sofisticación a las diez de la mañana.

Los saludó un tanto distante, sin animarse a acercarse demasiado, y tomó asiento otra vez frente a su café. Pasaron unos cuantos minutos en que ninguno supo qué decir o cómo comenzar una conversación. Fueron los minutos más agonizantes de su vida, por lo que agradeció quizá con demasiada vehemencia a la chica que se acercó a tomarles el pedido.

Una vez que tuvieron la comida en la mesa todo fue más fácil, porque si estaba comiendo no era necesario que hablara o, por lo menos, no se notaba tanto si no lo hacía. Las únicas palabras que intercambiaron fueron: «¿Cómo has estado?». A lo que él respondió: «Bien, nada ha cambiado mucho desde que nos vimos». Dios, qué horror.

—Dominik —comenzó su padre con decisión—. Supimos que entraste a la universidad. ¿Es que ya terminaste la carrera?

—No. La dejé en pausa el semestre pasado.

—¿Qué elegiste? —quiso saber su madre.

—Economía.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y te gustó?

Casi quiso llorar de lo ridícula que se le hacía la idea.

—Odié cada segundo. Detesto las matemáticas.

Su padre frunció el ceño.

—Entonces ¿por qué escogiste eso?

Era una pregunta válida. Decidió ser sincero. Mientras se encogía de hombros y revolvía la comida en el plato, respondió:

—Creí que les molestaría.

—¿Molestarnos? —exclamó su madre—. ¡Por supuesto que no! De hecho, nos alegró saber que al fin te habías decidido por algo.

Genial.

—Oh. Así que sí desperdicié los últimos tres años.

Había sido todo para nada. Supuso que algo había tenido de mérito, ya que ellos se habían enterado y, por descontado, no fue él quien se los dijo.

Nathaniel se removió con incomodidad.

—No puede haber sido todo un desperdicio. Algo tiene que haber…

—Sinceramente —lo cortó—, no tengo ganas de hablar de mí. No con ustedes. *No confío* en ustedes —les hizo ver. Creyó que sus palabras sonarían demasiado duras, pero ellos asintieron.

Y era lo mínimo, pues no tenía razón alguna para confiar en dos extraños solo porque estuviesen relacionados con él.

—Bien. Entonces haznos preguntas —animó su madre—. Debes tener muchas.

Ahora que lo mencionaba…

—¿Estarían aquí si no fuera por… porque papá casi murió?

Fue lo primero que salió de su boca. Ni siquiera lo pensó.

Su madre se removió en su sitio y bajó la mirada, sin saber qué responder. Eso le decía mucho. Su padre se aclaró la garganta.

—No, probablemente no. No ahora, al menos. Quizá más adelante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vamos, Dominik. —Suspiró—. No es una sorpresa que hemos dejado muchísimas cosas de lado por el trabajo. A ti, la casa, amigos… Incluso a nosotros mismos. No quiero mentirte diciéndote que estaríamos aquí de todas formas, porque no lo sé. Necesitábamos algo que nos abriera los ojos, algo que nos hiciera salir del agujero en el que estábamos metidos. Me gusta creer que si no hubiese sido esto, hubiese sido otra cosa.

—Hablas de la experiencia de casi morir como si fuese algo bueno. —Resopló.

—Tal vez sí lo fue. «Casi» es la palabra clave —quiso bromear.

Dominik bajó la vista hacia su plato. De pronto el hambre se había esfumado, pero se metió más comida en la boca para hacer tiempo mientras pensaba su próxima pregunta.

—¿Cómo está todo en casa? —quiso saber. Se le hacía extraño referirse a ese lugar como «casa». Jamás se sintió como un hogar

para él, mas no sabía de qué otra forma referirse al lugar donde creció.

Su madre tomó la palabra.

—Todo sigue igual. Estuvimos ahí poco después de que te fueras, ¿lo sabías?

Sí, él lo sabía, así como sabía que era imposible que todo siguiera igual luego de lo que había pasado. Cuando se fue de casa a los dieciséis años creyó que no volvería. Después, cuando sus padres se mudaron a Washington y la casa quedó al cuidado del personal, estuvo dispuesto a volver ahí para ver a las mujeres que lo criaron; revivir su abandono era un mal menor comparado con la alegría que le traía visitarlas.

—Ya. Eso fue hace casi un año.

Su madre asintió jugueteando con el anillo de oro que descansaba en uno de sus dedos. Quizá era un gesto propio de ella, aunque no podría afirmarlo.

—Sí, hace diez meses. Me acuerdo, Dom. —Ella jamás lo había llamado así—. Lo creas o no, quisimos ir antes. Reservamos un vuelo apenas nos enteramos, pero lo cancelaron por las tormentas. Había demasiada nieve para despegar. Luego cerraron los aeropuertos. Quisimos estar ahí en un día y terminó siendo una semana. No estaba en nuestra mano, hijo, estábamos al otro lado del país, no había más forma de viajar. Cuando llegamos nos dijeron que por poco te encontrábamos.

—Después de eso tomamos vacaciones —continuó Nathaniel—. Había demasiadas cosas de las que hacerse cargo, y era lo correcto. Ella estuvo con nosotros casi toda la vida, le debíamos demasiado, también a su familia.

—Me sorprende que se enteraran.

Dominik pretendía sonar mordaz, pero sentía que su tono iba perdiendo el filo a medida que hablaba. Tenía muy presente mantener alzada la pared que separaba sus sentimientos del mundo exterior, sin embargo, ya estaba cansado. ¡Dios, y es que costaba trabajo! Estaba harto de siempre estar en guardia con todo el mundo, de siempre tener que estar cuidando sus espaldas y también todo lo que decía, esperando a ver quién podría traicionarlo. Eso era lo que la vida le había enseñado. Y a estas alturas, estaba harto.

Tenía miedo. Esa era la verdad.

—Nos enteramos de todo. Siempre. ¿Cómo crees que supimos que vas a la universidad?

—Iba —masculló.

¿Era una sonrisa lo que quería aparecer en el rostro de su madre?

—Uno puede conservar la esperanza de que vuelvas a ir. Esta vez, quizá, a estudiar algo que sí te guste.

—Quizá —convino. Lo había pensado.

Frente a él, su padre parecía indeciso. Dominik decidió no decir nada más, para darle la oportunidad de hablar si así lo quería.

—Queríamos…

—¿Sí? —inquirió al ver que se detenía.

Su padre metió una mano dentro de su chaqueta y sacó algo que Dominik no distinguió hasta que lo puso sobre la mesa y lo extendió hacia él: un sobre. Blanco e inmaculado.

—Ella te dejó esto. Quería que lo tuvieras, en caso de morir.

Vaya. Finalmente lo habían dejado sin palabras de un piedrazo en el estómago.

Titubeando, Dominik alargó la mano y tomó el sobre dándole vueltas. Esperaba ver su nombre escrito en la parte de atrás, o una fecha… Nada. Lo único que quería era abrirlo. Le urgía saber qué contenía, no obstante, quería estar solo cuando lo hiciera, no en medio de un lugar lleno de gente que no la conocía, cuyas vidas no se habían visto afectadas.

—Fue hace mucho. ¿Cuándo recibieron esto?

—A los pocos meses —confesó su padre—. No estábamos seguros de cómo dártelo. Queríamos venir y entregártelo en persona, pero entonces…

—El infarto. —Lo dijo como si nada, aunque en su interior algo saltaba cada vez que lo mencionaba.

—Sí. —Adelaide se acercó más a él. Hizo ademán de querer tomar su mano, pero se contuvo en el último segundo—. Eso solo nos confirmó que teníamos que venir, arreglar las cosas.

—No puedes arreglar algo que no existe —le hizo ver.

—Entonces, podemos construirlo.

Dominik se lo pensó un minuto. Era una lógica que no podía discutir.

—Sí. Supongo que sí.



Llegó a casa a eso de las tres de la tarde.

Cuando hubo decidido que les daría la oportunidad, decidió también que se arriesgaría a abrirse con ellos, poco a poco. Muy poco. No tenía por qué soltarles todo de una vez, ¿verdad? Así que empezó por las cosas pequeñas, hablando de sus gustos, de la vida

en la ciudad y de los años que pasó en California, y ellos le contaron más acerca de qué habían hecho los meses posteriores a que su padre saliera del hospital y cómo se estaban preparando para renunciar a sus puestos de trabajo. Incluso se había reído. Él, Dominik Benedict, había reído durante una conversación con sus padres.

Sonrió al recordarlo, pues todavía no lo podía creer. El desayuno terminó por convertirse en almuerzo, y antes de volver dio vueltas por la ciudad tratando de procesar los eventos del día. No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero no pudo evitar sentirse como un niño en Navidad. Cuando llegó al departamento Violeta no estaba, y tuvo que contenerse de llamarla, pues se moría de ganas de contárselo todo.

Así que se fue a su habitación, se sentó sobre la cama y sacó el sobre que había guardado con extremo cuidado dentro de su abrigo. Aunque no había nada que lo evidenciara, él lo sabía: era una carta, y se la escribió Valerie antes de morir.

Cómo la extrañaba. Cómo dolía la pérdida de la mujer que sí fue una madre para él.

Valerie siguió trabajando para sus padres cuando ellos se mudaron, cuidando la casa de Nueva York junto con todos los recuerdos de su infancia. Dominik jamás perdió el contacto con ella y, una vez que sus padres se fueron, Valerie era la única razón que tenía para volver a esa casa. Iba a visitarla cada vez que podía; ella y Violeta eran sus vínculos sagrados. A Valerie se lo contaba todo: sus dudas insistentes, sus miedos más profundos. Necesitaba ese contacto más que otra cosa, sobre todo esos años sin Violeta.

Cuando tomó la decisión de marcharse al otro extremo del país, supo que jamás dejaría de verla, por nada del mundo, y ni siquiera cinco horas de viaje se lo iban a impedir. Sin falta en vacaciones de invierno y primavera volaba a Nueva York, y a veces también entremedio de las clases, en días festivos o cuando conseguía adelantar alguna materia. Esas visitas eran lo que más alegría le daba, pues sabía que con Valerie podía reír, llorar o simplemente no decir nada. Podía ser él mismo, podía permitirse bajar la guardia y respirar, sabiendo que ella nunca lo decepcionaría. En ella tenía una madre, una confidente, una familia.

Recordaba los lugares que habían visitado, las películas que vieron y los restaurantes a los que Dominik la había invitado, porque Valerie merecía lo mejor de la vida y, si esta no se lo daba, lo haría él.

Sumido en estos pensamientos abrió el sobre, con los dedos temblando ya por las emociones que no pudo ni quiso contener. Estaba solo: no había nadie ante quien fingir una fortaleza que no sentía.

Lo sorprendió encontrar una letra ordenada dentro del papel doblado: la de Valerie siempre fue un tanto desprolija y apresurada, pero no había dudas de que era la misma. Supuso que nadie realmente tenía prisa por decir sus últimas palabras.

Mi pequeño,

Si estás leyendo esto es porque ya no estoy ahí para poder contártelo en persona, y no sa-bes cuánto lo siento. De-bes tener tantas pregun-tas... He querido tener esta conversación con-tigo tantas veces, y cada vez que lo pienso me faltan las

palabras para poder decirle a la persona que más amo en el mundo que ya no podré estar a su lado. Pero me estoy quedando sin tiempo y temo que llegue mi hora sin antes poder dedicarte unas últimas palabras, incluso si no me da el corazón para hacerlo en persona. He estado enferma. No es ninguna sorpresa que la edad nos alcanza a todos, ¿no es así? Y te lo he ocultado porque... bueno, porque no concebía la idea de verte cuando

tuviera que decírtelo. No soportaba pensar en cómo saberlo afectaría tu vida, porque eres joven y quiero que disfrutes de cada minuto, sin tener que estar pendiente de una anciana como yo (sé que me llamabas así a mis espaldas, nunca fuiste bueno ocultando las cosas que te hacían gracia).

Te conocí desde antes que nacieras, y aunque no te tuve yo, tú eres mi hijo en todos los sentidos que importan. Desde muy pequeña siempre quise ser madre, era mi gran anhelo sentir el amor incondicional por mi hijo o hija, y ese sueño se vio truncado, tú lo sabes bien, pero contigo ni siquiera tuve que pensarlo. Yo estaba tan triste, y tú estabas tan solo que sentí que nos complementábamos a la perfección. Contigo conocí

ese amor con el que yo soñaba, y no dudes jamás, ni por un segundo, que has sido el regalo de mi existencia.

Sé que estas palabras deben venir como ungolpe para ti, porque no te lo esperabas, peronecesito que sepas lo que eres para mí, y quequede plasmado aquí para que nunca lo olvides. Dominik, ya no eres un niño. Eres unadulto, y quiero que te sientas tan orgullosode ti como yo, porque eres la persona en laque siempre supe que te convertirías. Siéntelo y créelo con todo tu corazón, no te menosprecies, suficiente tienes con todo lo que hasvivido y con el resto del mundo diciéndote que no puedes. Sé el cambio, sé tú quien les diga a las personas que pueden, que lo valen, que no están solas, así como yo te lo he dicho durante toda tu vida.

Tiendes a encerrarte en ti mismo, a dejar que lo negativo te afecte, a aislarte del mundo. No lo hagas, porque hay cosas maravillosas ahí fuera esperando por ti, solo tienes que ir a buscarlas, y si te encierras jamás vas a ver nada. Y, por sobre todo, no dejes que la pérdida te destruya, ya sea la mía o cualquier otra, porque pasa, te prometo que pasa. Cuando menos te des cuenta vas a sonreír con mi recuerdo en vez de llorarlo, y así sabrás que lo peor ya se fue.

Ríe, ríe con lo que te hace feliz, llora con lo que te hace triste y enójate con lo que te dé rabia, pero no dejes de sentir. Ilumina al mundo con tus sonrisas, Domi, como lo hacías conmigo.

Te amo, mi niño. Hasta que nos volvamos a ver,

Valerie

Toda su vida ella había estado con él. Lo había visto en todas sus edades, en todas sus facetas y en todas sus emociones. Siempre había tenido palabras para todo y, por lo visto, incluso cuando ya no estaba las seguía teniendo. No supo en qué minuto las lágrimas empezaron a caer, pero Dominik solo se preocupó de que no lo hicieran sobre la carta. Por lo demás… se permitió llorarlo todo como nunca antes, porque lo valía. Ella valía cada lágrima que tuviera para gastarse.

—Hasta que nos volvamos a ver, Val —susurró al aire. Pero ella lo escucharía. Sabía que lo haría, donde fuera que estuviese.



Alrededor de las seis decidió ponerse en movimiento. Había pasado el resto de la tarde casi sin moverse y no se arrepentía, porque una vez que dejó de llorar por las palabras de Valerie, se dedicó a recordar. Revivió sus mejores momentos y sonrió al rememorar cómo se sentía cuando lo abrazaba. Al final se dio cuenta de que,

una vez más, ella tenía razón: cuando consiguió reír ante los recuerdos y no sentirlos con pesar, estuvo en paz.

En general Dominik siempre se mostraba egocéntrico y arrogante. Era su escudo, su protección, y así fingía que nada lo afectaba, pero lo cierto era que disfrutaba cuando otras personas tenían la razón. Valerie, Jasper, Violeta… No le importaba. Eso solo le demostraba que todavía le quedaba mucho por aprender.

Sabía que iba a cumplir con lo que Valerie le había pedido: sería la persona que quería ser y estaría orgulloso de eso. La idea le arrancó otra sonrisa, porque pensó en lo feliz que estaría ella de saber que iba a darles a sus padres la oportunidad de estar en su vida, de que se abriría al mundo en lugar de cerrarse a él.

Como Violeta aún no llegaba y ya se estaba haciendo tarde, decidió empezar la cena. Preparó verduras salteadas, carne para él y tofu para ella. Le gustaba cocinar, disfrutaba de seguir un orden, tomarse las cosas con calma y experimentar con distintos sabores. Así que de pronto se le ocurrió agregar coco rallado a las verduras. Lo hizo solo porque sí, pero el resultado le encantó.

El cielo había oscurecido por completo cuando escuchó la puerta del departamento abrirse.

—¿Dom? —Justo a tiempo.

Salió de la cocina a recibirla con los brazos abiertos, feliz de que ahora podría contarle todo lo que había pasado ese día. La abrazó sin pensarlo.

—Tengo tanto que decirte —susurró con la cara escondida entre su pelo.

—También yo. —Podía escuchar la sonrisa en su voz. Ella igual estaba feliz.

Permaneció abrazándola un rato más del necesario, aunque ella tampoco había hecho nada por separarse. A final se alejó solo un poco, casi a regañadientes. Se sentía tan bien estar así de cerca, pero tenía miedo de forzarlo.

—Ven, vamos a comer.

—¿Cocinaste? —inquirió Violeta.

Dominik tuvo que resoplar.

—No actúes tan sorprendida, siempre cocino yo.

—¡No es cierto!

Dominik no respondió, pues sabía que eso le molestaría más.

No se preocuparon de ordenar la cocina o de poner la mesa y fueron directo a la pieza de él, que tenía la cama más grande, y se sentaron allí a comer uno junto al otro.

—¿Le echaste algo distinto a esto? —quiso saber la chica—. Porque está medianamente decente.

—Eso significa que te encantó.

—Sabes que sí.

Se metió un par de cucharadas más de comida a la boca y, luego de haberla disfrutado como correspondía, lo miró a los ojos:

—¿A dónde fuiste hoy? —preguntaron al mismo tiempo.

Violeta sonrió y tomó la palabra.

—Fui al orfanato. —A Dominik le alegró escuchar eso. Si bien había estado un tanto alejada debido a los últimos eventos, sabía de sobra lo importante que era para Violeta asegurarse de que esos niños no vivieran lo que ella—. Estuve con Camila, me habló sobre muchas cosas, me contó de los niños que habían llegado y de los que se habían marchado… Una niña que conocí el último año también se fue, la adoptaron. ¡Incluso me mostró fotos! Ahora tiene

una familia, hermanos que la cuidan, ¡y hasta un gato! Es feliz, Dom —le contó, y el brillo en sus ojos hizo que le dieran ganas de abrazarla de nuevo—. También conocí a uno de los profesores de lenguaje. Es muy amable, me presentó a su clase y les leí cuentos. Me dijeron que era una tradición que todos los visitantes les leyeran a los más pequeños. A lo mejor un día vas conmigo y les lees también.

Lo sugirió como quien no quiere la cosa, pero él no necesitaba ni pensarlo.

—Por supuesto. Me encantaría.

Violeta le dedicó una de las sonrisas más lindas que había esbozado nunca.

—¿Y tú? ¿A dónde fuiste tan temprano? ¡Y, oye, yo no babeo…!

—Sí que lo haces. —Recibió el cojín que ella le arrojó y lo sostuvo contra su pecho para no darle más municiones—. De hecho, estaba con mis padres.

—Wow.

—Sí.

—¿En serio?

—¡Sí! —Casi gritó por la emoción que ella le contagiaba—. Me escribieron anoche para preguntarme si quería desayunar con ellos. Y —agregó antes de que lo interrumpiera— ya estabas dormida. Y vaya que dormiste. —Rio—. No quise despertarte con mi crisis existencial sobre si ir o no; supuse que hubieras dicho que sí.

—Por descontado. Estoy muy feliz por ti, Dom. En serio. Y estoy orgullosa porque les diste la oportunidad, es algo grande para ti.

—Es lo que siempre quise —admitió él—. No sé si pueda ser una relación normal de padres e hijo, pero por lo menos es algo, y eso es

más que antes.

—¡Claro que sí! ¿Y qué tal te fue? ¿A qué hora volviste?

—A eso de las tres. Fue… Estuvo bien. Conversamos. Supongo que era la conversación que tendrían personas que recién se conocen, pero…

—En cierto sentido es así —completó.

Dominik asintió pensativo.

—Exacto. Y también me dieron algo, una carta… De Valerie. —Ante eso, Violeta no supo qué decir. Estaba sorprendida—. La leí cuando llegué.

—¿Puedo preguntar qué…?

—Decía… que quería que fuera feliz.

—Por supuesto que eso quería, Dom. —Violeta suspiró, sonriendo con un poco de pesar—. Me gustaría haber podido conocerla. Era una mujer impresionante.

No lo dijo como una duda, o como algo que ella «debía haber sido». Lo afirmó, pese a que de Valerie solo sabía las cosas que Dominik le había contado. Eso le gustó.

—Estoy seguro de que se hubieran llevado genial, si de pequeños hasta se ponía de tu lado cuando peleábamos.

—Es porque sabía quién tenía la razón —se jactó Violeta.

Dominik resopló, pero no pudo evitar que la sonrisa tirase de sus labios por más que trató de contenerse.

—No voy a tener otra vez esa discusión contigo.

—Desearía haber venido cuando ella murió.

—Yo te pedí que no lo hicieras.

—Lo sé. Pero debí haber venido de todos modos.

—Insistí mucho —le recordó él.

—Y yo debí haber insistido más.

—No —negó él—. Respetaste lo que yo quería. Siempre lo has hecho.

—¿Por qué no querías que estuviera contigo?

—Porque hay cosas que tengo que hacer solo.

—No estás solo.

—¿Es que vas a discutirlo todo? —Ella se encogió de hombros—. Bien. Si lo quieres saber de verdad, es porque era demasiado doloroso y no quería que me vieras así.

—No tienes que ser fuerte por mí todo el tiempo, Dom. Yo también puedo ser fuerte por los dos.

—No lo dudo —afirmó—. Pero si hubieras estado aquí… Tú siempre has sido mi punto débil, Violeta. Me haces sacar todo de mí. Me vuelves fuerte, pero también vulnerable, y tenía miedo de que vinieras, porque si hubieras estado aquí no sé si me hubiese afirmado o me hubiese roto.



CAPÍTULO 12

Con el paso del tiempo

«Heartbeat» – Sailr

Violeta iba al orfanato al menos dos veces por semana. Desde esa visita en que les leyó a los niños, un mes atrás, algo cambió para bien dentro de ella. Y no es que antes no lo supiera, pero ahora ya no había duda: ese era su propósito, y le había dedicado cada momento libre que tenía a ese «propósito». Incluso estaba pensando en organizar una gala benéfica para recaudar fondos y mejorar algunas partes de la infraestructura de la casa. Los días fluían cada vez más deprisa, y sus sentimientos no le pesaban.

Dominik y ella eran los de antes. No, eso no era cierto: la verdad era que su amistad estaba mejor que nunca. A ella le llenaba el corazón verlo así de feliz por la relación que estaba construyendo poco a poco con sus padres, y se notaba también que ellos hacían un esfuerzo por estar involucrados, por compensar de alguna manera los años perdidos, y eso era todo lo que importaba. Ahora lo llamaban constantemente y salían a recorrer Nueva York, a comer o a tomar un café. Y a Dominik le encantaba el café, así que no se negaba. Por otro lado, era obvio que algo había cambiado también en él, porque si bien seguía mostrándose un poco temeroso y con dudas, no dejaba que eso lo controlara. Había decidido abrirse a la vida sin importarle que esta pudiera cerrarle la puerta en la cara. Se había arriesgado, y eso era algo que él jamás hacía.

También la había acompañado al orfanato. Violeta sonrió al pensar en eso.

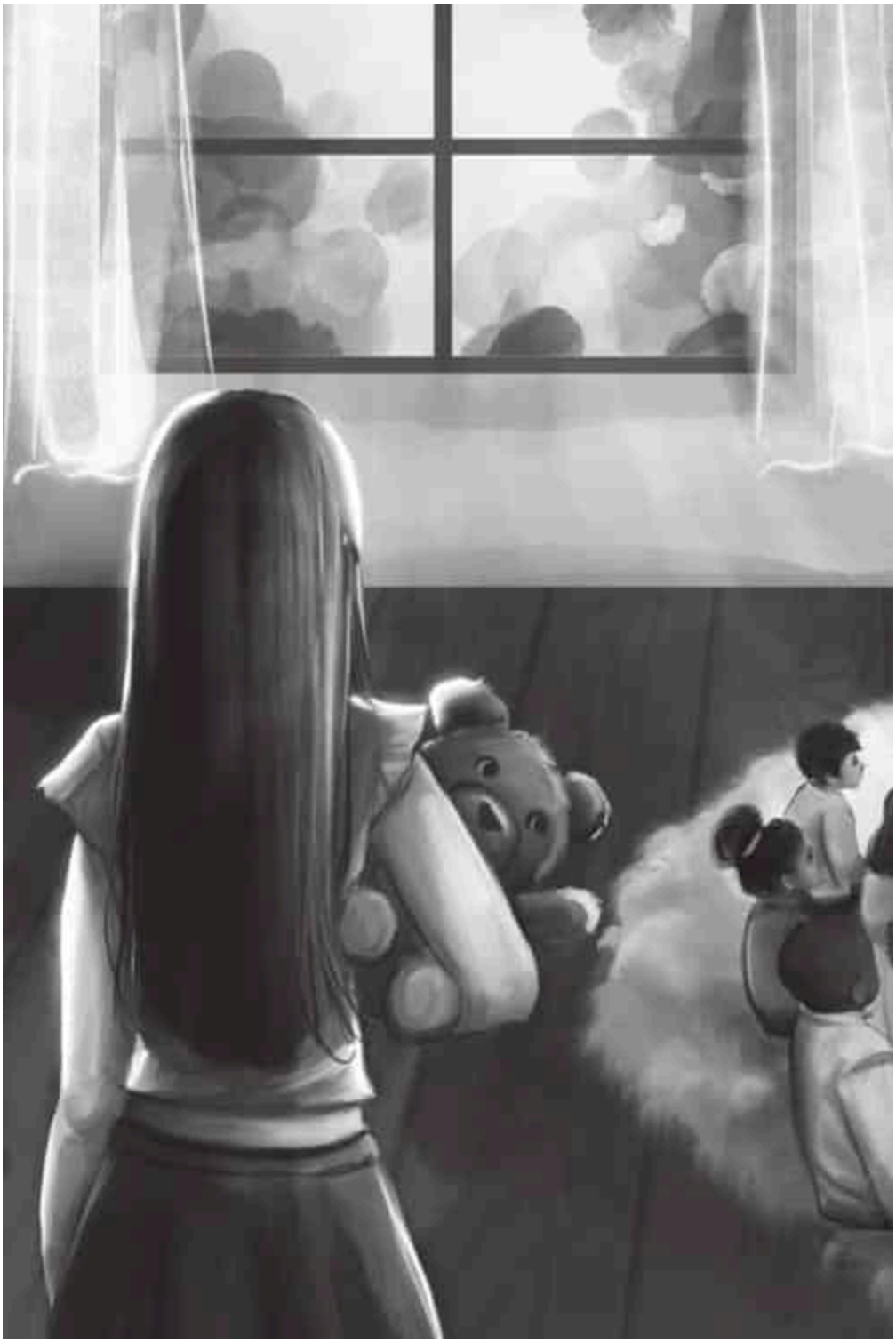
Lo recordaba sentado en un cojín con las piernas cruzadas sobre el suelo, y también a todos los niños más pequeños sentados o acostados en el piso, el cual habían cubierto con mantas y almohadones. Y fue impresionante, porque no eran los niños inquietos y habladores que había llegado a conocer en las últimas semanas. Dominik tenía algo especial, porque en cuanto hablaba todos se callaban, como si cada palabra suya fuera una canción que no se podían perder.

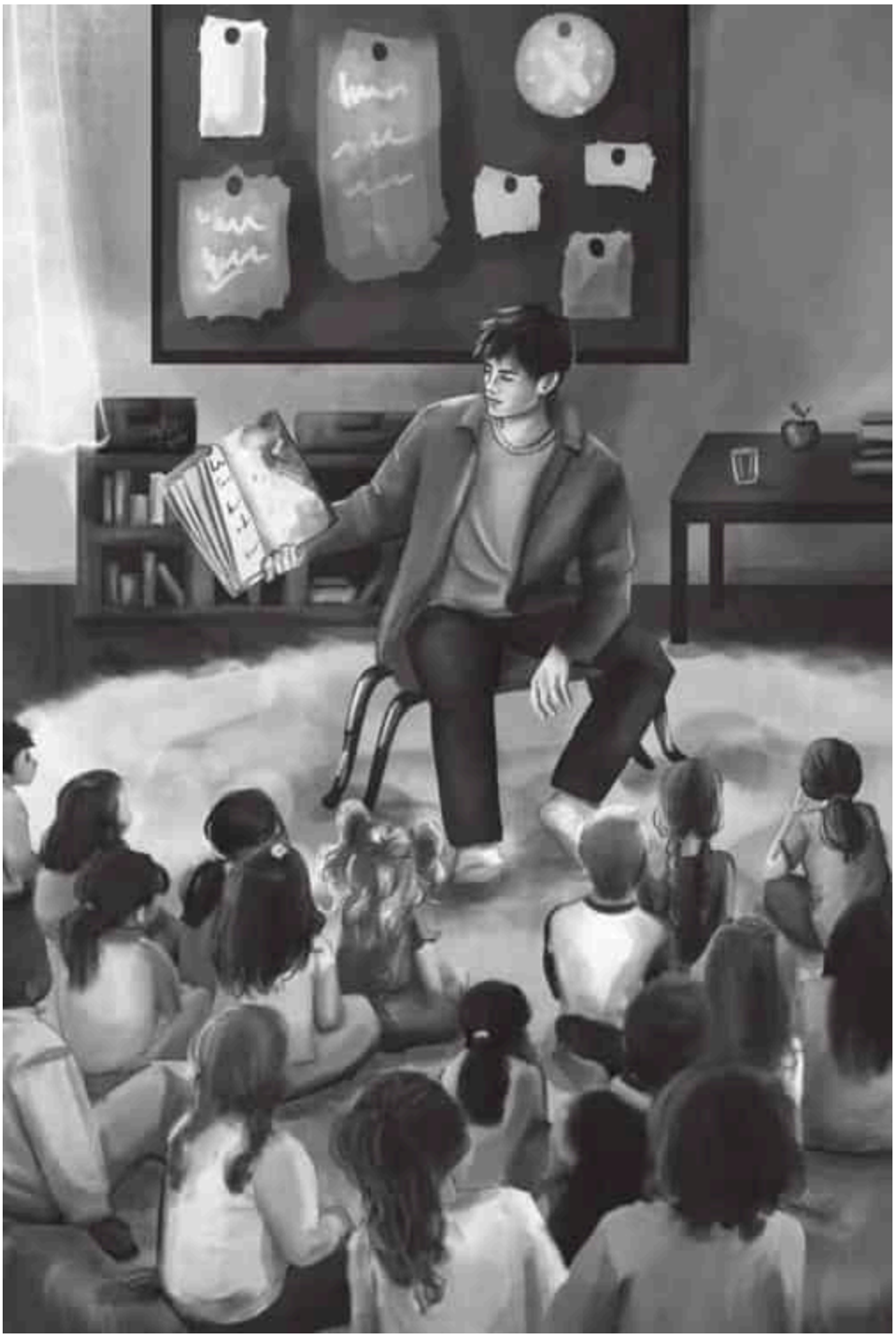
Lo recordaba con la vista baja, mirando al libro que tenía entre las manos con una sonrisa ladeada, diciendo en voz alta: «Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando eres el primero en tener una idea, la haces patentar: es tuya. Y yo poseo las estrellas, puesto que nunca nadie antes que yo soñó con poseerlas».

Todos estaban perdidos en su hechizo, porque la atención estaba en él y solo en él. La suya también. Viéndolo así, no había podido dejar de sonreír en todo el día, y esa imagen suya se quedaría con ella para siempre.

Desde entonces él la acompañaba al orfanato una vez a la semana. Siempre les llevaba dulces a todos, y eso hacía que lo quisieran más. A Violeta le recordaba a cuando ellos mismos eran pequeños: también le daba dulces a escondidas.

Era justo eso lo que le estaba contando a Zoë por teléfono, sentada en una de las mesas de la terraza del bar: era su hora





de descanso. Habían quedado en que jamás volverían a estar tanto tiempo sin hablarse.

—Suenas enamorada —le dijo su amiga.

—No empieces —advirtió Violeta, aunque…

Si era sincera, cada vez le gustaba más esa sugerencia.

—¡Qué quieres que te diga! Soy *team* Dominik.

Ella solo rio.

—Créeme, me di cuenta. ¿Y qué me dices de ti, eh? ¿Qué pasó con ese chico con el que…?

—Ay, no empieces —dijo Zoë esta vez.

Ambas rieron a carcajadas por tanto rato que les dolió el estómago. Era como si la distancia no importara, porque las dos sentían que estaban juntas en ese momento, sentadas al sol tomando café y riendo como si la vida fuera fácil.

—Ya no quiero preocuparme por él. ¡No sabe lo que se pierde! Dios, es que soy demasiado buen partido para estar rogándole a un idiota por su atención.

Sí, Violeta estaba de acuerdo. Sin embargo, también pudo escuchar la nota de amargura que la ironía luchaba por disimular.

—Lo eres.

—Si me quiere, que me busque. Si no, que se vaya a la mierda —declaró—. Vendrán otros.

—¡Así se habla! —la animó Violeta—. Y el proyecto, ¿qué tal?

La voz de su amiga dejó de sonar sarcástica y cargada de pesar. Se oyó contenta, emocionada de verdad.

—Ay, Violeta, ¡es lo que siempre quise! Ya me lo imagino todo: en veinte años pasearé por la plaza con mis hijos de la mano. Vamos a ir caminando y tomando helado, y yo voy a señalar el monumento y voy a decirles: ¿ven eso de ahí? Lo diseñé yo.

—Y harás muchos más. De eso estoy segura.

—¡Por supuesto! Este es solo el principio.

—Eres increíble, Zoë. Lo digo en serio. Un monumento conmemorativo diseñado por ti. ¡Y en el centro de la ciudad, nada menos! De los miles de participantes en la convocatoria, te eligieron a ti.

—¡Lo sé! —chilló sin poder contenerse—. Todavía no se siente real…

—Pero lo es, y te lo mereces. Tu proyecto es precioso, muero por verlo realizado.

—¿Irás a la inauguración?

—¡Claro que sí! Me ofende que tengas que preguntarlo.

Podía imaginar la sonrisa de Zoë al otro lado de la línea.

—Eres la mejor. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso es… —Se interrumpió: desde la puerta la llamaba Tim para decirle que el descanso había terminado. Le hizo una seña con la cabeza y él volvió a entrar.

—¿Tienes que irte?

—Sí, mi descanso terminó.

—Cuídate, Vi. Mañana te envío las fotos.

—¡Las estaré esperando!

Cortó la llamada sin perder la sonrisa y se levantó ligera para entrar al recinto. No estaba lleno todavía, así que se dirigió directo a la barra, donde Dominik la esperaba con una bebida y el teléfono en la mano. Como si lo hubiese invocado, él levantó la cabeza y le sonrió.

—Volviste —le dijo mientras ella se sentaba al otro lado de la barra.

—¿No es eso lo que sueles decir? ¿«Siempre vuelven»?

—Y es que siempre vuelven —se jactó.

Ella negó con la cabeza, divertida.

—Eres un idiota.

—Soy tu idiota favorito.

—Eres el único que conozco.

—Soy el único. Fin de la discusión.

—¿No tienes otro lugar a donde ir?

Dominik sonrió.

—No. E incluso si lo tuviera, prefiero quedarme aquí y molestarte.

Violeta no dijo nada y miró por sobre su hombro para ocultar la sonrisa que se expandía por su rostro. Jamás le diría que ella también prefería que estuviese ahí, molestándola, en vez de en cualquier otro lado.

—Violeta. —Tim se acercó a ella mientras se quitaba el delantal negro y lo dejaba bajo el mesón antes de salir—. Las chicas de allá, de la nueve, vendrán pronto a pedir.

Ella asintió.

—No te preocupes. Ve tranquilo.

Tim le dedicó una linda sonrisa y salió a tomarse su descanso. Apenas se fue, Violeta decidió pasarse por las mesas. Susurró un «enseguida vuelvo» al que Dominik asintió, concentrado todavía en su pantalla.

Caminó mesa por mesa, memorizando algunos detalles y llevándose los vasos vacíos. Volvió a la barra y escribió un par de cosas en la computadora, sacó boletas, las llevó y pronto se quedó de nuevo sin nada que hacer.

Fue hasta la última mesa que le quedaba, la nueve, que Tim había mencionado. Tres chicas se reían con fuerza cuando llegó. Tenían los

bolsos sobre la mesa y se mostraban algo en el teléfono.

—¡Hola! ¿Cómo están, chicas? ¿Les traigo algo?

—Holaaa —respondió con ánimo una de ellas, todavía sonrojada por la risa—. Mi amiga acaba de ir… —Estiró el cuello, buscándola con la mirada—. Sí, está en la barra.

—Perfecto, voy para allá.

La muchacha asintió sonriendo antes de que Violeta se diera la vuelta, tratando de ubicar a la amiga en cuestión. Cómo no. Por supuesto, hablaba con Dominik. Y para peor, parecía que él al fin había encontrado algo más interesante que mirar que la pantalla del celular.

Se acercó más lento de lo usual. No alcanzaba a verla bien desde donde estaba, pero por lo que parecía… ella era preciosa. Tenía el cabello rubio y ondulado como el de una muñeca, y los ojos de un azul tan fuerte que lograba verlo desde lejos. En cierto modo, entendía por qué Dominik no podía dejar de verla con cara de idiota y, sin embargo, lo único que pudo pensar fue: *Dios, mátame*.

Mientras más se acercaba, más quemaba el ácido en su estómago. ¿Y de qué demonios se estaban riendo ahora? Debían llevar hablando, ¿cuánto?, ¿menos de un minuto? Y ya la veía como si fuese la persona más espectacular del universo. Imbécil. Idiota. Mil veces idiota.

Cuando llegó tras la barra, pudo escuchar claramente lo que ella decía:

—Si quieres puedes venir con mis amigas y conmigo… —Se interrumpió al ver que Violeta estaba junto a ellos y le sonrió también—. ¡Hola! Tú atiendes, ¿no? Es la primera vez que venimos aquí.

Mierda, si hasta ella la encontraba encantadora. Se forzó a sonreírle como si nada le afectara, sin mirar a Dominik. Al fin y al cabo, no podía culparla por ser tan linda y carismática.

—Sí, claro. ¿Qué les sirvo?

Ella se lo pensó un momento.

—¿Qué nos recomiendas probar? Queremos algo distinto. —Violeta sonrió. Esa era su respuesta favorita.

Le hizo una seña y empezó a echar líquidos dentro de la coctelera. Un poco de esto, un poco de aquello, hielo y ya estaba: lo batió con fuerza por sobre su hombro. Pensó que iba a terminar sacando músculo de tanto hacer eso.

Cuando terminó sirvió un poco de la mezcla en tres vasitos ínfimamente pequeños. Por descontado, lo probó primero ella: nadie tomaba nada si ella no le daba el visto bueno.

Sonrió con satisfacción y empujó uno de los vasos hacia la chica y otro hacia Dominik. Le hubiera gustado ignorarlo, hacer como si no estuviese ahí sentado junto a ellas… No lo hizo. Y él fue el primero en bebérselo de un sorbo.

Cuando lo saboreó, se quedó mirando el vasito como si fuera de otro mundo.

—Está increíble —murmuró—. ¿Qué le pusiste?

—Algo secreto —dijo ella, observando cómo la chica arqueaba las cejas y probaba también.

—Me encanta. Te preguntaría qué es, aunque tengo la sensación de que tampoco vas a decirme. —Eso casi la hizo reír.

—No lo hará —confirmó Dominik.

—Me llamo Bailee.

—Violeta.

—Violeta, qué lindo nombre. ¿Me das cuatro de estos? Se los llevaré a mis amigas. ¡Oh, y en un vaso más grande! Si puedes. —Lo dijo en un tono de confidencialidad, como si fuesen amigas de toda la vida.

—Claro que puede. —Dominik le guiñó un ojo. ¿Qué mierda?

Cálmate, Violeta.

—Claro que puedo —gruñó.

Preparó las bebidas una tras otra, todas las que le fueron pidiendo, ya sin prestar atención, porque las chicas de aquella mesa se iban rotando y cada vez venía una distinta a pedir la siguiente ronda. Y Violeta sabía que no era tanto por pedir sino por conversar con el apuesto chico que estaba sentado junto a la barra. Odiaba ver cómo se desvivían por tratar de conversar con él. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué no vienes con mis amigas? *No deberías estar aquí solo, es un crimen…*

No está solo, tonta, le daban ganas de responderle. Pero se contenía, cada vez, y forzaba su mejor sonrisa cuando *Bailee* o *Sienna* o *Ellie* o como fuera que se llamaran volvían y se acomodaban junto a Dominik. Violeta se iba a revisar las mesas o limpiaba algo tratando de alejarse. La ponía enferma presenciar esos tonitos coquetos, seductores, y el aleteo de pestañas ridículo. Y lo peor era que Dominik parecía estarlo disfrutando.

Cuando le ofrecieron sus números anotados en un papelito se dio cuenta de que esa iba a ser una noche muy larga.



Y lo fue. Los celos la quemaron toda la maldita jornada hasta que llegó la hora del cambio de turno y pudo irse por fin a casa. En el trayecto fingió dormir, apoyando la cabeza contra la ventanilla del auto, porque no quería hablar con Dominik. Estaba molesta con él, con el mundo y consigo misma, porque ¿qué le importaba a ella si otras chicas le coqueteaban?

Oh, pero le importaba.

Suenas enamorada, le había dicho Zoë.

Evitó a Dominik el resto del día siguiente. No soportaba verlo, porque cuando lo hacía pensaba en «anoche» y se enojaba de vuelta. Lo peor era que no sabía si eso significaba que él de verdad le gustaba, o si solo era que actuaba como una niña.

Estaba parada junto a la cama, doblando la ropa recién salida de la secadora, cuando él fue a hablarle sobre algo a lo que ella no estaba poniendo demasiada atención.

—¿Violeta? ¿Está todo bien? —Ella no lo miró. No respondió, tampoco. Sin embargo, su silencio era negativa suficiente—. ¿Qué te pasa?

—Nada —masculló, y Dominik la interrumpió.

—Oh, por favor, no me digas que nada. Te conozco. Estás así desde ayer, y estoy un noventa y nueve por ciento seguro de que esta vez no hice nada.

Violeta se limitó a mirarlo con cara de pocos amigos. No quería decirle lo que pasaba, primero, porque ni siquiera ella lo comprendía del todo. ¿Estaba celosa, enojada, molesta…? Era una mezcla.

Trató de alejarse, pero Dominik la detuvo tomando su brazo con delicadeza, con cariño. Ella se apartó con disimulo; no quería que su

contacto y el cosquilleo que empezaba a sentir ahí donde la tocaba la confundiera más.

—¡Vamos! Solo dime qué fue…

—¡No fue nada, ¿sí?! ¿Por qué no te vas a buscar otra chica a quien molestar? ¡Una de las de ayer! Te dieron sus números, ¿no? Estoy segurísima de que ellas sí querían que las molestes…

—¿Y eso qué se supone que…? —Se detuvo al darse cuenta de que, en realidad, sí sabía qué significaba. Dominik sonrió de oreja a oreja—. ¿Estás celosa, Vi? —Violeta no le respondió, deseando que borrara esa expresión de «es el mejor día de mi vida»—. ¿De las chicas de ayer? —De nuevo, no hubo respuesta—. ¡Por favor! ¡Pero si no pasó nada! ¡Ni siquiera me acuerdo de sus nombres! Mi atención estaba en otra parte.

—Ah, ¿sí? No lo parecía —refunfuñó esquivando su mirada.

La había cagado, y en grande.

Se obligó a hacer otra cosa, a doblar la ropa que había sobre la cama… Lo que fuera con tal de no tener que mirarlo a la cara y ver su maldita y hermosa sonrisa petulante.

Pronto sintió el cuerpo de Dominik pegado a su espalda y su calor transfiriéndose hacia ella. Todo su cuerpo se tensó. No quiso darse la vuelta: no quería que él viera su expresión mortificada, pero la verdad era que en ese momento fue como si el tiempo jamás hubiera pasado. El contacto la devolvió a unos años atrás, cuando recién se daba cuenta de que estaba enamorada de Dominik Benedict.

Entonces, él tomó un mechón de su cabello y lo pasó sobre su oreja, rozándola levemente. Ese minúsculo contacto la hizo estremecer. Mierda, ¿qué le estaba pasando?

Su cerebro quedó en blanco, y todas sus dudas se vieron apagadas cuando los labios de Dominik se acercaron a su oído y susurraron:

—Te ves linda cuando estás celosa.

La tensión fue insoportable. Con su pecho pegado a su espalda, las manos de él sobre sus hombros y la boca tan cerca de su piel, creyó que en cualquier minuto no podría aguantarlo y se daría vuelta y lo besaría como se lo pedía cada nervio de su cuerpo.

No tuvo la oportunidad de hacerlo, porque él soltó una pequeña risa, casi imperceptible, antes de depositar un beso en su mejilla que duró mucho más de lo necesario y le causó un millar de sensaciones. Luego se separó y salió de la habitación.

El muy desgraciado se había ido y la había dejado sola para que se confundiera con sus sentimientos todavía más.

Después de varios segundos en los que Violeta se quedó parada, sonriendo como una idiota en medio de la habitación, se sentó sobre la cama y miró a su alrededor. De todas las cosas que podía hacer, no quiso hacer ninguna. Y pensó que eso se aplicaba también a su vida en general, porque no sabía lo que quería.



CAPÍTULO 13

Elegir ser feliz

«Sweet Disposition» – The Temper Trap

El olor del café recién preparado la despertó la mañana siguiente, a eso de las nueve, media hora antes de que sonara su alarma.

Se levantó con un suspiro después de pasar al menos diez minutos mirando al techo. Había tenido la esperanza de que todos sus dilemas internos se hubiesen resuelto por la noche. Qué ingenua.

Se lavó los dientes y la cara, se vistió con la velocidad de una tortuga y fue a la cocina. Por supuesto, Dominik ya estaba ahí, levantando la vista ante su llegada. Su sonrisa la transportó a la noche anterior, cuando él había entrado en su habitación con timidez, casi temiendo sus reacciones. Y ella se había reído en su interior, porque si bien no era sorpresa para ninguno que su humor no era el mejor, tampoco iba a gritarle por cualquier cosa.

«Ey… ya sé que ahora me odias, pero mañana será el último día de calor antes de que el otoño golpee con fuerza. Literalmente, el último. Así que pensé… ¿quieres ir a la playa?»

Ella aceptó. Jamás se negaría y, pensándolo bien, le vendría bien alejarse de su rutina. Así que esa tarde en el trabajo pidió libre el día siguiente. Se lo debían de cuando la llamaron de vuelta luego de la fiesta a la que fueron con Zoë. Eran dos y no los había cobrado, porque sabía que siempre era mejor guardar y tener.

Así que ahí estaban, compartiendo más miradas que palabras mientras comían. Por lo demás, el silencio era mutuo. Por un lado, Dominik no sabía qué decirle, aunque tenía la sospecha de que ni ella sabía qué era lo que quería escuchar. Eso solo lo confundía más,

porque no sabía cómo actuar. Y por el otro lado, Violeta temía que, si le hablaba de todo ese amasijo de sentimientos que se revolvía como un tornado dentro de su ser, explotaría contra él.

La situación permaneció igual durante el viaje hacia la playa. Duró casi una hora. En definitiva, podrían haber elegido una playa más cercana, pero prefirieron hacer el camino hasta Coney Island. Durante todo el trayecto, las dudas gritaban en su cabeza: Le gustaba Dominik. No le gustaba. ¿Se estaría apresurando? ¿Quería algo más con él…? Tenía miedo, eso estaba claro. Tenía miedo de tomar las decisiones equivocadas, de estar precipitándose a algo para lo que no estaba lista y, sobre todo, tenía miedo de salir lastimada. No porque él fuese a herirla: confiaba en Dominik con toda su alma, pero al involucrarse siempre estaba el riesgo, y ya no quería sufrir más.

Suspiró con pesar, bajando la cabeza y deseando arrancar de cuajo los pensamientos del cerebro. Incluso se lo imaginó y todo, como desmalezar una planta, pero en este caso la planta era ella, y sus dudas habían echado raíces demasiado profundo.

Miró el paisaje que pasaba afuera del auto, sin notar las miradas furtivas que Dominik dirigía en su dirección.

—¿Vas a estar enojada conmigo todo el día? —le preguntó al final.

A ella la conmovió su tono, porque no era una réplica. Sonaba más bien… desamparado.

—No es contigo —masculló.

Gracias al cielo, él fingió comprenderla y no preguntó nada más. No hubiese sabido qué responder, porque no tenía idea de cómo comenzar a explicarle la maraña de emociones que ni ella comprendía. De igual forma, era cierto. No estaba enojada con él:

no tenía la culpa de su pesar. Su problema era con ella misma y con… bueno, con *las raíces*.

No mucho después llegaron. Dominik detuvo el auto justo cuando sintió que el paisaje la estaba distrayendo lo suficiente.

—¿Vamos?

Violeta sonrió para él y asintió. Le hizo gracia pensar en lo extrañado que debía sentirse.

La playa estaba repleta: al parecer nadie tenía que trabajar ese día y todo el mundo tuvo la misma idea que ellos, pues tuvieron que caminar bastante para hacerse con un espacio en la arena.

Observó a su alrededor: había niños jugando con pelotas inflables a la orilla del agua, y otros que experimentaban con palas y baldes, sin duda tratando de construir castillos de arena, aunque a ella le parecía más como si trataran de hacer una pila y ya. Había muchísima gente en el agua, riendo, gritando…

Extendieron sus toallas una junto a la otra sin decir nada: fue como si se hubiesen puesto de acuerdo mentalmente porque ambos se detuvieron en el mismo sitio, al mismo tiempo. Sonrieron.

—Hace calor —se quejó en voz baja, a lo que Dominik rio.

—Por eso vinimos, ¿no?

El sol ardía sobre ellos con tanta intensidad en ese minuto que tenía que esforzarse por recordar que estaban en otoño. Maldijo el calentamiento global, sin embargo, si algo de bueno tenía era que les había permitido escaparse ese día a la playa. Había que ver siempre el lado positivo, ¿o no?

Resopló, divertida consigo misma. Y pensó que quizá su enojo con el mundo comenzaba a desaparecer… Eso hasta que, a su lado,

Dominik se pasó la camiseta por sobre la cabeza y la arrojó a un lado como si no le importara perderla.

Mira hacia otra parte, se dijo, pero no se hacía caso ni a sí misma.

Se sentó apresuradamente sobre la toalla, tratando de disimular sin ser capaz de apartar la vista. Si él era consciente de que estaba comiéndoselo con los ojos, no lo demostró. Y es que no podía dejar de analizar la suave y perfecta curva de su espalda, los músculos marcados de su abdomen, o esa línea que bajaba…

Mierda, mira hacia otra parte.

Demasiado tarde.

—¿Estás disfrutando la vista? —le preguntó con sorna.

Era como si quisiera confundirla más a propósito.

Si hubiese mantenido el contacto visual el tiempo suficiente, habría visto el extraño brillo en los ojos del chico: una mezcla entre satisfacción, deseo y un anhelo que lo sobrepasaba… pero bajó la cabeza con un resoplido, tratando de ocultar a toda costa el violento rubor que sintió subir hasta la raíz de su pelo.

Como no respondió, Dominik se limitó a sonreír.

Era una mezcla de no querer, querer y no poder. Primero, porque no quería que viera su sonrojo o la expresión embobada que seguro debía tener. Segundo, porque *quería* verlo… pero, tercero, porque sabiendo lo que él sentía por ella, y considerando el caos en su cabeza —a lo que su torso expuesto no ayudaba— cada vez se le hacía más difícil distinguir la línea entre la amistad y el amor.

—¿Me…? Olvídalo.

¿Qué…? Ni siquiera alcanzó a formular la pregunta en voz alta pues, de pronto, Dominik estaba casi sobre ella.

Se estiró pasando por sobre sus piernas, tensando cada músculo de su torso y de sus brazos. Violeta no entendió qué demonios estaba sucediendo, solo fue capaz de mirarlo como una idiota encandilada con su piel. Los ojos de él se clavaron en los suyos. Estaba cerca, demasiado, difuminando otra vez la maldita línea que tanto trabajo le estaba costando distinguir.

Toda su concentración estaba en él, en su mirada penetrante y en los puntos en que sus cuerpos se tocaban: el abdomen de Dominik contra sus piernas descubiertas, una parte de sus brazos con el de ella… En menos de un segundo de contacto todo su cuerpo se había encendido como un foco en la oscuridad.

—Dominik…

No fue más que un susurro casi suplicante, y él se acercó a ella. Pero pareció que lo hizo sin pensar, que solo reaccionó ante su tono, como si al oír su nombre, su primer instinto fuese acercarse. Violeta se preguntó si, en el fondo, él sentiría la misma ansia por su tacto, por su cuerpo, por su boca, que ella estaba experimentando en ese minuto.

Sus respiraciones se mezclaron, y la vista de ella bajó a sus labios. ¿La besaría? ¿*Quería* que él la besara…? Sí, lo quería. Se dio cuenta de eso cuando él se alejó, con una pequeña sonrisa ladeada, levantando la botella del protector solar para enseñársela.

Trató de que su decepción no se notara, aunque no creyó haberlo logrado.

—Ah, ¿no podías habérmelo pedido?

—¿Para qué? Podía tomarlo yo, estaba cerca.

—Sí. Cerca de mí. —*Idiota*, agregó para sí.

Sin embargo… Él todavía no se alejaba, y ella también podía jugar a ese juego. *Quería* hacerlo. Quería que se sintiera de la misma manera incluso si no estaba todavía segura de qué demonios era lo que esperaba ganar con eso.

Quizá, *todo*.

Sonrió sin contener su satisfacción cuando se quitó el vestido para quedar en traje de baño. No se arrepintió de haber escogido el bikini más pequeño y lleno de tiras que tenía. Al contrario; irguió la espalda todo lo que pudo y se acercó a Dominik con una sonrisita que, esperaba, fuera sugerente.

Él trataba a todas luces de no mirarla, de quedarse quieto y no desviar los ojos de su rostro… y fracasaba estrepitosamente.

Cuando ella soltó una risa por lo bajo, él se puso serio.

—¿Qué quieres, Violeta? —Buena pregunta. Le hubiese encantado poder responderla. Porque sí, quería besarlo con todo su ser, pero… —. Necesito que lo digas.

—¿Por qué? —susurró ella, perdida entre sus ojos y su boca.

Dominik suspiró apenas, balanceándose como si su mente y su corazón no pudieran ponerse de acuerdo entre qué hacer: alejarse o terminar con esa maldita distancia y besarla como si fuese todo lo que necesitaba para sobrevivir.

—Porque he actuado por impulso antes, y mira a dónde nos llevó.

Ojalá esas palabras no le hubiesen dolido como lo hicieron. Tenía razón, para variar, pero es que no podía alejarse. El magnetismo que la atraía hacia él era tanto que le costaba horrores solo pensar en romper la conexión. Sus narices casi se tocaban, sus respiraciones se volvían una sola, y cada aliento que tomaba la embriagaba más de él, de su aroma y de su esencia. La tensión entre ellos era tanta

que sentía el aire zumbar a su alrededor, su piel erizada por los temblores que le recorrían la espalda.

Dominik seguía mirándola expectante. Esperaba una respuesta.

Su voz era casi un hilo imperceptible cuando musitó:

—No sé lo que quiero.

Un suspiro cargado de pesar fue la única respuesta que obtuvo de él antes de que se separara. Aunque hacía calor, fue como si una brisa repentina la golpeara de lleno apagando todo su ser.

—Me voy al agua.

Y la dejó de nuevo sola con sus pensamientos.



La tarde se desvanecía ante ellos. El sol avanzaba en el cielo, y los colores pronto empezaron a cambiar. De celeste a rosa, y luego anaranjado. A Violeta le encantaba ver cómo eso se reflejaba en el agua, porque ahí ya no era el reflejo de un atardecer, era simplemente color. Un poco de azul en varias tonalidades, entremezclado con blanco y amarillo, y también rosado, naranja y quizá un poco de violeta. Ya no eran luces, eran formas.

Se preguntó si es que así era como su madre habría visto la vida, a través de sus colores.

No se fijó en lo que hacía. Miró los tonos sin apartar la vista, por tanto tiempo como pudo, porque eso le transmitía la paz que necesitaba. Sin embargo, en su interior sentía cómo un grito se formaba y le suplicaba dejarlo salir para que no explotara dentro de su cuerpo. Suspiró una vez, y luego otra, y otra, pero eso no era suficiente.

La mirada de Dominik le quemaba el cuerpo, mas ella no había podido volver a verlo desde hacía horas. Solo lo había observado de reojo un par de veces, cuando notaba sus movimientos. Había ido y venido del mar. Quizá hasta se había dormido en algún momento. No habían hablado casi nada, porque él se daba cuenta de la batalla que se estaba librando en su interior.

¿Qué era lo que quería? ¿Debía arriesgarse a borrar la línea…?

Agh. De nuevo, quiso gritar.

El enojo que subía por sus entrañas era indescriptible, pero si de algo estaba segura era de que estaba enojada con ella misma. Con nadie más.

En la arena su dedo trazaba círculos furiosos cada vez con mayor fuerza. Pronto había escarbado un buen tramo. Decidió seguir de lleno con las manos, porque no se le ocurrió otra forma de canalizar su molestia.

Estaba tan concentrada en cavar el maldito agujero que ya no le llegaban las risas de los niños ni los chapoteos en el agua. Ni siquiera se dio cuenta de que Dominik se había acercado hasta sentarse junto a ella, y la observaba con aprobación mientras Violeta salpicaba todo de arena.

Se le ocurrió que debía estarse preguntando si había enloquecido.

—Si vas a decirme que…

—No —la cortó él—. Está bien, Vi. Déjalo salir.

Lo hizo. Siguió y siguió escarbando hasta que le dolieron los dedos y ya no quiso más. Entonces, cuando menos lo esperaba, Dominik lanzó un enorme montón de arena y todo lo que había hecho desapareció en un segundo.

Sintió que todo el enojo estallaba en su interior, y que él se riera solo lo empeoró.

—¡¿Qué mierd…?!

—Lo que a ti te falta es un buen chapuzón.

No le dio tiempo de reaccionar y la tomó por la cintura. La alzó como quien levanta un saco y la llevó hasta el mar, mientras ella chillaba y pataleaba. Incluso trató de golpearlo y amenazarlo, pero no sirvió de nada. Pasó de los «ni se te ocurra» a los ruegos patéticos.

—Dominik… Dominik, no, ¡por favor!

Su voz se elevó unas cinco octavas cuando sintió sus piernas tocar el agua. No lograba entender cómo todo el mundo se veía que lo pasaba tan bien nadando, porque a ella se le puso la piel de gallina con solo ese contacto.

—Voy a lanzarte —advirtió él.

—¡No! ¡Dominik Benedict, te lo prohíbo!

—¿Me lo prohíbes? —inquirió divertido.

—¡Sí!

—No puedo tomarte en serio con esa voz. —Se carcajeó.

Trató de forzarse a sonar más grave, más enojada.

—Te lo prohíbo. —La risa le ganó. Lanzó la carcajada antes incluso de terminar las palabras. *Por dios, soy tan ridícula*, rio para sí.

—Bien.

Y no, no la lanzó, pero cuando la bajó de sus brazos el agua igualmente le llegaba por sobre el ombligo.

Sin perder tiempo, nadó lejos de él.

—¿Es que me tienes miedo? —se burló.

—No voy a darte otra oportunidad. ¡Me estoy congelando!

—Sí, claro.

No dijeron nada más. Violeta sonrió. Entre las risas y las burlas, el enojo se había ido. Había desaparecido, y ahora lo único que podía hacer era mirar a Dominik sin despegar la vista de cómo los colores se reflejaban en su piel, causando que verlo fuera todavía más hipnotizante. No podía apartar los ojos, dejar de contemplar las gotas de agua que resbalaban por su torso expuesto, por sus músculos y sus caderas, brillando con la luz del sol. La deslumbraba, tan sencillo como eso.

No era el sol, era él, todo de él, a tal punto que ella ya ni siquiera deseó intentar apartar sus ojos de los de Dominik, unidos con un hilo.

Y él la observaba de vuelta. No sabía lo que veía exactamente, pero esperaba, con todo el corazón, que le gustara.

Sin darse cuenta ya no estaba tan lejos. Ella no se había movido, sin embargo…

—Es como si las olas quisieran juntarnos —susurró.

Él sacudió la cabeza y por un momento le pareció que iba a irse, que simplemente iba a alejarse como si nada jamás hubiera pasado y ella se quedaría ahí, con la eterna duda de lo que pudo haber sido. Pero no, porque poco a poco Dominik se aproximó con una lentitud desesperante, dándole tiempo para detenerlo en cualquier momento.

Violeta no dijo nada; no quería hacerlo, no tenía ganas de seguir luchando contra aquello que llevaba enterrado demasiado tiempo, gritándole por salir a la luz. Eso que había nacido entre ellos hacía años y que no había hecho más que crecer hasta alcanzar tal magnitud que era… inconmensurable. Inquebrantable; eso es lo que era.

El vaivén de las olas los acercó despacio, queriendo contribuir, y por primera vez en mucho tiempo ninguno se resistió.

Ya no había ataduras; el mar se las había llevado y solo quedaron los hilos que los habían conectado desde el minuto en que se conocieron.

Por debajo del agua, las manos de Dominik se afirmaron a su cintura. El frío también desapareció. Estaban tan cerca…

Al principio fue casi como un espejismo, un pequeño roce de sus labios, tan suave y delicado en comparación con la marea de sensaciones que provocó en ambos. Dominik se separó de ella apenas, y recorrió su rostro observándolo con devoción absoluta.

—Vi, no puedo… —*No puedo arriesgarme a arruinarlo esta vez*, quiso decir, mas al mirarla a los ojos, a ese bello rostro y esa maravillosa sonrisa, todo se le borró—. Mierda —masculló.

—¿No puedes…? —lo animó, pero sus labios ya habían chocado con los suyos.

Después de eso fue imposible volver a separarse.



Violeta se dejó llevar, presa de un anhelo que ni siquiera podía empezar a describir. Llevaban viviendo juntos los últimos siete

meses. Se habían visto todos los días y, aun así, no fue hasta ese minuto, en que sus labios se movían con furia y pasión, que se dio cuenta de lo mucho que lo había extrañado.

Él apretó la mano que rodeaba su cintura y la atrajo más hacia sí hasta que sus caderas chocaron, pero jamás era suficiente. La necesitaba más cerca, porque esa cercanía estaba destinada a compensar todo el tiempo que habían perdido los últimos meses estando separados.

Dominik jadeó cuando ella enredó las piernas en su torso, sintiéndose embriagado de su ser. Si dependiera de él, se habría unido a ella en ese momento sin importarle en lo más mínimo el lugar en el que estaban, pero dentro de su mente nublada todavía quedaba un resquicio de claridad que era el que luchaba por mantenerse impune a sus brazos, a sus manos recorriendo su espalda y su pelo, a sus labios tocando los suyos…

No, no había claridad, salvo la de que la quería, la deseaba y la adoraba más que a nadie en el mundo.

—No puedo estar lejos de ti.



Violeta sonrió. La línea ya se había borrado, pero estaba bien con eso.

Todas sus dudas, su confusión y sus miedos… todo se esfumó. Solo estaba él.

—No podría estar más de acuerdo.

Tal vez no podía elegir qué le iba a doler o qué la iba a lastimar, pero así como el sufrimiento era una elección, la felicidad también lo era. Y ahí, en ese minuto, con él en medio del mar… eligió ser feliz.

Juntos.



CAPÍTULO 14

Después del Caso

«Castle On Te Hill» – Ed Sheeran

Al llegar de la playa, Violeta tiró las llaves sobre el sillón de la entrada sin preocuparse demasiado por dónde caían, y sin despegarse de los labios de Dominik. Cada toque, cada uno de sus roces, incluso cuando sus pieles apenas sí se tocaban, se sentía como una sacudida a sus mundos. Sus besos eran febriles, cargados de deseo reprimido y sentimientos encontrados. Casi sin saber cómo, el suéter que llevaba terminó por desprenderse de su cuerpo, dejando sus brazos y hombros al descubierto. Dominik la contempló con un deseo que se apoderaba de él con más fuerza, incitándolo a moverse, a actuar. Y era tan fuerte, tan devastador, que incluso sabiendo que no podía estuvo a punto de ceder y arrancarle el resto de la ropa. No estaba seguro de si *debía* ceder.

—Te deseo tanto que me duele —musitó contra su boca, casi en un suspiro.

—Acaba con el sufrimiento, entonces.

No hizo falta que se lo dijera dos veces.

Así, el vestido se deslizó por su cuerpo y cayó también al suelo, y la camiseta de Dominik quedó en alguna parte entre la entrada y el pasillo. Sin dejar de besarse en ningún momento llegaron a la habitación principal, y él recorrió las curvas de su cuerpo con las manos, tironeando de su traje de baño hasta que este también desapareció.

Empujó a Violeta a la cama y la contempló con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Su cabello alborotado por el agua salada y el viento, el rubor en sus mejillas, el brillo en sus ojos,

cada una de sus curvas... Dominik estaba perdidamente enamorado de esas curvas. Todo ese día; la playa, las bromas, el agua, los besos y ahora esto… Era demasiado. Era más de lo que se había atrevido a soñar cuando creyó que la había perdido para siempre, pero ellos estaban hechos para estar juntos y, de algún modo, siempre lo habían sabido. Ella entre sus brazos se sentía como si todo encajara en el mundo.

Violeta suspiró sin siquiera imaginarse todo lo que pasaba por la cabeza de Dominik; veía su propio reflejo en sus ojos nublados, y pensó que a pesar de todo lo que había sucedido… estaba donde tenía que estar.

Lo atrajo más hacia sí; no quería que hubiese ningún espacio entre sus cuerpos, así que enredó las piernas en su torso y apretó con fuerza, mareándose al sentir la presión de él. Y cada vez que se movía, el roce aumentaba. Lo hacía a propósito, estaba segura.

El placer y el deseo se revolvían en su interior con tanta furia e intensidad que le era imposible estar satisfecha: siempre querría más de él, más de Dominik, incluso cuando ambos estuvieron piel con piel, ya sin ropa de por medio y con las sábanas hechas un desastre entre la cama y el suelo. El sentimiento crecía, y terminó por golpearla como una bola de demolición cuando sintió sus dedos dentro de ella.

Gimió sin contenerse, y antes de cerrar los ojos alcanzó a ver lo que a él le provocó. Una ola de calor la recorrió.

Dominik se separó apenas, jadeando, y trazó un camino de húmedos besos desde su mandíbula hasta su cuello. Lo sentía en la curva de su hombro, en la clavícula, en el centro de su pecho para que su lengua finalmente terminara jugueteando con uno de sus

pezones como si fuera su dueño, mordiéndolo de a poco y sujetándolo con cuidado entre los dientes.

Sus dedos seguían explorando su interior, despacio al principio, hasta que no pudo aguantarlo y fue ella misma quien se apretó contra su mano, ya rendida, mojada y llena de placer.

—Dominik —susurró. No tuvo que decir nada más.

Sus bocas se juntaron otra vez, los dedos salieron de su cuerpo y, tan rápido que un grito ahogado salió de su boca, él estuvo en ella. No solo en su cuerpo, sino también en su alma.

La embistió una, y otra, y muchas veces, entre jadeos y suspiros.

Al final fue como una explosión de colores en su cabeza, una colisión que con una fuerza abrumadora arrasó con ellos y llenó sus cuerpos de electricidad. Y él siguió, con las emociones a flor de piel, hasta que el estallido fue con más colores, con más fuerza y con más energía.



CAPÍTULO 15

La estrella más grande

«Till Forever Falls Apart» – Ashe, FINNEAS

Violeta

Al día siguiente, cuando abrí los ojos, me sentí desconcertada al no reconocer el lugar en donde estaba. Tenía la vista borrosa por el sueño, y la poca luz en la habitación no me ayudaba en lo absoluto.

Me incorporé despacio, restregándome la cara con las manos, sin embargo, lo que más me sirvió para reconocer dónde estaba no fue la vista, sino el leve soplo de frío que me llegó por la espalda cuando la sábana se deslizó por mi piel desnuda. Era la habitación de Dominik. No había despertado aquí, de esta manera, desde que… Vaya, había pasado tiempo. Sonreí con pereza, frotándome los brazos y buscando con la vista algo que ponerme, sin encontrar nada. Iba a levantarme cuando mis ojos cayeron en él, que dormía sin inmutarse a mi lado, con una media sonrisa que llevaba pintada en la cara desde la noche anterior. Permanecí contemplándolo durante un momento en que el frío pasó a segundo plano. Observé las líneas firmes y bien definidas de su rostro, la curva de su nariz y el hueso de la mandíbula. Me gustaba verlo de ese modo, entregado con tal abandono que nada lo perturbaba. No había dientes apretados ni ceños fruncidos: era él en su estado más puro.

Cuidando de no despertarlo, estiré las sábanas negras un poco más arriba para cubrirle los hombros, y salí despacio de la cama, aunque supuse que con el sueño pesado que tenía no era necesario. Abrí uno de los cajones de su armario —que ya me sabía de

memoria— y saqué una camiseta gris de algodón grueso. Era lo suficientemente grande como para quedarme de vestido y tener que enrollar las mangas.

Me metí en el baño no mucho después, sintiéndome más despierta que nunca. Prendí la ducha y me quité la ropa —la camiseta, en realidad, porque era lo único que traía— frente al espejo. Examiné mi cuerpo minuciosamente, deteniéndome en las pequeñas marcas que me habían quedado en el cuello y algunas en el pecho. No hice nada por borrarlas: no me avergonzaba y casi podía decir que me gustaba que estuviesen ahí. Lo hacían todo más real.

No fue un sueño, nada de lo que pasó.

Me costó creerlo, sin embargo, una vez que salí del baño con mi ropa puesta y con el cabello estilando, Dominik me esperaba en la cocina con café preparado.

—Despertaste —murmuré sonriendo—. Al fin.

—No dormí tanto —se defendió acercándose a mí. Antes de darle tiempo de hacerlo, acorté la distancia entre nosotros, me puse de puntillas y junté nuestras bocas. Pretendía que fuera un beso corto, juguetón, pero se me había olvidado el poder que él tenía sobre mí, que hizo que casi me derritiera contra sus labios. Sentí a Dominik sonreír—. Tenía buenos motivos para despertarme.

Y me devolvió el beso con mayor profundidad, abrazándome con tanta fuerza que por un minuto pensé que tenía miedo de que me escurriera entre sus brazos. Mi corazón dio un vuelco dentro de mi pecho. Sentí que se separó de mí demasiado pronto, aunque supuse que estaba bien, y que era mejor tomarnos las cosas con calma.

Desayunamos entre risas y bromas, y eso fue un alivio, porque por un momento llegué a pensar que sería extraño estar con él como pareja y no solo como amigos, mas nada había cambiado. Me di cuenta, mientras lo observaba leer el diario y llevarse la taza de café a la boca, que eso que nos unía siempre estaría ahí sin importar qué fuéramos el uno para el otro, porque siempre seríamos Dominik y Violeta.

Por la tarde vimos una película, pero me dormí a la mitad, demasiado cansada de mis propias emociones para mantener los ojos abiertos. Me abandoné sobre la cama sin pensar que debí haber puesto una alarma. Por suerte, Dominik me despertó a eso de las cinco para ir al trabajo. Una hora antes de tener que estar ahí. Bien, pues me llevaría un buen rato quitarme el sueño de encima. Él era la mejor forma de despertarse.

La jornada pasó rápido, tanto que ni la sentí. El bar estaba lleno a reventar, y Tim me dijo que fue lo mismo el día anterior. Me alegró ver la sonrisa de suficiencia cuando aseguró que él se había podido encargar muy bien de todo mientras que Adrien cubría mi puesto. Y también me gustaba ver cómo sacaba a relucir cada vez más su personalidad tan encantadora con las demás personas, dejando de lado la tim-idez.

Cuando volví al departamento, muchas horas después, vi las luces encendidas apenas abrí la puerta. Sonreí: Dominik me estaba esperando. Dejé mi bolso, mi chaqueta y las llaves sobre el sillón y seguí las luces hasta su habitación, en donde lo encontré sumamente concentrado, estudiando algo en el computador.

—Hola —saludé como si nada, después de un momento.

Él me miró como si jamás me hubiera visto. Esbozó una gran sonrisa y dejó todo de lado para venir junto a mí y saludarme como correspondía.

Cuando me besó, traté de no pensar en qué significaba todo lo que había pasado entre nosotros, en si ya estábamos juntos y en cómo se darían las cosas de ahora en adelante.

Me dejé llevar y permití que mis instintos y mis ganas de él se apoderasen de mis sentidos, de mi cuerpo y de mi cabeza. Toda su esencia me inundaba en un frenesí. Quería más de él, y eso era algo que quizá jamás entendería, porque mientras más lo tenía, más lo necesitaba. Así que lo seguí hasta la cama, o él me siguió a mí, no estaba muy segura.

Mis terminaciones nerviosas explotaban con cada uno de sus roces: sus manos en mi cintura y subiendo por mi espalda, sus dientes mordiendo mi labio y luego su lengua bajando por mi cuello hasta mi pecho. Yo sabía lo que venía después, y eso no era tomarse las cosas con calma.

De pronto, me asusté. No de él, eso jamás, sino de mí misma. ¿Estábamos haciendo lo correcto, o era que no estábamos pensando? En cualquier otra circunstancia, con otra persona, me habría dado lo mismo. ¿Qué importaba si no pensábamos? Disfrutaba de lo que hacíamos, me encantaba estar con él, y era lo que yo quería, pero me era imposible no recordar las veces anteriores en que actuamos así, impulsivos y precipitados, en que nos dejamos llevar por lo que queríamos sin pensarlo antes.

Cuando no pensamos todo se fue a la mierda demasiado rápido. Y, más que cualquier otra cosa, me daba miedo que eso volviese a suceder.

Ahora quería hacerlo bien.

—Yo… Dominik, creo que vamos demasiado rápido —susurré contra su boca antes de perder el valor, y antes de que él fuera a sacarme la camiseta, porque si no, ya no lo diría nunca—. Quiero esto —me apresuré a aclarar cuando él se separó de mí—, pero de verdad que no soportaría arruinarlo esta vez. Siempre que hemos estado juntos ha sido apresurado e irracional. Fue puro deseo y terminó mal…

—No fue puro deseo —masculló Dom.

Sonreí apenas, acercándome una vez más y poniendo ambas manos sobre sus hombros para obligarlo a verme.

—No me refiero a eso, pero no puedes negar que ni siquiera pensamos en lo que estábamos haciendo, y no… No quiero que esto termine de la misma manera y que… —Él me detuvo cuando comencé a perder la calma.

—Violeta, está bien, tienes razón. —Suspiró. Pensé que no diría más, sin embargo, me miró directo a los ojos y con total decisión—. Haremos esto como tú quieras, yo estoy dispuesto a todo con tal de que estés conmigo. Puedo esperarte lo que haga falta, hasta que estés lista.

Sentí que mis ojos empezaban a lagrimear por la emoción, y lo abracé con fuerza sin darle tiempo a que lo notase. Contra su cuello aspiré su aroma y dije con toda sinceridad:

—Es que no te quiero perder.

—No puedes perderme, linda. Soy tuyo.



Decidimos que, de momento, lo mejor sería que yo siguiera durmiendo en mi habitación, pero lo que menos hice fue dormir. A los pocos días nos dimos cuenta de que eso no iba a funcionar, porque con solo una delgada pared de por medio era terriblemente fácil olvidarse de la resolución de ir lento y demasiado difícil no caminar hacia la puerta y terminar enrollados sin ropa una vez más. Aunque Dominik lo intentaba, sabía que le costaba tanto como a mí, por lo que la semana siguiente decidí volver a mi departamento.

«De todos modos, ya es hora de que arregle ese asunto. No puedo seguir ignorándolo, e iba a suceder tarde o temprano», le dije, y era cierto.

Si bien al principio parecía una buena idea, pronto se tornó más difícil. Seguía viendo a Dominik, por supuesto. De hecho, casi todos los días era él quien me llevaba al trabajo, porque quedaba más lejos ir desde mi casa que de la suya.

—Deberías aprender a conducir —me decía siempre, a lo que yo rodaba los ojos.

Algún día… Quizá.

—Si te molesta tanto, entonces puedo caminar.

—Sí, seguro —decía él, y ahí acababa la discusión, con una sonrisa y una mueca burlona.

A veces él se quedaba conmigo en el trabajo durante todo el turno, sentado en la barra con la computadora o con un libro, y otras me dejaba y se despedía de mí con un beso en los labios. Traté de obviar las sonrisitas que Adrien nos dedicaba, aunque le agradecí que nunca sacara a flote la última conversación que habíamos mantenido, en la que le dije que Dominik y yo solo éramos amigos.

Ahora incluso a mí me daban ganas de responderle «sí, seguro» a la Violeta del pasado.

Sin embargo, a pesar de que lo estaba pasando bien, era feliz y estaba en paz con mi decisión de ir lento, me daba cuenta de que cuando llegaba a casa de madrugada no tenía que preguntarme si estarían o no prendidas las luces, porque sabía que no sería así, pues no había nadie que me esperara despierto para saber cómo me fue o prepararme algo de comer a las tres de la mañana.

Eso sí, mi departamento jamás se había visto así de reluciente. Estuve varios días trabajando en eso, enfrascada en ponerlo todo en orden, como si esos metros cuadrados reflejasen cada aspecto de mi vida. Y esos días estuve tan ocupada que poco tiempo tuve para pensar en otra cosa, no obstante, cuando ya no hubo nada que hacer porque ya no había cosas fuera de lugar ni polvo que sacudir… comencé a extrañar las risas, las bromas tontas sobre que babeaba por las noches, o despertarme con el aroma del café por las mañanas, o acabarme toda el agua caliente y que Dominik tuviese que esperar una hora para poder entrar en la ducha.

Lo extrañaba todo de él. No se lo había dicho, pero moría por hacerlo.

Pasaron los días y el frío del otoño llegó para quedarse. Era tal que tenía que ponerme capa tras capa de ropa para poder mantener el calor de mi cuerpo. Y la lluvia era todavía peor. Un día empezó a caer y ya no paró. Había sucedido un martes, y ya era sábado.

Aunque por lo general en las estaciones frías trataba de no mirar mucho por la ventana, en esa oportunidad lo hice. Me acerqué al cristal y corrí las cortinas. Tenía tanto frío que casi tiritaba, y el único punto de calor provenía de la taza de chocolate caliente que tenía

bien apretada entre las manos, tratando de que mis dedos entumecidos dejasen de doler.

Esa noche la lluvia era peor que todo el resto de la semana. Con el ceño fruncido me acerqué en varias ocasiones a la ventana durante la tarde, aunque estaba tan oscuro que parecían ya las diez de la noche. Examinaba el cielo una y otra y otra vez, mirando de un lado a otro sin saber del todo qué demonios buscaba. *Buscaba algo*, de eso estaba segura, aunque lo único que veía eran nubes negras.

Con frustración me di cuenta de lo que era: no había ninguna estrella en el cielo.

—Maldición —dije entre dientes, acercándome más a la ventana, como si cambiando de ángulo pudiera hacer que se despejara.

Algo dentro de mi hizo clic. Llevaban siendo ya muchas noches sin estrellas: desde principios de otoño que ya casi no aparecían, no obstante, Dominik se había encargado de que pudiera verlas cada vez que quisiera.

Me había traído las estrellas, pero él… Él era la estrella más grande.

Había vivido toda mi vida con miedo. Distintos miedos a distintas cosas, pero miedo, al fin y al cabo: miedo a la muerte, a las Furias, a quedarme sola. Miedo a mostrarme tal como era, a ser vulnerable y que me lo devolvieran con una puñalada por la espalda… *o en el estómago, para hacer más precisa la analogía*, pensé con sarcasmo. Miedo a darme cuenta de que los rostros, las voces y los recuerdos de mis padres se me estaban escapando, porque era tan pequeña cuando se fueron que de no ser por las fotos me costaría visualizarlos.

Miedo a lo que hacía el dolor con las personas, como Scott, que había sucumbido a él y había acabado muerto. Miedo a cómo la maldad del mundo corrompía incluso a aquellos que tenían buenas intenciones y los llevaba a hacer cosas horribles, como le pasó a Hayden. Miedo a ser lastimada por quienes más quería, o a lastimarlos yo misma, como a Ethan, porque me enamoré de él sin pensar en las consecuencias, sin querer darme cuenta de que solo el hecho de ser nosotros condenaba nuestra relación al fracaso, porque no podía ser. Y miedo a perder lo que más me importaba en este mundo, como Dominik, y estar condenándonos de la misma manera, no por ser quienes éramos sino por todo lo que cargábamos.

Tenía miedo de que se acabara y dejáramos de estar unidos como lo estuvimos siempre.

Hacía varios meses había pensado que Ethan era el amor de mi vida. Lo había amado con tanta intensidad que cuando acabó pensé que jamás lo superaría, y aquí estaba, poco más de medio año después, preguntándome si me había equivocado al creer que él era el indicado.

Si no lo era, si era Dominik, ¿se convertían mis sentimientos en menos reales, menos profundos?

No, no deberían.

Comprendí entonces que en la vida había muchos «indicados», que ese gran y épico amor con el que todos soñábamos no podía ser uno solo, porque si así era y lo perdías, entonces ¿qué esperanza quedaba? No; tenían que ser varios, varios amores que llegaban en el momento justo y arrasaban con todo, para enseñarte, para ayudarte a crecer o a sanar heridas pasadas. Yo estaba dispuesta a aceptarlo de ese modo.

Ethan y Dominik eran para mí lo que difícilmente otro podría haber sido, lo sabía, pero con Dominik tenía algo que con Ethan jamás tendría: un hilo que nos conectaba desde el día en que nos conocimos hacía muchos años, en las calles bajo la lluvia, y que nos unió desde entonces a través de nuestros momentos más oscuros.

Habíamos pasado por tanto que sentía esa clase de amor que te hace querer entregar la vida por el otro sin dudarlo ni un segundo, y sabía que él sentía lo mismo. Los hilos eran demasiado fuertes: habían estado allí mucho tiempo. Incluso cuando creí que se habían cortado, jamás lo hicieron.

En ese instante, dos certezas me golpearon con tal fuerza que se me fue el equilibrio y me dejé caer sobre la cama: no iba a perderlo, y no iba a vivir más con miedo.

Revolví todo mi bolso y poco me faltó para dar vuelta el cajón de la mesa de entrada buscando las llaves. No quería esperar más, así que seguí el impulso que crecía dentro de mí y salí del edificio olvidándome de tomar una chaqueta. Fuera, la lluvia torrencial me empapó en un instante, y corrí y corrí con todas mis fuerzas sin detenerme más que en las luces rojas de los semáforos. Corrí con un anhelo y una energía que solo él podía darme.

Cuando llegué a su edificio, el portero me dejó entrar con una sonrisa cómplice que yo respondí mientras subía al elevador y presionaba el botón que me llevaría más cerca de Dominik. Fue como si una eternidad nos separara. Golpeteaba el suelo con ansiedad haciendo que las gotas de lluvia resbalaran por mi cuerpo. No bien la puerta se abrió, eché a correr nuevamente. Toqué el timbre con ímpetu, con ganas, y él abrió no mucho después. Pude ver la mezcla de emociones en su cara al verme.

—Vi, ¿estás...? —Pero yo no lo dejé decir nada más, porque me lancé a sus brazos buscando su contacto, y él me recibió como si hubiese estado esperándome toda la vida. Lo abracé, me abrazó, y en ese abrazo solo importábamos nosotros—. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

Me separé solo lo suficiente para que pudiera verlo y él a mí. Me enterneció su preocupación. Sonreí casi con timidez.

—Es que allá no podía ver las estrellas —respondí, y noté la sonrisa en sus ojos al entender mis palabras.

Entonces lo besé sin esperar nada, porque ya había esperado mucho. Él me respondió y me estrechó con más fuerza contra su pecho, como si quisiera fundir nuestras almas en una.

—Violeta, yo te amo —susurró contra mis labios. Me separé, casi sin creer y a la vez sin dudar lo que escuchaba—. Y no me importa si todavía no puedes decirlo de vuelta, no me importa tener que esperarte, no me importa nada de eso. Solo quiero que lo sepas.

Asentí, creyendo que lloraría de nuevo.

—Claro que te amo, tonto —contesté de inmediato. Sus ojos se abrieron más si era posible—. No necesito pensarlo, Dominik. Siempre ha sido así.

—Violeta… —Fue lo único que dijo antes de que nuestro beso se comiera todas las palabras, como si mi nombre fuera lo más lindo, lo más sagrado.

—¿Me recibirías aquí esta noche?

Dominik sonrió.

—Y todas las noches que quieras.



Más tarde, cuando la oscuridad y las sábanas nos rodeaban, él me susurró al oído:

—Igual si no venías iba a ir yo a buscarte. —Sonreí.

Al final del día no éramos ni Dominik ni Violeta; ya no éramos las personas que cargaban con el peso de sus nombres a sus espaldas. Éramos solo él y ella, el chico y la chica, que nada sabían de lo que había pasado y mucho menos de lo que estaba por acontecer.

PARTE 2

Flores entrela nieve

Amamos con un amor que era más que amor.

—Edgar Allan Poe, «Annabel Lee»





CAPÍTULO 16

Algo nuevo

«South Dakota» – gavn!

Las pinceladas eran suaves, rectas y precisas. Tanto, que tenía que esforzarse por notarlas. De lejos ni siquiera se veían, y era difícil darse cuenta de que esas nubes, ese cielo y ese sol no eran más que una mezcla de amarillos, naranjas y rosas, con toques de blanco por aquí y por allá. De pequeña su madre le había enseñado que no era tanto una cosa de luces y sombras, sino de formas y colores. Que una luz no era necesariamente blanca, así como una sombra tampoco tenía que ser negra, sino que podía ser azul, morada o de cualquier color que ella quisiera imaginarse. Cuando empezó a ver el mundo de ese modo, todo tuvo un sentido distinto, más pintoresco y menos brusco. En este caso, la escena era suave y delicada, como la mujer que la había pintado.

Violeta contempló cada poro del lienzo cubierto de pigmentos y texturas hechas con paleta. Recordaba, muchos años atrás, cómo su madre se pasaba horas en el estudio y ella la acompañaba. Le encantaba observarla pintar, abstraerse de tal modo que a veces sonreía o hacía muecas sin darse cuenta. Se podía pasar horas y horas mezclando y poniendo colores en el lienzo, porque una vez que empezaba ya no podía parar. «No me gusta perder la inspiración una vez que he comenzado», solía decirle. De eso se acordaba.

Ese cuadro en particular la llamaba de una forma que los otros no lo hacían, porque estaba en un lienzo alargado y gigante, en donde podía apreciar como si fuese una fotografía la luz rosada del atardecer y el sol como una bola diminuta de fuego blanco justo antes de esconderse tras el agua. Sin embargo, no había olas en la

pintura, ni playa ni arena ni personas. En su lugar, había un boceto sin terminar pintado en un fucsia muy diluido, que marcaba con claridad en qué parte empezaba el agua, dónde irían las olas y dónde estaría el reflejo del sol.

Se acercó al cuadro y aspiró el aroma, incluso sabiendo que el fuerte olor de la trementina que solía inundar la casa se habría desvanecido hacía años. Ese cuadro era lo último que su madre había pintado, y jamás logró finalizarlo.

A menudo Violeta se preguntaba cómo luciría terminado, y si lo que ella imaginaba sería lo mismo que su madre había pensado alguna vez, pero tenía claro que nunca tocaría la pintura, ni intentaría completarla. Era su cuadro favorito tal como estaba, porque la hacía pensar en un momento en que la muerte jamás se vio próxima, y en la vuelta que puede dar el destino cuando menos lo esperaba.

Pasó los dedos por el borde interior del lienzo, a la derecha, donde todos los demás tenían la firma de su madre. Este estaba vacío, pero a ella no le costaba imaginarse el *Camille* escrito en blanco o celeste, quizá, y en letras grandes y cursivas. A su madre jamás le dio miedo que su firma fuese muy grande. Le gustaba eso de ella, le gustaba que quisiera que su nombre fuera visto.

—¡Violeta! ¿Tienes ya las otras cajas?

Volvió a la realidad, sonriendo, porque desde hacía años que la realidad no era algo ante lo que sonreía. Ahora se había convertido en su lugar favorito, gracias a Dominik.

—¡Están aquí!

Apareció con una expresión alegre y divertida por el hueco de la puerta, asomando primero la cabeza y luego el torso, como si antes

quisiera espiar lo que ella estaba haciendo.

—¿Qué haces?

—Pensaba.

Él resopló.

—Si sigues pensando a cada rato no terminaremos nunca —se quejó.

—No se puede dejar de pensar.

—Pero sí se pueden hacer otras cosas mientras piensas.

—¿Y qué cosas quieres hacer?

Las cejas de Dominik se arquearon en un segundo, leyendo tanto en su voz como en su mirada sus dobles intenciones. Dejó la caja que traía en el suelo y se acercó a ella, que seguía sentada en la banqueta alta de su madre. Pronto sus labios quedaron a la misma altura, y Dominik se acercó más, sin despegar los ojos de su boca.

Violeta quería besarlo. *Siempre* quería besarlo.

Sus narices se tocaron, y cerró los ojos al sentir el roce de sus labios. El aliento de Dominik le hizo cosquillas en la boca cuando él susurró:

—Quiero que terminemos de empacar la habitación, en vez de terminar *en* la habitación.

Las mejillas le ardieron con violencia cuando él se apartó, dejando que el aire helado la golpeara. Bien, así el rubor bajaba. A ella sí que le hubiese gustado terminar *en* la habitación con él. Tuvo que apretar las piernas con fuerza y contar hasta diez.

—Idiota —masculló por lo bajo.

Dominik le dio un beso en la frente y le revolvió el cabello como hacía cuando eran pequeños. Violeta no pudo menos que sonreír y verlo llevar el resto de las cajas hacia el pasillo.

Hacía un par de meses al fin lo decidió: iba a vender la casa de sus padres. No fue una elección fácil, ni ligera, sino algo que llevaba años en el fondo de su cabeza, una vocecilla de su subconsciente que le susurraba que era lo mejor, pero la ignoraba constantemente hasta que al fin le hizo caso. Fue un día en que se dio cuenta de que ese lugar, abandonado como estaba, no le servía para nada excepto seguir amarrada a los recuerdos más turbios de su pasado, y eso jamás, en ninguna circunstancia, hubiese sido lo que sus padres querían.

Por otro lado, de alguna forma se sentía atada a los lugares que significaron mucho para ella, donde había vivido los mejores y peores momentos de su existencia. Esa casa, la de los Scott… No quería tener que aferrarse a algo material para ayudarla a no olvidar. Quería soltar, quería recordar de otra manera.

Por eso había decidido que vendería la casa, junto con la gran mayoría de lo que había dentro. Se quedaría las pinturas y las fotos, y otras cosas que iba encontrando en el camino; cosas que la hacían sonreír.

Su departamento, por otro lado, había decidido conservarlo y arrendarlo. Le gustaba la idea de tenerlo como ingreso extra todos los meses, además, no le veía sentido a tenerlo vacío si se pasaba todo su tiempo en casa de Dominik. Ya tenía un par de ofertas, así que solo le quedaba considerar la mejor de sus opciones. De esa forma, todos ganaban.

Los rayos del sol que entraban por la ventana pasaron del amarillo a un dorado intenso. La «hora dorada», aunque en enero no calentaba en lo absoluto. Era una ilusión, nada más. No eran lo suficientemente acogedores como para evitar que el frío se colara

entre las capas y capas de ropa que llevaba para mantener el calor. Así que, como no quería perder más tiempo, tomó las pinturas y las llevó de una en una al pasillo donde estaban juntando las cajas.

Había tres pilas cerca de la entrada: «guardar», «donar» y «botar». La última era la más grande, como siempre. Sobre todo, porque con el tiempo que había dejado la casa abandonada muchas cosas se arruinaron.

—¿Te las llevas todas? —preguntó Dominik, llegando junto a ella.

Violeta asintió.

—Solo por ahora. Creo que me quedaré con un par y las demás…

—Quédatelas todas si quieres. Les haremos lugar. —Ella sonrió.

No lo discutieron más.

Llevaron algunas de las cajas de la pila «guardar», la más pequeña, al auto de Dominik, junto con las pinturas de Camille Cortana.

Las fiestas y fin de año habían pasado como en un parpadeo, pero un parpadeo largo, como cuando se cierran los ojos para disfrutar de algo y luego cuesta volver a abrirlos. Así fue para ella, y pensaba que también fue así para Dominik, pues era la primera vez que celebraban Navidad. No se refería solo a celebrarla juntos como pareja, sino a *celebrarla*.

La última Navidad de Violeta había sido en casa de los Scott, justo antes de la muerte de Amber. Dominik ni siquiera recordaba la suya. Ese año fue diferente: ambos decidieron que tenían mucho que celebrar e, incluso si no, buscarían algo para hacerlo juntos. Y celebrarían no solo Navidad, sino que también Año Nuevo, Pascua, el Día del Trabajador y todo lo que pudieran. Así que, poco antes del 25 de diciembre, Dominik llegó a casa con un arbolito de unas dos

cabezas de altura, verde oscuro, plástico y con una bolsa de arpillera en donde deberían ir las raíces. Le dijo a Violeta que podrían decorarlo juntos.

Y esa misma tarde ella salió y volvió con varios paquetes de luces a batería, papeles de colores y una lata de nieve artificial en aerosol. Se dieron cuenta demasiado tarde que deberían haber rociado la nieve sobre el árbol en la terraza, mientras observaban el desastre que habían dejado en el comedor. Ante eso sonrieron, como lo harían dos personas que no tienen más preocupaciones que un poco de nieve falsa en las paredes y en el suelo.

Dejaron secar el arbolito toda la noche y al día siguiente lo decoraron con luces y flores de papel de distintos colores. Porque, aunque a Violeta le gustaba la nieve, no le gustaba el invierno, y soñaba con un lugar que tuviese la belleza del invierno y la calidez del verano.

«¡Listo!», dijo al poner la última flor sobre el árbol, una del color de su nombre.

Dominik activó el interruptor y los puntos de luces se encendieron.

«Flores entre la nieve —murmuró, besándole el cabello—. Es perfecto.»

«Algún día viviré en un lugar en que siempre sea verano.»

«Te gustaría California. —Fue todo lo que dijo él, recordando su tiempo en Los Ángeles con una sonrisa en el rostro.»

«Podríamos ir.»

«*Tenemos* que ir.»

«Tenemos que ir a muchas partes.»



Año Nuevo fue distinto. No fue algo íntimo entre ellos, sino que lo compartieron con el mundo. Fue todo lujo y fiesta y baile y risas. Arreglarse y vestirse de gala, pedir su comida favorita y beber *champagne* caro. Fue un nuevo comienzo para ambos, juntos, mientras veían los fuegos artificiales desde Times Square.

Poco después de las doce, cuando el bullicio de la gente y los fuegos se acabaron, sonó un teléfono. Violeta se apresuró a coger el suyo antes de que ambos se dieran cuenta de que no era el que sonaba. Dominik sacó el aparato de su bolsillo con una sonrisa que rápidamente se convirtió en una expresión de asombro.

—Son… Es mi papá —murmuró atónito.

—Contesta —lo animó ella.

Lo que pasaba era que él nunca había recibido palabras especiales de sus padres en Año Nuevo.

—Papá —saludó, sin saber qué decir.

—Hola, hijo. Tu madre y yo queríamos… Bueno, queremos desearte que tengas un feliz comienzo de año. —A Dominik se le llenó el corazón de una emoción desconocida. Luego escuchó murmullos al otro lado de la línea—. Sí, sí —le dijo Nathaniel a la otra persona que estaba con él. A su madre, supuso—. Y también queríamos… —Se interrumpió.

Hubo sonidos de movimiento y la próxima voz que habló fue la de Adelaide.

—Hola, Dom, ¿cómo estás? Espero que lo estés pasando bien.

—Sí, lo estoy pasando muy bien. ¿Cómo estás tú… mamá?

Se le hacía raro hablarle así, con tanta naturalidad, aunque supuso que debería irse acostumbrando.

—Bien, hijo, estamos bien. Cenamos, vimos los fuegos y ahora ya volvemos a casa. Quería… Queríamos desearte un feliz año, y también agradecerte.

—¿Por qué?

—Por darnos otra oportunidad. No teníamos muchas esperanzas de que lo hicieras.

Dominik sonrió. Sonrió de verdad. En otro momento, en otra vida, jamás lo hubiese hecho. Lo siguiente que dijo era más bien un pensamiento, algo que iba a guardar solo para él por lo cursi y bobo que sonaría, pero las palabras salieron de su boca por inercia:

—Supongo que yo también tengo que agradecerle a alguien por eso. —Miró a Violeta, lleno de amor en los ojos. Y la sonrisa que ella le dedicó…

—Ah, ¿sí?

Dominik sintió que sus mejillas ardían con violencia. Bajó la vista, porque era consciente de que Violeta lo miraba de reojo y no quería que se diera cuenta.

Casi escuchó a su madre sonreír por el auricular al decir:

—¿Una chica?

Dios, por favor no, pensó. Lo que menos quería en ese minuto era hablar con ella de sus sentimientos. No porque no estuviera seguro, o por nada que tuviese que ver con Violeta, en realidad, sino porque lo que menos se imaginó en la vida era estar en esa situación. No estaba preparado y tenía que admitir que iba a morirse de la vergüenza.

—No tenemos que hablar de eso, ¿verdad? —dijo como quien no quiere la cosa.

—No, por supuesto que no. Aunque quizá en otra ocasión… —sugirió.

—Quizá.

Horas más tarde, ya en casa, le contó todo eso a Violeta y, tal como había pensado, le agradeció por motivarlo a superarse. Por otro lado, las cosas con sus padres iban cada vez mejor, y había ayudado mucho a que Dominik pudiera confiar en sus intenciones cuando decidieron posponer su viaje de vuelta a Washington y quedarse por tiempo indefinido en la ciudad para poder pasar más tiempo con él.

Días después llegó ese «quizá» que le había prometido a su madre, una noche en que se reunieron para cenar. No supo ni cómo llegaron al tema, sin embargo, no sabía si sorprenderse o asombrarse de que su madre se acordara.

En un principio, Dominik estaba reacio a hablarles acerca de Violeta: la había mantenido alejada de sus padres desde el minuto en que se hicieron amigos, y si bien no fue difícil ya que nunca los veía, era su secreto mejor guardado. Una vez más, el hecho no tenía nada que ver con ella, sino más bien con que Dominik quería mantener a sus padres alejados: tenía demasiado miedo de que contaminaran lo único bueno en su vida. No iba a permitirse la posibilidad. Eso lo decidió cuando tenía apenas doce años, no obstante, ahora que se estaban ganando su confianza, se dio cuenta de que en realidad sí tenía muchas ganas de contarles sobre ella.

Así que les habló de cómo se conocieron, cómo fue creciendo su amistad con los años y cómo habían llegado hasta donde estaban ahora. Omitió los detalles sobre su vida en el orfanato, y también la

serie de eventos desafortunados que acontecieron con los Hallaway meses atrás. No era su historia para contar.

Lo que más sorprendió a sus padres fue el hecho de que se hubiesen conocido tan pequeños, que hubiesen sido así de unidos tantos años y que ellos jamás se hubiesen enterado. Les hizo darse cuenta de lo mucho que se habían perdido, y todo lo que tenían que compensar.

—Nos gustaría conocerla —dijo su madre.

—Si es que ambos están de acuerdo —agregó Nathaniel.

Dominik se lo pensó un momento. No podía responder por Violeta, pero estaba casi seguro de que ella diría que sí, y a él… A él le gustaría que sus padres la conocieran.

—Voy a preguntarle.



De vuelta en el presente, Violeta se subió al asiento del copiloto con una sonrisa, observando a Dominik de reojo.

—Entonces ¿al orfanato?

Asintió. No dijeron más y se pusieron en marcha. Pronto el edificio se convirtió en una mancha borrosa que en unos segundos quedó atrás, y ella lo observó por el espejo retrovisor todo lo que pudo antes de perderlo de vista. Le impresionaba cómo un lugar podía quedarse tan arraigado en su interior, más por lo que significaba, por lo que representaba, que por los recuerdos que tenía de él.

No había querido voltearse porque no quería que Dominik interpretara su mirada como duda, pero la conocía demasiado bien.

Observándola por el rabillo del ojo, sin despegar del todo la vista de la carretera, le preguntó:

—¿Crees que te arrepientas?

Ella, que tenía la atención puesta en otra cosa, no lo entendió del todo.

—¿Cómo?

—De venderla. ¿Crees que más adelante…?

—No —dijo con certeza—. Estoy segura. Es lo mejor, lo correcto.

—¿Lo correcto para quién? —quiso saber.

Violeta suspiró.

—Para todos. ¿No eras tú quien decía que no se podía vivir en el pasado? Además, no tengo intenciones de vivir ahí, y creo que mis padres hubiesen querido que la casa estuviera cuidada por alguien que la quiera, alguien que pueda hacer ahí su propia familia.

—Jamás dije eso… pero sí. Tienes razón.

Así como Dominik no pudo evitar sonreír, Violeta no pudo detener la frase que salió de su boca:

—Esas son mis palabras favoritas.

La sonrisa de Dominik se hizo más amplia.

—Lo sé.

En el orfanato las cosas marchaban bien. Apenas llegaron Violeta le regaló a Camila una de las pinturas de su madre. Camila, que siempre había sido modesta y humilde, dijo en un principio que era demasiado, que no podía aceptarla. Violeta sabía que diría eso, de modo que ya tenía ensayada una respuesta:

—Mi madre habría querido que la tuvieras. Regalar pinturas solía ser su forma de dar las gracias a las personas que se lo merecían, y

tú te lo mereces, por todo lo que hiciste por mí y lo que sigues haciendo por los demás.

Con los ojos llenos de lágrimas, Camila aceptó.

La colgaron en el pasillo de la entrada, donde solía haber un enorme espacio en blanco en la pared que daba a la cocina. Quedaba perfecto, como si todos esos años la casa hubiese estado esperando *esa* pintura, en *ese* lugar. Ahora era imposible no mirarla apenas cruzabas la puerta, pues de inmediato la vista recaía en las enormes montañas coronadas de nieve blanca y lisa, y en los reflejos del sol de la mañana sobre ellas, llenándolas de vida y… algo más. Esperanza, tal vez.

Por eso era la pintura indicada.

—¿Ya pensaste en lo que te comenté el otro día? —quiso saber Violeta mientras analizaba el movimiento dentro de la casa. Faltaba poco para la cena, así que había niños y niñas corriendo por todas partes, y también algunos de los más grandes que se sentaban en el salón a leer o a conversar.

Dominik ya se había acostumbrado al ritmo del orfanato, así que mientras Violeta conversaba con Camila en la cocina, él iba de aquí para allá hablando con quienes administraban para después informárselo a ella.

—Sí. Lo he pensado mucho. Es una buena idea, Vi, pero requiere preparativos, y no sé si nos da el tiempo…

Violeta lo descartó con un movimiento de la mano.

—Por supuesto que requiere preparativos, de eso no te preocupes. Yo me encargaría de todo. Dominik y yo. Tú solo tendrías que aparecer. Dar un discurso, eso sí, pero falta mucho. Lo haríamos con mucha anticipación, para no dejar nada al azar.

—Pareciera que te lo vienes pensando desde hace tiempo.

—Lo vengo pensando desde hace tiempo —confirmó Violeta—. Organizar una gala benéfica nos ayudaría a recaudar fondos para arreglar la infraestructura, que los niños tengan un mejor lugar para vivir, quizá hacer alguna excursión con ellos… Algo para mejorar su estancia, hacerlos felices.

—¿Y sabes organizar un evento como este? —No había malicia en su tono, la pregunta era sincera.

Violeta sonrió como si hubiera nacido para ello.

—Por supuesto. Estudié Administración, este tipo de cosas era parte de la carrera. —Resopló.

La verdad es que fue uno de sus cursos favoritos, aunque jamás pensó que fuera a poner en práctica lo que le habían enseñado.

—¿Y cómo sería…?

—No te preocupes por los detalles —insistió la muchacha—. En serio, tenme un poco de confianza. —Rio.

—Por supuesto que te tengo confianza. —Se hizo la ofendida—. Y la idea me gusta de verdad.

—¡Perfecto, entonces! Nada más que discutir. Excepto, quizá, qué te vas a poner. Es una ocasión de vestido largo, sin excepción.



Esa noche, Violeta se aferró a Dominik entre las sábanas como si no lo hubiese visto en años. Y él la abrazó de vuelta con fuerza, trazando círculos sobre su hombro desnudo mientras pensaba en cómo decirle lo que tenía en la cabeza.

Ella hablaba de lo primero que le pasaba por la mente; de la comida, del clima, de su trabajo o del orfanato, mas Dominik se dio cuenta con pesar de que no la estaba escuchando.

—Lo siento. —Se disculpó por eso.

—No te preocupes —le dijo ella mirándolo en la penumbra—. Solo estoy hablando de tonterías, haciendo tiempo hasta que te decidas a decirme lo que sea que estás pensando.

—¿Cómo lo supiste?

—¡Por favor! —exclamó indignada—. Solo te conozco desde… no sé, ¿siempre? No es nada. —Resopló, sin embargo, sonreía.

—Tengo algo que proponerte…

—¡Ya sé! Quieres que me case contigo. ¡Eso es adorable!

—¿Vas a escucharme o vas a burlarte de mí todo el rato? —inquirió.

A pesar de su tono, Violeta sabía que no estaba molesto en lo absoluto.

—Burlarme, sin duda. —Él la miró mal—. Vale, vale. ¿Qué es lo que querías proponerme?

—El otro día estuve conversando con mis padres y les hablé de ti.

—Oh. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Así que los Benedict sabían de su existencia. ¿Cambiaba eso en algo las cosas? Supuso que no; después de todo, llevaba más tiempo estando conectada a Dominik de lo que ellos llevaban tratando de estar en su vida. No obstante, un montón de escenarios se le pasaron por la cabeza.

Cuando él vio que no respondería nada más, se apresuró a decir:

—Estaban sorprendidos. Creo que, si es que llegaron a pensar en mí durante estos años, lo que menos se les ocurrió preguntarse era

sobre mi vida amorosa.

Violeta soltó una risa.

—Me lo imagino. —Suspiró, irguiendo un poco la espalda para poder mirarlo mejor—. ¿Qué les dijiste?

—Lo básico; cómo nos conocimos, cuándo… Les conté sobre tus padres, pero me ahorré bastantes detalles sobre todo lo demás. No es mi historia.

Ella asintió, comprendiendo.

—No me hubiera molestado que se los dijeras.

—Lo sé. —Dominik se lo pensó un momento—. Aunque quizá…

—¿Quizá…?

—Quizá podrías decírselos tú… si es que quieres. —Ni siquiera le dio la oportunidad de responder cuando un torrente de palabras comenzó a salir de su boca—. En realidad, no tienen por qué hablar de eso. O de nada, la verdad. Me refiero a que… Bueno, eso es lo que quería proponerte. Ese día, cuando estuve con ellos y les conté, me dijeron que quieren conocerte, Vi. Y yo no les di una respuesta, porque no sabía si tú querrías… O si yo…

—Dominik, respira —lo interrumpió ella, casi preocupada de que se ahogara con sus propias palabras. Estaba nervioso y no tenía por qué—. Me encantaría conocerlos.

La expresión de Dominik se relajó con creces. Violeta supuso que, después de todo ese tiempo, tenía miedo de juntar dos partes tan importantes de su vida: una que siempre había estado ahí, y otra que había brillado por su ausencia. Lo comprendía.

—Irá todo bien, lo prometo.

—Lo sé. Ni siquiera sé por qué me pone tan histérico. Me siento como un chico de dieciséis años.

—Ya pasaste esa edad hace tiempo. —Dominik frunció el ceño.

—No estoy viejo, ¿vale? Y me ofende que lo pienses.

La carcajada que salió de sus labios fue inevitable. La risa de ella inundó la habitación, tanto que Dominik se contagió y rio también, tranquilizándose al fin. Luego de unos momentos, cuando se hubo calmado y pudo respirar bien, Violeta lo abrazó y lo miró directo a los ojos:

—Te da miedo que ellos irrumpan en tu vida, que alteren todo lo que has construido, pero es estable, Dominik. Tu vida, la mía, nosotros… todo eso es estable. Date crédito — lo animó—. No va a demolerse porque alguien lo zarandee un poco.

—Tengo miedo de que estas dos partes de mi vida no congenien —admitió.

—Lo harán —aseguró Violeta—. Y si no, quien tiene que adaptarse no eres tú, son ellos.

Dominik asintió, sopesándolo y asentando esa verdad en su interior. Era cierto: tenía miedo de que sus padres cambiaran todo al entrar a su vida. No quería tener que dejarlos de lado ahora que se había hecho la idea de tener una relación con ellos… pero, si debía hacerlo, la elección era clara. Es más: no había elección, no en realidad. Y como había dicho Violeta, si no les gustaba el modo en que llevaba su vida, eran ellos quienes tendrían que adaptarse, pues no estuvieron ahí para guiarlo.

Con eso en mente pudo relajarse. Rieron y conversaron unos minutos más hasta que una risa se convirtió en un suspiro, ese suspiro en un beso y ese beso en un deseo ardiente que los tuvo despiertos mucho rato más de lo planeado.

Lo último que él escuchó antes de cerrar los ojos fue un «te amo, Dominik», para luego caer dormido con una sonrisa en la cara.



CAPÍTULO 17

La Cena

«All Of Te Girls You Loved Before» – Taylor Swift

La noche de la cena llegó pronto, y Violeta tenía una lucha interna: estaba nerviosa y, al mismo tiempo, no quería darle demasiada importancia por si todo iba mal. Pero ¿por qué tendría que ir mal? Era lo que se decía una y otra vez para calmarse. *No tiene por qué salir mal*. Lo había dicho Dominik y lo decía ahora ella. Tendría que terminar por creérselo, sin embargo, había pasado todos estos años sin conocer a quienes le dieron la vida a la persona más importante de su universo. Sentir nervios era lo normal.

Cuando estaba ansiosa por cosas como esa, solía pensar demasiado en los detalles: qué iba a usar, cómo iba a maquillarse o cómo llevaría el pelo. No era tan relevante como la cena en sí, pero a ella le importaba y, por lo demás, le gustaba que esas cosas estuvieran completamente dentro de su control.

Así que fue al armario a tomar el vestido que había comprado un par de días antes, que seguía colgado dentro de una bolsa para que Dominik no lo viera. Le había pedido por favor que se lo mostrase, o que le diera pistas, pero ella quería sorprenderlo.

—¿Qué vas a ponerte? —Era como la vez número quinientos que se lo preguntaba.

—¿Desde cuándo te importa mi ropa? —inquirió Violeta.

Dominik se encogió de hombros.

—No me importa —aseguró con toda confianza, sin embargo, en el último segundo pareció dudarlo—. Solo me importa poder quitártelo luego.

Ella enrojeció con violencia. Sabiendo que ahora no podría dejar de pensar en eso, se alejó mascullando palabras que sonaban muy parecidas a «idiota». Entonces, Dominik dijo:

—No te pongas algo negro.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Vamos, Vi —se burló él—, sé que te gusta el estilo funeral y todo, pero ya está pasando de moda, ¿o no?

¿Y este qué se creía? Dominik se echó a reír como un poseso. Violeta, por su parte, hizo lo más maduro que podía dada la situación: tomó el almohadón más grande de la cama y se lo lanzó directo a la cara.

Su risa se detuvo.

—¡Oye! —se quejó.

—¡Largo de aquí!

—Pero…

—¡Adiós!

Lo sacó a empujones de la habitación —la habitación *de ambos*— para poder vestirse con tranquilidad. No hacía falta que Dominik lo dijera, porque el vestido que había elegido era todo menos negro.

Se había recogido el cabello en una coleta baja, dejando que las ondas sueltas cayeran por su espalda y que algunos de los mechones más cortos danzaran libres cerca de su cara, enmarcándola. El maquillaje, por otro lado, era simple y neutro. No había prescindido de su tan característico delineador, pero había sombreado los párpados con tonos marrones brillantes. Su rostro se veía luminoso, lleno de vida, sobrio y a la vez hermoso. Sonrió contenta con su trabajo.

Al día siguiente de haber aceptado ir a cenar con él y sus padres, Dominik le informó el lugar al que irían: era un sitio elegante, eso sin duda, así que encontró que era la excusa perfecta para ir de compras.

Abrió el cierre de la bolsa, cuidando de que no fuera a engancharse en la tela, y sacó el vestido. Se enfundó en él e hizo malabares con los brazos para subirse el cierre en la espalda: no iba a salir de la habitación hasta que estuviese lista, así que tendría que arreglárselas. Alisó la tela sobre sus piernas y sonrió, calzándose los zapatos de tacón rosa. Se miró una vez más al espejo, solo una, antes de salir.

Dominik la esperaba en el pasillo. Debió haber captado el movimiento que hizo al abrir la puerta por el rabillo del ojo, porque apenas puso un pie fuera de la habitación se volteó y se quedó viéndola embobado.

Él no se quedaba atrás: al verlo con el traje negro y la camisa blanca con los botones del cuello sin abrochar, a Violeta se le secó la boca.

Dominik se acercó con paso firme, y ella no supo si describir su mirada como felina, predadora o dulce y contemplativa. Llegó hasta ella y puso las manos alrededor de su cintura, apretándola. La miró de arriba abajo con una sonrisa en los labios.

—Haces que vuelva a creer en el cielo —comentó, divertido.

El rubor le subió a las mejillas. Solo porque quería escuchar la respuesta, preguntó:

—¿Por qué?

—Pareces un ángel.

Lo dijo presionando los dedos que tenía sobre ella, de seguro pensando en todo menos en cosas «angelicales». Violeta sonrió mientras dejaba que Dominik admirara la tela blanca de encaje que llevaba puesta. El vestido era corto, la falda suelta le llegaba poco más arriba de la rodilla. El encaje de la parte superior acariciaba su clavícula y se deslizaba por las mangas en figuras que apenas le cubrían los brazos. Era la mezcla perfecta de piel y tela, elegante y hermosa.

Violeta miró directo a los ojos de Dominik, que brillaban como nunca. No sabía si era la luz u otra cosa, pero habría matado por saber qué pasaba por su cabeza en ese momento, qué pensamientos harían que su mirada reluciera de esa forma.

La conexión era demasiado fuerte; no pudo apartar la vista. Admiraba todo de él. Podrían haber pasado horas de ese modo sin que jamás se le hiciera incómodo. Y supuso que él pensaba lo mismo, porque su sonrisa de complicidad se reflejaba en sus labios e iba creciendo y creciendo.

Dominik se acercó hasta que sus narices se rozaron y murmuró contra su boca:

—Te ves preciosa.

Tres palabras, cinco sílabas. Sus labios se movieron al pronunciar cada una y rozaron los suyos, suaves como la seda, como el encaje de su vestido. Ese contacto la encendía de mil maneras indescriptibles. Aunque apenas lo sintiera, aunque fuese tan leve e ínfimo, le enviaba descargas por todo el cuerpo. Permanecieron de esa forma durante un par de segundos, como si estuviesen conflictuados entre alejarse o acercarse. Violeta sentía cada punto

en que él la tocaba como una llama. La cintura, el pecho, la boca y la nariz. Era consciente de todo.

Así que cedió al deseo de que esos puntos fuesen más, de que esas manos se deslizaran por su torso y de que ese roce de bocas se convirtiera en un juego de labios y lenguas.

El beso desató una explosión dentro de ella. Las sonrisas se desvanecieron y llegó algo distinto y fuerte que les exigía más. Como si le hubiera leído la mente, Dominik apretó su cintura con las manos como si fuese su curva favorita, y no se quedó ahí. Sus dedos se deslizaron hacia arriba, más arriba, hasta detenerse sobre sus costillas. Cada toque lo sentía; la tela no era tan gruesa como para ocultar el calor de esos dedos cuando rozaron en una caricia el nacimiento de sus senos. Suspiró contra la boca de Dominik en una súplica silenciosa. *Más, más, más*.

Lo besó con mayor ímpetu, empujándolo contra la pared, apretando sus cuerpos porque deseaba fundirlos ahí mismo, en medio del pasillo. Las manos de Violeta se movieron por su pelo, apretando, tirando, y descendieron por su cuello, atrayéndolo más hacia ella. Aprovechó que él nunca se abrochaba los botones del cuello y sacó máxima ventaja de esos centímetros extra que le daba para meter las manos por su espalda.

En un solo movimiento, Dominik tomó su cuerpo y la apresó contra la pared, presionando partes de su anatomía que le hacían saber exactamente cuánto la deseaba también.

Iban a llegar tarde.

Sus labios descendieron por su cuello, besando cada parte de su piel que estaba al descubierto. Cuando volvió a verla, separándose

apenas para poder mirarla a los ojos, el brillo en su mirada había cambiado, nublado por las ganas.

—Tú también te ves muy guapo —comentó Violeta, por decir algo.

Él la ignoró.

—Dame una razón para no llevarte a la cama y sacarte este pedazo de tela tan tentador.

Jadeó. *No puedo*, quería decirle. *Llévame. Sácamelo*.

No pudo pensar en nada más, así que dijo lo primero que se le ocurrió, aunque iba en contra de todos sus instintos.

—Llegaremos tarde —susurró.

—Tenemos tiempo.

—Se me… Se me va a arruinar el pelo. —Su voz terminó siendo casi un chillido cuando notó a dónde se dirigían sus manos.

Los dedos de él, traviesos, juguetones, bajaban por su cintura, por su estómago hasta sus piernas, y ahora rozaban la piel de los muslos y se metían bajo su falda.

Más, más, más, volvió a pensar, sin embargo, apretó con fuerza las piernas sabiendo que, si la tocaba ahí, estaría perdida y no saldrían nunca de ese apartamento.

—No se te va a arruinar nada —prometió él contra su boca.

—Dom…

—¿Qué quieres, Violeta? Si me lo dices, nos vamos ahora.

Mierda, lo quería a él, en todas partes. Quería sus besos en todas partes.

Los dedos siguieron subiendo, rozando su humedad. Sus piernas la traicionaron y se abrieron para él.

Gimió cerrando los ojos.

—Te quiero a ti —susurró, jadeó, gimió cuando sintió esos dedos correr sus bragas y hundirse dentro de ella.

No le costó nada olvidarse de todo, y ser consciente solo de esos dos dedos que se movían en círculos dentro suyo, lento, saliendo y entrando una y otra vez… Y de ese otro que, mientras tanto, subía y rozaba el nudo de nervios.

—No vamos a llegar tarde —le aseguró una última vez antes de volver a besarla, antes de que su lengua estuviese en su boca imitando lo que sus dedos hacían en otras partes de su cuerpo.

No peleó, no se resistió más. No valía la pena: su anatomía traicionera la delataba con su humedad, acomodándose para darle más acceso. Los espasmos la recorrían mientras los dedos se movían dentro y fuera de ella.

Dominik sostenía su cuerpo con destreza, y así como estaban, apretados contra la pared, ella sentía su dureza en la parte baja de su estómago, pero no lograba alcanzarlo por más que ansiaba sentirlo.

Violeta suspiró y gimió su nombre en voz baja, maldiciéndolo para sus adentros, a él y a esa mano que se movía demasiado lento. Pronto los labios de él bajaron hasta su cuello y sus dedos cambiaron de objetivo: los dos que estaban dentro salieron, completamente empapados de ella, y se movieron y masajearon en círculos su clítoris. Lento al principio, varias veces, varios círculos.

—Dominik —gimió.

Él jadeó también contra su cuello, perdido en las sensaciones que le provocaba, y lo que eso le producía. Estaba embriagado de ella, de su cuerpo… Sus manos se movieron más rápido.

—Dominik —volvió a gemir Violeta.

La voz de Dominik fue un gruñido contra su cuello.

—Violeta.

Ahora cada parte de ella temblaba, tiritaba a punto de ceder. Su nombre en esos labios, en un murmullo cargado de placer y de deseo, fue como una descarga de adrenalina en el cuerpo. Él no dijo nada cuando sacó los dientes y le rozó con ellos el cuello, leve, sin dejar marca, mas fue suficiente para que los temblores aumentaran.

Toda su concentración estaba en la mano que se movía sobre ella, húmeda y llena de un deseo que estaba por estallar.

—*Dominik*. —La voz apenas le salía. Los latidos de su corazón aumentaban y sentía cómo la sangre la recorría de pies a cabeza. Ya no aguantaba más; estaba tan sensible que cada movimiento lo sentía como aumentado por mil. La mano de Dominik se movía y jugaba con ella… pero ella no quería juegos. No aguantaba—. Hazlo más rápido.

—Mierda, Vi.

Él obedeció. Esos dos dedos se movieron a una velocidad impresionante, y ella estaba tan húmeda que se deslizaban con facilidad… En unos segundos el orgasmo la atravesó sin miramientos, cada músculo de su cuerpo tenso y apretado se relajó cuando la sensación la recorrió en un grito que quedó atrapado en su garganta, cuando sintió los dedos moverse una vez más sobre ella, lento, prolongando el alivio que la dejó laxa entre los brazos de él.

Mantuvo los ojos cerrados, apoyando la cabeza contra la pared para tratar de que tanto sus latidos como su respiración volviesen a la normalidad. Dominik cedió y apoyó la cabeza en su cuello, como

derrotado, y suspiró lleno de deseo… La deseaba *a ella*, a pesar de que acababa de hacerla terminar entre sus manos.

—¿Ves? No se te arruinó el pelo. —Fue lo único que dijo.



El lugar al que entraron media hora después era distinto a todo lo que Violeta conocía hasta el momento. Se quedó asombrada ante los pequeños detalles que hacían del interior del restaurante un lujo que jamás se había dado. Las paredes pintadas de azul marino, con grandes ventanales que dejaban pasar la luz del cielo nocturno y las pequeñas lámparas de ambientación entre cada cristal, aportaban calidez al gris del invierno.

Dominik entró detrás suyo, deteniéndose un minuto para recibir el abrigo que se le deslizaba por los hombros. *Siempre tan caballero*, moría por decirle, por burlarse de él y reírse como siempre hacían, sin embargo, el impulso quedó enterrado bajo una gruesa capa de nervios e incertidumbre. Dominik se ubicó a su lado, con el abrigo color crema en las manos. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora junto con un apretón en su hombro, transmitiéndole seguridad.

Violeta sabía que él también estaba nervioso por esa comida, así que le sonrió con todo su ánimo antes de que él desviase la vista para pasear la mirada por el restaurante. Ella no sabía cómo lucían sus padres, no los había visto ni en fotos, así que no se molestó en tratar de buscar. Según Violeta, todas las personas que comían ahí lucían iguales; los hombres de traje, las mujeres de vestido y tacones. Se preguntó si la mayoría estaría ahí para celebrar una ocasión especial o si ir a gastar su dinero en comida excesivamente

cara era algo rutinario. Se encogió de hombros, respondiéndose a sí misma: no le importaba.

—Están allá —murmuró Dominik sacándola de sus cavilaciones.

Siguió su mirada hasta una mesa en particular, aunque por la cantidad de gente que había no supo si era esa o la de al lado, así que se limitó a asentir y a indicarle que avanzara primero. Se adelantó tomándola de la mano, y zigzaguearon entre las mesas, cuidando de no pasar a llevar algún mantel o copa, hasta que Dominik se plantó frente a sus padres.

No tuvo que decir nada: enseguida ellos lo notaron y sonrieron.

—¡Hijo! —exclamó su madre.

Adelaide se levantó como si le hubiesen puesto un resorte en el asiento y abrazó a Dominik. Él le devolvió el gesto con una sonrisa, mas Violeta podía ver en su expresión que esa familiaridad era algo a lo que todavía no se acostumbraba.

A pesar de que los movimientos de la mujer eran apresurados, espontáneos y genuinos, le salían con tal elegancia que Violeta sintió que lo llevaba en la sangre; no era algo que hubiese aprendido.

Junto con ella se levantó el padre de Dominik. Era tal como él se lo había descrito, siempre derecho, siempre correcto. *Políticamente correcto*, era lo que solía decirle, pero había algo más en su expresión que todavía no conseguía descifrar.

Saludó a su hijo con un apretón de manos muy formal, tal vez demasiado, aunque dejó su mano más tiempo del necesario. Parecía esa clase de gente que intenta todo el tiempo reprimir sus emociones, alguien a quien jamás se lo vería romperse o desarmarse. Una estatua que cargaba años de protocolos, reglas y

normas que no le habían permitido ser quien era, hasta que la costumbre lo transformó en lo que debía ser.

—Tú debes ser Violeta.

Se sintió pequeña cuando los ojos del hombre se posaron en ella, mas no retrocedió ni bajó la vista, sino que observó a Nathaniel Benedict sin desarmar su sonrisa. Violeta notó que sus ojos eran de un color extraño; no eran celestes, sino de un azul oscuro, tormentoso cual marea revuelta, como si sus pensamientos le agitaran los colores.

Luego de un momento que se le hizo eterno, por fin él sonrió con calidez y le tendió la mano. Fue como cuando la nieve se derretía y les dejaba el paso libre a las flores de primavera. Así lo sintió ella.

Quizá eso que él ocultaba era el hecho de que era más blando que el hielo con el que se presentaba ante el mundo.

—Nathaniel Benedict. Un gusto conocerte. Hemos…

—Hemos escuchado mucho sobre ti —completó su esposa, acercándose a ambos—. Soy la madre de Dominik, Adelaide.

—También he escuchado mucho de ustedes. —Lo dijo con elocuencia, con algo de doble sentido, y supo que eso no le pasó desapercibido a nadie. Sí, había escuchado bastante de ellos, y no todo era bueno. No obstante, ahí estaban—. Me alegra poder conocerlos al fin.

—¿Llegaron hace mucho? —quiso saber Dominik.

—Oh, no, solo unos minutos —respondió su madre con un gesto de la mano, restándole importancia—. Pedimos una botella de vino mientras los esperábamos. ¿Les sirvo? Está delicioso.

Dom asintió. Sacando a relucir su lado más protocolar y diplomático, echó hacia atrás la silla para que Violeta pudiese

sentarse. Ella sonrió para sus adentros y musitó un «gracias».

De inmediato llegó el mesero y les entregó la carta. Ella dijo lo que quería pedir —lo había investigado antes para asegurarse de que hubiera opciones vegetarianas— y, mientras los demás hacían lo mismo, se dedicó a analizar a los padres de Dominik.

Cuando el joven que los atendía se fue, por un momento reinó el silencio. No se sintió incómoda, pero no sabía qué decir. Su mente se había quedado en blanco y no podía pensar en nada lo suficientemente ingenioso o inteligente que comentar.

Para su suerte, Dominik la salvó preguntando sobre algo tonto que había oído en las noticias, y hablaron de eso unos minutos. Apuró un par de sorbos de su copa, esperando que el alcohol le diera un poco más de valentía.

Entonces la madre de Dominik se dirigió a ella.

—Violeta. —Lo dijo como si su nombre fuera una sentencia. Era obvio que ella estaba dispuesta a lo que fuera con tal de que esa cena saliera bien: lo veía en cada una de sus sonrisas y sus gestos. Eso le gustó, pues mostraba esfuerzo de su parte. *Un punto en común*, pensó—. Dime algo de ti —pidió—. ¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir veintidós el mes que viene. —Sonrió y sintió que Dom hacía lo mismo a su lado.

—Dominik me contó que se conocieron cuando eran muy pequeños.

—Sí. Tenía diez cuando nos conocimos. Él tenía doce.

—Increíble —murmuró Nathaniel, asintiendo para sí.

—¿Por qué? —Violeta quiso saber.

El hombre la miró, sacudiendo la cabeza como si su pregunta lo hubiese devuelto a la realidad, y sonrió.

—Formar un vínculo así, a tan corta edad, y mantenerlo intacto desde entonces…

—No ha sido sin esfuerzo —dijo Dominik.

—No —convino la chica—, pero yo diría que las circunstancias nos ayudaron.

Adelaide, comprendiendo más o menos a qué se refería, frunció el ceño.

—Cualquiera diría que las circunstancias lo hicieron más difícil. ¿No fue así?

Violeta le lanzó una pequeña mirada a Dominik antes de responder. No necesitaba pensarlo, las palabras salieron de su boca como si hubiese estado esperando toda su vida para decirlas.

—Cuando nos conocimos yo estaba sola, no tenía nada a lo que aferrarme salvo recuerdos tortuosos. Lo necesitaba, incluso si no me daba cuenta. Y creo que él sentía lo mismo: necesitábamos a alguien en quien confiar, alguien que estuviese con nosotros por elección, no por obligación. Entonces cualquier vínculo tiene el potencial de ser eterno, solo hay que trabajar por ello. Cualquiera se hubiese rendido conmigo por todo lo que cargaba —admitió con una sonrisa culposa—. Él no lo hizo.

Dominik asintió junto a ella, sonriendo de costado, recordando la época en que eran dos niños sin nada que perder y todo que ganar.

Adelaide asintió; entendía a la perfección lo que la muchacha quería decir. Se inclinó hacia adelante y tomó un sorbo de su copa de vino blanco, mientras su pecho asimilaba el orgullo que estaba sintiendo por ese hijo por quien no hizo lo suficiente. Sabía que no debía sentirse así, pues no tuvo nada que ver con su crianza ni con su temple. Sus acciones eran el resultado de otros; de la gracia de

las personas que se preocuparon por él como ella debió haber hecho.

Pero ya no servía de nada lamentarse. Ahora solo podía avanzar, pedir perdón de la forma más humilde que pudiera, tratar de corregir sus errores y ser mejor.

Con cautela, preguntó:

—¿Esto fue en el tiempo en que… estuviste en el orfanato? Dominik nos contó que tus padres murieron cuando eras pequeña. Lo siento mucho, querida. Qué pérdida tan espantosa.

—¡Addie! —exclamó el padre de Dominik con un leve rubor en las mejillas. Dirigiéndose a Violeta le dijo con calma, conciliador—: No tienes que hablarnos de eso si no quieres.

—Está bien —lo tranquilizó—. No es un tabú ni nada por el estilo. —Suspiró—. Sí, fue después de que mis padres murieran. Llevaba meses viviendo en un horrible orfanato y un día traté de escaparme. Ahí conocí a Dominik. —Y mirándolo de reojo, añadió—: Decidí que quería ser su amiga en el minuto en que el muy tonto me preguntó quién era, como si él fuese dueño de la calle.

El aludido lanzó una carcajada, realmente divertido.

—No esperaba encontrarme otra forajida, eso es todo.

—¿Forajida? —Violeta fingió indignación, aunque no podía contener la sonrisa que iluminaba sus ojos—. Creo que estás exagerando.

—Cuéntanos algo de ellos —pidió Adelaide—. De tus padres. ¿Cómo eran?

La pregunta la tomó por sorpresa y su sonrisa tambaleó, no por tristeza o por miedo a responder, sino porque en realidad…

—Eran maravillosos —dijo con un suspiro—. Ahora recuerdo tan poco que me da pena, pero fue una época muy feliz en mi vida. Se llevaban muy bien entre ellos, se querían mucho. —Evitó mencionar las circunstancias que llevaron a sus muertes: era una parte que prefería dejar de lado para poder conservar intacta la hermosa memoria que tenía de ambos—. A mi madre le encantaba pintar. Lo amaba con todo su corazón.

—Ah, ¿sí? ¿A eso se dedicaba?

—Sí. Era pintora. Le gustaba ver el mundo en colores y plasmarlo en el lienzo. Era una gran artista. Me inculcó su amor por la pintura desde muy pequeña. Yo veía lo feliz que la hacía, y bueno, me es imposible no amarla también.

Dominik sabía todo eso, sin embargo, siempre sonreía cuando ella hablaba de esa forma. No la interrumpió; le gustaba la manera en que se estaba desenvolviendo y no quería entrometerse. Además, ya sabía la historia. Con curiosidad, su padre preguntó:

—¿Tú pintas?

Violeta rio.

—No. —Negó entre risas, un poco avergonzada—. Lo intenté algunas veces, cuando era pequeña. Mis padres adoptivos me compraron pintura y telas. De hecho, Amber intentó pintar conmigo… Éramos un desastre. Me encanta, pero no se me da.

—¿No has considerado volver a intentarlo? ¿Darle otra oportunidad? ¿Tomar un curso, quizá?

Violeta miró a Dominik para ver qué le decían sus ojos, pero no hizo falta que se esforzara en lo más mínimo por leer su expresión, pues él asentía con ganas.

—Sí —admitió al fin—. Es una linda forma de recordarla.

—Cuéntales sobre cómo se conocieron tus padres —la animó él.

Violeta dudó un momento, mas las expresiones de expectación de los Benedict y el entusiasmo de Dominik la convencieron.

—Tiene que ver con la pintura. Como había dicho, a eso se dedicaba mamá, y le iba muy, muy bien. Cómo no, pintaba hermoso. —Sonrió para sí—. En fin, la cosa es que ella solía tener exhibiciones de arte en algunas galerías de la ciudad, cuando juntaba suficientes piezas, porque usualmente se vendían apenas las terminaba.

»Una de esas exhibiciones fue en Brooklyn. Mi madre no era de ahí. De hecho, vivía en Nueva Inglaterra, pero esa era una oportunidad muy buena como para dejarla pasar. Fue a la exhibición, donde mostraron sus pinturas y tuvieron un lindo evento de apertura; estaban muy felices de que ella hubiese aceptado ir. Esa noche fue de gala. Se puso un hermoso vestido… se veía preciosa —dijo Violeta, rememorando las fotos que había visto de ese día.

»Mi padre era médico cirujano. Nada que ver con mi mamá, no tenía ni una veta artística, pero apreciaba el arte. Hacía poco había aceptado un nuevo trabajo en Brooklyn en una clínica privada, así que tenía una nueva oficina sin vida y estaba buscando con qué decorarla. El día del evento de mi madre él estuvo ahí; había escuchado de ella y decidió que quería ver por sí mismo las pinturas tan maravillosas de las que la gente hablaba, y quizá comprar una para su consulta.

»Se vistió para la ocasión y fue a la galería. Recuerdo que me dijo… Me dijo que las pinturas lo asombraron, pero que mi madre lo deslumbró. Estaba admirando las obras cuando a ella la presentaron y dio su discurso sobre cómo había creado esas piezas. Dijo que se enamoró de ella al instante. Que tenía algo especial que no había

visto en nadie más y que encajó dentro de él cuando la escuchó hablar con tanta pasión y amor por lo que hacía. Supo que tenía que conocerla fuera como fuera, y esa misma noche compró todas las pinturas que tenía en exposición.

»Por supuesto, ella quiso saber quién era ese comprador misterioso que había desembolsado la billetera en una noche por todas sus obras. Fue a agradecerle a mi padre y él no perdió el tiempo y la invitó a salir. Ella no pudo negarse, no después de lo que había hecho, así que salió con él en una primera cita… Y una segunda, y una tercera. Se enamoraron al poco tiempo.

—Es una historia preciosa. —Fue todo lo que pudo decir Adelaide.

—Sí, lo es. —Violeta sonrió con nostalgia, imaginándose los rostros de sus padres, sus ojos, sus sonrisas…

—Debes extrañarlos muchísimo —comentó Nathaniel.

—Cada día que pasa.

—Eres muy valiente —le dijo él—. Todo lo que has vivido y aún sonríes. Todavía tienes la voluntad de seguir adelante y de disfrutar la vida.

—No me considero valiente —murmuró en respuesta.

—Pero lo eres —confirmó Dominik, sin dar espacio a discusión.

—Yo no sé qué hubiera sido de mí si te hubiese pasado algo —admitió Adelaide mirando a su esposo.

Con cariño él tomó su mano y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Dominik jamás había visto a sus padres de esa forma, tan vulnerables, tan auténticos. Hubo momentos en que llegó a pensar que no se querían realmente, pero ahora…

—No tienes que preocuparte, Addie. La mala hierba nunca muere.

La mujer sonrió, espantando el fantasma de la pena de su semblante.

Violeta pasó su mirada de ellos a Dominik, midiendo su reacción. Lo que fuera que estuviese pensando, su rostro no lo demostraba. Sin embargo, ella lo conocía tan bien que podía notar el destello de asombro en sus ojos.

Se dirigió al padre de Dom.

—No puedo ni imaginar lo difíciles que han sido estos últimos meses.

Dominik se volteó hacia ella, maravillado. Siempre hablaba con tanta seguridad… No sabía por qué todavía lo impresionaba. Cualquier otro hubiese dicho «deben haber sido meses difíciles», como esperando una confirmación; Violeta jamás hacía eso, decía las cosas como eran.

—Han sido imposibles. —Nathaniel asintió—. Más para Addie que para mí.

—Eso no es cierto —se quejó la mujer—. Ha sido duro para ambos.

Nathaniel sonrió sin llevarle la contraria.

—Ha sido todo un cambio en nuestras rutinas. Ya estoy mejor, pero tengo que modificar todo mi estilo de vida si queremos evitar que vuelva a ocurrir.

—¿Qué harán ahora? —quiso saber la muchacha.

—Creo que… —Bajó la vista, inseguro de lo que iba a decir, o eso le pareció a Violeta. Pero de pronto miró a su hijo con certeza y dijo —: Bueno, acabamos de dar aviso oficial de que dejaremos nuestros trabajos dentro de treinta días.

—¿Qué? ¿Ambos? ¿Tan pronto? —dejó salir Dominik, incrédulo. No creyó que lo harían así de rápido. Lo que era más: una parte de él no creyó que lo harían en lo absoluto. Imaginarse a sus padres *retirados* era tan difícil como imaginarse a un elefante volando—. Pensé que querían dejar todo en orden antes de…

—Estamos en eso —le dijo su madre, extendiendo la mano por sobre la mesa para tomar la suya—. Todavía nos queda este mes, pero ya…

—Ya era tiempo —completó Nathaniel.

—Además, así podemos concentrarnos en otras cosas.

—¿Como qué? —preguntó el chico, mirando a su madre como si fuera la primera vez que la veía.

—En ti, por ejemplo. Y en sanar. En sanarlo todo.

No lo dijo, pero Violeta intuyó las palabras que se guardó: *sanar las heridas, sanar a tu padre, sanar las relaciones. Sanarnos a nosotros*.

Dominik asintió, demasiado pasmado para decir nada.

Nathaniel carraspeó. Tomó un largo sorbo de agua —puesto que una pequeña copa de vino era todo lo que podía permitirse—, mirando el líquido balancearse en su vaso antes de decir con elocuencia:

—Tendremos que volver pronto. —Y antes de que la decepción y el desconcierto aparecieran en el rostro de Dominik, su padre agregó —: Renunciar implica más papeleo del que te imaginarías, y debemos coordinar la transición —dijo restándole importancia, a pesar de que el hecho no era menor.

Casi con miedo de saber la respuesta, Dominik preguntó:

—¿Y después…?

Adelaide esbozó una media sonrisa. Estaba nerviosa, se dio cuenta Violeta.

—Sobre eso… De hecho, queríamos proponerte algo. Me gustaría… *Nos* gustaría que fueras a vernos.

Violeta observó a Dominik: si no hubiese sido un tema tan delicado e importante para él, habría reído de su expresión. Primero le decían que iban a renunciar al trabajo al que habían dedicado su vida, y no solo uno de ellos, sino los dos. Y ahora querían que fuera a visitarlos. Eran demasiadas emociones para tan poco tiempo. Había mucho que asimilar, y eso que todavía ni siquiera les llegaba la comida.

No quiso ni imaginarse la cantidad de bombas que podrían soltar para el postre.

—¿A Washington? —Su voz se había elevado un par de octavas.

Adelaide asintió con entusiasmo. Esta vez su sonrisa era esperanzada de verdad. Quería que su hijo fuera.

—Podrías venir el próximo mes. Es más, ¡podrían venir ambos! Si quieren, por supuesto.

Miró a Violeta un tanto avergonzada, como si se sintiera culpable de emocionarse y sacar ideas así, de la nada. Como si no pudiese mantener su aplomo.

—Me encantaría ir —dijo ella. Era cierto. Además, sabía que así Dominik se sentiría menos intimidado.

—Ir a Washington —murmuró a su lado, sopesando la idea.

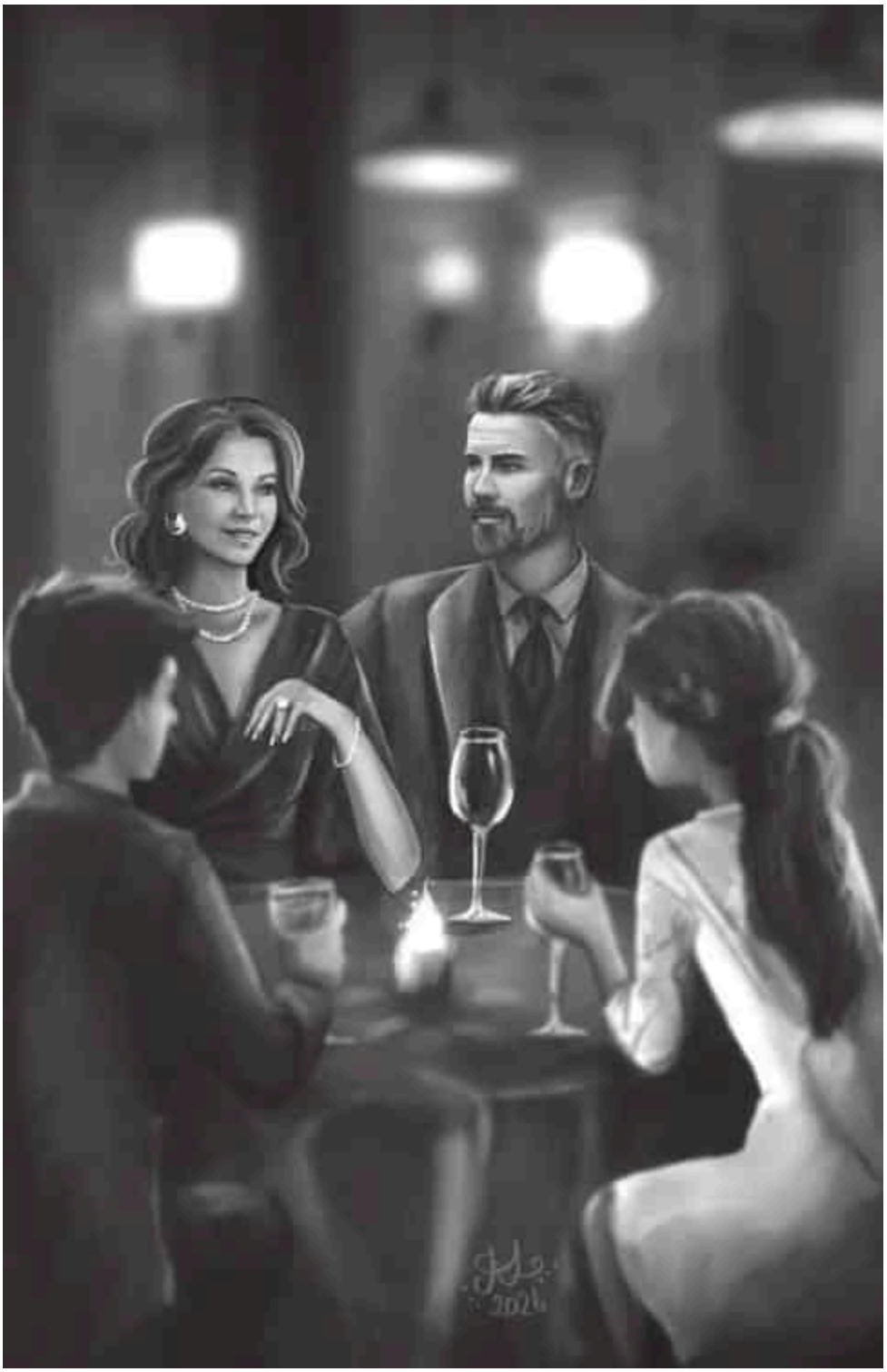
—Sería muy lindo que vinieras, hijo, que conocieras la casa…

—¿Se mudaron?

Él nunca había visitado la casa de Washington. Había visto fotos, sí, pero fuera de eso solo la conocía como el lugar lejano donde sus

padres vivían. Su madre rio, sin embargo, después se tornó seria. Lo miró a los ojos y le dijo con ternura:

—No, sigue siendo la misma. Espero que podamos hacer que la veas no solo como nuestra casa, sino como algo más, como un *hogar*.





CAPÍTULO 18

Nueva York

«Coastline» – Hollow Coves

—¿Lo decías en serio? —le preguntó Dominik esa misma noche, cuando volvieron a casa—. ¿Ir a Washington?

Aun en la oscuridad Violeta podía ver la felicidad brillando en sus ojos como estrellas, y la hacía amarlo todavía más.

—Por supuesto que lo decía en serio —respondió, rodeando su cuello con los brazos.

Dominik se acercó más y la abrazó por la cintura, tan contento que no cabía en sí. Comenzó a besarle el cuello, el rostro, el pelo…

—¿De verdad? Asintió.

—De verdad. ¿Tú quieres ir?

—Sí. —Ni siquiera tuvo que pensarlo—. Quiero ir, más que nada. Y quiero ir *contigo*.



Planearon el viaje a Washington para tres semanas más. Violeta pediría vacaciones, y también aprovecharía de tomar todos los días libres que le debían por quedarse horas extras, que eran bastantes.

Llegó el momento en que los Benedict tuvieron que irse. Fue una despedida extraña, pues podía notar el ánimo taciturno de Dominik. No se lo había dicho, pero no hacía falta: tenía miedo. Miedo de que al volver se olvidasen nuevamente de él, miedo de que su ausencia le hiciese sentir que todo fue un sueño, una ilusión; miedo de que cambiasen de opinión. De cualquier modo, Violeta estaba ahí para asegurarle repetidas veces que todo saldría bien.

Esa noche, un miércoles de febrero, Violeta llegó a casa después del trabajo a eso de las tres de la madrugada. Estaba tan oscuro que apenas veía nada.

En el segundo en que entró al apartamento una oleada de calidez la golpeó, y agradeció a todos los santos y los dioses del universo que Dominik hubiese dejado prendida la calefacción, porque fuera la nieve caía sin piedad y le congelaba hasta las pestañas. No parecía que la primavera estuviese solo a un mes y medio de distancia, mas ella estaba contando los días; añoraba sentir el calor y el aroma de las flores en el aire, en lugar de ver solo hielo por todas partes.

—¿Vi?

No respondió de inmediato; antes de hacerlo, dejó todas sus cosas sobre la silla de la entrada, incluyendo su chaqueta. Fue un acto de valor quitársela, porque estaba entumida hasta la médula, pero la tela estaba tan empapada y fría por la nieve que le hacía más mal que bien. Se sacudió tratando de entrar en calor y corrió hasta la habitación, donde Dominik la esperaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó él incorporándose en la cama.

Violeta jamás iba a entender cómo podía pasearse por la vida solo con una camiseta de manga corta cuando ella sentía que estaba muriendo de hipotermia.

—Hace un frío de mierda afuera —dijo metiéndose en la cama con ropa y todo.

Se quitó las zapatillas con los pies, sin molestarse en desabrocharlas —una mala costumbre que tenía desde pequeña—, y se acercó a Dominik.

—Estás helada —se quejó, abrazándola.

Permitió que su calor se trasmitiera a su cuerpo poco a poco, hasta que por fin pudo dejar de temblar. A pesar de eso, se negó a quitarse la ropa para ponerse el pijama: tenía demasiado frío y también estaba muy cansada. No quería moverse.

—Me duele todo.

—¿Día difícil?

—Horrible. —Se apretujó más contra él—. Había tanta gente, y cada vez llegaban más y más. No paraban. Y es miércoles, ¡miércoles! ¿Es que ahora todo el mundo sale hasta las tres de la mañana en días de semana y yo no me había enterado?

—Ni idea.

—Siento el cuerpo como una pesa, y mi cabeza va a matarme.

—¿Quieres que te traiga algo para el dolor? —Hizo ademán de levantarse.

—¡No! —exclamó Violeta, abrazándolo más fuerte para que no se moviera—. Quédate aquí. Solo necesito dormir, mañana ya me sentiré mejor.

—Creo que tienes muchas responsabilidades encima.

Sus párpados ya se habían cerrado y la inconsciencia estaba por llevársela; era un trabajo en sí mismo resistirse, y solo quería dejarse llevar.

—Ni me lo repitas —susurró, con una última sonrisa en su rostro antes de quedarse dormida.

La mañana siguiente, no obstante, el dolor no había desaparecido. Era una molestia, porque apenas abrió los ojos y la luz tocó sus retinas fue como si le clavaran cuchillos en el cerebro. Tenía que dejar de aceptar turnos extra, hacer menos y dormir más, o iba a quedarse seca como una pasa, drenada de energía.

Se removió con varios quejidos, dándose cuenta de dos cosas: primero, que Dominik ya no estaba a su lado, y segundo, que todavía tenía puesta la ropa del día anterior, arrugada y arremangada de formas que no debería. Se incorporó despacio, tratando de que la cabeza no le diera vueltas. Como un zombi tanteó la mesita de noche con la mano, sin ver, palpando hasta encontrar el teléfono: eran recién las nueve de la mañana. Había dormido seis horas.

Violeta suspiró, tallándose los ojos con los dedos y ejerciendo presión para aliviar el dolor. Habría dado cualquier cosa por poder quedarse en la cama una hora más… O cinco. Pero tenía demasiado que hacer, así que, juntando toda su fuerza de voluntad, salió de la cama. Con paso tambaleante se dirigió a la cocina, con los párpados entrecerrados todavía por el sueño.

—¿Dom? —preguntó—. ¿Dominik?

—Hice café —dijo él, alegre. Se sobresaltó al escucharlo, pues no lo había visto. Entró en la estancia y lo encontró junto a la mesa con una taza de café en una mano y el teléfono en la otra—. ¿Quieres?

—Necesito —afirmó—, pero primero necesito un baño. Y sacarme esta ropa.

Sentía la tela pegoteada por todo el cuerpo, y los *jeans* amontonados detrás de las rodillas.

—¿Te sientes mejor?

—Me siento como si un camión me hubiera pasado por encima. —Resopló.

Dominik en un segundo estuvo junto a ella, envolviéndola entre sus brazos. Violeta habría deseado quedarse ahí para siempre, en el refugio del calor de su cuerpo. Suspiró profundamente, haciéndose

el ánimo. De solo pensar en todo lo que tenía que hacer ese día le entraban ganas de meterse a la cama de nuevo, taparse hasta la cabeza con las mantas y no volver a salir.

—Ve a bañarte —la animó—, yo te preparo algo de comer. ¿Suena bien? —Ella asintió—. Y luego te contaré algo.

—¿Algo bueno?

—Sí, muy bueno.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Porque me temo que estás medio dormida, y te olvidarías de lo que voy a decirte en cuanto salgas de la habitación.

Su comentario la hizo reír y espabilar… un poco. Tenía razón.

—Bien. Enseguida vuelvo. ¿Dominik?

—¿Sí?

—Recuerda que hoy hay que llamar a los proveedores para la gala. No quiero retrasarlo más.

Vio que asentía y fue a encerrarse en el baño.

Prendió la llave de agua y esperó, dejando que el cuarto se llenara de vapor. Lo que más estrés le estaba causando era no tener el tiempo suficiente para hacer todo lo que necesitaba. De lunes a viernes trabajaba en el bar, a veces, también los fines de semana, en un turno que iba desde las seis hasta las dos de la mañana. Durante el día repartía su tiempo entre visitar el orfanato, planear la gala benéfica, y también en desocupar y limpiar la casa de sus padres. Eso último era lo que más lento iba, ya que siempre encontraba algo más importante o urgente que atender. Ese día, sin embargo, iba a ir y estaría todo el día si era necesario, porque ya no quería posponer más el asunto.

Si Zoë hubiese estado ahí se habría reído de ella. *Renuncia al trabajo*, le hubiera dicho. *No necesitas el dinero, tienes el del departamento, y luego tendrás el dinero de la casa*. Y era cierto, pero no quería renunciar a nada. Tendría que saber arreglárselas con la agenda más apretada durante unos meses; luego de la gala tendría algo menos de qué preocuparse.

Se quitó la ropa, la dejó hecha un bulto en el suelo y se metió en la ducha agradeciendo con todo su ser el calor que le brindaba. Se lavó la cara antes que nada, espabilando al fin, y se quedó más rato del planeado bajo el chorro, porque le daba frío solo pensar en salir. Si era sincera, la organización de la gala requería más trabajo del que había pensado, mas no le importaba si se quemaba las pestañas para organizarlo todo y que saliera perfecto: haría lo que fuera por el orfanato. En específico, por los niños que vivían ahí y por los que llegarían más adelante.

Por un lado, estaban los meros trámites. Resultó ser que se requería una serie de permisos especiales para poder aceptar donaciones, pero como el orfanato era una organización sin fines de lucro, no habría problema con eso. Ya lo tenía todo investigado, lo que le molestaba era la burocracia: el papeleo siempre tardaba siglos.

Por otro lado… estaba todo lo demás. La temática del evento, elaborar el presupuesto, escoger el lugar, la lista de invitados, la música. Confiaba en que Dominik pudiera ayudar con eso. Ya le había preguntado si creía que sus padres podrían invitar a algunas personas «grandes e importantes» —así se lo había dicho—, y él le respondió con una hermosa sonrisa que haría todo lo posible. Luego estaban temas como la comida, enviar las invitaciones o contactar

patrocinadores. Quizá todo eso sí era demasiado para ella sola, incluso si contaba con la ayuda de Dominik.

Sacudió la cabeza y cortó el agua, dejando que sus pensamientos negativos se fueran también por el desagüe. No los necesitaba, no le servían de nada y, además, se estaba preocupando demasiado. Nadie sabía sobre el evento, no le habían puesto ninguna fecha y, de momento, solo estaban investigando las mejores opciones para todo, así que nada los apuraba.

Relajándose, salió de la ducha y se vistió con prisa al darse cuenta de que había estado media hora ahí dentro. Eso sí, se tomó el tiempo de secarse el cabello, porque de lo contrario iba a congelarse cuando saliera. Dominik seguía en la cocina, esta vez investigando en su computadora algo que Violeta no alcanzó a ver porque se fue directo a la taza de café que la esperaba. Apresuró el líquido por su garganta, rogando por que hiciera efecto rápido.

Se sentía como un saco de arena, como si no hubiese dormido en días y no como si acabara de despertar hacía menos de una hora. No sabía por qué la cabeza le pesaba tanto y su energía estaba tan baja; confió en que una segunda taza de café hiciera el truco y se sirvió más del líquido oscuro, con azúcar, a ver si eso también ayudaba.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez te duele la cabeza porque tomas demasiado café? —inquirió Dominik, observándola con ojo crítico mientras ella lo ignoraba.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez tomo demasiado café porque me muero de sueño?

—Quizá por eso no puedes dormir.

—Créeme, ese es el menor de mis problemas. —Suspiró—. ¿Llamaste…?

—Sí. Y tuve tiempo extra, porque te demoraste la vida entera. Ya me estaba preocupando de que te hubieras ahogado en la bañera.

—Idiota. —Resopló.

Él no pudo contener su sonrisa. Es más, ya ni siquiera lo intentaba.

—Me enviarán las cotizaciones mañana.

—Perfecto —murmuró, tachando un ítem en su lista mental. Debería empezar a anotar las cosas, porque el hecho de tener que recordarlas también empezaba a molestarle—. ¿Esas eran las de comida o las de lugar?

—Lugar —dijo él, volviendo a ver la pantalla—. Las de *catering* las haré en un rato, aunque pensé que sería bueno tener un estimado de invitados primero.

—Pregunta por cien, por ahora. Así nos hacemos una idea, ya luego veremos.

Dominik asintió.

—Me tomé la libertad…

—¿Sí? —lo animó.

—Agregué una idea por mi cuenta a la lista de opciones de dónde realizar el evento.

Violeta se encogió de hombros, llevándose a la boca una cucharada llena de yogurt y cereales.

—Está bien, mientras más opciones tengamos, mejor.

—Llamé al jardín botánico.

—Oh.

—No sé por qué no se te ocurrió. A menos que haya sido adrede, pero no está de más tener la opción.

—No sé por qué no pensé en eso. —Era cierto, ni siquiera lo había considerado. Ahora que escuchaba la idea, no obstante… Sabía en su corazón que no había otro lugar, no había más opción. No realmente, porque *ese* era—. Es elegante, clásico, y lleno de recuerdos. Incluso podría hacer un discurso sobre eso, algo trágico, por supuesto, y también esperanzador. Eso conmovería a las personas y, con suerte, las motivaría a sacar las chequeras. —Rio—. Eres genial —susurró, visualizando todo en su cabeza.

Lo mejor era que, si lo hacían en verano, podrían contar con que todo habría florecido.

—Solo fue un detalle.

Pero no era «solo un detalle». Para Violeta era mucho, muchísimo más.

—¿Qué era lo que querías contarme, Dom?

—¡Ah, eso! Sí. Estuve pensando en algo. —Violeta no dijo nada; se limitó a mirarlo tratando de contener su curiosidad y dejarlo hablar a su propio tiempo—. Estuve pensando que me gustaría volver a la universidad.

Un chillido de alegría salió de sus labios.

—¡¿Es en serio?! —Dominik asintió—. ¡Es una idea maravillosa!

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! ¿A dónde irías?

—No lo sé todavía, pero algo aquí en Nueva York, sin duda. Podría… Podría empezar el próximo año, dar las pruebas…

—Dominik, es perfecto. ¿De verdad es lo que quieres?

—Sí, Vi. Es lo que quiero.

Ella sonrió, de ser posible, todavía más emocionada que antes. Sabía las razones que lo llevaron a entrar a estudiar años atrás, y también que había odiado cada segundo, así que el que ahora estuviese buscando un nuevo camino la llenaba de alegría.

—¿Has pensado en qué te gustaría estudiar?

Dominik asintió, con los labios apretados en una fina línea que ocultaba su sonrisa, mas nada podía opacar la felicidad de sus ojos.

Tecleó algo en el computador y, después de unos segundos, dio vuelta la pantalla para que ella pudiera leer lo que había en ella: «Literatura, Arte y Humanidades».

—Es perfecto para ti —susurró.



Se pasó toda la tarde con la cabeza metida entre las cajas de mudanza y los recuerdos de una vida que ya no parecía suya. Ya no quedaba demasiado de ella, de todos modos; nada que quisiera conservar.

Cuando cerró con cinta la última caja y echó un último vistazo a la sala, era como si ella y sus padres nunca hubiesen vivido ahí.

Todo lo que veía era un departamento piloto, de esos que decoran a la perfección para mostrar lo hermosos que pueden verse y animar a alguien a comprarlos. No había fotos familiares ni objetos personales, solo paredes blancas, sillones de tonos neutros decorando la sala y otro tipo de muebles como las camas deshechas o la mesa del comedor, junto con las sillas. Era una maqueta, un lienzo en blanco listo para ser pintado de nuevo.

Con un profundo suspiro, la chica se levantó del suelo, sintiendo todos los músculos agarrotados y la cabeza ligera. ¿Cuándo fue la última vez que comió? Debió ser hacía mucho, porque su estómago revuelto le pedía a gritos ser alimentado.

Tomó su teléfono y le envió un mensaje a Dominik para que pasara por ella, y recorrió todas las habitaciones una última vez. Abrió cada puerta y cada cajón, revisó los rincones… y nada. No había nada más a lo que aferrarse.

Años antes se le habría hecho imposible imaginarse en esa situación, tan lista para despedirse de un lugar al que se había afirmado con uñas y dientes, porque sentía como si, al dejarlo ir, estuviese soltando a la niña que fue, a la que era antes de Katherine, antes de la Residencia, antes de las Furias y antes de los Scott. Lo cierto era que ya no quería ser esa niña. Hubo un momento de su vida en que puso todas sus esperanzas en ella, en el hecho de que quizá lograría sentir la paz que había perdido y volvería a encontrar la inocencia que le habían robado. Ahora se daba cuenta de que tenía todo eso siendo la persona que era. Lo había logrado, y estaba lista para dejar ir el último hilo de su pasado.

Tenía otras formas de recordar, y jamás olvidaría…

Jamás olvidaría a sus padres, ni tampoco cómo se sentía cuando su familia estaba completa, intacta, ni lo feliz que fue. Había crecido rodeada de amor y de caricias, con una madre que le cantaba todas las mañanas para despertarla y un padre que le leía cuentos para dormir todas las noches. Incluso después, cuando ya no estuvieron, tuvo la suerte de tener a personas que no le debían nada y que, aun así, decidieron darle todo. Personas como Amber y también Scott,

que eligieron amarla como la hija que no tuvieron, que la educaron, le enseñaron y, sobre todo, la ayudaron a sanar. Tenía muchas personas con las que estar eternamente agradecida: le había costado demasiado dejar de concentrarse en el odio y el dolor para pensar con gratitud y felicidad en lo que sí tuvo. Casi perdió la vida en el intento, pero lo había logrado.

La notificación entrante hizo vibrar su bolsillo. No necesitó revisarla para saber quién era o qué decía. Tomó la caja de cartón, firme entre sus manos doloridas, y se encaminó hacia la puerta. Desde ahí recorrió la estancia una vez más con la mirada, memorizando cada detalle, cada terminación…

Y salió, lista para no volver más.



Llegó al trabajo sintiéndose ya no como un saco de arena, sino como si tuviera kilos de cemento pegados en las piernas. Estaba tan cansada que no veía la hora de dejarse caer como un peso muerto sobre la cama, sin embargo, estaba tranquila y con una gran sonrisa en la cara.

Para su desgracia, la noche estuvo tan ajetreada como la anterior. Se pasó las ocho horas corriendo de un lado al otro, y agitando los cocteles sobre el hombro con una energía que solo estaba obteniendo gracias a beber una taza de café tras otra. Se le hizo eterno, como si por cada hora que pasaba el reloj retrocediera dos más. No obstante, sin importar cómo se sintiera, el tiempo seguía corriendo y Dominik fue a buscarla apenas terminó el turno. No alcanzó a llegar al departamento: se quedó dormida en el auto,

apoyando la cabeza contra la ventanilla, y ni todo el café que había ingerido pudo impedírselo. Al día siguiente se despertó en la cama, con el pijama puesto y cubierta de mantas mullidas.

El viernes transcurrió de la misma manera: extenuante. Llegó el sábado y Dominik la dejó dormir, y también se negó a darle siquiera una gota de café. Cuando Violeta le preguntó por qué demonios le había preparado té, cuando sabía perfectamente que a ella no le gustaba, su única respuesta fue: «Estás tomando demasiado. Te hace mal, por eso te duele la cabeza. Además, tienes que descansar, estás abarcando demasiado, Vi».

«Cámbialo por chocolate caliente entonces, no por té», había refunfuñado ella.

Fin de la discusión. No es que ella estuviera en posición de rebatirle; se pasó el resto del día dormida, tan profundo como si le hubiesen dado con un palo en la cabeza.

Las semanas pasaron. Como la nieve estaba dejando de caer, la gente salía más, lo cual significaba más trabajo para Violeta y Tim en el bar. De él no tenía nada que decir: se había vuelto un experto en atender personas y manejar el estrés, ya no se ponía nervioso cuando tenía demasiadas cosas por hacer, y podía llevar con gran destreza hasta dos bandejas, una en cada mano. Violeta estaba orgullosa de él y, más importante, Tim estaba orgulloso de sí mismo y de su progreso.

Ahora todo su tiempo libre se lo dedicaba al orfanato y a planear la gala de beneficencia. Por suerte Dominik estaba para ayudarla, porque, si no, nunca hubiera podido siquiera escoger en qué lugar iba a realizarse. Además, gracias a su idea de contactar con el jardín botánico les habían enviado un presupuesto y un calendario con las

fechas disponibles, y eso hacía que Violeta lograra poner su emoción por sobre su estrés y su cansancio.

A medida que el fin de mes se acercaba, también se aproximaban dos cosas más: su viaje a Washington, que ya era un hecho, y su cumpleaños.



La mañana del cuatro de marzo se despertó con el estridente sonido de una llamada telefónica. Se quejó entre las sábanas y, dormida como estaba, puso toda su energía en acallar esa cosa. No obstante, apenas vio el nombre en la pantalla el sueño se esfumó y una sonrisa apareció en su cara.

—¡Zoë!

—¡FELIZ CUMPLEAÑOS, VI!

Tuvo que contenerse para no chillar de la emoción. Con el sonido Dominik ya se había despertado, pero tampoco quería molestarlo: ella odiaba escuchar ruidos fuertes cuando tenía sueño, así que se deshizo de las sábanas y fue a la cocina, donde aprovechó de poner a hervir el agua.

—Ay, Zoë, te acordaste…

—¡Por supuesto que me acordé! ¿¡Con quién crees que estás hablando!?

—Sí sabes que son las seis de la mañana, ¿cierto?

Se rio al imaginar a Zoë encogiéndose de hombros, donde sea que estuviera. Probablemente en una hermosa cafetería techada y llena de flores, junto a la calefacción, porque los inviernos en París eran todavía más gélidos que en Nueva York.

—Aquí son las doce —se justificó.

—No importa. Estoy tan feliz de que llamaras…

—Quería ser la primera en saludarte.

—Gracias, Zoey.

—Vi, te extraño. ¿Cuándo vendrás a verme?

Se lo pensó. Y se lo pensó en serio. Había prometido que no dejaría pasar el tiempo sin ver a Zoë, y lo había dicho con todo el corazón. Tenía tantas cosas de momento… Pero nada que no pudiera atender desde otra parte del mundo si se iba por un par de semanas.

—¿Qué te parece este verano? —decidió. Suspirando, sonriendo.

—¿Qué? —Escuchó gritos e imaginó saltos del otro lado. Rio a todo pulmón. Había tomado la decisión apenas un segundo atrás y ya podía verse junto a su amiga recorriendo calles adoquinadas, comiendo *croissants*, subiendo a la torre Eiffel…—. No pensé que… ¿De verdad? —susurró.

—Sí. De verdad.

—AAAH —gritó Zoë. No se quiso ni imaginar las miradas que debía estar recibiendo. Gritó con ella—. Vamos a pasarlo de maravilla, ya vas a ver.

—Eso ni siquiera lo dudo.

—Avísame cuando vengas y… y… ¡haré planes! Haré planes de inmediato.

—Te llamaré apenas encuentre una fecha.

—Hecho.

Sintió unos brazos enredarse en su cintura y un beso en su hombro. La manga se había corrido y dejaba parte de su piel al

descubierto. Sentir los labios de Dominik en su cuello la hizo estremecer.

—Gracias de nuevo por llamar, Zoë.

—Cuídate, Vi. Ten un día her-mo-so. ¡Y espera tu regalo! Llegará estos días.

Apenas colgó el teléfono y lo dejó en la mesa, Dominik susurró en su oído:

—Feliz cumpleaños, Violeta.

Cerró los ojos, sintiendo su aliento, su roce, en todo el cuerpo. Ya no tuvo tanto frío.

—Tengo veintidós —susurró ella, asentando la información.

—Tengo algo para ti. Dos cosas, en realidad.

—Ah, ¿sí? —Se volteó con curiosidad, examinando su expresión.

—Mhm —murmuró, dándole un beso en los labios antes de separarse unos pasos de ella y dirigirse al refrigerador. Violeta lo siguió con la mirada, mas él se detuvo—. ¡No espíes! Cierra los ojos.

Hizo lo que le pidió. Cerró los ojos y escuchó cómo abría la nevera, movía un par de cosas dentro y luego la cerraba. Se moría de ganas de ver qué estaba haciendo, sobre todo cuando escuchó el ruido de los cajones y un fósforo encenderse, pero se contuvo, sonriendo como tonta.

Sintió los pasos de Dominik acercarse nuevamente hasta detenerse frente a ella.

—Ya. Puedes abrirlos.

Abrió los ojos y vio su rostro antes de bajar la vista hasta lo que sostenía entre las manos. Un pastelillo de bizcocho rojo, con glaseado blanco en forma de rosas y cuentas de colores por encima. Clavado a él había una sola vela.

—Un *cupcake* de *red velvet* —murmuró ella, con el corazón hinchado de felicidad y lágrimas de emoción—. Como el que me diste el primer cumpleaños después de que nos conocimos.

—Ajá.

—Acababa de cumplir once —recordó.

—Pide un deseo, Vi.

Cerró los ojos solo para complacerlo, pues cuando pensó en qué quería pedir, se dio cuenta de que ya tenía todo lo que necesitaba. Lo único que podía desear, en ese minuto, era que así se mantuviera.

Pidió el deseo y sopló la vela.

—Hoy voy a llevarte a almorzar —declaró—. Lo que tú quieras comer. Y después te dejo en el trabajo. ¿Te parece bien?

Ella asintió.

—Por supuesto que sí —susurró. Sentía un nudo en la garganta.

Estaba tan feliz que tenía ganas de llorar, y lo abrazó tan fuerte que los brazos le quemaron, pero nada de eso importó. Solo importaban ellos y ese momento tan hermoso que estaban compartiendo.

—¿Qué…? ¿Cuál era la segunda cosa? —se atrevió a preguntar.

Dominik le dedicó una sonrisa cómplice, una sonrisa que ocultaba muchas cosas y ninguna a la vez. Volvió a estrecharla entre sus brazos y apoyó la barbilla en su cabello.

—Tendrás que esperar para ver eso. Ahora, ¿qué te parece si desayunamos algo y salimos a pasear? Violeta le dijo que sí. No era sorpresa porque, en realidad, ella le diría que sí a todo, siempre. No había nada que sonara mejor.



CAPÍTULO 19

Washington

«Something More» – Paper Planes

Su cumpleaños pasó como un parpadeo, sin embargo, los recuerdos de ese día se quedarían para siempre con ella. No solía celebrarlo, se le hacía demasiado extraño, pues a lo largo de su historia había habido lapsos en que era de lo más normal y otros en los que casi parecía algo ridículo. En la Residencia jamás se hubiese atrevido a pensarlo, pero Amber y Scott sí que la habían festejado. Y luego de nuevo no... Así que abrazó y atesoró cada minuto en un rincón especial de su corazón. No solo de ese agradable y hermoso almuerzo con Dominik, sino todo lo demás: las emociones, los colores, el ambiente, lo querida que se sintió.

Esa misma tarde, cuando él la dejó en el trabajo, Tim y Adrien le tenían un pedazo de pastel. Incluso hicieron que todos los clientes de esa tarde le cantaran la canción del cumpleaños feliz. Violeta no supo dónde mirar; estaba insegura entre ver al suelo, con una sonrisa, o a las velas, porque cada vez que intentó mirar a la multitud tan concentrada en ella había muerto de vergüenza.

Jamás se había sentido tan consciente de sí misma como en ese momento, con decenas de ojos desconocidos clavados sobre sí. No era algo malo, decidió, solo distinto. No esperaba nada de ellos y su gesto la conmovió en lo más profundo. No hubiese pensado que se había ganado sus corazones, no obstante, ahí estaban, sonriéndole y abrazándola, dándole una hora extra para disfrutar de su pastel de cumpleaños.

Violeta no podía evitar sonreír al recordarlo mientras limpiaba la barra en el bar. El día siguiente también fue hermoso; había ido al

orfanato a visitar a los niños y a Camila, y a informarle sobre lo que había investigado para la gala: su opinión era de extrema importancia, así que cada vez que tenía algo nuevo, se lo comentaba. Casi no era necesario, porque Camila siempre estaba de acuerdo con todo lo que la chica sugería, mas le gustaba hacerlo de igual forma. Para su sorpresa, la mujer la esperaba con un pequeño regalo: un fajo de cartas y dibujos hechos por los niños del orfanato.

Había dibujos hechos con crayones, otros con manchas de pintura y algunos que solo ponían en letras temblorosas y deformes «Feliz cumpleaños, Violeta». Guardó cada uno de esos papeles como el mayor de sus tesoros, junto con las fotos y los recuerdos de su familia: le recordaban a las tarjetas que solía hacer para sus padres cuando era pequeña, aunque, en definitiva, ella no había heredado la veta artística de su madre y las tarjetas siempre eran un desastre. El pensamiento la hizo sonreír.

Llegó el día en que irían a Washington a visitar a los padres de Dominik; estarían fuera por una semana, y viajarían en tren. Violeta se había preparado echando un libro nuevo en su mochila para poder leer durante el trayecto. La mejor parte era que los últimos meses había trabajado muchos turnos extra en el bar, sábados y domingos a veces, y con eso había juntado dos semanas de días libres. Sí, fue agotador y terminó exhausta, pero estaba feliz de haberlo hecho, porque ahora usaría esos días para su viaje a Washington y también para descansar a la vuelta. Luego pediría vacaciones en el verano, para ir a ver a Zoë. Cuando se lo comentó a Dom, a él le encantó la idea.

Un lunes a eso de las diez de la mañana se subieron al tren que los dejaría en Washington tres horas y media más tarde. Se

acomodaron en los asientos como si fueran los dueños. Era demasiado temprano, o al menos eso sentía Violeta, cansada como estaba, pero no quería dormir, así que sacó de inmediato su libro de la mochila: estaba nuevo, apenas le había quitado el plástico la noche anterior. Ahora leer se había convertido en una de sus actividades favoritas; una de las cosas buenas que quedaron del pasado. Sin embargo, no lo abrió sino hasta que sintió el movimiento del tren bajo su cuerpo, vibrando y traqueteando.

Por un momento su vista se perdió en las líneas en las que ahora se había convertido la ciudad: ya no era Manhattan, sino una mancha borrosa que mezclaba árboles y edificios, calles, autos y personas.

Le gustaba pensar que, quizá, si alguien miraba el tren desde fuera la vería pasar también convertida en un montón de colores.

Observó a Dominik, que se había puesto los audífonos, y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto para que se acomodara a su lado. Se apoyó en su hombro, subió las piernas al asiento y abrió el libro. Bastó la primera página, el primer párrafo, en realidad, para adentrarse por completo en una historia en donde el amor trascendía la vida y la muerte, en donde la magia era posible y donde una chica, sencilla y solitaria, tendría que dejar todo lo que conocía, su hogar, su familia, para estudiar hechicería en la escuela de la Torre.

Entre una aventura y otra, perdió la noción del tiempo. Supo que había pasado un buen rato cuando se dio cuenta de que no conocía el paisaje que veía por la ventana, así que supuso que ya no estaban en Nueva York. Tratando de adivinar dónde se encontrarían, se dio

cuenta de que todo se estaba moviendo demasiado rápido, y de pronto un malestar empezaba a apoderarse de ella.

Miró de nuevo el libro: ya había leído más de ochenta páginas. Eso la animó, así que ignoró al mundo exterior y el mareo que le había revuelto el estómago; solo tenía que dejar de ver hacia afuera y se le pasaría. Concentrarse en algo que estuviese quieto, como el libro.

Pasaron unos diez minutos cuando notó que las palabras empezaban a flotar sobre la página y a tornarse tan borrosas como la vista del paisaje. Cerró los ojos con fuerza, llevándose las manos al puente de la nariz. Había tratado, pero el malestar no hizo más que intensificarse.

No quería que eso le arruinara la experiencia del viaje en tren y tal, mas no podía dejar pasar el horrible dolor que se había instalado detrás de sus ojos, como si tuviese algo haciendo presión desde adentro.

—¿Dom? —susurró lo suficientemente alto para que su voz sonara por sobre la música. Él reaccionó en un segundo y se quitó los audífonos para escucharla—. Me duele la cabeza —se quejó.

—Es que no deberías leer cuando te estás moviendo, Vi. ¿Estás mareada? —Ella asintió, sin decir nada; iba a vomitar. Se sintió como una niña pequeña a la que estaban reprimiendo—. Deberías dejarlo por ahora, ¿sí? ¿Por qué no tratas de dormir un rato? Te sentirás mejor.

Lo dijo con tanta seguridad… Y sí se sentía bastante mal, así que dejó el libro de vuelta en la mochila, asegurándose de marcar donde había quedado, y apoyó la cabeza en su hombro. Dominik pasó el brazo por su cintura y la atrajo más hacia sí. Apenas cerró los ojos, sintió los latidos del corazón en los párpados y en las sienes. Trató

de despejar la mente, de no pensar en nada salvo en la suave y tranquilizadora vibración del tren, del suelo bajo ellos… Al final surtió efecto y consiguió relajarse y quedarse dormida.

Cuando despertó todavía le quedaban vestigios del dolor, pero se sentía considerablemente mejor. Había aprendido la lección: no volvería a leer cuando viajara. No por tierra, al menos. Quedaba alrededor de una hora de viaje, así que, desprendiéndose del sopor, le pidió a Dominik que le compartiera uno de los auriculares y escucharon música juntos lo que faltaba del trayecto. Le gustaba concentrarse en las letras de las canciones, en la melodía, en las notas, y tratar de descifrar su significado, intentar adivinar qué era lo que habría estado pensando o viviendo la persona que las escribió.

El tiempo pasó más rápido de lo que le hubiera gustado. Viajar le encantaba, pero no solo por el destino, sino por la acción de viajar en sí. Una vez que se acostumbró a la vibración del movimiento sintió el cuerpo extraño al darse cuenta de que el tren se había detenido: habían llegado.

Bajaron sus bolsos y caminaron lento, tratando de ubicar dónde estaba la salida. El lugar era tan extraño para Dominik como lo era para ella, así que no les quedó más remedio que preguntar hacia dónde ir. Al final, resultó que no era tan difícil. Fuera no les costó encontrar un taxi que los llevase: había cientos. Escogieron uno al azar, cargaron el equipaje en la parte de atrás y se subieron con ansias y expectación.

Dominik verificó en el teléfono la dirección antes de decírsela al conductor, y se pusieron en marcha. El señor, ya de edad y con grandes anteojos, les dio a escoger distintas rutas que podían tomar,

nombrando calles que Violeta nunca había escuchado. Ella y Dominik compartieron una mirada de completa incertidumbre: fue divertido, porque no hubiera sabido decir cuál de los dos tenía los ojos más abiertos en un gesto desconcertado. Optaron por decirle que no tenían idea, que escogiera la más rápida. El hombre les sonrió y se pusieron en marcha.

Pasaron por muchos lugares antes de llegar. El centro era precioso, y por algún motivo a Violeta se le hizo pequeño. Tal vez por lo grande de los edificios que lo rodeaban. El Capitolio se alzaba ahí, en medio de una plaza enorme y abierta, donde las personas caminaban de un lado para otro admirando su belleza. La Casa Blanca era hermosa de una forma imponente en la que pocas cosas lo eran. La cúpula era tan alta que proyectaba una sombra por toda la plaza, y cientos de pequeños escalones llevaban hacia la entrada.

Violeta recordó que, de pequeña, se había preguntado si la Casa Blanca era realmente blanca. Sonrió ante el pensamiento. Más adelante se daría cuenta de que había mucho blanco en esa ciudad.

Observó maravillada las lagunas artificiales que reflejaban el cielo como un espejo, y los prados tan verdes que parecía como si fuese verano y no el final del invierno. De pronto el reflejo de una figura apareció en el agua. Violeta alzó la vista hacia el obelisco, una mole gigante de mármol, granito y piedra arenisca que apuntaba al cielo. Lo siguió con la mirada hasta que desapareció de la vista: incluso a lo lejos podía verse por sobre las copas de los árboles.

Cuando el auto se detuvo, fue como si saliera de un sueño. Se había quedado tan embobada admirando el lugar que ni siquiera pensó cuánto faltaba. Habían llegado a un área residencial donde

había casas una al lado de la otra, de dos o tres pisos; no podría decirlo. Todas eran altas y pintorescas.

—Es aquí —dijo el hombre, activando el freno de mano con un sonoro *crac*.

Dominik le entregó el dinero y fue con él a sacar los bolsos, pero Violeta se quedó de pie frente a la casa como embobada, pensando en lo lejos y a la vez cerca que había estado Dominik de sus padres durante todo ese tiempo. La distancia que los separaba no era algo físico, sino una brecha que se formó entre ellos hacía muchos, muchos años. Era más difícil de arreglar, pero no imposible. Y estaban en ello.

Violeta supo, sin necesidad de ninguna prueba, que lo lograrían. Que cualquier relación que construyeran ahora sería más fuerte, y perduraría en el tiempo.

Dominik llegó a su lado con los bolsos y ella tomó el suyo antes de que él pudiera cargarlo hasta la entrada. Se plantaron frente a la puerta y, luego de una sonrisa que compartieron, tocaron.

Enseguida se escucharon pasos y conmoción del otro lado. Trató de imaginarse qué estaría sucediendo adentro, mas no alcanzó ni a formarse una imagen en la cabeza cuando la puerta se abrió y la persona que estaba en el umbral les sonrió de oreja a oreja. Era Adelaide Benedict. Los había estado esperando.

—¡Por fin llegaron! —Lo dijo más para sí misma, como si hasta ese momento no hubiese terminado de creer que los dos aparecerían en su hogar—. Pasen, pasen, por favor.

Dominik saludó a su madre y entró primero, sosteniendo la puerta abierta para Violeta. La chica entró y saludó también a su anfitriona,

sin notar al principio a la gente que deambulaba alrededor de los pasillos y por la sala.

—¿Cómo han estado las cosas por acá? —preguntó.

—Bien, muy bien, en realidad. Ha sido un cambio un poco drástico, pero bienvenido; ahora tenemos muchísimo tiempo libre. El viaje ¿qué tal?

—Estuvo bien, tranquilo —dijo Dominik, admirando todo desde el umbral—. Violeta aprendió que no tiene que leer en los trenes.

Se burlaba de ella. Genial.

—Es que antes no me gustaba mucho leer —se excusó.

—A mí tampoco —le dijo Adelaide con una sonrisa cómplice. No supo si era en serio o solo para que ella se sintiera mejor, aunque lo agradeció de igual modo.

Adelaide cerró la puerta detrás de ellos y entró en la estancia, guiándolos.

Si bien la casa por fuera era de ladrillo, por dentro todo era tan blanco, tan pulcro. Antes de alcanzar a ver algo a detalle, supo que no había nada fuera de lugar. Todo parecía perlado, reluciente. Cada superficie estaba perfectamente pulida, cada pared perfectamente pintada, el piso encerado y lustroso. Hasta el modo en que las vaporosas cortinas se ondulaban con el viento era elegante.

Dentro había personas trabajando; mujeres que arreglaban los cojines y cerraban las ventanas luego de haber ventilado la estancia, y también notó, cuando pasaron por la cocina, que había otras preparando el almuerzo. Sin duda la casa era más grande de lo que estaba acostumbrada, pero ¿no serían demasiadas personas para un solo lugar?

Adelaide notó su mirada y ofreció una explicación.

—Tenemos gente para todo —le dijo al oído—. Casi nunca estábamos en casa, y cuando llegábamos estábamos demasiado ocupados con el trabajo. Algunas de nuestras mucamas de mayor confianza incluso nos siguieron desde Nueva York, y otras se quedaron atendiendo la casa de allá; ya son parte de la familia. Se han encargado de mantenerlo todo en orden; no sé qué sería de nosotros sin ellas.

—Deben haber sido de mucha ayuda.

—Ni te imaginas.

—Y ahora, ¿qué pasará con ellas?

—No me da el corazón para dejarlas ir. No puedo dejarlas sin trabajo, sin sustento para sus familias.

—Entonces… ¿de veras renunciaron? ¿Ya no están trabajando? —quiso saber Dominik, que se había detenido a mirar hacia la sala.

—Sí, Dom. Estamos oficialmente… jubilados, supongo.

Él rio como quien no quiere la cosa.

—¿No lo van a extrañar?

Adelaide se encogió de hombros.

—Habrá que verlo.

—¿Y papá?

—Ah, sí. Tuvo que salir, pero volverá a tiempo para almorzar. Está en el médico.

—¿Qué? ¿Por qué?

Violeta pudo ver la preocupación en los ojos de Dominik, aunque la expresión de Adelaide era relajada y sonriente.

—Solo un control, hijo. Los tiene todos los meses. Suelo acompañarlo, pero quería estar aquí para recibirlos. Vengan, les

muestro su habitación para que puedan dejar todo eso. —Señaló su equipaje.

La habitación resultó ser enorme, más que la de Dominik en Nueva York. Violeta entró conteniéndose para no abrir la boca ante la maravilla que eran las telas, y el sillón que estaba a los pies de la cama, con cojines bordados con pájaros y flores exóticas. Todo estaba decorado en tonos neutros —blanco, crema, *beige*, marrón— con toques de color por aquí y por allá, como esos cojines, o las flores sobre la cómoda, bajo el televisor.

—Es hermosa —susurró, dejándose caer en el sofá.

—Me alegra que te guste. ¿Hijo?

—Es perfecta. —Dejó los bolsos en el suelo junto a la cama y recorrió la estancia con los ojos brillantes—. Gracias, mamá.

Ella iba a decir algo, cuando una voz se oyó desde la entrada.

—¿¡Addie!?

—Tu padre está aquí. —Su sonrisa, si era posible, se ensanchó todavía más. No cabía en sí de felicidad. Todo tenía que salir perfecto y, de momento, así estaba siendo—. Llegó antes de lo que me imaginaba.

—Vamos a recibirlo, entonces. —Violeta se levantó de un salto y, tomando la mano de Dominik, deshicieron el camino hacia la entrada.

Parado en el umbral estaba Nathaniel Benedict, quitándose el abrigo y sacudiéndose como si tratara de quitarse el frío de encima. Ellos llegaron sin hacer ruido, por lo que el hombre no se dio cuenta de su presencia hasta que levantó la vista del suelo y se encontró con los tres al inicio del pasillo.

—¡Hijo! —exclamó con una mezcla de sorpresa y alegría. Había tratado de llegar a casa lo antes posible para poder recibirlo, pero fue Dominik quien lo recibió a él—. ¡Estás aquí! ¿Llegaron hace mucho?

—No —contestó acercándose para saludarlo—. Apenas hace un rato. ¿Te fue bien en el médico? —Nathaniel lo miró con sorpresa. Dominik se dio cuenta de que no esperaba que estuviese informado de su paradero, así que explicó—: Me lo dijo mi mamá.

Un silencio extraño siguió a ese comentario, no uno tenso, sino uno en el que las palabras, dichas y no dichas, flotaban en el ambiente. Había dicho *mi* mamá, no *mamá*. Para cualquiera podría pasar desapercibido, algo sin importancia, pero no para ellos. Violeta se dio cuenta de que los ojos de Adelaide se llenaban de lágrimas, porque no era simplemente una madre, sino que era *la suya*.

Nathaniel carraspeó, sonriendo.

—Sí, me fue muy bien. Estoy como nuevo.

—Me alegra saberlo.

—¡Violeta! —El hombre se acercó para saludarla, y ella no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo y su emoción. *Como nieve derretida*, pensó—. Me alegro mucho de que hayas venido también.

—Por supuesto. —Miró a Dominik de reojo, quien, ajeno a todo, observaba cada ranura de la casa como si estuviera tratando de memorizarlas—. No me lo perdería por nada.

—¿Addie?

Nathaniel se había dado cuenta de sus ojos brillantes, y de la expresión anonadada de su rostro, sin embargo, su sonrisa era la más hermosa que le había visto en muchos años.

—Está todo bien, querido. De hecho, llegas justo a tiempo para comer.



Ciertamente, la casa de los Benedict era maravillosa. Tenía una atmósfera tranquila, y el vecindario también lo era. A pesar de que estaban frente a la calle, eran pocas las veces que alcanzaba a llegar el sonido de los autos. La chimenea siempre estaba prendida en la sala, y las llamas aportaban no solo calor, sino también calidez. Una sensación acogedora envolvía la estancia, lo cual Violeta agradecía. De ese modo lograba apaciguar el frío al sentarse en el sillón junto a las llamas con su libro o a conversar con Dominik, con las piernas sobre su regazo y una taza de chocolate caliente en las manos.

En los días que pasaron logró conocer mejor a los Benedict y sus dinámicas familiares. Eran muy diferentes a la imagen que tenía de ellos, a la que se había hecho a través de Dom, así que se imaginó que él debía estar igual de sorprendido al ver el cariño con que se trataban, y también el cariño con que los trataban todos quienes trabajaban en la casa. Violeta no se había relacionado demasiado con aquellas personas, salvo por palabras de agradecimiento y un par de conversaciones amigables, pero sí se percató de que siempre sonreían, hablaban y reían mientras hacían las tareas encargadas.

Parecían realmente felices de tener ese lugar para ganarse la vida. Entonces entendió lo que Adelaide quiso decirle: ellas habían estado ahí durante tanto tiempo que incluso habían pasado más tiempo en la casa que sus propios dueños. Era como su segundo hogar, y no pensaba quitárselos.

Caída la noche fue a sentarse en la sala. Reflexionaba sobre su día y sonreía al ver a Dominik conversando con sus padres, conociéndolos de nuevo. Violeta les daba su espacio, porque quería que construyeran algo bueno e íntimo. Le alegraba verlo reír mientras bebía algo con su padre, o ver cómo tomaba la mano de su madre, que estaba extendida sobre la mesa. Pensó que los tres juntos hacían una muy buena imagen de lo que era la felicidad reencontrada.

Dos días después de su llegada, estaba acurrucada en el sillón con su taza de chocolate caliente, alternando la mirada entre las llamas incandescentes de la chimenea, que se reflejaban en los azulejos, y el libro que tenía en el regazo. Se había envuelto en una manta después de la cena, y había dejado a Dominik para que fuera con sus padres a conocer uno de los parques que más les gustaba de Washington. Él estaba feliz de tener tiempo con ellos, de conocer, por fin, el hogar que desde niño había añorado.

Seguía enfrascada en la misma historia que el día del tren. Todo se había desenvuelto demasiado rápido, así que recién ahora encontraba un momento de calma y silencio para retomar su lectura, solo interrumpido por el crepitar de la madera al quemarse. Le pareció el minuto ideal.

Quitó el marcapáginas y se perdió en las palabras. El tiempo dejó de existir: solo estaban ella y la historia. La protagonista acababa de llegar a la torre en donde empezaría sus estudios y aprendería la magia de la Tierra. Era el tipo de cosas que hasta entonces solo había visto en películas, y años antes hubiese dicho «¿cómo voy a leer eso? Es poco creíble. Además, son mejores las películas, más

visuales». Estaba *tan* equivocada. Ahora se daba cuenta de que el libro era mil veces mejor.

No supo más de sí hasta que, alrededor de la página 170, se dio cuenta de que tenía que parar porque, una vez más, las letras parecían fundirse en tinta por sobre la hoja, y un dolor punzante se había instalado detrás de sus ojos.

Dejó el libro a un lado y cerró los párpados. Hizo presión en ellos con los dedos, y permaneció en esa posición hasta que escuchó pasos acercándose a la sala.

—¿Vi? ¿Estás bien? —Era Dominik.

—Sí —le dijo sonriendo, a pesar de que, en realidad, se sentía fatal—. Solo me duele la cabeza.

—¿Otra vez?

—Sí. Las letras parecen flotar y no consigo leer nada.

Nathaniel se adelantó y se sentó junto a ella, examinándola con ojo crítico.

—Violeta, ¿has pensado que tal vez necesites usar lentes, y que te duele la cabeza porque estás forzando demasiado la vista?

No dijo nada. Si hubiese podido hablar hubiera dicho algo como «¿qué?», pero no.

—Tiene razón, querida. —Adelaide también se acercó y puso una mano cariñosa sobre el hombro de su esposo—. ¿Alguien en tu familia usaba anteojos? Esas cosas son hereditarias, casi siempre.

Lo pensó y…

—Mi papá —dijo—. Pero no los usaba siempre, solo… cuando leía —cayó en la cuenta.

Dominik la miró como si se disculpara, sabiendo que lo que le iba a decir no iba a gustarle para nada.

—Lo siento, Vi, pero creo que te acabas de ganar una visita al oculista.



—Odio esto —declaró—. Lo odio con todo mi ser.

Se examinaba con detenimiento frente al espejo del baño, girando la cabeza a un lado y al otro, crítica. Dominik la observaba entre divertido y preocupado. Era difícil decir cuál de las dos emociones predominaba, mas Violeta no conseguía sacar los ojos de su nuevo… *accesorio*.

—¿Por qué? Te quedan muy bien.



—Por supuesto que me quedan bien. —Resopló. Había elegido unos marcos dorados, tan finos como un alambre, y redondos, estilo *vintage*. La verdad era que sí, le quedaban de muerte, pero odiaba verse obligada a llevarlos—. No me gusta usarlos. No me gusta que me incapaciten, tener que pensar en ponérmelos cada vez que quiera leer algo o tener que recordar llevarlos a todos lados. ¿Y qué pasa si se me pierden, eh? ¿O se rompen? Habían conseguido una hora al día siguiente, con un oculista amigo de los Benedict.

Conexiones y favores como esos solo venían gracias a su trabajo, y en parte Violeta pensó que era una pena, porque se negaba a aceptar que le habían dicho que su vista era una desgracia. Dominik la acompañó, por supuesto, y ahora iba a darle la lata para el resto de su vida.

—Violeta… —comenzó a decir Dominik, acercándose. Ella odiaba ese tono conciliador—. Es por tu bien. El doctor dijo que si no los usas el daño que podrías hacerles a tus ojos sería mucho más severo.

Suspiró con dramatismo, porque, en realidad, detestaba toda esa situación.

—¿Y tendré que usarlos en el trabajo? —Dominik asintió. Violeta gimió para sus adentros, cerrando los ojos al imaginarlo—. ¿Y en el orfanato?

Asintió de nuevo.

—Sí, es lo que deberías hacer.

—Me voy a morir de vergüenza —afirmó.

Volvió la vista hacia el espejo y miró con ojo crítico —un ojo inválido, tras el lente— su reflejo. Trató de acomodar su cabello de una u otra forma: con la línea al medio, al lado izquierdo, al derecho… No. No, no y no.

—Se ve fatal.

—Quizá —sugirió la madre de Dominik, quien se había mantenido al margen hasta el momento— necesitas un corte de cabello.

—¿Qué? —¿Cómo es que no se le había ocurrido?

—Sí —asintió la mujer, más para sí—. Podrías cortarlo en capas, así le das movimiento y no se notará tanto el realce de los lentes. Incluso podrías dejar unos mechones más cortos junto a la cara.

Fingió considerarlo, aunque ya no había nada que pensar. Era una idea fantástica.

—Sí, creo que eso podría arreglarlo un poco.

Dominik resopló, rodando los ojos. Sin embargo, antes de que desviara la mirada Violeta alcanzó a ver que las comisuras de sus labios se elevaban.

—Tengo una amiga que es peluquera. Hace cosas maravillosas y tiene muy buenos productos. Podríamos ir juntas, si quieres.

Lo dijo como quien no quiere la cosa, pero a ella cada vez le hacía más ilusión, sobre todo porque le daría la oportunidad de conocer a la madre de Dominik.

—¿Cuándo vamos? —preguntó con decisión.

Dominik se acercó de nuevo a ellas, como una polilla a la luz, curioseando.

—¿Puedo ir yo también?

—No —dijeron ambas al mismo tiempo.

Dominik frunció el ceño, un poco desconcertado y fingiendo estar profundamente ofendido. Violeta rio.

—Es tarde de chicas.



El sonido de la tijera era relajante. Cada vez que lo escuchaba, nuevos trozos de cabello parecían detenerse en el tiempo en una caída eterna, separándose y esparciéndose por el aire antes de tocar la madera del piso de la peluquería.

Ese no era el único ruido que había. Un secador de pelo cortando el aire, el leve rasguido de la escoba contra las tablas, el agua

corriendo mientras alguien lavaba… y, por encima de todo eso, risas. Risas y conversación amena.

Violeta estaba en una silla de cuero negro y respaldo bajo, irguiendo la espalda mientras que una mujer robusta y parlanchina hablaba con su compañera, quien merodeaba cerca de Adelaide preparando el tinte en un cuenco. Le habían cubierto la ropa con una capa de lona y le habían mojado y cepillado el cabello. Ella le explicó su dilema a la mujer —Christina—, la cual sonrió después de asentir varias veces, evaluando la situación.

Christina era amiga de Adelaide, y era la dueña de la peluquería. Según le explicó, llevaba más de diez años en el negocio, desde que decidió dejar una carrera que la hacía profundamente infeliz y, en su lugar, estudió peluquería y cosmetología para seguir su pasión. Le gustaba tanto que incluso tenía un tatuaje de unas tijeras con alas, flores y enredaderas en la mano derecha. Cada vez que abría los dedos, se abrían las tijeras también.

—El corte que tengo en mente quedará genial con los lentes, ya vas a ver. —Fue todo lo que le dijo a Violeta antes de ponerse a trabajar.

Adelaide estaba a su lado con la misma capa de lona, pero con el pelo cubierto de papel aluminio, esperando que el tinte se ajustara. Como su cabello castaño ya tenía visos plateados, decidió que agregar unos dorados en contraste no se vería nada mal. Contemplaba su perfil cuando la mujer se dio la vuelta y, con una sonrisa cautelosa, le comentó:

—Debe haber sido muy difícil crecer sin tu madre, sin poder hacer con ella este tipo de cosas.

Era cierto. Era tan cierto… Escuchándolo así era muy fácil imaginarse a su madre o a Amber sentadas en esa silla, compartiendo con ella, riendo juntas.

—Lo fue. Lo es. —Asintió.

—¿Cómo lo consigues? —quiso saber Adelaide—. Yo era tan unida a mi madre, ella era mi mejor amiga en todo el mundo. Pasamos tantas cosas juntas, y estuvo conmigo en cada momento. Cuando murió, fue como perder una parte de mí.

—Si hubiese perdido partes de mí por cada persona que se fue, creo que ya no estaría entera —reflexionó Violeta—. He tenido tantos… y a tantos he perdido. Y nunca se hace más fácil.

—No, nunca.

—Pero tuve… tuve a alguien. Amber era mi madre adoptiva —explicó—. Ella y su esposo Scott me adoptaron cuando tenía catorce, me sacaron del horrible lugar en el que estaba, y fueron mi familia. Por un tiempo, al menos.

—¿También los extrañas?

—Siempre —respondió con seguridad—. Scott me enseñó tantas cosas. Me enseñó a defenderme, a no quedarme callada, a pelear por mí misma y por lo que quería. Me enseñó a ser fuerte. Me mostró cómo cuidarme sola, cómo sobrevivir en las peores circunstancias, porque sabía de lo que yo venía y no quería que eso me definiera. Incluso si yo nunca iba a volver al orfanato, quería que tuviera la seguridad de que ese pasado ya no existía más, que tuviera control sobre mis recuerdos.

—Suena como un buen padre.

—Lo era. —Violeta había decidido recordarlo por los años que pasaron juntos, por las cosas que le inculcó y la nueva vida que le

dio, no por los meses en que ya no era él mismo, consumido por el dolor y la pérdida—. Amber era distinta. Ella era más delicada, más elegante. Cumplió en todo sentido el rol de una madre. Hablaba conmigo, me ayudaba en todo lo que necesitara, me daba mi espacio y también me acompañaba, incluso si eso significaba estar en silencio durante horas mientras yo lloraba, desahogándome.

—¿Te costó adaptarte, confiar en ellos?

—Sí, pero supongo que el hecho de que jamás me presionaran hizo que yo necesitara abrirme. Deseaba tanto confiar, querer, ser querida. Amber no solo me ayudó a entender muchas cosas, sino que también me ayudó a *superar* muchas otras. Me orientó y me guio para sobrellevar los traumas, lo que había vivido, a ver por sobre eso y a hacer las paces con mi pasado.

—Tuviste mucha suerte de tenerlos a ambos. Aunque fuera por un tiempo más corto del que te hubiese gustado.

Violeta asintió. Ellos le devolvieron la esperanza que las Furias le habían arrancado de cuajo, le mostraron que todavía era posible encontrar bondad en las personas, y que nunca debía rendirse en esa búsqueda.

—Desearía que Amber estuviese aquí, que pudiera verme ahora. Desearía que ella y mi madre se hubiesen conocido. Se habrían llevado bien.

Adelaide sonrió ante el pensamiento, sin embargo, su sonrisa luego flaqueó.

—Sabes… Hace muchos años, antes de que Dominik naciera, yo estuve embarazada de otro niño.

Eso no se lo esperaba. Las palabras la golpearon como un balde de agua con hielo.

—¿Dominik tiene un hermano? —susurró.

Pero la pena en sus ojos, la sonrisa desvanecida…

—No alcanzó a tenerlo.

—Oh… oh. ¿Qué…? ¿Qué pasó?

—Estuve embarazada durante tres meses, casi cuatro. Estaba tan feliz, y faltaba tan poco para que pudiéramos saber si iba a ser niña o niño… Yo estaba tan segura de que tendríamos una hija. Hasta habíamos escogido un nombre.

—¿Cuál era?

—Frances —suspiró.

Adelaide bajó la vista hacia sus manos, jugueteando con ellas, cruzando y descruzando los dedos como si fueran la cosa más fascinante… pero Violeta sabía que sus pensamientos estaban muchos años en el pasado, en un lugar al que ya no podría volver por más que lo deseara.

—Nunca llegó al cuarto mes. —Su voz era apenas un hilo, cargado de dolor y nostalgia.

—Eso es horrible, no me puedo ni imaginar… Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias. —Adelaide suspiró de nuevo, dándose ánimos para continuar—. Después de eso yo no lograba descifrar qué fue lo que hice mal, en qué me equivoqué, cómo era que había perdido a mi pequeña…

—Esas cosas pasan, no puedes culparte…

—Lo sé, lo sé. Pero fue tan difícil. Incluso ahora hay veces en que me encuentro pensando en qué podría haber hecho diferente, y han pasado años.

—Pero pudieron concebir de nuevo. —Sí. Sí. Fue un año después. Nos costó mucho, pero Do-

minik llegó… y yo fui una madre terrible para él. Tenía tanto miedo de perderlo como sucedió con mi otro bebé… Después del parto me deprimí, no conseguía sonreír o salir de la cama.

Estuve muchos meses en tratamientos psicológicos y hormonales para combatirlo. Y en todo ese tiempo no pude apegarme a mi hijo. Otra culpa, supongo.

Violeta lo entendía. Estaba informada sobre el tema. Camila sabía mucho, pues había madres que daban a sus hijos en adopción después de luchar contra la depresión posparto y no conseguir vincularse.

—Estás intentando, eso es lo importante. Si algo me ha demostrado todo lo que he vivido, es que nunca es tarde. No para intentar. Y está resultando. —Trató de animarla.

—Gracias, Violeta. Eres un sol.

Nadie nunca le había dicho eso. A lo largo de su vida se había sentido más como una nube, una nube negra y llena de lluvia, no como un sol. No obstante, en ese momento, se permitió contemplar la posibilidad de que tal vez sí lo era.

—¿Dominik lo sabe?

—No, no lo sabe.

—Quizá debería —sugirió. No quería presionar, para nada, pero intuía que eso podría mejorar la relación que estaban tratando de formar—. Quizá lo ayudaría a entender muchas cosas. *Los* ayudaría.

—¿Cómo?

—Los secretos tienen ese poder: pueden separarnos… o pueden unirnos.



CAPÍTULO 20

Los ángeles

«Be Slow» – Harrison Storm

Violeta

Esa noche Dominik no paró de hacerme preguntas sobre cómo me fue en la salida con su madre, qué más hicimos y, sobre todo, de qué hablamos. Quería detalles, y lo entendía, pero esa conversación debía quedarse entre las dos, así que ante cada nueva pregunta me limitaba a responder tal como hizo Adelaide horas atrás: «cosas de chicas». Lo decía siempre con una sonrisa, y evitaba su mirada para que él no pudiese ver el rubor en mis mejillas. Era tonto, pero esa confidencialidad que logramos en el salón de la peluquería significó el mundo para mí.

—Bien, no me digas —replicó él, cruzando los brazos como un niño pequeño—. Te ves hermosa, por cierto. Ese corte te queda… y los lentes también.



La mañana del jueves, mientras estábamos en la mesa del comedor tomando desayuno, sonó el teléfono de Dominik. El ambiente estaba tan tranquilo y silencioso que me sobresalté.

Él sacó el teléfono y, luego de ver la pantalla, me dijo:

—Es Jasper. —Yo asentí y él contestó.

—¡Dominik! —Jasper hablaba tan fuerte que podía escucharlo incluso a través del auricular.

Dominik hizo una mueca y alejó un poco el aparato de su oído.

—Jasper —respondió sonriendo—. ¿Cómo has estado?

—A que te olvidabas.

La expresión de Dominik fue épica.

—Puedo haberme olvidado de muchas cosas —murmuró al fin, como quien no quiere la cosa.

—¡Mi cumpleaños, tonto! Es la próxima semana. *Tienes* que venir.

—Sí me acordaba de eso, Jas —le respondió con elocuencia, mirándome de reojo. Yo bajé la vista y me metí otra cucharada de cereales a la boca, tratando de no sentirme como una chismosa a pesar de que él no había hecho nada por bajarle el volumen a la llamada—. Siempre me acuerdo, es solo que… estoy en Washington —confesó.

El tono sorprendido de Jasper fue lo que le siguió al corto silencio que le tomó procesar el significado de sus palabras.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Fuiste…? ¿Fuiste a verlos?

—Sí. Vine con Violeta.

Me bastó con imaginarlo asintiendo del otro lado de la línea para que un rubor me cubriera la cara. Seguí comiendo.

—¿Hasta cuándo se quedan?

—Hasta el domingo. —Faltaban tres días.

—Perfecto. Entonces quédense hasta el domingo y luego vienen para acá.

Sonreí ante la seguridad con la que lo dijo. Con razón él y Dominik se llevaban bien.

—¿Qué?

—Es un buen plan. ¡Qué digo! Es un *excelente* plan. Además, así puedes presentarme por fin a la chica de la que no parabas de

hablar.

Casi me atraganté con el cereal. Tragué apenas y no pude contener la carcajada que salió de mi boca. Miré a Dominik con una disculpa en los ojos, solo para ver que se había puesto rojo como un tomate, y eso solo me hizo reír más.

—Jas…

—¡Vamos, di que sí! Sé que quieres. Y Violeta también lo pasará genial. Se llevará bien con las demás. Pueden hacer cosas de chicas y tal.

Otra carcajada salió de mis labios: había mucho de eso últimamente, sin embargo, esta vez me contuve y me lo pensé un momento. La verdad es que la idea no sonaba para nada mal, y tras echar un vistazo a Dominik supe que él pensaba lo mismo. Supongo que podía permitirme usar ahora los días de vacaciones en el trabajo y… bueno, ya haría turnos extra para ir a ver a Zoë. ¿*Quieres ir*?, formulé la pregunta con los labios. Él asintió una única vez, sin perder la sonrisa, mas pude ver el deseo en sus ojos.

Yo asentí de vuelta, murmurando: *vamos*.

—Está bien, Jas. —Una risa de triunfo se escuchó por el auricular y no pude evitar sentirme feliz por Dom, que estaba poco a poco juntando todas las piezas de su vida—. Nos vemos allá.

Después de intercambiar algunas palabras más, colgó el teléfono. Yo seguía escuchándolo todo, sin embargo, mi mente ahora estaba en otra parte, muchos kilómetros lejos de ahí.

—Violeta… —Lo interrumpí antes de que pudiera decir lo que sea que iba a decir.

—Tienes que presentármelos a todos. —Él rodó los ojos y sonrió para mí.

—Por supuesto que sí. —Suspiró y se levantó de su silla para ir a sentarse junto a mí. Dejé a un lado mi plato, ya vacío, y me volteé para mirarlo—. Entonces iremos de vuelta a casa y luego…

—¿Para qué? Ya estamos aquí. Vámonos directo a Los Ángeles, así también aprovechamos mejor el tiempo. ¿Vacaciones, recuerdas? Ya tenemos todo lo que necesitamos en la maleta, qué mejor.

Él dudó.

—¿No necesitas cambiar de ropa o… yo qué sé?

—En LA también existen las lavadoras, ¿o no? —me burlé—. Además, siempre puedes acompañarme a comprar ropa nueva. Es la excusa perfecta.

La sonrisa de Dominik no tardó ni medio segundo en aparecer, haciendo que casi me arrepintiera de haber soltado lo que dije… *casi*.

Se acercó y me habló con sus labios rozando mi cuello.

—Solo si me muestras todo lo que te pruebes. Especialmente, la ropa interior —susurró. Su aliento me golpeó el oído.

—Pervertido —murmuré, sintiendo el deseo carcomerme las entrañas.

Sus manos me acariciaron la espalda, la cintura… y ahí se detuvieron. Y *apretaron*.

—Pervertido sería decirte que quiero que vayamos a mi habitación y quitarte la ropa.

Su voz seguía siendo un murmullo, pero estaba tan cerca que lo escuchaba a la perfección. No era solo su tono grave, ni la chispa en sus ojos, ni sus dedos juguetones que subían por mis costillas. Era una mezcla de *todo* lo que me hizo decir:

—¿Y quieres?

Su respuesta fue besarme como si fuese un pez en busca de agua y yo fuera el océano. Era urgente, sin cuidado. Su necesidad me traspasaba y hacía que el fuego me recorriera las venas a mil por hora, como siempre que estaba con él.

—Bien —susurré contra su boca, entre besos—; seré yo la pervertida. Llévame a la habitación.

Dominik solo sonrió.



Cuando aterrizamos en Los Ángeles nos recibió un calor agradable, el sol de comienzos de primavera en un lugar donde casi nunca hay invierno. Dominik tenía razón: ya amaba este lugar.

Los últimos días que pasamos en Washington fueron tranquilos y llenos de significado. Dominik no me lo decía, pero yo me daba cuenta de lo conmocionado que estaba de estar ahí, conmigo, en la casa de sus padres. La despedida fue dulce, tierna, con la promesa de que volverían a verse pronto. Él sonrió y abrazó a sus padres, y yo fingí que no me di cuenta de que tenía los ojos enrojecidos. La semana se me había hecho corta, y cada noche que llegaba era un día menos que quedaba de visita. Sabía que Dominik también era consciente de eso, sin embargo, aprovechó cada segundo. Algunas tardes sus padres nos llevaron a recorrer la ciudad y sus alrededores, nos mostraron todo lo que había por conocer, y por las noches salíamos a cenar o nos quedábamos en casa.

Apenas bajamos del avión inspiré hondo, absorbiendo el aire tibio y húmedo de California.

—No puedo creer que estemos aquí —le susurré a Dominik mientras nos encaminábamos a recoger nuestras maletas.

Él me dio un beso en el cabello y me pasó el brazo por los hombros mientras avanzábamos. Era lindo sentirlo así, entregado y relajado.

El aeropuerto, cómo no, estaba atestado de gente, y tuvimos que esperar una media hora para que nuestros bolsos salieran por la cinta, pero no me importó; ya estábamos ahí.

—¿Tu amigo…? Jasper —me corregí—. ¿Nos está esperando?

Él asintió e hizo un gesto leve hacia la entrada del aeropuerto, dándome a entender que estaba afuera. Tenía que admitir que, así como con sus padres, me daba un poco de nervios conocer a sus amigos, a las personas que habían estado en una etapa de su vida de la que yo no fui parte. Siempre sentí curiosidad de saber qué fue de su vida en esos tres años en que estuvimos separados. Sabía lo básico: que se había mudado, que había entrado a estudiar economía, que había hecho amigos, había ido a fiestas, había dejado la carrera y luego había vuelto; sin embargo, el único pormenor que me había contado eran los nombres de dichos amigos. Con algunos mantenía contacto —como con Jasper— y con otros no.

Me dije que todo iría bien. Era una persona extrovertida. Jamás había sido tímida y no iba a empezar ahora. No obstante, una vocecilla maliciosa en mi cabeza murmuró: *de niña lo eras*.

No, pensé. *Eso era miedo, supervivencia, no timidez*.

Así que, con eso en mente, tomamos nuestros bolsos y nos encaminamos a la salida.

Una semana: ese era el tiempo que nos quedaríamos en Los Ángeles. Era lunes, y el cumpleaños de Jasper, según me dijo

Dominik, era el sábado veinte de marzo, un día antes del comienzo de la primavera. No sé por qué, pero ese pensamiento me hizo sonreír. Iba a comentárselo a Dom cuando un grito entre la multitud nos interrumpió:

—¡Benedict! —Toda mi atención se desvió al muchacho que, unos pasos más allá, nos hacía señas con la mano.

Dominik sonrió y nos apuramos a su encuentro.

—Ha pasado tiempo —lo saludó.

—¡Y que lo digas!

Lo envolvió en un abrazo como si Jasper fuera un niño pequeño. Hasta se dieron palmaditas en la espalda y todo. Se veía que estaba contento de verlo incluso si no lo decía con esas palabras exactas. Era algo extraño entre los hombres, al menos en los que yo conocía, porque Dominik me decía que extrañaba a su amigo, pero nunca se lo decía a él.

—Violeta. —Jasper se giró hacia mí y me extendió la mano. Se la estreché con una sonrisa—. Por fin nos conocemos.

—He escuchado mucho de ti —le dije.

—Cosas buenas, espero. —Lanzó una mirada de reojo a Dominik, quien se encogió de hombros por toda respuesta.

No pude evitar tomarle el pelo y decir:

—La mayoría.

Él resopló.

—Tú y yo vamos a llevarnos muy bien —declaró.

Nos condujo por el aeropuerto hacia el estacionamiento, zigzagueando entre las personas que transitaban de un lado a otro. Cuando salimos y nos dirigimos al auto yo permanecí callada, contemplando el lugar y guardándolo en mi memoria, mientras que

Jasper le contaba a Dominik sobre el fin de su año académico y lo que pretendía hacer en las vacaciones. Por un minuto me sentí pequeña al pensar que ahí yo era la menor de los tres.

Afuera el aire estaba tibio, los rayos del sol acariciaban mi piel.

—¿Siempre tienen este clima? —le pregunté a Jasper—. ¿También en invierno?

—Ahora está agradable —respondió él, abriendo el portaequipaje y haciéndome una seña para tomar mi bolso. Se lo entregué de buena gana y vi cómo lo encajaba junto al de Dominik y luego desaparecía al cerrar la puerta—. En verano hace demasiado calor, no te gustaría.

—Créeme que sí.

—Si odias tanto el frío, ¿por qué vives en una ciudad donde el invierno es tan gélido?

La pregunta era simple. Muy simple, en realidad, pero me quedé pensando en la respuesta como una tonta. Me gustaba Nueva York, siempre encontré que era una ciudad maravillosa, llena de vida, sin embargo, había muchos otros lugares que podían ser igual de hermosos.

Quizá la respuesta estaba en que siempre lo consideré mi hogar. Incluso cuando vivía en París seguía pensando que mi casa estaba en Nueva York. Ni siquiera el tiempo, mi amor por ese lugar o por Zoë pudieron cambiar eso.

—No lo sé —terminé por decir, suspirando—. Supongo que nunca he considerado nada más. Es donde he pasado casi toda mi vida.

—¿Tienes mucho a lo que aferrarte?

De nuevo, me quedé callada. Sí, la verdad es que lo tenía, y no estaba cien por ciento segura de si eso era bueno o malo. Nunca

respondí aquella pregunta, ni a él ni a mí misma. Tal vez no estaba lista para ello.

Dominik se dio cuenta de que me había perdido en mis reflexiones, y me preguntó algo infinitamente más fácil:

—¿Quieres irte adelante o atrás?

Suspiré aliviada. Relajé los hombros y le mostré una sonrisa.

—Atrás —decidí, no solo porque no quería enfrentarme a las preguntas de Jasper, sino porque se me ocurrió que así podrían conversar con mayor facilidad.

Fue una sensación extraña el querer impedir que alguien supiera más de mí. En general no me molestaba, sobre todo si era un amigo de Dominik, pero por algún motivo el hecho de no tener respuestas para Jasper me había desconcertado. No sabía si era porque podía ver a través de mí o solo tuvo la suerte de hacer las preguntas correctas. Sin embargo, me di cuenta de que el problema no era él, sino yo: yo no sabía lo que quería para mi futuro y, por ende, no sabía qué demonios contestar.

Respiré profundo y dejé de pensar en el tema. Más adelante lo resolvería. No había apuro y, además, estábamos de vacaciones.

Ensimismada como estaba, ni me di cuenta de en qué momento partimos. Cuando volví a la realidad y miré hacia afuera ya habíamos dejado el estacionamiento. La radio estaba sonando despacio, con música de ambiente, y Jasper decía:

—… te va a gustar la casa.

Mi curiosidad me ganó y no le di a Dom tiempo de responder cuando pregunté:

—¿Te mudaste?

—¿Qué?

—Dominik me dijo que se conocieron en la universidad y que los dos vivieron en el campus. Supongo que asumí que seguirías ahí.

—Ah, eso —dijo Jasper sonriendo. Pensar que siempre sonreía era una suposición un tanto prematura, pero me dije que tendría que averiguarlo—. Me mudé a fines del año pasado.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿No te gustaba tener que compartir habitación?

De niña había compartido habitación con decenas de chicas y chicos en la Residencia, aunque supuse que no se comparaba.

—Oh, no; todo eso estaba bien. De hecho, después de Dominik llegó Archer… Dominik, ¿te acuerdas de Archer? Sí, el de nuestra clase. Bueno, ya lo vas a conocer, Violeta. Nos llevamos muy bien. Es solo que ya he vivido cuatro años en el campus y pensé que era hora de ir por mi cuenta.

Me pareció justo, así que, en lugar de preguntarle de nuevo por lo mismo, lo que salió de mi boca fue:

—Que voy a conocer a… ¿quién?

Dominik lanzó una risilla, sin mirarme, y murmuró:

—Jasper quiere presentarte a todos sus amigos.

—*Nuestros* amigos —lo corrigió, y Dom asintió.

—Nuestros amigos. Te van a caer muy bien, Vi.

—Espero que hayan traído algo lindo que ponerse —dijo Jasper con una sonrisa sugerente.

Dominik rodó los ojos, ignorándolo, pero yo repliqué.

—Por supuesto que sí.

—Bien, porque esta noche nos vamos de fiesta.



Me pasé el resto del camino desviando la vista entre los altos edificios que se extendían a ambos lados de la carretera, los restaurantes y las áreas verdes, y el cabello de Jasper. Ese era un dilema que me tenía completamente intrigada, porque no podía decidir si era rubio o pelirrojo, o si solo se veía rojizo con la luz del sol. No podía evitar preguntarme cómo hubiese descrito mi madre ese color y qué pinturas hubiese mezclado para obtenerlo. A menudo me encontraba pensando de esa forma, tratando de adivinar si el rosa del cielo era más rojo o anaranjado, más coral o salmón.

Jasper era un muy buen guía, porque durante los cuarenta y cinco minutos que nos tomó llegar a su casa —más por el tráfico que otra cosa— fue señalando distintos lugares que creyó que podrían interesarme. Vi muchas tiendas caras, las mismas que había en Nueva York y en muchas otras ciudades, y también una increíble avenida junto a la playa donde se reunían personas a patinar. Aunque nunca me había gustado el deporte, tuve que admitir que me encantó observar cómo se deslizaban con tanta gracia sobre el cemento. A mí me habría dado miedo caerme.

No sé qué esperaba de Los Ángeles. Creo que, precisamente, me sorprendí tanto porque no esperaba nada. Lo cierto era que lo poco que había visto de la ciudad me encantaba. Era difícil describirlo de otra forma, pero sentí como si estuviese en la tierra del verano, un verano eterno.

Pensé que ese sería un buen título para una pintura.

Observé el sol en lo alto del cielo; eran alrededor de las dos de la tarde y mi estómago rugía de hambre. Rogué por que nadie más fuera capaz de escucharlo.

Era curioso el ambiente de Los Ángeles, entre desértico y playero. No había tanto verde como estaba acostumbrada, sino que se notaba más árido y la vegetación no era muy frondosa. Algo que no se veía en Nueva York eran las palmeras, y a mí me encantaban. Las había en abundancia, junto con distintos tipos de cactus que adornaban los lados del camino. Disfrutaba tanto del olor a mar y a playa que pensé que podría respirarlo para siempre.

Jasper nos llevó hasta su nuevo hogar, una pequeña cabaña estilo Airbnb en Pasadena. Tuvimos que cruzar toda la ciudad para llegar, pero a él le quedaba de maravilla, ya que estaba muy cerca del instituto y podía caminar a clases.

El estacionamiento estaba cubierto de arena y piedrecitas blancas, rodeado por macetas con más cactus, cercándolo. Jasper apagó el motor y fue el primero en salir del auto para ayudar a Dominik con los bolsos. Ninguno me dejó tomar el mío, así que me limité a rodar los ojos e ir hasta la entrada de la casa de madera clara y grandes ventanas.

—Sí que te conseguiste un buen lugar —comentó Dominik.

Jasper lanzó una carcajada con ganas.

—Pero no tiene piscina —se quejó.

Lo decía como si fuera la peor de las ofensas el hecho de que la casa careciera de un gran pozo de agua, pero su expresión reflejaba todo lo contrario. El lugar no era muy grande, una sala con dos sillones, una cocina con una isla y un *hall* de entrada… pero lo que le faltaba en espacio lo compensaba con una hermosa sensación acogedora, y por la sonrisa y la admiración en los ojos de Jasper, me di cuenta de que *amaba* su pequeño hogar.

En un gesto inconsciente llevé la mano a la cadena que colgaba de mi garganta, un collar dorado, delgado, que terminaba en un dije de flor —de violeta— colgando del centro. Ese había sido el segundo regalo, la segunda sorpresa que me había dado Dominik el día de mi cumpleaños. Desde entonces no me lo quitaba, y se había transformado en una costumbre juguetear con él cuando no me daba cuenta de lo que hacía. Era como mi amuleto.

—¿Tienen hambre? —quiso saber Jasper.

Dominik ni siquiera alcanzó a abrir la boca para contestar cuando yo dije:

—Sí. Mucha.

—Entonces es bueno que haya preparado algo antes de salir.

—¿Tú cocinas? —se burló Dominik.

Jasper tomó aire y se llevó la mano al pecho.

—Por supuesto que cocino.

—¿Desde cuándo? —inquirió—. Según recuerdo, hasta el agua se te quemaba.

—Me ofendes, Dominik. —No pude ocultar mi risa, pero traté de contenerla porque no quería «ofenderlo» también—. He aprendido muchas cosas desde que te fuiste. Si vinieras a visitarme más seguido, lo sabrías.

—Vine hace no mucho —se defendió.

—*¿No mucho*? ¡Eso fue hace casi un año!

—Ya —lo cortó—. Es que las cosas en casa han estado difíciles.

Desvié la mirada. No necesitaba que me lo recordaran, porque esa «última vez» fue poco antes de que me confesara que estaba enamorado de mí, antes de que lo que tenía con Ethan se fuera al carajo y su madre me apuñalara. Su visita había durado unos tres

días. Fue apresurado, impulsivo y precipitado. Jasper no tenía ni idea de todo lo que habíamos vivido luego de esos días.

Ni siquiera tenía caso darle más vueltas. Él debió notarlo, porque cambió su expresión. Sonrió de oreja a oreja, y exclamó:

—¡Bueno, vamos! Les muestro dónde dormirán y ya comemos.

El resto de la tarde pasó rápido. Jasper no paraba de hacer bromas bochornosas sobre «no hacer cochinadas en su habitación», ante lo cual yo enrojecía y dejaba a Dominik para lidiar con él. Dentro de todo, me gustaba escucharlo, me gustaba conocerlo de esa forma, saber quién era el Jasper que se había vuelto tan cercano a la persona más importante en mi vida.

Después nos dijo que deberíamos dormir un rato, porque la diferencia horaria iba a hacernos mella y no quería que nos arruinara la noche. Al parecer, iba a ser larga.



CAPÍTULO 21

Libre

«18» – One Direction

Violeta

No era necesario entrar al lugar para saber qué tipo de ambiente había dentro. En la oscuridad de la noche nos recibió un letrero de neón rosa, cuyo fulgor se mezclaba con el de las luces azules y verdes del interior, que se abrían paso por la puerta abierta de la discoteca. La música se escuchaba al acercarnos a la entrada, y las vibraciones se transmitían por las paredes, por el piso, por el concreto, por mi cuerpo y por mis venas. De inmediato sentí ganas de bailar.

Jasper, con su camisa de un naranja chillón, casi se mezclaba con las luces de la entrada. Reí ante mi ocurrencia y tanto él como Dominik me miraron raro. Yo hice un gesto con la mano, desestimándolos, y volteé hacia otro lado para ocultar mi sonrisa. No hacía frío, aunque las nubes en el cielo anunciaban que llovería.

No entramos de inmediato, sino que nos detuvimos frente a la puerta y esperamos. Aproveché el tiempo y observé a los dos muchachos, a los dos hombres que estaban conmigo, y aprecié sus similitudes y también sus diferencias. Me pregunté cuál de los dos aspectos fue el que los llevó a hacerse amigos.

Incluso su forma de vestir era distinta: donde Dominik era todo blancos y negros, Jasper era puro color. Dominik era sarcasmo y Jasper era todo bromas. Me gustaba ese contraste entre ellos, la

forma en que se complementaban, y me alegré de que Dominik lo hubiese tenido a él cuando yo no estuve.

—Se supone que íbamos a juntarnos con alguien más, ¿no? —pregunté luego de un rato. Lo cierto era que, inmóvil a la intemperie, el frío estaba empezando a traspasar mi chaqueta—. ¿Cuándo…?

—¡Dominik Benedict, de carne y hueso!

Hacia nosotros se acercaban tres personas. El primero era un muchacho que debía sacarme al menos dos cabezas de alto, de contextura delgada y cabello negro. Como estaba tan oscuro no logré distinguir el color de sus ojos. Todo se veía algo distorsionado por las luces de neón, sin embargo, me di cuenta de que los tenía levemente rasgados, así que me atreví a intuir que tenía ascendencia asiática.

Junto a él venían dos chicas, una de cabello largo y ondulado, y otra de cabello corto, liso y negro como la noche. Los tres se acercaron con prisa, y tanto él como la chica del cabello largo sonreían con gran entusiasmo. La última también lo hacía, pero su sonrisa era tímida, reservada. Quizá le costaba conocer personas nuevas y mi presencia sacaba a relucir su personalidad introvertida.

Lo único que sabía de ellos tres es que eran amigos de Jasper, y que Dominik también los conocía. No me contaron mucho más. La verdad es que yo no insistí demasiado cuando me dijeron que querían *sorprenderme* y me aseguraron que nos íbamos a llevar genial. Dominik me conocía mejor que nadie, así que no lo cuestioné.

Cuando llegaron hasta nosotros, la chica del cabello largo saludó a Jasper con un sonoro beso en la mejilla y envolvió a Dominik en un

corto abrazo.

—No puedo creer que estés aquí, ya pensaba que estabas muerto o algo por el estilo.

—Fue algo de último momento. ¿Cómo estás, Ada?

—De maravilla, de maravilla. ¡Y tú debes ser Violeta! — Asentí con la cabeza, de pronto incapaz de encontrar mis palabras—. Mucho gusto, soy Ada.

Me abrazó antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, pero cuando lo hizo… me reí.

—Encantada de conocerte.

Ahora que estaba cerca me di cuenta de lo hermosa que era. Tenía los ojos de un verde muy intenso, con una pizca de marrón cerca del iris que combinaba con su cabello. Pestañas gruesas que resaltaban con un sutil delineado. Todo en ella era impecable, desde su ropa hasta su maquillaje brillante. Dios, yo desearía saber maquillarme de esa forma.

Sonriendo me señaló a la otra chica que venía con ellos, que estaba conversando con Jasper en ese momento.

—Ella es mi hermana, Bea.

Ni siquiera las luces rosadas del letrero de la discoteca pudieron ocultar el rubor que subió a las mejillas de Bea. A pesar de su timidez, se acercó a mí y me mostró una cálida sonrisa. Si dejábamos de lado el cabello y el maquillaje, Bea se parecía muchísimo a su hermana. Tenía los ojos del color de las hojas de primavera, sin el destello marrón. Compartían los mismos pómulos altos, los labios gruesos y la contextura delgada. El parecido entre ellas acababa en sus facciones, porque mientras Ada usaba diez

centímetros de tacones, Bea llevaba zapatillas deportivas. Ada tenía un maquillaje digno de envidia, y Bea mostraba su belleza al natural.

Verlas así, tan parecidas y a la vez distintas la una de la otra, me hizo preguntarme cómo hubiese sido tener una hermana.

—Hola, soy Violeta.

Bea asintió, mirando hacia abajo, y Ada rio.

—Es un poco tímida.

—¡Oye! —se quejó su hermana, bajito.

—No pasa nada, yo también solía serlo —mentí.

No necesité mirar a Dominik para saber que me había escuchado y estaba sonriendo de oreja a oreja. Sentía de sobra sus ojos quemándome la espalda, sin embargo, mi comentario logró que Bea sonriera de forma más genuina. No quise abrumarla, así que me adelanté para saludar al chico que vino con ellas.

—Violeta —dijo Jasper, pasando un brazo por mis hombros como si nos conociéramos de toda la vida—, él es Archer. Archer, Violeta. Violeta, Archer…

—Ya lo entendieron —rio Dom.

Jasper lo ignoró.

—Él era mi compañero de habitación en el campus.

El aludido asintió.

—Entonces … ¿todos ustedes se conocieron en la universidad? —pregunté lanzando una mirada a Dominik.

Él asintió.

—Solíamos salir juntos, cuando todavía…

—Cuando aún no nos abandonabas —se quejó Jasper.

Dominik y Archer se miraron con fingido espanto.

—Te doy mi más sentido pésame por tener que soportarlo como compañero de cuarto —le dijo Dominik, lanzándole miraditas de reojo a Jasper.

—¡Oye! —se quejaron Jasper y Ada al mismo tiempo, mas fue ella la que continuó, dirigiéndose a Archer—: ¡Si no te hubieras mudado con Jasper, no nos conocerías a nosotras tampoco!

—No es verdad —dijo Bea, hablando al fin—. Yo ya conocía a Archer, solo no...

—Me tenías oculto, Bea. Te avergüenzas de mí. —Hacerse el ofendido no le salía para nada bien, y eso lo hacía todavía más gracioso.

—Eres un idiota. —Fue todo lo que dijo. No pude aguantarlo más y lancé la carcajada que estaba conteniendo.

—Deberíamos entrar antes de que empiece a llover —señaló Dominik. Todos alrededor asintieron.

Parte de mí se relajó al sentir sus manos en la espalda, guiándome al interior. Intentar atar los cabos de la historia de todos ellos estaba resultando abrumador.

Lo primero que noté al entrar fue un potente olor a vapor y menta, y no tardé en darme cuenta de la neblina brumosa que cubría toda la mitad inferior de la pista de baile y ascendía en volutas hacia el techo. Creaba un ambiente espectacular, porque las luces iluminaban la cortina de humo convirtiendo la estancia en algo fantasmagórico, como si ninguno de nosotros estuviese ahí realmente y todo fuese una ilusión.

Me gustó sentirme de esa manera, tan irreal.

—Cómo amo esta canción —dijo Ada a mi lado. Sonreí.

—Yo también.

—¿Te gusta bailar, Violeta?

—Sí, me gusta muchísimo. Y creo que no hace falta que te lo pregunte a ti.

Ella rio. El sonido se extendió entre nosotras y se perdió en algún punto con la música.

—¿Qué me delató?

Me encogí de hombros y la señalé.

—No creo que alguien que no vaya a disfrutar de la fiesta al máximo le ponga tanto esmero a su aspecto.

Ada lanzó una carcajada, más fuerte esta vez.

—Ni que lo digas, pero me alegro de que alguien lo note. —Me guiñó un ojo—. Ven, vamos.

Me imaginé que, por la forma en que se vestía y se comportaba, era el tipo de persona que quería ser vista, que odiaba pasar desapercibida. Todo lo contrario a su hermana, que si bien se veía contenta, parecía preferir fundirse con la multitud.

Avanzamos entre el tumulto de personas que bailaban y se movían como si fuesen una sola. Vi que Dominik se había adelantado y conversaba con Jasper. Más atrás iban Archer y Bea. Ella no hablaba mucho, pero reía a carcajadas con lo que él le decía, sin reparos. Me imaginé que debían conocerse desde hacía bastante para que ella se abriera con él de ese modo.

Me acerqué un poco más a Ada y pregunté:

—¿Son todos ustedes del mismo curso?

—Sí. ¿Los chicos no te lo dijeron?

Negué con la cabeza, encogiéndome de hombros.

—No me dijeron mucho sobre nada.

Parecía ser que el secretismo y el misterio era cosa usual en Jasper, porque ella no se extrañó en lo más mínimo.

—Todos vamos en cuarto año. Archer y Jas estudian economía. Salimos todos juntos un par de veces, pero nos volvimos más cercanos cuando Dom se fue y Archer empezó a compartir habitación con Jasper.

—Mencionó algo sobre eso allá fuera —recordé—. ¿Y tú…?

Me interrumpió la voz estridente de Jasper: ya habíamos llegado hasta la barra y él estaba sentado muy cómodo en uno de los bancos. Eso me hizo pensar que venían seguido a este lugar.

—¿Van a tomar algo?

—Por supuesto —sonrió Ada, al mismo tiempo que Bea decía:

—No, gracias.

—¿No bebes? —le pregunté.

—Conductora designada —se excusó encogiéndose de hombros—. Siempre nos turnamos y me toca esta vez.

—¿Vienen aquí a menudo?

Ella asintió.

Había adivinado bien.

—¿Vi? —inquirió Dominik, haciendo un gesto hacia la barra.

Yo negué con la cabeza.

—Estoy bien, gracias.

Él asintió y pidió algo junto con los demás. La verdad era que ya me sentía bastante eufórica y no quise agregarle a eso el alcohol y la desinhibición.

—No te contengas por mí—me dijo Bea.

Le sonreí sin decir nada.

—¿Qué ibas a preguntarme? —Ada estaba una vez más a mi lado, y sostenía una copa ancha con un par de aceitunas. Martini, supuse.

Con todo, ya me había olvidado.

—Eeh… ¿Tú…? ¿Cómo los conociste?

—Ah, eso. Jasper y yo éramos amigos desde el colegio. Nos conocimos en el último año. No éramos *súper amigos*, pero después descubrimos que teníamos planeado ir a la misma universidad. No vino con nosotros nadie más de nuestro curso, así que supongo que fue lindo para los dos tener a alguien conocido en ese entorno tan nuevo. Ahí sí que nos volvimos unidos. A Dominik lo conocí poco después, cuando se hizo amigo de Jasper, aunque nunca fuimos… ¿cómo decirlo?

—¿Cercanos? —adiviné.

—Sí. Es decir… Salíamos, íbamos a comer con el grupo o nos juntábamos a estudiar. Fuera de eso, nada más que conversaciones casuales. Creo que él no quería acercarse demasiado a nadie.

—Se acercó a Jasper —le hice ver.

—A nadie del sexo opuesto.

—Oh.

Fue todo lo que se me ocurrió decir. No pude pensar en nada más.

—Creo que su problema era que había una chica en particular de la que no podía olvidarse. —La voz de Jasper me tomó por sorpresa.

El doble sentido y su intención eran claros. El rubor me quemó las mejillas y sentí que me ardía la cara. Por suerte, Ada habló antes de que lo notaran:

—¿¡Estabas escuchando!? —se quejó.

Por toda respuesta, él se encogió de hombros.

—No sabía que hablaran de algo privado. —Tenía un buen punto.

—No era privado —mascullé, un tanto ofuscada.

—Se conocen desde pequeños, ¿no es así?

No hizo falta que señalara a Dominik, pero miré hacia él de igual forma y lo vi hablando con Archer y Bea un poco más allá, aunque parecía en realidad que era Archer el que hablaba, porque Dom y Bea solo sonreían.

—Sí.

—Esos años que él estuvo aquí, tú te habías ido.

Miré a Jasper con curiosidad.

—¿Qué tanto te dijo? —No me molestaba que hubiesen hablado de mí, sin embargo, se me hacía extraño pensar que todos supieran más de mí que yo de ellos.

—Lo suficiente.

—Eso no es una respuesta.

Jasper rio.

—No va a decirte nada —intervino Ada, rodando los ojos como si no soportara su presencia. Tuve que contenerme para no reír—. Una especie de código de honor entre «bros» y todo eso.

No pude evitarlo. Reí tan fuerte que casi me atraganté con mi propia saliva. Se me hacía tan extraño pensar en Dominik y Jasper como «bros». Siempre fuimos solo nosotros dos, sin embargo, me gustaba conocer este lado de él y que él hubiese encontrado a estas personas. Quizá por eso también tuve que irme.

—Lo acepto —conseguí decir, sin poder dejar de reír.

Ada rio conmigo con ganas. Jasper, por su parte, se llevó la mano al pecho como si lo hubiésemos ofendido en lo más profundo, pero ambas nos dábamos cuenta de que quería reír también.

—Voy a irme antes de que sigan mancillando mi honor — farfulló. No lo creí ni por un segundo, pero asentí.

Creo que, en realidad, quería tanto como Dominik que me volviera amiga de sus amigos.

—Quiero bailar —decidí.

Ada levantó los brazos con emoción y apuró un último sorbo de su copa antes de dejarla sobre la barra.

—¡Apoyo eso!

Me tomó de la mano y me llevó hasta la pista de baile. Jamás lograría entender cómo podía saltar de esa forma con esos zapatos de muerte que llevaba, pero lo hacía, y muy bien. Sinceramente, era digno de admiración.

Apenas nos mezclamos con el resto de la gente, la canción cambió. Era una melodía que ya había escuchado en alguna parte, tal vez de pequeña, aunque no lograba hacer memoria. Empezó lento, como a propósito, y fue creciendo de a poco junto con mi sonrisa y mi anticipación. Era una canción que gritaba ser escuchada, y cuando llegó el coro lo recordé. Canté a todo pulmón, rememorando otra etapa de mi vida. Supe que no era la única, porque a mi alrededor todos cantaban con los ojos cerrados y los brazos extendidos, incluso Ada. Y bailamos.

Bailamos con la música sonando en nuestras venas y las luces rebotando en nuestra piel. Bailamos y cantamos con cada fibra de nuestro ser. Cuando la canción terminó, nosotras seguimos bailando. Otra, y otra, y otra más. Le entregué a esa pista todo lo que era.

Cuando abrí los ojos y volví a ser consciente del mundo, vi que Archer estaba cerca de nosotras, bailando con Bea y haciéndola reír y girar. Por lo visto, ellos también tenían algo especial, porque

estaban como en una burbuja en que eran solo los dos. Me alegró que ella, tímida y todo, pudiera disfrutar de la misma forma.

Cerré los ojos de nuevo, y canté y bailé y dejé de ser consciente de todo lo demás hasta que vi a Jasper aparecer detrás de Ada y hacerla girar sobre su eje para que bailara con él también. Ada rio, chillando cuando la pellizcó de la cintura, y yo también reí, *porque sí*. Parecía tan fácil olvidarse de todo y simplemente reír por el placer de hacerlo.

Entonces me volteé mirando a mi alrededor, *buscando…* pero no podía dar con Dominik. ¿Dónde demonios…?

—Violeta —dijo a mis espaldas una voz que yo conocía bien.

Sonreí para mí, para él, y me di la vuelta para envolverlo en mis brazos.

—Te estaba buscando.

—Yo venía a buscarte a ti.

Lo dijo con tanta simpleza, como si fuera lo más lógico del mundo.

Quizá lo era.

—¿Bailas conmigo? —le pregunté.

Él puso las manos sobre mi cintura y yo levanté los brazos hasta sus hombros.

—Por supuesto que bailo contigo. —Me besó una vez. Un pequeño beso en los labios que me hizo sentir que iba a derretirme ahí mismo y fundirme con el humo.

Nos movíamos como uno solo, como si pudiéramos leer los pensamientos del otro y supiéramos con exactitud qué hacer. A su lado, al lado de todos ellos, sabiendo que igual reían y disfrutaban, dándolo todo de sí…

Era difícil explicar cómo me sentí, pero para alguien que siempre estuvo preparada para ver lo peor de las personas, y para estar sola contra el mundo, fue como volver a casa. Me sentí como la Violeta que hubiese sido si no hubiese habido muerte, ni Residencia, ni nada más. Solo Dominik, sus amigos y yo.

Fuimos los chicos que deberíamos haber sido. Con todos y cada uno de nuestros defectos e imperfecciones. Fuimos *reales*.

Estuvimos bailando alrededor de cuatro horas sin parar excepto un par de veces para buscar agua o ir al baño. Estaba tan envuelta en toda esa euforia que apenas sentía mi cuerpo. Era como si flotara sobre el humo y las luces y todo lo demás hubiese desaparecido.

A eso de las cuatro de la mañana, cuando ya no podíamos mantenernos en pie un segundo más, decidimos irnos. Sin embargo, era como si la fiesta y el sentimiento y la música nos hubiesen seguido.

En cuanto salimos nos dimos cuenta de que afuera se desataba una lluvia torrencial y tibia. Dudamos, reímos… y nos aventuramos corriendo hacia el temporal. Bea trató de taparse con su chaqueta, pero ni así. Entre la carrera hasta el auto y la risa, me quedé sin aliento. Subimos y nos refugiamos de la lluvia, todos con la respiración a tope y el corazón palpitando con furia. Durante varios segundos lo único que se escuchó fue nuestra risa, hasta que Bea encendió el motor y prendió la radio.

El auto tenía tres hileras de asientos: Archer iba junto con Bea, de copiloto. Ada y Jasper iban detrás de Dominik y de mí, en la última fila.

—Súbele a la música —le dijo Ada a su hermana.

Vi que Bea le sonreía por el espejo retrovisor y hacía lo que le pedía. Una vez más la melodía nos envolvió. Sonaba espectacular, cerca de cada uno de nosotros, y había algo en

aquella canción, algo que me hacía sentir una extraña mezcla de adrenalina y también nostalgia.

No sabía a dónde íbamos, si íbamos de vuelta a la casa de Jasper o a la de alguno de los demás, o si iríamos todos o nos dejarían en el camino, pero decidí que no me importaba, así que no pregunté y disfruté del motor zumbando bajo mi cuerpo. Era casi como sentir la vibración de la música adentro mío.

En el asiento de atrás, Ada cantaba y se movía como si siguiera en la pista de baile; no tardé en hacer lo mismo. Me sentía demasiado despierta para quedarme quieta, quizá más que en toda mi vida.

Vi por el cristal cómo las gotas de lluvia caían y se deslizaban como lágrimas. Lágrimas de tristeza o de felicidad, no lo sabía, mas quise creer lo último. En un impulso, sonriendo como una niña, le dije a Bea que subiera la música todavía más y abrí la ventanilla. Observé a Ada, quien me lanzó una mirada cómplice: sabía lo que iba a hacer y, en vez de detenerme, lo hizo conmigo. Abrió su ventanilla al máximo, dejando que el viento y el frío entraran en el auto.

Todos los demás nos observaban con locura, riendo, cantando.

Ambas asentimos a la vez, sacando la mitad del cuerpo por la ventana. Por un momento pensé que Dominik iba a enlo-

quecer o a decirme que bajara de ahí; no hizo ninguna de esas cosas. Me dejó ser, me dejó vivir y me dejó disfrutar. Solo sentí sus manos en mis piernas, manteniéndome segura, apretando como si deseara atravesarme, embriagándome todavía más.

El viento y la velocidad me revolvieron el cabello. A mi lado, Ada gritaba emocionada, riendo a todo pulmón. Vi que tenía la cabeza hacia el cielo y los ojos cerrados, recibiendo la lluvia como si fuera su mejor amiga. En ese minuto lo comprendí: éramos solo nosotras y la noche, la lluvia y la ciudad.

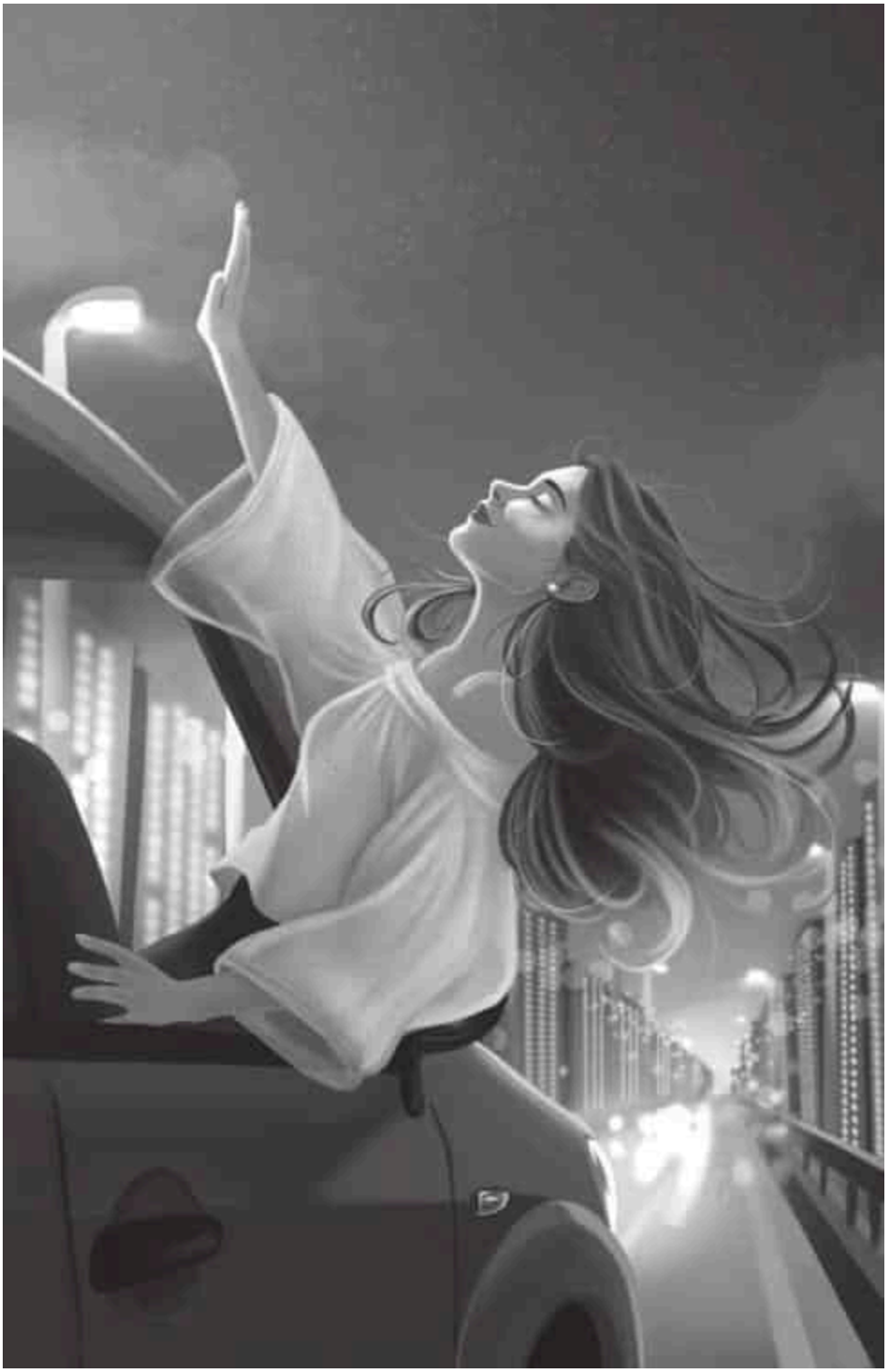
No le importó que el maquillaje se le arruinara ni que los rizos se le bajaran, sino que dejó que todas sus preocupaciones y sus reparos se fueran con el viento.

Decidí que yo quería hacer lo mismo. Y grité. Ni siquiera me pregunté qué deberían estar pensando las personas que nos miraban.

Euforia. Pura y completa euforia fue lo que me recorrió el cuerpo. Lo sentía en mis venas, en mi piel y en cada músculo de mi cuerpo, y este la recibió como una vieja amiga, con gusto. Todos mis poros y mis nervios se encendieron, vibrantes, con ganas de más de ese sentimiento que me hacía reír sin razón y sacar el cuerpo por la ventanilla para sentir la lluvia a toda velocidad.

Quizá esto era ser feliz: poder disfrutar de los momentos más simples como ir en un auto con amigos, o notar caer la lluvia fría sobre la piel caliente y, en vez de estremecerse, sonreír. Quizá la felicidad no era que la vida fuese perfecta, sino ver lo perfecto en cada instante y vivirlo al máximo, tanto lo bueno como lo malo. Llorar las lágrimas con mayor ímpetu y reír con más fuerza, para que todos lo escucharan. Sentir la brisa en la cara y dejar que me revolviera el pelo sin preocuparme. Quizá la felicidad era que no me importara si la gente en la carretera me veía como una loca, porque los de adentro, los que estaban conmigo, me celebraban, reían y gritaban junto a mí.

Por mí.





CAPÍTULO 22

Inquebrantable

«Love Me Like You Do» – Ellie Goulding

Violeta

Nunca olvidaría el tiempo que pasamos en Los Ángeles, lo feliz y libre que me sentí, como si estuviera fuera de mi propia piel y fuese etérea, sencilla. Un espíritu disfrutando del mundo sin que nadie lo viera.

El día antes del cumpleaños de Jasper nos subimos al auto de Bea y emprendimos un viaje de cinco horas al parque nacional Joshua Tree, en donde nos quedaríamos hasta el lunes por la mañana. Yo jamás había estado ahí, pero lo había visto en fotografías y lo encontraba precioso. Moría por verlo en persona, y me pareció una idea excelente, así que acepté en cuanto lo propusieron.

Fue la mejor ocurrencia que podríamos haber tenido. Qué hermoso era el lugar, y cuánta tranquilidad había. Era como estar solos en el mundo, aislados de todo en la pequeña cabaña que arrendamos por el fin de semana. Además, Jasper se había asegurado de que hubiese una piscina. Para pasar su cumpleaños en el agua, había dicho.

Cuando llegamos salimos a cenar, y ya no hicimos mucho más, porque fueron unas cinco horas de viaje muy largas. Al día siguiente por la mañana fuimos a comprar provisiones para abastecer la nevera y la parrilla que encendimos en el patio a la hora de almuerzo. Comimos sin siquiera sentarnos, danzando y riendo por el lugar. Después de eso no entramos: permanecimos fuera mientras

oscurecía, jugando cartas, arreglando cocteles —mi especialidad— o simplemente conversando. Pronto las luces moradas de la piscina se encendieron, el vapor salía del agua tibia y pensamos, en conjunto, que hacer una fogata y asar malvaviscos sería el toque de gracia.

Me encontré a Archer cerca de la mesa de la terraza. Habían conectado el teléfono de alguien —no sabía de quién— a los parlantes y una suave música nos envolvía.

Dominik andaba cerca junto con Jasper, sin embargo, desaparecieron un momento cuando fueron a buscar leña para armar la fogata. Archer y yo nos quedamos solos apoyados contra el mueble mientras que los demás se las ingeniaban. Eso del fuego no se me daba, ni siquiera para prender la chimenea, y supuse que a Archer tampoco, pues ambos decidimos quedarnos atrás. Observamos desde la distancia y reíamos con disimulo —o eso intentábamos— cuando a Ada se le caían los troncos y Jasper se burlaba, o cuando Bea no conseguía encontrar los fósforos y nadie quería decirle que los tenía en el bolsillo.

Seguí la mirada de Archer hasta ella y pregunté:

—¿Cómo se conocieron?

Él sonrió, evocando los recuerdos.

—Fue en primer año de universidad. De hecho, es una historia graciosa… Bien: ella estudia antropología, no sé si te lo dijo. La verdad es una ciencia que jamás voy a lograr entender. La cosa es que un día, ese primer año, nos encontramos en la biblioteca, y estábamos buscando el mismo libro. No hubiese sido la gran cosa, pero quedaba solo un ejemplar. Era un volumen sobre las expresiones culturales de la humanidad a lo largo de la historia. Entramos en una gran discusión sobre quién lo necesitaba más, y

ella ganó, por supuesto. La tenía loca, no lograba comprender por qué demonios un estudiante de economía necesitaría un libro sobre… eso.

—¿Y por qué lo querías?

—Estaba aburrido —dijo, encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio y lógico—. Hemos sido amigos desde entonces.

—¿Solo amigos? —No pude evitar preguntar. Cuando Archer arqueó una ceja, traté de explicarme—. Yo pensé que… que ustedes dos…

—Oh, no. Nada de eso.

—¿Jamás? —Sabía de primera mano lo difícil que podía ser a veces que la amistad quedase en *solo* amistad.

—Hubo un momento en que ella me gustaba. Así que claro, lo pensé… Pero no.

—¿Por qué? —dije antes de poder contenerme. *Tonta*, pensé—. ¡Lo siento! Qué tonta, de verdad. No tienes que responderme si no…

—Porque creo que tú serías más su tipo. —Lo dijo con facilidad, sin tapujos, pero yo vi la tristeza en sus ojos.

Oh.

—Debe doler. Incluso si no es culpa de nadie, si no es algo tuyo… Debe doler no poder ser correspondido.

—Dolía, sí. Y mucho. No es como que simplemente pudiera dejar de quererla de la forma en que lo hacía al enterarme de que le gustaban las chicas, pero ya… Ya lo acepté. Al final, es todo lo que puedo hacer, aceptarlo y esperar que ambos seamos felices. Sea como sea, siempre estaré ahí, siempre seremos amigos, y ya no pienso en ella de esa forma. Fue hace bastante tiempo.

No supe qué decir. Tenía razón y no había nada que yo pudiese agregar. Nos quedamos callados en un silencio tranquilo, interrumpido por las risas de los demás y también por una nueva melodía que empezaba a sonar en el parlante. De silencio no había nada, mas era como si estuviese en mi propia burbuja y todos los sonidos me llegaran como adormecidos. No reconocí la canción al principio, no estaba prestando atención, pero de pronto me di cuenta de cuál era, y supe que el teléfono desde el que se reproducía sería el de Dominik, porque a veces yo agregaba música como esa y él la dejaba para hacerme feliz.

—Cómo amo esta canción —murmuré después de un rato—. Creo que es mi favorita. Podría escucharla mil veces y no aburrirme.

—¿Por qué?

—No lo sé, tiene algo especial. La letra es tan… Es muy bella.

—Nunca la he escuchado bien —confesó—. Siento que es una canción triste.

—No es triste, es… nostálgica. Una mezcla de tristeza y felicidad. Pena o anhelo por los recuerdos felices del pasado.

—¿De qué trata?

—Habla de un amor de la infancia, un amor puro e inocente que se dio cuando ambos eran niños y ni siquiera sabían qué era lo que sentían.

—¿Siguen juntos? —quiso saber.

—No, pero él siempre recuerda ese amor como lo más lindo que ha sentido.

—¿Y eso no es triste?

Lo pensé un momento.

—Depende de cómo lo mires. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo? —Lo observé con una sonrisa avergonzada.

—Sí, tiene todo el sentido del mundo. —Suspiró—. Es triste si piensas que no se quedaron juntos, pero no lo es si te das cuenta de que, en realidad, no estaban destinados a estarlo. —Asentí, pero él no me vio. Tenía la mirada puesta en la chica que había amado como a algo más que a una amiga y que no había podido corresponderle—. Creo que a estas alturas ya he aprendido que…

—¿Qué? —lo animé. Necesitaba saber qué era lo que iba a decir.

—Que hay amores hermosos y puros, como el de la canción, que no están destinados a ser, pero que tenían que pasar. Hay amores que solo están destinados a perderse y a enseñarte algo, a quedarte con algo lindo, con algo aprendido incluso si después ese amor muere. Quizá es solo para enseñarte que ese amor sí existe, y que tienes que creer en él y esperar a que llegue el indicado.

Sentí un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Me había tocado en lo más profundo de mi ser. Era cierto. Yo misma lo sabía; había amado mucho a lo largo de mi vida, muy profundo, y lo había perdido, pero me había dado algo que esperar, algo en lo que creer.



La última noche que estuvimos en Joshua Tree fue inolvidable, y pasó envuelta como en una burbuja atemporal en donde nada se movía, nada cambiaba. Sabía que tarde o temprano tendríamos que volver —no solo a Los Ángeles, sino también a Nueva York, a nuestra realidad—, y no quería. Me hubiese quedado ahí, *así*, para siempre.

Llegamos a la cabaña esa tarde luego de haber pasado todo el día fuera, recorriendo el desierto y las montañas. Íbamos con tanta emoción y adrenalina que cuando estuvimos sin nada que hacer nos dimos cuenta de que no podíamos quedarnos quietos. Prendimos una fogata, como veníamos haciendo casi todas las noches, y de la nada, sin saber cómo, terminé metida en la piscina con ropa y todo. Chillé al caer a la deriva. Mala idea, porque el agua me entró por la boca al sumergirme. No sé quién fue el que me empujó. No fue Dominik, de eso estaba segura, pero seguía teniendo varias opciones y todos ellos me miraban desde la orilla desbordándose de risa. Hice lo más lógico: me desquité con todos.

Jugamos y reímos durante horas, tirándonos agua como niños pequeños. Estaba tibia, pero de igual modo Bea salió tiritando y fue a sentarse junto a Dom al lado del fuego. Yo no quería hacer tal cosa, estaba demasiado entretenida, así que me quedé por un par de horas más.

Ya era de noche cuando salimos de la piscina estilando agua por todas partes. Apenas el aire nos golpeó sentí el frío meterse en mi cuerpo como cuchillos, sin piedad. No quería irme. No quería dormir, tampoco, pero la verdad es que estaba congelada y, si también lo admitía, me sentía bastante exhausta. Creo que en esos días había tenido tanta adrenalina recorriéndome que no me di cuenta de nada más, ni siquiera de la energía que había estado gastando.

—Estás tiritando —dijo Dominik, envolviéndome en una toalla.

Él estaba completamente seco y tenía la piel caliente por haber estado sentado junto al fuego.

—¿En serio? No me digas, ¡no tenía idea!

Mi sarcasmo se vio opacado por los dientes que me castañeaban. Él sonrió.

—Vamos a hacerte entrar en calor —me susurró al oído.

Un escalofrío me recorrió por completo y no tenía nada que ver con el frío.

—No sé por qué siento que tienes una idea distinta a la mía en mente.

—Depende.

Me guio hasta el interior de la cabaña. Entramos en silencio, porque era tarde y supusimos que Bea ya estaría durmiendo. Fue la primera en retirarse, seguida por Jasper. Ada y Archer permanecieron afuera un rato más.

Llegamos a la habitación y él cerró la puerta tras nosotros con mucha delicadeza e intención… Supe la expresión que iba a encontrar en su rostro antes de darme la vuelta.

—Déjame ayudarte con eso. —Señaló la toalla con la que trataba de secarme el pelo—. Aunque creo que tendrías que sacarte la ropa mojada.

—Y déjame adivinar: quieres ayudarme con eso también.

—Siempre que tú quieras.

Sonreí.

—Sabes que sí —susurré antes de juntar nuestros labios.

Me olvidé de la toalla, del frío y de que mi cuerpo estilaba agua por todas partes. Me concentré en ese beso que nos unía, en sus manos sobre mi cintura y en el calor de su piel que se me pegaba como un imán. Cada movimiento de sus labios, de su lengua contra la mía, me volvía loca, y me enviaba ondas de calor que me encendían y me electrizaban al mismo tiempo.

Tiró de la camiseta mojada por sobre mi cabeza. No supe dónde cayó, solo me di cuenta de que, de pronto, sentí sus brazos desnudos contra mi cintura. Un cosquilleo me invadió el estómago. Notaba el corazón acelerado, y no solo el mío, sino que los latidos de Dominik me llegaban a través de cada parte en la que me tocaba, el pulso martillando contra su piel.

Suspiró contra mi boca, y solo se separó de ella cuando sentimos un ruido en la entrada y unas risas en el pasillo, a lo lejos. Ada y Archer debían haberse aburrido de estar afuera.

—¿Cerraste la puerta? —susurré. Él asintió—. Bien.

Su camiseta fue lo siguiente en desaparecer, luego mis pantalones, y los suyos. Sacarse la ropa mojada era una tarea en sí, porque se me quedaba pegada a la piel y eso lo hacía tan lento… Quizá era bueno, quizá era malo. Yo solo quería que dejara de estar ahí para poder sentirlo contra mí de una vez. En algún momento mi espalda chocó con la cama, amortiguada por sus brazos, y en menos de un parpadeo Dominik estaba sobre mí, besándome con anhelo.

Sonreí contra su boca, suspiré sobre sus labios. Era extremadamente difícil, si es que no imposible, describir lo mucho que lo amaba. Ponerle un rango le quitaría magnitud; solo estaba segura de que nunca me había sentido así, tan en sintonía con alguien que ni siquiera tenía que hablar para que supiera lo que quería, lo que deseaba, y era muy consciente de que era recíproco, como si nuestros pechos se abrieran y dejaran los corazones expuestos, palpitando el uno por el otro.

De pronto sentí sus dedos deslizarse por mi abdomen en una caricia infernal, hasta que llegaron a la humedad entre mis piernas y los introdujo despacio. Me fue imposible contener el jadeo que salió

de mi boca. Empezó a moverlos dentro de mí con destreza y con agilidad, trazando círculos en mi interior, hasta que sus labios descendieron por mi cuerpo. No se detuvo cuando llegó a mi pecho: siguió bajando, lento, por mi estómago y mis piernas. La expectación iba a matarme.

Entonces su lengua rozó el lugar que yo más deseaba, y lo tuve ahí, con la cabeza entre mis piernas durante lo que se sintió a la vez un segundo y una eternidad. El placer explotó como una bomba dentro de mi cuerpo apenas me rozó. No pude evitarlo, me retorcí como una condenada, tratando de acercarme más, pero su agarre era fuerte en mi cadera y no pude moverme.

Se movía lento, demasiado lento; cada vez que sentía la adrenalina y el placer recorrer mi cuerpo su lengua se detenía, sacándome gemidos, sin dejarme acabar.

Mi cuerpo era prisionero de sus manos y de su boca.

La oscuridad de la noche nos envolvía, y si bien la puerta estaba cerrada, dudaba que las paredes fueran lo suficientemente gruesas como para ocultar el hecho de que lo único que rompía el silencio eran mis gemidos.

—Dominik —musité apenas. No se movió, no hizo ningún gesto que me demostrara que me estaba escuchando, pero tenía que saberlo—. Va a oírnos toda la casa...

Él apenas se detuvo, y levantó la cabeza solo para mirarme a los ojos y que yo viera la sonrisa maquiavélica en su rostro.

—Déjalos. —Habló con la voz ronca, cargada de deseo. No le importaba, y eso solo logró excitarme más—. Van a desear ser tú cuando te escuchen.

Dios, ¿en qué me había metido? Con cada palabra me llevaba más cerca del borde, no podía ni pensar. Traté de contenerme retorciendo las sábanas finas entre mis dedos.

Por instinto lo agarré del pelo y apreté con fuerza, rogándole al mismo tiempo que fuera más rápido o que se detuviera, no estaba segura. Pude jurar que sonreía, aunque su lengua no paró. Sus dedos salieron de mi interior con rapidez y en un solo movimiento me tomó la mano que tenía en su cabeza y la aprisionó contra la cama. Entre eso y la que sostenía mi cadera, me había inmovilizado.

Me separó más las piernas y movió la lengua más, más y más rápido. Gemí con fuerza, una y otra vez, y temblé entre sus manos con la cabeza hacia atrás y el cuerpo arqueado de placer.

—Mierda, dámelo —gruñó.

Yo jadeé.

—¿Qué?

—Que termines.

Mi cuerpo acató su orden. Lo sentí: una sensación devastadora que, una vez que estuvo ahí, ya no podía pararla. Creció y creció hasta que todo estalló, dentro, fuera de mí. En todas partes. Y cuando sucedió no fui yo la que subió al cielo, sino que fue él quien trajo el cielo hasta mí.

Apreté las piernas con fuerza aferrándome a ese roce, porque si bien el alivio llegó, seguía excitada. Me recorrió por completo. Me estremecí una, dos, tres veces, y grité. No pude contenerlo, aunque a esas alturas ya me había olvidado de que no éramos los únicos que estábamos ahí. Ahora tampoco me importaba.

Cuando dejé de temblar, Dominik volvió a mover la lengua sobre mí. *Mierda*, fue lo único que pude pensar, porque estaba tan sensible

y no le llevó más de unos segundos hacerme terminar y volver a gritar su nombre.

Dominik se incorporó y se puso a mi altura. Cada parte de su cuerpo rozaba el mío con tanta suavidad que sentí que me encendía de nuevo como un maldito árbol de Navidad. Me estiré para besarlo con ansiedad, con demasiado deseo contenido. Ya no había ataduras entre nosotros. No había culpa, no había nada que nos detuviera, porque todas las dudas del pasado se habían esfumado con la seguridad de que esto era lo que debíamos ser.

Llegaba un punto en que ya no podía separarme de él, y mi cuerpo y mi alma no podían distinguir el deseo del cariño, lo que era lujuria y lo que era amor: a estas alturas eran lo mismo. Ambos eran provocados por él y lo sentía con una fuerza demoledora cada vez que lo veía.

En un segundo estuvo dentro de mí, suspirando, jadeando, llenándome de besos y de placer. Creí que iba a explotar de todas las emociones que me hacía sentir.

En ese minuto me golpeó con tanta claridad lo que éramos el uno para el otro, lo que siempre estuvimos destinados a ser, lo que fuimos desde el principio. Y supe, con toda certeza, que nuestro vínculo era eterno e inquebrantable.



CAPÍTULO 23

Vuelve el invierno

«If I Could Fly» – One Direction

Violeta

Pospusimos el viaje de vuelta a casa una vez, dándonos cuenta de que estábamos demasiado atrapados en nuestro propio universo como para volver a la realidad de manera tan brusca. En Los Ángeles todo era colores y risas y sol, incluso en invierno. Durante todas las noches las estrellas brillaron alto en el cielo, y Dominik dejaba la cortina de nuestra habitación abierta para que yo las pudiera ver antes de dormir. Aunque amaba ver las estrellas de verdad, extrañaba con ganas las luces que él había puesto en mi ventana.

Decidimos quedarnos una semana más. Catorce días en vez de siete. Nos pareció bien, lo justo. Ni poco ni demasiado. Esa semana extra la aprovechamos al máximo; como tiempo comprado. Fuimos muchos días a la playa, y cuando hacía frío nos dedicamos a recorrer la ciudad en auto o caminando, admirando todo tal como lo hicimos el primer día. A veces él y yo nos íbamos por nuestra cuenta como dos adolescentes enamorados que ya no éramos. Adolescentes, digo, porque enamorados…

A veces creía que ni siquiera mi cuerpo era lo suficientemente grande como para contener lo que sentía por él. Era tratar de meter un océano en una piscina, o en un vaso de agua. Y con los días, con el tiempo que pasábamos juntos, no hacía más que crecer. Habíamos sido amigos toda la vida, compañeros, un equipo, pero

jamás fuimos pareja. No me había dado cuenta de lo mucho que me faltaba esa parte de él hasta que la tuve conmigo. Era lo que estábamos destinados a ser.

Pospusimos el viaje una segunda vez, quedándonos ya dos semanas más de lo planeado. Nadie puso objeciones, ni siquiera a mí en el trabajo, cosa que me sorprendió por más que prometí que no descansaría hasta fin de año para compensarlo.

Por las tardes íbamos a comer todos juntos, y en ocasiones pedíamos la comida para llevar y hacíamos una fogata en el jardín de la cabaña de Jasper. Su casa era nuestra base de operaciones. Jamás me había sentido tan perteneciente a un lugar como en ese momento, rodeada de personas que me entendían y que reían junto a mí y junto a Dominik. Lo pasamos tan bien que estuvimos a punto de posponer el viaje una tercera vez... Solo tres días; no sería demasiado. Había que aprovechar.

La idea flotaba entre nosotros con miradas de complicidad y risillas que sonaban cuando nadie se atrevía a decir lo que en verdad estaba pensando. No nos decían directamente que lo hiciéramos porque nadie quería imponerlo. No es que hubiese sido demasiada imposición, tampoco, porque Dominik y yo teníamos claro que eso era lo que queríamos. Y lo hubiéramos hecho, de no ser por los acontecimientos que se precipitaron un día antes de nuestro vuelo.

Dominik y Jasper acababan de volver de comprar comida: eran ellos los encargados de abastecernos.

Ada y Bea estaban enfrascadas en una partida de ajedrez. No podía decir que se me hacía lo más apasionante, pero se veían tan concentradas en ello que me hacían sonreír cada vez que miraba sus

ceños fruncidos mientras pensaban su siguiente movimiento. Archer estaba quién sabía dónde, mientras que yo leía en el sillón.

Estaba tan metida en esta nueva historia que tomaba el libro siempre que podía, aunque cada vez que lo hacía tenía que ponerme los malditos lentes y a veces me olvidaba. Los marcos dorados apenas visibles descansaban sobre mi rostro, sin embargo, el dolor de cabeza estaba empezando a crecer de nuevo en medio de mi frente, justo entre las cejas. Pensé con horror que quizá necesitaría una nueva prescripción para ajustar los cristales.

En fin; estaba en el sillón con las piernas estiradas, recostada entre los cojines, concentrada leyendo un libro en que la mitad de los personajes moría antes del primer capítulo, cuando Dominik y Jasper abrieron la puerta de entrada cargados de bolsas llenas a rebosar. Supuse que ya habían asumido que nos quedaríamos otra semana entera, porque compraron demasiado para solo tres días. Ni siquiera entre los seis comíamos tanto en tan poco. Mi mirada se desplazó hasta él y nuestros ojos se encontraron.

Sonreímos al mismo tiempo.

Apenas Dom dejó la bolsa sobre la mesa se dirigió hasta donde estaba y me dio un beso en el pelo.

—¿Cómo estás? —Señalé el libro con elocuencia—. Bien, entonces.

—No puedo dejar de leer —admití. Él sonrió: se estaba acostumbrando a esta nueva faceta de mi personalidad—. ¿Les fue bien?

Asintió, dándome otro beso antes de irse a ayudar a Jasper a sacar las cosas y ponerlas en su lugar. Yo los observé con interés quejarse de la cantidad de gente que había en el supermercado, de la fila, del calor y de la falta de aire acondicionado. *Hombres*, pensé.

—Estaba pensando que hoy deberíamos tomar ventaja del sol y recorrer la ciudad —propuso Jasper mientras ordenaba las compras sobre la mesa.

Yo, que estaba en el sillón todavía, me levanté y caminé hasta la cocina.

—¿En serio? Porque yo creo que d… —Me detuve como si me hubiese caído un balde de agua fría por la espalda. Una sensación de pesadez se asentó en mi cabeza y me bajó en forma de escalofrío. Traté de continuar— … que deberíamos…

No pude.

—¿Violeta? —El tono alarmado de Dominik me alertó.

Se acercó a mí, extendiendo las manos como si temiera que fuese a perder el equilibrio.

—Estoy bien —me apresuré a decirle. No quería que se preocupara por tonterías.

—¿Segura?

—Sí, sí. Me paré muy rápido.

Lo descarté con un gesto de la mano: no podía explicarle, pues ni yo sabía bien qué me había pasado. En un minuto un sudor frío me cubrió y mi cuerpo tembló desde adentro. Al siguiente, estaba como si nada.

—Bueno… —No sonaba convencido, mas pude ver que quería creerme. Yo también quería creerme—. ¿Qué ibas a decir?

—Oh. —Me reí—. Que yo pienso que deberíamos aprovechar al máximo el día en la playa. Digo, no me parece mala idea lo de la ciudad, pero la ciudad podemos recorrerla también cuando hace frío, en cambio la playa no.

—Secundo eso —aprobó Bea.

—Yo también —dijo Ada.

—No puedes secundar algo por segunda vez. —Ada miró a su hermana como si fuese la persona más odiosa del universo. Bea alzó las manos—. ¡Es verdad!

Ada empezó a quejarse.

—¡Violeta…! —Pero yo no respondí.

Lo último que escuché fue el grito de Dominik antes de caer al suelo y que todo se desvaneciera en la negrura.



Odiaba los hospitales. Tenía seis años cuando me ingresaron en uno por apendicitis con el dolor más horrible que había sentido en mi corta vida, como si se me estuvieran saliendo las entrañas. Desde ahí nunca me gustaron, sin embargo, terminé por *odiarlos* cuando me fui dando cuenta de que mis viajes a ellos solo se asociaban a cosas malas. La muerte de mis padres, en donde me sedaron por horas; mi salida de la Residencia, en donde me trataron por varias enfermedades y malnutrición; la puñalada… Esa era la joya de la corona. Y ahora, casi un año después, volvía a despertar oliendo cantidades ridículas de antiséptico y escuchando el pitido del monitor.

Abrí los ojos apenas, esforzándome por despertar de mi letargo, cuando las paredes blancas se me antojaron como las de una morgue.

Tengo hambre, fue lo primero que pensé. Lo segundo, fue que me dolía todo el cuerpo, probablemente por estar inmóvil en esa camilla del demonio. Lo tercero que pensé fue *Dominik*.

Tenía que despertar. De solo pensar en la preocupación que debía estar sintiendo espabilé por completo y me erguí en la cama como una posesa buscándolo. No tuve que esforzarme demasiado porque, como siempre, estaba justo a mi lado.

—Vi —susurró con urgencia poniéndose de pie y abrazándome como si no me hubiera visto en años—. Estás bien. Estamos en el hospital.

—Lo sé —conseguí decir mientras sus brazos me estrujaban—. Dominik… —susurré—. Me estás aplastando.

La presión cedió, aunque sus brazos siguieron sobre mí. Lo abracé de vuelta, enterrando la cara entre su pecho y su ropa, y absorbí su aroma.

—Lo siento —murmuró avergonzado—. Es que me preocupé mucho.

—¿Saben qué pasó?

—Estás muy deshidratada —me informó. Me hundí todavía más—. Te han tenido con suero las últimas horas. ¿Cuántas veces te he dicho que tomes agua, Vi? —Incluso sin mirarlo, sentí que me ruboricé. Aparté la cara de su pecho para verlo a los ojos, avergonzada—. Y te hicieron exámenes para revisar tu cabeza. Te golpeaste muy fuerte al caer. —Ah, con razón sentía como si me hubiesen dado con un martillo—. Me asustaste mucho, no alcancé a llegar y tomarte antes de que cayeras. Quieren asegurarse de que no tengas una contusión. Hay que esperar que vuelva el médico y luego podremos irnos a casa.

Asentí. Sí, era hora de ir a casa.



Al final no volvimos a posponer el viaje. Al día siguiente, Dominik y yo nos encontrábamos en el avión de vuelta a Nueva York, tal como planeamos. Me pasé las cinco horas que duró el vuelo durmiendo. Tenía un persistente dolor de cabeza que no quería dejarme en paz, y yo estaba empezando a creer que era Dominik con su constante «¿Ya tomaste agua hoy?». «Te va a seguir doliendo la cabeza si no tomas agua.» «Tres litros diarios como mínimo, órdenes del doctor.» Yo *odiaba* el agua.

No sabía qué era peor, si eso o los lentes. Ambas cosas solo conseguían que estuviera molesta e irritada todo el día. Encontraba una falta de respeto que mi cuerpo fuera tan desgraciado conmigo, y yo que hacía todo por cuidarlo. *Menos beber agua*; casi escuché la voz de Dom en mi cabeza.

Le hice una mueca.

Pensé que me sentiría extraña al volver a casa, con nostalgia del viaje, mas no fue así. Me sentí feliz de estar de vuelta en mi hogar.

El mismo día que llegamos, luego de desempacar, fui al orfanato. No me hacía falta comprobarlo, pero me alegré de que estuviera todo bien, de que los niños estuviesen contentos, dentro de las circunstancias. Por otro lado, las vacaciones de mi trabajo en el bar llegaron pronto a su fin y volví a trabajar.

Alrededor de dos semanas luego de nuestra llegada, Dominik me acompañó a la consulta del médico. El día que estuvimos en Los Ángeles, me informó, me tomaron muchas muestras y exámenes para asegurarse de que solo fuera deshidratación la causa de mi dolor de cabeza y mi desmayo, y también para ver si es que eso no había causado algún tipo de déficit de… algo, sobre todo, dada mi historia de malnutrición en la infancia.

La verdad es que no presté mucha atención cuando me lo dijo. Solía dejar de escuchar cuando las cosas se volvían demasiado técnicas; confiaba en que él se acordaría de todo: estaba más pendiente de mí que yo. Se suponía que estaría todo listo la semana pasada, pero por algún motivo se demoró.

Los resultados de los exámenes no iban a estar antes de que nos fuéramos, así que el doctor que me atendió allá se comunicó con uno de aquí para poder enviarlos y hacer el seguimiento. Me pareció bien, por lo que no puse objeción. Solo quería que me dieran una vitamina o algo así, y terminar con todo esto para que Dominik dejara de molestarme con lo del agua.

Fuimos a otra clínica, también blanca y llena de ese horrible olor a limpio. *Yo no siento nada*, me decía Dominik. Supuse que era solo yo, que a veces exageraba.

Dominik me apretó la mano.

—Voy a preguntarle a la recepcionista, ¿vale? —Asentí—. Ahora vuelvo.

Se alejó con paso decidido, determinado. Me gustaba eso de él, porque siempre parecía que sabía exactamente a dónde iba y qué estaba haciendo, como si tuviese su vida resuelta incluso cuando no. Me gustaba porque sentía que me contenía y nos complementábamos a la perfección.

No me acerqué más, por lo que no pude oír lo que la mujer le decía. Lo vi hacer señas y sonreír con amabilidad. En mi mente sonó perfecto el «muchas gracias» que dijo antes de volver con la sonrisa todavía en la cara y plantarse frente a mí.

Así, tan simple y feliz, no pude no sonreírle de vuelta.

—Es en el segundo piso —me informó—. La consulta del doctor Hernández.

Asentí, tomándolo de la mano una vez más y juntos fuimos hasta la escalera. Subimos lento, porque él sabía que yo odiaba todo lo que conllevara esfuerzo físico. Por mí hubiese usado el elevador, pero él siempre insistía en hacer ejercicio y yo no me veía capaz de decirle que no.

Llegamos a un pasillo poco transitado. Blanco, por supuesto, con puertas a ambos lados y placas de vidrio con nombres en ellas. Buscamos la del doctor en cuestión y pasamos. Dentro nos recibió un escritorio pulcro, exageradamente vacío. Entendía que todo tuviese que estar ordenado, y me gustaba el orden, pero odiaba la sensación de estar en un lugar tan ajeno a mí.

La secretaria nos recibió muy amable, y nos indicó que pasáramos a la consulta y esperáramos al médico, quien vendría con los exámenes en unos minutos. Al parecer, estaba terminando su descanso. Dominik y yo no tuvimos problema en esperar.

No hablamos demasiado mientras hacíamos tiempo, solo un par de cosas para pasar el rato. Sin embargo, todo empezó a ponerse raro cuando llegó una enfermera para confirmar mis datos y antecedentes unos quince minutos después. Dominik me miró extrañado, aunque yo no tenía más respuesta que darle salvo encogerme de hombros; sabía lo mismo que él. De ahí en adelante, mi ansiedad no hizo más que crecer.

¿Por qué se estaban tardando tanto?

Me repetí que todo estaba bien, que estaban retrasados y ya. Miré a Dominik y él me sonrió. Sí, todo estaba bien.

Casi conté los segundos que pasaron hasta que —¡al fin! — se abrió la puerta y entró un hombre de unos cincuenta, de cabello negro y rasgos latinos. El doctor Hernández, supuse.

—¿Señorita Cortana? —me preguntó. Yo asentí y acepté la mano que él me extendía—. Mucho gusto, soy el doctor Hernández.

Cuando el hombre se dirigió a Dominik, él dio un paso adelante y le extendió la mano también.

—Dominik Benedict —se presentó.

—Mucho gusto —repitió el hombre.

No supe si era idea mía, pero me pareció que se veía tenso.

Quizá me estaba imaginando cosas.

El doctor caminó hasta sentarse en su escritorio. Ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba una gran carpeta entre las manos. Mis exámenes, supuse.

—Señorita Cortana —comenzó, abriendo la carpeta—. Tengo entendido que en Los Ángeles le realizaron varios exámenes debido a su desmayo, ¿es correcto?

Asentí.

—Sí. Exámenes de sangre para ver mis niveles de vitaminas, calcio y tal, y también un escáner. Me dijeron que me golpeé la cabeza al caer, yo no me acuerdo.

Él no habló. Asintió apenas y nada más. Se dedicó a terminar de sacar los papeles de la carpeta con los labios apretados en una línea muy fina. Fue menos de un minuto de silencio, no obstante, en esos segundos un horrible presentimiento se instaló en mi interior, como un vacío en el fondo de mi estómago que subía hasta mi garganta.

Tranquila, me dije. *Estás paranoica*.

Restregué las manos con nerviosismo por la tela de mis pantalones, tratando de que no se notara tanto. Iban a decirme que había salido todo normal. Iban a confirmarme lo que ya nos habían dicho, recetarme algo, tal vez, y luego podría irme a casa. Dominik se reiría de mí por haberme asustado tanto.

—Los exámenes volvieron de Los Ángeles hace una semana, pero teníamos que comprobar…

—¿Comprobar qué? —Las palabras salieron de mi boca sin permiso.

Me contuve de voltearme a ver a Dominik, que se estaba dando cuenta de mi inquietud y me miraba con una mezcla de preocupación y ansiedad. No supe si era mejor o peor que él también se estuviese sintiendo de esa forma; no sabía si me tranquilizaba o me alteraba todavía más.

—Quisimos estar seguros antes de… —Se interrumpió al escuchar un par de golpes suaves en la puerta.

Yo quise gritar cuando se levantó a abrir, dejándonos a ambos con la boca abierta. Aunque hubiera podido, no tuve tiempo de expresar mi desconcierto, porque otro hombre, un poco más joven, entró en la consulta.

Se saludaron con tanto ánimo como en un funeral. Lo poco que sonrieron murió antes de voltearse a nosotros.

—Él es mi colega, el doctor Miller.

Nos estrechó la mano a ambos, pero Dominik no pudo ocultar más su impaciencia y dijo:

—¿Qué está pasando?

Yo le agradecí que lo preguntara, porque tenía una piedra en la garganta.

—Por favor, siéntense —nos invitó de nuevo el doctor Hernández. Él se ubicó tras el escritorio—. El doctor Miller vino para poder explicarles mejor.

—¿El qué? —dije yo.

Me miró con aprensión.

—Señorita Cortana… Violeta —se corrigió. Fue un acto tan pequeño… y en esas circunstancias no me decía nada bueno—. ¿No prefieres que conversemos a solas?

No era idiota. Sabía que solo había una razón para que lo demoraran tanto, y para que quisieran decirme lo que sea que quisieran decirme *a solas*.

—Ni en sueños —declaró Dominik. Yo asentí.

—Lo que sea que tengan que decirme, pueden decírnoslo a los dos.

Ambos médicos se miraron antes de que el doctor Hernández me observara con determinación. Supuse que eso fue suficiente para que se decidiera a dejar los rodeos. Lo siguiente que dijo me hizo hundirme en mi asiento.

—Mi compañero trabaja en el departamento de oncología.

Oh.

—¿Qué? —soltó Dom.

Oh.

No pude pensar en nada más que «oh».

El doctor continuó hablando:

—Le pedí que viniera porque él puede explicarles mejor que yo los resultados del examen.

—Que son… ¿qué? —musité. La voz me salió como un hilo a punto de cortarse.

No sabía qué pensar. *No podía* pensar en nada. Todo lo que hacía mi cabeza era repetir ese maldito *oh*, una y otra vez. Como si comprendiera algo de lo que estaban diciéndome cuando en realidad no entendía ni una mierda de lo que estaba pasando.

—Violeta —dijo el doctor… como se llamara. Ya no me importaba —. En Los Ángeles te hicieron un escáner, ¿no es así? —Ni me di cuenta de cuándo asentí—. Ese examen mostró algo inusual. Ellos… Bueno, encontraron una anomalía en la imagen. ¿Ves esto? —Me tendió la foto, pero fue Dominik quien la recibió cuando yo no pude reaccionar—. La imagen debería lucir uniforme, pero esto de aquí —señaló un área de la cabeza en donde había un círculo más claro, como del tamaño de una pelota saltarina— son señales de un tumor. Tendremos que realizar una resonancia con tinte de contraste para estar seguros, pero… —Suspiró con real pesar—. Por el tamaño, y por los signos de crecimiento rápido que presentan las áreas a su alrededor, estamos un noventa por ciento seguros de que es un tumor maligno.

No supe si sentirme como si me hubiese caído un balde de agua fría, o como si me hubieran golpeado en el estómago.

—Es imposible —dijo Dominik, negando con la cabeza. Casi reía—. Es *imposible*. Nos dijeron que era *deshidratación*. ¿Cómo vamos a creer que pasa de algo así a… a…?

No podía decirlo. Yo no lo culpaba.

—Ella estaba deshidratada —se apresuró a decir el oncólogo—, eso es cierto, y sus síntomas se correspondían, pero no fue la deshidratación lo que causó su desmayo. Violeta, ¿has tenido dolores de cabeza, visión borrosa…?

—¡Me dijeron que tenía que usar lentes! —casi grité, fuera de mí —. Me dijeron que se arreglaría con un maldito par de anteojos, ¿y ahora me están diciendo que tengo una enfermedad terminal?

El doctor Hernández negó y me miró con pena. Si trataba de calmarme, no estaba resultando.

—El dolor de cabeza y la visión borrosa a menudo son síntomas que se subestiman. Lo más lógico era pensar que el forzar la visión estaba provocando todo eso.

—En su caso —el doctor Miller se acercó a mí, mostrándome la imagen una vez más. Yo no quería verla, quería romperla en mil pedazos. Quemarla, de ser posible—, la presión intracraneal se vio aumentada por el crecimiento de las células del tumor y la hinchazón del encéfalo. Al estar tan cerca del nervio óptico causó que su visión se volviera borrosa y creyeran que necesitaba lentes. Eso también provocaba los dolores constantes. Y, al final, su desmayo.

Resoplé sin poder creerlo, reacia, y me hundí en el asiento. La cabeza había comenzado a dolerme terriblemente, era demasiado y yo no quería escuchar nada de eso. Me froté los ojos tratando de… ¿de qué? No había nada que hacer.

—¿V-Violeta? —preguntó Dominik con cuidado, inseguro, poniéndome la mano sobre la pierna.

No respondí.

¿Qué quería que le dijera? ¿Cómo quería que reaccionara? Es más, ¿cómo se suponía que debía reaccionar? Porque todos hablaban de exámenes y muestras y estupideces, pero yo sabía leer entre líneas, y lo que estaban diciéndome era que *tenía cáncer*.

Lo que nadie quería decir era que *me iba a morir*.

—Podemos buscar una segunda opinión —susurró Dominik.

Vi al doctor casi con esperanza, sin embargo, él me la quitó con la mirada.

—Yo soy la segunda opinión.

—Desde Los Ángeles nos enviaron los exámenes la semana pasada —intervino el doctor Hernández—. Nos pidieron que los revisáramos antes de llamarlos. Querían confirmar sus sospechas, pero no nos dijeron lo que creían hasta que nosotros… lo confirmamos.

El mundo se vino abajo. El doctor Miller empezó a hablar…

Después de eso las voces se volvieron un murmullo distante y no escuché nada más. Me hundí en un rincón profundo y oscuro de mi mente, y ya no pude salir.



No me di cuenta de cuando abandonamos la clínica, ni cuando nos subimos al auto o cuando llegamos a casa. Solo noté que, de pronto, estábamos de vuelta en un lugar familiar y acogedor, y me dieron ganas de echarme a llorar.

Dominik cerró la puerta a mis espaldas. No habíamos pronunciado ni una palabra desde que salimos de la consulta. Me sentía fuera de mi propio cuerpo, como si no fuera yo la que estaba ahí, viviendo eso. Tal vez era lo que necesitaba creer.

—Voy a darme un baño —dije. Me imagino que él asintió.

La verdad es que no tuve corazón para mirarlo en ese minuto. Caminé como un robot y me encerré en el pequeño cuartito tratando de dejar mis pensamientos al otro lado de la puerta. No resultó.

Prendí la luz, la llave y me desnudé. En ese orden, todo automático.

No esperé a que la bañera estuviese llena. Apenas tuvo suficiente agua caliente como para no congelarme, me metí dentro. Corrí los ventanales que me separaban del mundo, me enterré en el vapor que crecía a medida que la bañera se llenaba y que me impedía ver con claridad. No me importaba.

Contemplé la existencia, la pared de azulejos frente a mí y el chorro de agua que seguía corriendo. Las palabras del médico se repetían una y otra vez en mi cabeza. Las odiaba. Desearía poder arrancármelas del cerebro, incluso aquellas que aún no había dicho.

Tienes cáncer, tienes cáncer, tienes cáncer.

Yo debí haberlo sabido. Su expresión penosa y cargada de lástima al entrar en la sala, el suspiro antes de hablar, su reticencia a hacerlo delante de Dominik…

Dominik.

Tienes cáncer.

Dios, su rostro. Jamás podría olvidar la mirada en sus ojos. Dos palabras. Dos putas palabras y el mundo de ambos se abrió, se partió y se destrozó. Se derrumbó, se vino abajo.

Me hundí en el agua lo más que pude, estirando el cuello y dejando que mis oídos se sumergieran. Así, los sonidos me llegaban amortiguados; no escuchaba nada más que el chorro de la llave y el ruido que hacía mi propia sangre en los tímpanos.

Tienes cáncer.

No escuchaba nada más, pero *eso* seguía escuchándolo. Era una maldita grabadora, y supuse que era una forma de reírse de mí, una

burla del destino el hecho de que mi cerebro defectuoso siguiera siendo capaz de procesar que iba a morirme.

Ese hecho me golpeó con tanta fuerza que me hizo gemir e incorporarme en el agua. No es que no lo hubiese sabido desde antes, porque el cáncer y la muerte iban de la mano, pero… Doblé las piernas y llevé mis rodillas hacia el pecho, abrazándome para protegerme de un frío glacial que nadie iba a poder quitarme, porque venía desde adentro.

Entonces, sola en la bañera, contemplé también mi desnudez; la curva de mis piernas, mi estómago, mis senos, los dedos de mis pies… Todo se veía tan bien ahora, tan lleno de vida, tan saludable, que odié ser consciente de que lo que estaba mirando no era más que una bomba de tiempo. Que lo que era ahora ya pronto no sería, y que todo lo que iba a quedar de ese cuerpo eran las migajas que la enfermedad iba a dejarme. Iba a consumirme de a poco y ya no sería más que la coraza de una flor marchita, una violeta que había florecido muy rápido y había muerto muy pronto.

Tuve que volver a llenar varias veces la bañera porque el agua seguía enfriándose y yo no tenía intenciones de salir, aunque nada, ni siquiera el agua que salía casi hirviendo de la llave, podía quitarme de encima el hielo que me escarchaba por dentro. Seguí abrazada a mí misma por tanto tiempo como pude, porque tenía miedo de salir.

Alrededor de una hora después Dominik llegó a mi lado. Me dio más tiempo del que pensé que me daría. No tocó la puerta ni preguntó si podía pasar, sino que abrió despacio y cerró rápido para que no se fuera el calor, y se sentó en el suelo junto a la bañera sin decir palabra, también llevando las rodillas al pecho y apoyando la

espalda contra la pared de azulejos. No quise decirle que se le iba a mojar la espalda, ni reconocer que probablemente ya debería salir. Ni siquiera quise mirarlo, pero me armé de valor.

Tenía la vista perdida en las líneas de las cerámicas del suelo. No se movía ni un centímetro; ni siquiera sus ojos revoloteaban como si estuviese pensando qué hacer o qué decir. No supe cómo describir la imagen de él ante mí: era yo la que se estaba muriendo, pero parecía como si a él le hubiesen arrancado la vida. Sus manos quietas con los dedos entrelazados y el rostro pálido, demacrado. No habían pasado ni tres horas desde que nos enteramos y ya apreciaba los estragos de ese tiempo. Quien dijo que el tiempo curaba todas las heridas no sabía que también las agrandaba, porque era tiempo lo que yo no tenía y era el tiempo lo que iba a destruirme. Y yo iba a llevármelo conmigo.

Veía sus ojos hinchados, enrojecidos e irritados. Veía su expresión vacía y su postura indefensa. En ese minuto no vi a un hombre sino a un niño de Manhattan que corría solo en las calles lluviosas. Pensé en el pequeño que había sido y deseé con todo mi ser que pudiera volver a ser ese niño que lo tenía todo por delante, incluso si estaba triste y solo, porque al menos ese niño no lucía como si le hubiesen quitado todo lo que era. Durante el tiempo que lo observé, él no me miró, y tampoco dijo nada.

No pensé que fuera porque estaba tratando de deshacer el nudo en su garganta.

Me animé a sacar una mano del agua. Cada movimiento me costaba más a medida que el peso de la realidad se iba asentando. Me estiré y puse mi mano, mojada y todo, sobre su brazo. Solo

entonces Dominik se volvió hacia mí. Sus ojos color chocolate habían perdido el brillo.

—Lo siento —susurré.

—No es tu culpa. —Casi pude escuchar el dejo de recriminación en sus palabras.

En otra vida, me hubiera reído. —No por eso —negué—. Lamento que estés así por mi causa.

No me discutió. Creo que no tenía fuerzas.

En algún minuto de mi vida pensé que la idea de morir sola era deprimente, pensé en lo asustada que me sentiría de no tener a nadie a mi lado en mis últimos momentos, como mi madre. Ahora me daba cuenta de lo estúpida que fui, de lo equivocada que estaba, porque recibiría gustosa todo ese miedo, estaría feliz de soportarlo si eso hubiese significado ahorrarle a Dominik todo esto. Mi dolor y mi miedo no eran morir, sino… él. Solo él.

—Sé lo que estás pensando —me dijo cabizbajo—. Estás pensando en cómo tratar de escabullirte para no hacerme daño, y te estás preocupando más por mí que por ti misma.

No lo hagas. No te voy a mentir, Vi. No sé qué… —La voz se le quebró y yo me quebré con ella. Se llevó ambas manos a la cara y se frotó el rostro y el pelo con fuerza, frustración, rabia, dolor, todo mezclado. ¿Cómo íbamos a superar esto?—. No sé qué hacer —admitió apenas, con la cabeza entre las manos.

Sonaba como si se estuviese ahogando y yo no sabía qué hacer para ayudarlo—. Pero no tienes que ser fuerte por mí. Yo quiero que… Me rompía cada vez que se daba cuenta de que su voz le fallaba, que sus sentimientos eran demasiado fuertes como para hacerse el valiente. Quizá en algún momento. Pero no, ahora no.

—Dominik —susurré y me miró.

Extendí los brazos sobre el borde de la bañera y él me abrazó y lloró. Lloré con él y le acaricié el cabello hasta que el agua se enfrió por última vez.

—Te amo. —Murmuró eso una y otra vez, como si lo calmara.

Supuse que funcionaba, porque a mí también me calmó decírselo de vuelta.



CAPÍTULO 24

Un agujero en el pecho

«Someone You Loved» – Lewis Capaldi

Violeta

Cuando los dos nos calmamos, Dominik me ayudó a salir de la tina. Dejé que me vistiera como una muñeca por muchas razones. Pensé que necesitaba con urgencia algo que hacer, lo que fuera con tal de distraerse, y también pensé que yo estaba demasiado entumecida, acalambrada y adormecida como para hacerlo. Pensé que no quería separarme de él y pensé que él tampoco querría separarse de mí. Ni siquiera se preocupó por mi desnudez, estaba demasiado destrozado para darse cuenta. Lo último que me ayudó a pasarme por la cabeza fue un suéter mullido y grueso que mi piel fría agradeció. Tenía el cuerpo terso y los dedos arrugados. Entonces me abrazó y me sentí tan pequeña a su lado… Me pregunté si él sentiría lo mismo.

Nos quedamos abrazados un montón de rato. Ninguno quería soltarse. De solo pensar en no tenerlo junto a mí el frío volvía a apoderarse de mi cuerpo, así que no me separé. Permanecí con la cabeza enterrada en su cuello, aspirando su aroma y dejando que me reconfortara. No quería pensar en el futuro tan incierto que se nos avecinaba, ni tampoco en lo difícil que iba a ser mi vida de ahí en adelante, o en los tratamientos por los que tendría que pasar. No quería pensar en nada.

Suspiré con gran pesar, sacando todo el aire fuera de mí.

—Tengo que decirle a Zoë que… que no podré viajar…

—Díselo mañana —me cortó. Lo dijo tan rápido, con tanta urgencia…

—No va a hacerlo menos real.

—Ya lo sé —espetó con rabia. No contra mí, contra mí nunca, sino contra todo lo demás—. *Por favor*. Por favor, díselo mañana. Solo… dejémoslo todo para mañana.

Hoy no puedo, quería decir. Yo lo entendí.

—Se lo diré mañana.

¿Cómo le iba a decir a mi mejor amiga que no podría ir a verla porque tenía que hacerme un examen para… confirmar lo que ya se sabía? Ni siquiera quise tratar de alimentar una esperanza estúpida. Supe que tendría que llamar al médico de nuevo para que volviera a explicarme mis opciones, para que me repitiera todo lo que había dicho en la consulta, porque no escuché nada. Supuse que él lo entendería, porque la noticia de tener un tumor en la cabeza no era para menos.

Qué fea la palabra tumor. La odiaba. Incluso quitándole todo significado sonaba mal. *Tumor*. Era como un mal presagio, como si no necesitara saber qué implicaba para darme cuenta de que era malo.

No eran ni las seis de la tarde cuando me acosté bajo las mantas. No tenía fuerzas para nada más. Me había drenado. Ya no era nada, me sentía como si fuera un caparazón vacío, una muñeca de trapo. Moldeable, manipulable, sin vida.

Dominik se acostó en la cama junto a mí, con ropa todavía, tapado hasta el cuello. No cerramos las cortinas, no prendimos ni las luces ni el televisor. Solo el silencio nos acompañaba: ya teníamos demasiado con el ruido de nuestros propios pensamientos.

Me dolía mirarlo. Sus ojos seguían rojos y yo era muy consciente de que estaba haciendo todo en su poder para no volver a llorar. Yo hacía lo mismo. Traté de ponerme en su situación. ¿Cómo me sentiría yo…?

Ni siquiera pude terminar el pensamiento y ya se me habían aguado los ojos. Si a él le pasara algo, moriría. Así de simple debía de estarse sintiendo: muerto en vida.

—Dom —susurré tratando de sonreírle. Él ahuecó una mano en torno a mi mejilla. Su calor me reconfortaba, pero cada palabra, cada pensamiento se sentía como una sentencia—. Quiero decirte que va a estar todo bien, que vamos a superar esto, pero… no puedo. No todavía.

Sus ojos volvieron a aguarse, mas no derramó lágrimas o, al menos, no de las que se veían.

—Debería ser yo quien esté diciéndote eso. —Negó con la cabeza y cerró los ojos—. Mierda. Debería ser yo quien te esté dando ánimos, quien te diga que siempre voy a estar a tu lado, que pase lo que pase yo voy… —Yo estaba llorando y él no conseguía decir más de dos oraciones completas. *No somos un buen dueto para la tragedia*, pensé, sonriendo muy, muy a mi pesar—. Debería ser fuerte por ti.

—Mejor deberíamos acordar que nadie va a tratar de ser fuerte por el otro —sugerí.

Dominik volvió a mirarme con esos ojos tan hermosos… Qué no hubiese dado por que esos ojos sonrieran, aunque era pedirle demasiado.

—Es que no sé qué haría sin ti. Me siento tan perdido, Vi. Hemos estado juntos todas nuestras vidas, hemos pasado por tanto… Te

conocí cuando eras tan pequeña. Me acuerdo de todas tus rabietas y tus berrinches. De cuando dejabas de hablarme por portarme como un tonto. Y yo siempre trataba de hacerte feliz. Te molestaba porque me gustaba cómo te veías cuando te enojabas. —Sonrió con la voz quebrada. Yo lo dejé hablar, lo dejé desahogarse rememorando las imágenes de todo lo que decía. Nos vi en las calles, lo vi a él de niño y lo vi a él conmigo. Juntos. *Siempre*—. Cuando te conocí… Nunca te lo dije, pero creo que me enamoré de ti en ese mismo momento. O, si no, al menos pensé que *tenía* que conocerte, porque te veías tan perdida como yo. Pero tú nunca has estado perdida, Violeta, siempre has sabido qué hacer.

—Eso no es cierto —protesté.

—Sí, lo es. Siempre has sido la más fuerte de los dos, por eso no tengo ninguna duda de que, si alguien puede con esto, eres tú, pero… me siento tan inútil, tan… Tengo tanta rabia, Vi, que no sé qué hacer. Me quema, me consume lo injusto que es. Odio pensar en que tengas que estar pasando por esto, en que no te lo mereces. En que eres todo, en que deberías ser la persona que lo tenga todo, y no…

—Lo tengo todo —aseguré. Al menos eso era cierto, la única verdad que importaba—. Todo lo que quiero.

—No quiero cargarte con toda la mierda que estoy sintiendo. La verdad es que no soy tan fuerte, nunca lo he sido.

Que dijera eso, que se sintiera así, fue como si me hubiesen arrancado algo a lo que llevaba aferrándome toda mi vida. No quería que fingiera por mí, no obstante, jamás iba a creerle esas palabras.

—Dom, no eres débil. No eres ni la mitad de las cosas que crees que eres. Eres mucho más. Eres todo para mí y lo has sido desde

que nos conocimos. Y si ahora no se siente de esa manera… es… es que jamás va a sentirse de esa manera en esta situación.

—No quiero, Violeta. No te ayuda en nada.

—No me ayuda tampoco que finjas como si no pasara —aclaré—. Solo… Solo abrázame. Y quédate conmigo. Quédate *conmigo* —repetí. Rogué.

Supe que entendió lo que quería decirle sin necesidad de explicarlo. Así era siempre. Quería que se quedara conmigo, pero no solo ahora, sino en las buenas y en las malas, y en este momento tenía tanto miedo que eso lo nublaba todo, extinguía cualquier esperanza, y lo único que podría hacerme sentir mejor era saber que, aun si esto acababa conmigo, él me seguiría amando.

Dominik me abrazó y me estrechó con tanta urgencia, con tanto dolor, que se me antojó que, en ese minuto, juntos éramos las dos mitades de un corazón roto y astillado.

—Siempre. Incluso si no estás, voy a estar contigo.



Pasamos la noche abrazados, sin ser conscientes de cuándo caímos dormidos entre las lágrimas. Al día siguiente, llamamos al doctor Miller. Le había dado una tarjeta a Dominik en algún momento antes de que nos fuéramos, cuando se dio cuenta de que ya ninguno lo estaba escuchando.

Volvió a explicarme todo, pero estaba en tal estado depresivo que apenas lograba comprender lo que me decía. Incluso cuando me repetía las cosas más de una vez, los conceptos y términos simplemente se escapaban de mi entendimiento. Fijamos una fecha

para la resonancia y, pese a que me daba mucho miedo, una pequeña parte de mí todavía mantenía esperanzas de que estuvieran equivocados. Pedí la primera hora disponible, porque no quería tener tiempo para alimentar ese maldito grano de esperanza que iba a destruirme. No quería ilusionarme y que después me cortaran las alas de nuevo.

Me sentía completamente adormecida. Caminaba como una sonámbula y mi cerebro atontado apenas reaccionaba; respondía con monosílabos y me costaba procesar lo que escuchaba. Con suerte comía las pequeñas porciones que Dominik me obligaba, aunque él no estaba mucho mejor. Me forzaba a salir de la cama pese a que no tenía ganas de nada, y era el peso de mi angustia lo que me hacía ir más lento.

Yo ya había vivido esto, esta incertidumbre, esta desesperación; el agujero negro en el que estábamos. Lo había vivido con Amber, cuando su muerte nos destruyó a todos.

Esperaba que cuando hubiese logrado procesar la noticia y asentar la información, lograra salir del hoyo y *disfrutar*, porque no podía imaginarme que el resto de mi vida pasara de esa forma. Así como estaba, podrían haberme matado desde ya.

La ansiedad era constante. Me despertaba en medio de la noche cubierta en sudor helado y con las palpitaciones del corazón martillándome la cabeza. Me pasaba varias veces, y Dominik siempre me abrazaba y me decía que volviera a dormir. No creía que él hubiese dormido nada estos días, porque sus ojeras estaban cada vez más marcadas y oscuras.

Al final, nunca le dije nada a Zoë. Decidí esperar hasta que no hubiera dudas.

El día anterior a la resonancia no pegué ojo en toda la noche. Me uní al insomnio de Dominik y decidimos poner una película que ninguno iba a ver para tratar de distraernos. Una tras otra, nos encontró la madrugada. Ni siquiera sé si vimos distintas o si fue la misma película en repetición.

A eso de las siete mis ojos comenzaron a cerrarse, pero me despertaba cada segundo con el corazón desaforado y con una urgencia incontrolable de ver la hora. Lo máximo que pasé dormida fueron tres minutos.

Cuando llegó la hora tuve que luchar para no morderme las uñas hasta la mitad del dedo durante todo el camino a la clínica. Dominik me lanzaba miradas preocupadas mientras conducía. Los nervios los tenía a flor de piel, y un ojo había comenzado a parpadearme sin mi permiso. Cada parte de mí se movía de forma involuntaria. Mis piernas, descontroladas, golpeaban el suelo.

—Violeta —dijo Dominik—. Para. Me estás desconcentrando.

Detuve todo movimiento. Lo dijo sin mirarme, pero con la mandíbula tan apretada que me preocupé de que se le fuera a desencajar. Él también estaba nervioso, aterrado… así que me detuve. No por mí, por él.

Él era lo único que todavía podía mantenerme cuerda.

Nos estacionamos fuera y bajamos del auto. Dominik me tomó la mano a cada momento, apretándomela para confortarme. Yo se lo agradecí en silencio mientras respiraba una, dos, tres, cuatro veces, tratando de controlarme. La clínica era un caos de gente que corría para todas partes y eso no ayudaba. Nos apresuramos al elevador, que estaba lleno a reventar, y así logramos llegar a tiempo a la sala de exámenes.

Las enfermeras que nos recibieron nos llevaron de un lado para otro, recitando procedimientos que se sabían de memoria mientras hacían otras cosas, como entregarme la horrible bata que debía ponerme. Una de ellas me llevó a un camarín para que pudiera cambiarme, me explicó todo lo que debía hacer y me dijo que, cuando estuviera lista, me llevaría a que termináramos con toda esta mierda. No lo dijo así, claramente, pero eso fue lo que yo entendí.

Me vestí rápido con la bata de hospital, dejé todas mis pertenencias en un casillero y salí en menos de un minuto; todas mis joyas se habían quedado en casa, excepto mi collar de violeta, que le entregué a Dominik como si fuera un amuleto antes de separarnos. Él lo aferró con nudillos blancos cuando tuvo que soltarme la mano.

La misma enfermera de antes me indicó el camino hasta la sala de exámenes. Como un muerto, respondí las preguntas del doctor. Sí, me había quitado todas las joyas. Sí, me habían explicado el procedimiento. No, no creía necesitar un medicamento para relajarme; no había medicamento en el mundo que pudiera quitarme el agujero que tenía por corazón en ese instante. De solo ver la máquina me sentí intimidada, pequeña y asqueada.

Con mi cuerpo menudo y mis hombros caídos imaginé que cabrían diez Violetas ahí dentro, pero no dije nada. Me acosté sobre la superficie y traté de que no se notara mi estremecimiento.

—¿Está muy fría la mesa? —me preguntó una de las enfermeras con una sonrisa amable mientras revisaba los cables—. Puedo traerte una manta, si quieres.

Asentí.

Me tapé. El frío no disminuyó, sin embargo, al menos así me sentía más protegida. ¿De qué? No sabía, porque lo que me hacía daño estaba dentro de mí, y nada podía protegerme de eso. Y me sentí *tan* pequeña, tan *indefensa*.

Pronto la enfermera me pidió que extendiera el brazo. Comenzó a explicarme que ese líquido haría que se pudiera examinar mejor el interior de mi cabeza y tal… Me importó una mierda. Me inyectó el contraste y se alejó. El brazo me dolió, mas no dije nada; era el menor de mis problemas.

Miré las paredes a mi alrededor, y aunque la sala era amplia, sentía como si estas se me vinieran encima. ¿Así iba a ser de ahora en adelante? ¿Así iba a sentirme hasta que todo terminara? No sabía si podría soportarlo, pero luego… ¿qué otra opción tenía? La respuesta me golpeó: ninguna. La gente como yo no tenía opciones. Era quedarme sin hacer nada y morir, o luchar para morir de igual forma. Casi se me escapa una carcajada en medio de esa sala vacía y siniestra.

—Ya vamos a comenzar —dijo la enfermera. Yo no respondí.

Cerré los ojos mientras la máquina empezaba a hacer ruidos horribles y la superficie se movía hacia atrás, hacia adentro. No quise verlo, porque me dio miedo que la desesperación se apoderara de mí, así que apreté los ojos con más fuerza y traté de ignorar el ruido y quedarme quieta, imaginando que estaba en otra parte, lejos de ahí.

Mi mente me llevó a esos días en la playa, a recordar los besos bajo la lluvia, la risa que abundaba cuando no sabíamos… Dios, no teníamos idea de lo que estaba por pasar. Quizá fue bueno, pensé. Quizá fue bueno no saber, porque esa ignorancia nos había

extendido la felicidad. Tal vez prolongar lo inevitable era la única forma que tenía de disfrutar lo que quedaba.

Agradecí más que nunca habernos quedado esa semana extra.

El tiempo pasó más rápido de lo previsto; cuando menos lo esperé, la superficie se movió de nuevo para sacarme de ese maldito tubo. Ahora la ansiedad era peor, porque las imágenes estarían listas de inmediato y no tardarían en decirme si…

La enfermera se acercó y me ayudó a incorporarme.

—Puedes ir ya a la sala a vestirte.

—No —la interrumpí—. Necesito saber…

—Ve a la sala —repitió con compasión. Odiaba ese tono—. El médico estará allá en un minuto para hablar contigo.

Asentí y me puse de pie casi de un salto; quería terminar rápido con todo, sin embargo, tuve que detenerme ahí porque me mareé y estuve a punto de caer.

—Tranquila —me dijo la enfermera—. Ve despacio, estuviste mucho tiempo acostada.

Me moví con más calma, hasta que mi vista y mis pasos dejaron de ser imprecisos y defectuosos. En el segundo en que puse un pie fuera del camarín, ya vestida y con todas mis cosas de vuelta, los brazos de Dominik me rodearon, ofreciéndome algo en lo que apoyarme.

—Vamos —susurró antes de darme un beso en la frente. El lugar en que sus labios me tocaron era el único punto cálido de mi cuerpo.

Caminamos, caminamos. Pasillos, más pasillos. Volvimos a la sala en la que me recibieron las enfermeras para prepararme: ahí esperamos.

Estaba harta de esperar. Mi pie volvía a golpear el suelo con frenesí, descontrolado, mientras que Dominik caminaba de un lado para otro dentro de la habitación. ¿Qué haría si…? No, no quería pensar en eso. Recé a cualquiera que me escuchara, a cualquier entidad o al universo mismo: *por favor, por favor, que todo esto sea un error. Por favor…*

Lo repetí como un mantra en mi cabeza. Me olvidé de mi promesa de no alimentar falsas esperanzas y dije una y otra vez esa frase con los dedos cruzados como una niña que cree que por hacer ese gesto su deseo se hará realidad. Pero estaba grande para empezar a creer en cuentos de hadas.

La puerta se abrió y brinqué como un resorte. Me acerqué al doctor Miller y, antes de que pudiese empezar con rodeos, le dije:

—¿Es…? Él ladeó la cabeza.

—Tenemos que analizarlo un poco más…

—¡Por favor! —grité exasperada, perdiendo el control—. Leí sobre esto, *sé* que requiere más análisis para saber los detalles, solo dígame si es o no.

Había investigado mucho los d?as previos, a ver si eso me calmaba los nervios. Decía que las imágenes del examen estarían listas en minutos, por lo que el resultado no demoraría, sin embargo, se necesitaba más tiempo para determinar detalles como el avance de… Oh.

Oh.

Si no había avance, si no había nada que *pudiese avanzar*, entonces *no se necesitaría tiempo*.

El doctor bajó la cabeza con muchísima pena y dijo:

—Sí, tienes cáncer, Violeta. No sabes cuánto lo siento.



CAPÍTULO 25

Vivir a medias

«I Wish I Had Te Why» – Shelly Fraley

Violeta

Cuando volvimos al departamento tuve que armarme de valor para llamar a Zoë. Me contuve de pensarlo demasiado porque, si no, iba a arrepentirme.

—Dominik, quizá debería esperar…

—No —me dijo con dulzura—. Ella merece saberlo. Si fuera al revés, tú querrías saberlo.

Tenía razón.

Me apretó la mano una vez antes de darme espacio para hablar con mi amiga. Traté de sonreírle… Me salió a medias, como todo. Fui a la que solía ser mi habitación antes de compartir la de Dominik, el cuarto de las estrellas. Como muchas otras veces me senté en el piso, con las piernas cruzadas. Miré el teléfono respirando profundo, soltando el aire una y otra y otra vez, hasta que dije «solo hazlo», y marqué el número.

Su voz emocionada me recibió chillando de alegría. Eso me dolió más. ¿Debería seguir adelante…?

—¡Violeta Cortana! ¡Estaba justo pensando en ti! Mira qué casualidad. No te vas a creer lo que te tengo que contar, pero esperaré a que vengas para decirte, porque…

Comencé a llorar antes de poder decirle una sola palabra.

—Zoë —la corté, mi voz rota y filosa al mismo tiempo. No pude aguantar su entusiasmo, porque sabía que estaba a punto de

rompérselo en mil pedazos. Por otro lado, creí que era mejor ser directa desde el inicio—. Yo... N-no podré ir a verte, Zoey. Lo sien-to tanto…

—¿Qué? No. No lo acepto. ¡Violeetaaa! —se quejó como una niña pequeña y no pude menos que sonreír con lágrimas en los ojos al imaginármela observando la torre Eiffel desde su ventana, con el ceño fruncido ante lo que le estaba diciendo. Si tan solo pudiera evitárselo… pero no. Merecía saberlo—. ¡No puedes hacerme esto!

—Lo siento, Zoë, está fuera de mi control. Yo…

—¿Tú…? —me instó.

—Voy a tener que empezar un tratamiento, no podré viajar.

—¿Qué? Violeta, ¿de qué rayos estás hablando? ¿Tratamiento de qué?

Casi pude escuchar su risilla nerviosa.

—T-tengo…

Me detuve sin poder sacar las palabras de mi cuerpo. Quería arrancármelas de la boca y ellas se aferraban con uñas y dientes a mi tráquea. Había querido ser directa, no como fueron conmigo cuando me dieron la noticia, pero ahí estaba. Y es que… ¿cómo le decía a alguien que amaba que me iba a morir? No se podía. No hay palabras.

—Violeta, me estás asustando. ¿Qué pasa? ¿Estás…?

—Tengo c-cáncer, Zo. Lo confirmaron hoy.

Silencio.

Durante minutos y minutos solo pude escuchar un zumbido por el auricular.

Me sentí la peor de las basuras lanzándole una bomba como esa cuando ella lo único que quería era que pasaran rápido las semanas

para poder vernos en París como antes… Tenía todas las buenas intenciones y yo las destrozaba de esa forma.

—No —dijo al fin, casi riéndose—. No tienes cáncer, Violeta. ¿Cómo vas a…? Es una broma, ¿verdad? Porque no es para nada gracioso. No me estoy riendo, no le encuentro gracia…

—Ay, Zoë —lloré, rompiéndome—. Desearía… Desearía más que nada en el mundo que fuese una broma…

—No —negó ella con rapidez—. ¡No! —Escuché su voz quebrándose. Me alegré de no poder ver su expresión a través del teléfono, porque sabía lo que hubiera hecho conmigo el verla llorar mientras luchaba por no asimilar la noticia. No quería creerlo, y no la culpaba. Yo tampoco quería—. ¡Eso sí que no lo acepto! ¡Vas a decirme que es una broma y que vienes en unos meses y que podré decirte lo mucho que te detesto por hacerme algo así!

—Zoë…

De nuevo, silencio. Solo escuchaba el llanto que trataba de controlar.

—Violeta, ¡no…! ¿C-cómo?

—El escáner que me hicieron en Los Ángeles les mostró… y yo… yo no sabía…

Por supuesto que no. No tenía cómo saber.

—No… —Ahora lloraba desconsolada—. Es que no sé qué decir, yo no… no estoy preparada…

—Yo tampoco —susurré—. No sé qué hacer, Zoey —admití, tragándome el nudo en mi garganta—. ¿Qué se supone que…? Y tú… de verdad quería verte. Tenía tanta ilusión, tantas expectativas de lo que haría con mi vida, y ahora…

—Violeta —dijo en un susurro—. Estás actuando como si ya estuvieras muerta, como si estuvieses condenada, y no es así. Todavía tienes opciones, vas a empezar tu tratamiento y…

—Zoë. —Esta vez fue mi turno—. No nos engañemos tratando de tener esperanzas cuando todos sabemos que lo máximo a lo que puedo aspirar es a… a prolongar lo inevitable. —Le dije lo que llevaba pensando toda la tarde—. A extender una vida que no será vida, porque estos tratamientos solo te arruinan más. No quiero, *no puedo* permitirme alimentar más falsas esperanzas. No… no soy tan fuerte.

Odiaba esas malditas palabras, sin embargo, ahí estaban. Y eran ciertas. Quizá en algún momento lo fui, o tal vez solo fui lo suficientemente ilusa como para creer que podía con todo después de las cosas a las que había sobrevivido. Tal vez nunca fue más que debilidad disfrazada de sarcasmo e indiferencia.

—Voy a estar contigo, Vi.

—No —negué de inmediato—. No quiero que me veas así. Soy un desastre, Zo. No te lo mereces.

—No estás sola, no tienes que ser fuerte todo el tiempo, ni por todos. Lo has sido durante tanto… Déjanos ser fuertes por ti ahora.

—Ay, Zoey —dije, porque no supe qué más decir.

Ella tampoco sabía, así que no dijimos más. Lloramos juntas, confortándonos en el llanto de la otra por quién sabe cuánto, hasta que Dominik llegó y se sentó en el piso de la habitación junto a mí. Me había escuchado.

Yo seguí llorando sin decir nada, con el teléfono pegoteado a la cara y lleno de lágrimas. Lo miré con la cara enrojecida y la visión borrosa.

Él me observó de vuelta y la expresión de agonía en su rostro me hizo llorar más fuerte. Ahora se estaba conteniendo, lo sabía, y lo hacía por mí. Me dejaba sentir y llorar y me entregaba pañuelos cada tanto para que me sonara y me limpiara la cara.

Ninguno de ellos merecía nada de esto.

Luego de varios minutos susurré por el auricular como un animal herido:

—Zoey… Zoey, tengo que irme.

Se demoró un segundo en contestar.

—Está bien. Yo… Está bien. Te llamaré mañana, ¿sí? Te llamaré mañana.

—Cuídate, Zoë. Te… Te quiero.

—Adiós, Vi. Yo también te quiero, no lo olvides.

No dijo nada más y colgó. Me dio una pena infinita saber que se quedaría llorando el resto de la noche.

Dejé el teléfono a un lado. Dominik no me dijo nada porque no había nada que pudiera decir para consolarme, y juntos observamos cómo las últimas gotas de luz desaparecían del cielo.

Me dolía el cuerpo, me dolían la cabeza y los ojos de tanto llorar, y sentía mis párpados hinchados e irritados. Estaba exhausta de mis propios sentimientos. Quería… *necesitaba* con urgencia tranquilizarme, porque no podía seguir así, pero no conseguía dejar de llorar. No veía la salida del túnel por ninguna parte.

—Dime cómo te sientes —rogó él—. Por favor, dime qué estás pensando.

—No —negué rotundamente, sin mirarlo—. No quiero. No es bonito.

—Por favor —volvió a decir. Se acercó a mí en el suelo y me abrazó por la espalda. Bien. Era más fácil si no me miraba—. Dijimos que no intentaríamos ser fuertes por el otro —me recordó—. Habla conmigo. Confía en mí con esto.

Me apoyé contra él, dejé que me contuviera, porque sola no podía, y cerré los ojos con pesar. Confiaba en él, con esto y con todo. Así que, aunque supe que iba a hacerle daño, lo saqué todo de mí con un suspiro.

—¿Recuerdas que una vez te dije que... que sentía que algo se estaba pudriendo dentro de mí? Ahora parece broma, un chiste malo. ¿Cómo podía saber…? Pero era verdad, y yo no tenía idea. Algo sí estaba mal conmigo, algo sí se estaba pudriendo en mi interior, y ahora avanza como… como un cáncer. Qué apropiado. —Me reí sin ganas.

»¿Quieres que te diga cómo me siento? Porque siento *demasiado*. Siento que no sé qué sentir, o cómo se supone que debo reaccionar. Tengo esta idea en mi cabeza de que debería ser fuerte y mantenerme positiva, cuando en realidad lo único que quiero es que termine de una vez esta pesadilla, porque al fin… Al fin era feliz.

»Quiero dejar de sentir odio contra mí misma, porque soy yo quien se está matando sin hacer nada. Quiero dejar de culparme por… —La voz se me quebró. Dominik había dejado de respirar. No me atrevía a mirarlo para ver su expresión. Me obligué a continuar —. Por todo el tiempo que he perdido odiando y guardando rencor, por todas mis malas decisiones, por todas las cosas que he hecho mal, que han sido muchas. Y no puedo dejar de preguntarme si, quizá, el haber hecho algo distinto hubiera… Pero no hay forma. No hay forma de que hubiese sido diferente, ¿verdad?

Me quedé en silencio. Supuse que Dominik creyó que era una pregunta retórica. No lo era. Quería que me respondiera, que me lo confirmara. Lo golpeé suavemente con el codo.

—Supongo que no —dijo con un hilo de voz junto a mi oreja.

—Siento que… que todos los días moriré un poco más y no voy a poder evitarlo. Más que nada, siento que debería estar haciendo las cosas de otro modo, estar buscando una forma de no arrastrarlos a todos conmigo. —De nuevo me falló la voz. No quise seguir por ese camino. Era demasiado doloroso imaginarme a Dominik consumido por su amor hacia mí, y lo que mi enfermedad nos haría a ambos. Ni siquiera me di cuenta de cuándo empecé a llorar otra vez—. Lo que menos quiero en este mundo es lastimarte, y soy consciente de que estoy haciendo mucho más que eso. Te estoy destrozando, y yo…

—No es tu culpa, Vi. Y no te cambiaría por nada…

—¡Ese es el problema! Me amas demasiado.

—¿Y cómo se supone que debería ser? —inquirió molesto.

—Así, justo así. Se supone que le das todo de ti a otra persona y eso debe hacerte feliz. ¿Eres feliz, Dom? Ahora, justo en este minuto, ¿eres feliz?

—Violeta —me cortó—. No. No soy feliz. Soy completamente miserable a tu lado. ¿Es eso lo que quieres que diga? —Presionó mi brazo para darme la vuelta. Bajé los ojos, sintiendo sus palabras en lo más profundo de mi ser—. ¡¿Es eso lo que quieres que diga?! Podré ser idiota, y egoísta, y todo lo que quieras, pero no soy mentiroso. Y soy orgulloso, además. *Jamás* voy a decirte lo que quieras escuchar. Pensé que a estas alturas ya lo sabrías.

Sonreí con molestia, con un enojo que él estaba provocando a propósito y que yo necesitaba sacar de mí.

—Voy a arrastrarte conmigo —sentencié.

—¡Bien! —gritó fuera de sí—. ¡Arrástrame, rómpeme, úsame, no me importa! ¿Tú de verdad crees que hay algo que puedas decir o hacer para alejarme?

Lloré más fuerte si era posible, porque sabía que era verdad. Él jamás me dejaría, y yo tampoco quería que lo hiciera, solo que…

—Desearía que hubiese una forma de ahorrarte el dolor, Dom. Eso. Eso es todo.

Él no dijo nada, porque sabía que no había manera. Simplemente no era posible. Se limitó a abrazarme con fuerza y a enterrar el rostro entre mi pelo y quedarse ahí durante mucho tiempo. Entre sus brazos… lo dejé salir.

Dejé que todo el dolor y las lágrimas salieran de mi interior hasta quedarme seca. Dejé ir todas mis esperanzas y mis sueños en esas lágrimas, todo lo que pudo haber sido, las expectativas de mi futuro y lo que seríamos juntos, lo que me habían quitado con solo un par de palabras, en un instante. Lo dejé *todo*… y me convertí en *nada*.



CAPÍTULO 26

Medio CorazÓn

«Half A Heart» – One Direction

Violeta

La semana siguiente comencé quimioterapia. No esperamos; no podíamos darnos ese lujo. Luego de que los doctores analizaran las imágenes de la resonancia, me dijeron que lo que tenía en la cabeza, el… el *tumor*, no era operable a menos que lográramos reducir su tamaño con el tratamiento, y teníamos que hacerlo pronto si queríamos tener… *posibilidades*.

Lo encontraron tarde. Eso era lo que pasaba.

No me dijeron mucho más y yo tampoco pregunté porque, en realidad, no quería saber. Vivía en un estado entre la negación y la ira. Ya me había informado de todas las etapas del duelo, pues me dijeron que aplicaba a muchos casos, y como este era un duelo por mí misma, tenía que lograr hacer las paces con mi enfermedad y conmigo. Sin embargo, no podía pasar de esas dos etapas. Estaba enojada con todo y todos, y mientras menos información sobre el tema tuviese en mi cabeza, mejor, ya que de algún modo retorcido sentía como si lo hiciera menos real.

Los doctores habían discutido eso cuando trataron de informarme sobre los procesos, pero les pedí que se callaran: no soportaba escucharlo.

Ni siquiera yo podía negar que ahora todos los eventos que se venían desarrollando desde hacía tiempo tenían más sentido. El cansancio, los dolores de cabeza, la visión borrosa, los miembros

entumecidos, los mareos… mierda. ¿Hubiera hecho alguna diferencia de haberme dado cuenta antes? Todo lo atribuí al estrés; ese fue mi error.

Me daba miedo pensar que pronto mi cuerpo apenas iba a responderme, que el cansancio y el dolor cada vez se sentirían peor… no quería que doliera. Me aterraba el dolor, volverme incapaz de hacer las cosas por mi cuenta y no ser autosuficiente, porque algo que sí me habían explicado con lujo de detalle eran los efectos secundarios. Antes de mi primera sesión de quimio, el doctor Miller me entregó un montón de papeles en donde detallaba todo, y también se tomó el tiempo de explicármelo.

—El suero se demora alrededor de una hora en bajar, y luego tienes que permanecer otra hora más para que podamos medir tu reacción. Es probable que no sientas nada de inmediato, pero cuando los fármacos empiecen a hacer efecto puedes tener náuseas e incluso vomitar. Es normal. Durante las siguientes semanas puedes esperar tener dolor muscular, entumecimiento en las manos y pies, pérdida de apetito…

La lista era interminable. Jaqueca, fatiga extrema, vómitos, dolor de estómago, pérdida de equilibrio, escalofríos, debilidad, alteraciones del ciclo menstrual…

—Estaré en mi mejor momento —dije con sarcasmo.

El médico trató de sonreírme.

—Es importante que estudies estos efectos. Aunque es probable que no experimentes todos, estar familiarizada con ellos te ayudará a saber qué esperar y a adaptarte.

—No creo que esto sea algo a lo que uno «se adapte» —espeté.

Él asintió.

—Violeta, sé que estás enojada, y sé lo difícil que es esto para ti. A lo largo de mi carrera he visto a muchas personas pasar por lo mismo que tú, y es por eso mismo que sé que puedes sobreponerte.

—¿Cómo? —Quise llorar—. ¿Cómo me voy a sobreponer al hecho de que voy a morir?

—Primero, dejando de afirmar que te vas a morir —me dijo—. Manejar las emociones es un paso muy importante. Es parte de la terapia, aunque no lo creas, y es a menudo subestimado. Hacer las paces, ser amable contigo en este período tan difícil, no juzgarte o culparte… La forma en que uno se percibe es vital para poder sanar. Tu estado de ánimo afectará directamente a tu salud.

—¿Y cómo lo hago entonces? Lo único de lo que me veo capaz es de llorar, o gritar. Estoy enojada todo el tiempo. No quiero desquitarme con las personas, es solo que… todo me molesta.

Agradecí que Dominik se hubiese quedado afuera, porque ya habíamos hablado de esto y no quería que lo siguiera escuchando; sería como retorcer el puñal en la herida. Por otro lado, esto no era como un dolor emocional. Al menos, no era solo eso. En el pasado, hablar de mis problemas y de mis traumas me ayudó, pero ahora sentía que no me servía de nada; solo me hacía llorar más cada vez que intentaba explicar lo enojada que estaba. Me frustraba y rompía a partes iguales.

—Paso a paso. Un día a la vez, si es necesario. Vive segundo a segundo, no más.

Asentí, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

—¿Se me…? ¿Se me va a caer el pelo? —pregunté con miedo.

Sabía que era ridículo pensar en mi apariencia en ese momento, sin embargo, la posibilidad era algo en lo que me aterraba pensar.

Era demasiado abrumador.

Siempre había sido segura de mí misma, nunca tuve problemas de autoestima, a pesar de todo lo que viví, pero eso sería un recordatorio constante de mi enfermedad, de que estaba defectuosa, de que *podría* morir.

Al principio, no lo pensé demasiado. Cuando lo hice, no creí que fuera importante. Había sopesado la situación del cabello consciente de que era el menor de mis problemas, pero ahora…

—Sé que es tonto —dije antes de que él tuviese oportunidad de hablar— preocuparme por algo tan superficial…

—No es tonto —me aseguró—. Sé que no es lo más importante, tú lo sabes también, pero como ya te dije, la parte emocional es igual de importante que el proceso médico. Es más que un cambio, es un *shock* que afecta tu imagen de ti misma, y eso no es menor. —Me gustó que me dijera eso, me tranquilizaba. Sin embargo, no respondía mi pregunta.

—No quiero que el mundo me vea sin… sin cabello, y que sepan de inmediato que…

—Mira, no puedo asegurarte nada. La quimioterapia es un tratamiento muy nocivo, los medicamentos son muy fuertes, están pensados para destruir células hechas para matar, ¿sí me entiendes? —Asentí—. En eso, también destruyen células sanas, y lamentablemente no podemos evitarlo. Lo que sí podemos hacer es tratar de combatir esos efectos secundarios antes de que aparezcan. El cabello, por ejemplo.

»Tienes que saber que no todas las personas pierden todo el cabello con la quimioterapia. A veces solo se vuelve más fino y quebradizo, a veces se cae por completo y a veces solo mechones.

En algunos pacientes se usa un gorro frío para disminuir la circulación de la sangre que llega a los folículos capilares y transporta el medicamento, pero en tu caso, al ser el cerebro lo que buscamos atacar, preferiría que no nos arriesgáramos a que el gorro interfiera en el tratamiento. Sí puedo recetarte algunas vitaminas que ayudarán a tus folículos a fortalecerse antes de comenzar. ¿Te parece bien? Haremos todo lo posible.

Asentí, sin saber qué más decir. Era demasiada información y debía procesarla en muy poco tiempo.

—Sí, supongo que está bien.

—Y si pierdes el cabello, también podemos recomendarte varias fundaciones que hacen pelucas con cabello real, ¿qué tal suena?

»Sé que es difícil escuchar todo esto. Tienes que saber que no estarás sola, ¿de acuerdo? Con el doctor Hernández y varios más hemos revisado la mejor opción de tratamiento para ti de acuerdo con los exámenes que te hiciste. ¿Quieres que te lo cuente?

Sabía que tenía que decir que sí, lo sabía, pero era tan difícil…

Suspiré. Quizá por eso me lo preguntaba cuando en realidad ambos éramos conscientes de que no tenía opción. Él tenía que informarme, no obstante, sería mi elección: un poco de control en toda esa situación.

—Sí… por favor.

—Esta semana tendrás la primera sesión. Como ya te dije, haremos todo vía intravenosa, para que podamos controlar tus reacciones y ayudarte en caso de náuseas o dolor. Después de que estés lista, podrás irte a casa. Tienes que descansar, Violeta. De nuevo, la terapia es muy fuerte, y tu cuerpo va a necesitar tiempo para reponerse antes de que podamos pasar a la siguiente sesión.

Se suelen dar unas tres semanas de descanso antes de seguir, sin embargo, vamos a evaluarlo dependiendo de cómo se asienten los medicamentos en tu organismo. Vendrás a control después de esas tres semanas y veremos si continuamos de inmediato o si tenemos que dejar un mayor lapso entre sesiones. Como la terapia va dirigida hacia el cerebro, no queremos correr ningún riesgo de que se puedan dañar otras células importantes.

»Ese día podrán acompañarte, no tienes que estar sola. También puedes traer un libro o música, lo que tú quieras para pasar el tiempo. Y cuando te vayas a casa debes hidratarte bien, tomar mucha agua o, de ser posible, bebidas con electrolitos. Es vital que comas bien, incluso si no tienes hambre. Tienes que nutrirte, no queremos que pierdas peso o masa muscular. Es importante para que puedas recuperarte bien.

—¿Cómo se supone que voy a nutrirme bien si la pérdida de apetito es uno de los efectos secundarios? —Señalé lo obvio.

—La pérdida de apetito puede asociarse a muchos factores. Puedes tener náuseas, o puedes perder algo del sentido del gusto, o tener demasiado dolor o estar muy cansada para prepararte algo; cualquiera de esas cosas puede hacer que no te alimentes como corresponde, pero todas podemos controlarlas y palearlas. Por ejemplo, si tienes dolor al masticar, puedes tomar sopas o cremas; si no sientes bien los sabores, aprovecha de usar más condimentos. Te daré…

—Una lista —adiviné.

Él sonrió, asintiendo.

—Sí, te daré una lista de consejos para cada caso. Y si tienes dudas antes de la sesión del viernes, llámame, ¿de acuerdo?

—Sí. Muchas… Muchas gracias —terminé con la voz cada vez más baja.

Sabía que él estaba haciendo lo posible para ayudarme, solo que yo no conseguía aceptarlo ni hacer las paces con todo esto. Pero tendría que hacerlo si quería ayudarme a sanar. El problema era que todavía no me sentía preparada.

Supuse que darme tiempo también era una forma de avanzar.

—Puedes con esto —me aseguró—. Incluso si no lo crees.

No lo hacía, sin embargo, su fe en mi fortaleza fue algo que agradecí.

Ya lo veremos, pensé.



Al principio traté de llevar mi vida con la mayor normalidad posible. No le hablé a nadie más sobre mi enfermedad. No dije nada ni en el orfanato ni en el trabajo, solo le pedí a Dominik que presentara mi licencia médica sin dar demasiados detalles: odiaba hablar de esto casi tanto como sabía que odiaría las lágrimas de mis compañeros o sus miradas de compasión. No quería su lástima.

Dominik me acompañó a la primera sesión de quimio, y estuvo sentado conmigo durante horas mientras los medicamentos se colaban en mi cuerpo. Aborrecía esa sensación, era tóxica.

Traté de escuchar música, leer o conversar mientras esperábamos, sin embargo, no había música que me animara, en los libros no podía concentrarme y no me daban ganas de hablar; no sabía de qué. Al final, me quedé mirando la aguja clavada en mi brazo, pensando en que destruiría más y más mi piel con cada tratamiento.

Observaba el suero en trance, imaginándome los miles de químicos nocivos que me estaban transfiriendo, químicos destinados a retrasar la muerte que crecía en mi interior. No lograba entender cómo se suponía que era saludable. Me daba asco.

El suero, mi cuerpo, el cáncer; todo me daba náuseas. Así que observaba las gotas caer una a una, con odio, como si así pudiera detenerlas.

Dominik se daba cuenta, pero no decía nada. ¿Qué iba a decir? No había palabras. Lo único que siempre me recordaba era que él estaba conmigo, y eso era lo único capaz de traerme un poco de paz en medio de la tormenta.

Luego de una media hora esperando en silencio comencé a sentir la náusea apoderarse de mí. Subía por mi garganta y bajaba de nuevo, iba y venía. Me concentré en respirar profundo: no quería que se notara, quise ser fuerte y me reprimí hasta que no pude más y vomité todo el contenido de mi estómago dentro de la bolsa que me había dado la enfermera.

—¿Violeta? —me preguntó Dominik cuando me calmé.

Tosí un poco, asintiendo.

—Estoy bien.

Ni yo me lo creía. Me imagino que él tampoco.

Una enfermera que estaba cerca se llevó la bolsa y me trajo agua y unas toallas de papel para limpiarme. Se lo agradecí con una mirada, rogando no vomitar de nuevo. Lo odiaba.

Por si acaso, pedí otra bolsa.

Me sentí débil y mareada el resto de la sesión, como un bulto que las personas podían controlar a su antojo. Mis brazos y piernas

colgaban lánguidos de la silla, y era como si me faltara la respiración.

—Ven —me dijo Dominik, aunque no esperó a que yo fuera junto a él.

Me tomó con extrema suavidad de la espalda y pasó sus brazos bajo mis rodillas para levantarme. Cerré los ojos mientras me llevaba hasta el sillón en donde él había estado sentado, siempre cuidando de no enredar el cable de la intravenosa, y me sentó junto a él. Yo estaba sin aliento, tratando de que los mareos no me controlasen por completo.

Ya me habían advertido de eso, pero…

—¿Es que esta va a ser mi vida de aquí en adelante? —gemí.

—Vi. —Suspiró. El dolor en su voz me hizo mirarlo, y cuando lo hice, sentí como si parte de mí se resquebrajara y me astillara por dentro—. Me encantaría decirte que no, pero no puedo mentirte, porque no lo sé. Solo sé que… que estaré contigo durante todo esto, que voy a apoyarte y que no vas a estar sola, nunca.

—Dom… —Lloré.

—Ssh, está bien. No pasa nada, Vi. Duerme, así no sentirás esto.

Asentí, reprimiéndome una vez más. No quería llorar ahí, delante de decenas de personas que me escucharían y se preguntarían qué era lo que me pasaba.

Me recosté en el silloncito junto a él y apoyé mi cabeza en su hombro. Antes de darme cuenta caí dormida.

Él tenía razón: no sentí nada.



CAPÍTULO 27

Aprender a deCir adiÓs

«Human» – Christina Perry

Violeta

Estaba tan adolorida, tan cansada… El mínimo esfuerzo me dejaba exhausta. Dormía casi todo el día, apenas me despertaba para ir al baño o para comer y ducharme. Bastaba con una caminata hacia el pasillo para que mi respiración se acelerara y tuviera que tumbarme en la cama por horas para recuperarme.

En mi estado actual, Dominik se encargaba de todo, y me daba mucha rabia sentirme así de inútil, inservible, marchita y desechable.

No sé quién inventó esa frase sobre que la esperanza es lo último que se pierde. En mi caso, fue lo primero que perdí, que me quitaron. La esperanza de una vida, de un futuro. Me había hundido en un pozo demasiado profundo y no me di cuenta de que no iba a tener fuerzas para salir, ni siquiera para aguantar.

Ya no tenía ganas de pelear, no después de todo lo que había soportado.

Había escuchado de personas en mi situación que decidían no desgastarse; elegían vivir al máximo lo que les quedaba sin hacer tratamientos que iban a demacrarlas. Vivían por menos tiempo, pero mejor. Felices, al menos. Yo lo pensé, pero *quería* vivir, y no podía rendirme ante la desesperación, porque no estaba sola. Se lo debía a otras personas: pelear.

Por ellas, haría el intento.

Así que ese día me levanté de la cama a pesar de que moverme era una tortura. Cada parte de mí se sentía como un saco lleno de arena y me costaba horrores levantarlo, me dolía tanto el cuerpo. Había pasado ya una semana y media luego de mi primera sesión de quimioterapia. El día siguiente fue el peor. Después no mejoró, pero sí podría decirse que me acostumbré.

—Vaya mierda —susurré. Tener que *acostumbrarme* al dolor me parecía deprimente.

Por descontado, en la clínica me dijeron que esperaríamos un poco más para la siguiente sesión: mi estado era lamentable, lo sabía, y lo peor fue que me aseguraran que eso era «lo normal».

Yo no quería vivir en ese tipo de normalidad. Anhelaba los días en que me despertaba llena de posibilidades, con una sonrisa, o riéndome y molestando a Dominik; ya no tenía energía para eso, aunque lo intentaba. Trataba con toda la fuerza que me quedaba de que nuestros momentos fueran buenos, de gastar bromas… Lo que fuera. Estaba desesperada por volver el tiempo atrás, regresar a aquella felicidad que nos duró tan poco.

Ya había aprendido, por mi pasado, que la felicidad era efímera, pero esto… Creí que, después de todo, merecíamos más. Sobre todo él. Él no se merecía verme así.

Yo sabía que lloraba a escondidas por las noches, cuando creía que yo estaba dormida o cuando pensaba que nadie lo escuchaba. Era un llanto silencioso, torturado y mudo; para cualquier persona hubiese pasado inadvertido, pero yo no era cualquier persona. Lo conocía demasiado bien.

Mi mente viajó hasta la noche anterior, cuando no podía dormir sabiendo lo triste que él estaba. Recuerdo haber puesto una mano

en su hombro y tirar de él con toda la fuerza que pude reunir. De inmediato Dominik supo lo que quería y se volteó. Me miró a los ojos con tanto amor, con tanta devoción…

—Dominik… Si quieres llorar, llora. Si quieres abrazarme y no soltarme, hazlo. Si quieres hablar del tema, no dudes, no por mí. Si te duele, siéntelo. Quiero… quiero estar para ti.

—No quiero hacerte esto, Vi. Ya tienes demasiado.

—Sé que crees que así me ayudas —le dije antes de que pudiese continuar—, pero no. Que finjas como que no pasa nada no me ayuda, solo me hace sentir peor. Podemos hacer esto… siempre que estemos juntos.

—Entonces tú promete que harás lo mismo —me recriminó—. Sé que te contienes por mí y no quiero que lo hagas.

—Es diferente —repliqué.

—No, no lo es.

—Bien. Entonces prometamos no tratar de proteger al otro ocultando lo que sentimos. ¿Trato?

Él asintió.

—Trato.

Esa noche hicimos el amor. No nos habíamos tenido de esa manera desde hacía semanas y lo extrañaba tanto. Conmigo de esa forma todo era limitado. Me cansaba fácil, me costaba seguirle el ritmo incluso cuando él se controlaba para no agotarme o hacerme daño. Aun así, lo necesitaba, lo deseaba. Me hacía sentir que recuperaba un poco de mi esencia, algo de la Violeta que había sido indestructible.

Sacudí la cabeza, volviendo al presente, despojándome de los restos de aquel recuerdo que en igual medida me dolía y me

llenaba.

—¿Estás bien? —quiso saber Dominik, acercándose con mi ropa—. ¿Te duele algo?

Siempre trataba de ayudarme de esas maneras pequeñas, que contaban más que cualquier otra. Me traía la ropa para que no me desgastara en ir por ella, o me preparaba algo de comer para asegurarse de seguir las instrucciones del doctor de mantenerme bien alimentada.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien, solo cansada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto hoy? Podemos alargarlo un poco más, y tampoco es necesario que renuncies si no quieres. No te han dicho nada por la licencia, ¿o sí?

—No. —Suspiré—. Pero prefiero hacerlo. No quiero ser una carga para Adrien, que me sigan pagando si estoy fuera por meses… Sencillamente no se siente correcto, no quiero hacerle eso, menos después de lo amable y generoso que ha sido conmigo.

Dominik asintió. Lo entendía a la perfección. Yo estaba decidida, pero el prospecto de esta conversación me aterraba. No sabía cómo iban a reaccionar, o cómo reaccionaría yo, para ese caso.

—Está bien. Avísame cuando estés lista, ¿sí?

Asentí.

Comencé a vestirme despacio, tratando de no malgastar la poca energía con la que me había despertado. El día había empezado bastante bien y no quería arruinarlo. No tan pronto, al menos, ya que todavía quedaba mucho por delante.

Me pasé la camiseta y el suéter enorme por la cabeza. Últimamente tenía que recurrir a ropa más gruesa; mi cuerpo estaba

tan débil que me costaba mucho mantener el calor, otra de las desventajas del tratamiento. Sin embargo, no quería pensar en eso. Estaba tan harta de ahogarme en todo lo que me había quitado, y recién llevábamos una sesión. No quería ni imaginarme lo que sería el siguiente mes.

Pensar en el futuro en algún momento me había llenado de esperanza. Ahora no había nada que me diera más miedo.

Apenas estuve lista, salimos. No había caso en demorarlo más, y tanta anticipación tampoco me hacía bien.

El trayecto en ascensor fue eterno, pero el camino hasta el bar fue todavía peor. Ya no me quedaban uñas para morderme.

Antes de bajarnos del auto me forcé a componerme, a guardar todo mi dolor, mi angustia, mi ansiedad, mis nervios y mi estrés en el cajón más polvoriento y apartado de mi ser, y caminé con la cabeza tan en alto como fui capaz. Dominik me tomó la mano apenas llegó junto a mí, y sentí que su calor me daba fuerzas, que calentaba mi cuerpo entumecido y aletargado.

Cruzamos las puertas que anunciaron nuestra llegada dejando entrar una ráfaga de aire frío. Por suerte no había demasiada gente. Así sería más fácil. Espié por sobre las cabezas de las personas hasta localizar el cabello rubio de Tim, que estaba de espaldas a mí en la barra, junto con Adrien. Supuse que él estaría ayudando durante mi ausencia.

No tuve ni que llegar a la barra para hacerme notar, porque Tim se dio la vuelta en ese momento. Me pregunté de qué habían estado conversando, ya que tenía congelada una risa que quedó a medio camino cuando reparó en mí.

—¡Violeta! —gritó Tim apenas me vio. Bordearon de inmediato la barra para venir a mi encuentro. Estaba tan emocionado por verme que no se percató del cambio en mi semblante ni de mi aspecto demacrado, y me abrazó con tantas ganas y afecto que me tambaleé, pero le devolví el gesto, conmovida en lo más profundo de mi ser. Esto iba a ser tan difícil…—. ¡Te hemos extrañado mucho! ¿Dónde has estado?

Lo dijo todo junto a mi oído, sin soltarme. Era tan tierno, tan bueno. Me rompía el corazón saber que iba a hacerle daño.

Sin embargo, mi vista cayó en la persona que no se había movido ni un centímetro de la barra, y que tenía los ojos fijos sobre nosotros. La mirada fría de Adrien nos observaba examinándonos, *examinándome*. Supe que a él no podía engañarlo, y que por más feliz que estuviese de verme, a él no le nublaban el juicio sus emociones. Él sabía, se había dado cuenta de que algo estaba terriblemente mal conmigo. Mi aspecto, esa licencia médica interminable… No era difícil de suponer.

—Yo también me alegro muchísimo de verte, Tim. Me hubiese gustado venir antes…

—¿Pero? —adivinó el, separándose de mí.

Entonces me vio. Realmente *me vio*. Su sonrisa se desvaneció y sus ojos parecieron apagarse.

—Deberíamos ir atrás —sugerí—. Tengo algo que contarles.

Él asintió, mudo, y se encaminó a la barra antes de que yo dijese nada más. Le murmuró algo a Adrien y él asintió una única vez en mi dirección. Me volteé hacia Dominik, quien me dedicó una sonrisa tranquilizadora, no del todo genuina.

—Ve, estaré afuera. Tengo que hacer una llamada.

Asentí sin saber a quién podría llamar, mas no pregunté. Mi curiosidad estas últimas semanas se había apagado. Lo observé salir durante un momento hasta que reuní valor y me encaminé hacia esa macabra conversación que tanto temía. Vi por el rabillo del ojo que Adrien le decía algo a una chica que pasaba junto a él con una bandeja —mi reemplazo, supuse—. Ella asintió y siguió su camino sin dedicarnos una segunda mirada. Eso me gustó: se concentraba en sus propios asuntos. No todos lo hacían. A veces, ni siquiera yo.

Me llevaron a uno de los cuartos de abastecimiento donde se guardaban la comida y el licor. Había unos bancos en los que nos sentamos, y Adrien prendió la luz para que el lugar no se viera tan lúgubre. Pensé que era un buen toque para lo que estaba por venir.

Mirándome como un hielo, Adrien preguntó:

—Supongo que viniste a explicar… todo.

Asentí. En el fondo comprendí el porqué de su tono, de su mirada fría y su actitud defensiva. Era un escudo, una protección, la misma que Dominik usaba con el resto del mundo para tratar de resguardar sus emociones. Ahora Adrien se estaba poniendo esa coraza conmigo porque sabía lo que iba a decir, lo intuía con todo su ser y sabía que iba a doler, y tenía miedo.

Antes de hablar, suspiré. Y después solté todo. Los dolores de cabeza, los mareos, el cansancio. La estúpida cita al oculista y mi desmayo cuando estuvimos en Los Ángeles. Les conté con detalle cada paso de mi épica tragedia y ellos no me interrumpieron, demasiado asombrados para decir nada. Y yo hablé y hablé como si no me afectara decirlo, incluso cuando cada palabra que salía de mi boca era como exhalar mi último moribundo aliento, con la voz

rasposa y cortada, cada respiración desgarrándome por dentro como cuchillos.

Y ellos escucharon, y asintieron, y lloraron.

Cuando terminé, lo único que rompía el silencio eran los sollozos ahogados de Tim, que me miraba con una pena infinita. Adrien, por otro lado, había bajado los ojos y observaba el suelo como si no soportara verme y tener que aceptar mis palabras.

Tim fue el primero en hablar.

—¿Qué…? ¿P-por qué?

No «cómo», o «desde cuándo», sino «por qué». Y eso era todavía más difícil de responder.

—No lo sé, Tim. Quizá… —*Quizá me lo tenía merecido*, había querido decir, pero pensé que eso era demasiado. Para que lo comprendiera tendría que empezar por explicarle todos los acontecimientos de mi vida que me habían hecho ser como era, y no quise manchar su recuerdo de mí—. No lo sé —dije al fin, derrotada —. A veces solo pasan cosas malas.

—Pero no a ti, tú…

—Créeme, me han pasado muchas cosas malas, Tim. Esto es solo… la cereza en el pastel.

—No mereces esto —susurró.

El corazón se me encogió dentro del pecho. No supe qué decir e, incluso si hubiese sabido, no hubiera podido. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de una piedra, y por más que tragaba no conseguía deshacerlo. Miré a Adrien en busca de apoyo.

Él no había dicho nada en toda la conversación. No lo conocía lo suficiente como para tratar de adivinar qué era lo que estaba

pensando, pero podía ver la tensión en sus músculos, su mandíbula apretada y la vena de su sien que parecía querer explotar.

—¿Adrien…? —musité.

—Te mereces muchas cosas, Violeta, pero esto… esto no. Nadie se lo merece.

—Has sido tan buena conmigo, Vi.

Tim jamás me había llamado así. Nunca, a pesar de todos sus gestos afectuosos y sus comentarios, jamás me había dado un apodo, y esa cercanía, en ese momento, hizo que las lágrimas que tanto había contenido llegaran a mis ojos.

—Violeta… —comenzó Adrien, echándose adelante en su asiento y tallándose los párpados con la mano derecha. Jamás lo había visto tan cansado. Cuando me miró, sus ojos estaban enrojecidos—. Sé que hablo por los dos cuando te digo que… No tienes idea de lo mucho que vamos a extrañar tenerte aquí. —Lanzó una mirada furtiva a Tim, que asintió con ganas—. Pero eres lo primordial, *siempre*. Ve a casa, descansa, sigue tus tratamientos… y recupérate.

Esa última palabra fue muchas cosas. Fue una orden, una petición, una súplica, un hecho y una esperanza.

Las lágrimas corrieron por mi rostro cuando se inclinó para abrazarme. Enterré la cabeza en su hombro, despidiéndome en silencio por quién sabía cuánto tiempo. Quizá… No, no quería pensar en que podría ser para siempre.

Recupérate.

Lo haría. Como fuera, pero lo haría. Por ellos, por Dominik. Por mí, por todos. Por la niña que fui y la mujer que era ahora.

Me estrechó una última vez antes de soltarme y salir de la habitación sin decir nada. Por fuera se veía muy fuerte, pero en el

exterior no era más que una persona a la que acababan de herir profundamente y prefería lamentarse en silencio. En eso nos parecíamos.

Enfrenté a Tim. No bien me volteé hacia él lo sentí contra mí, abrazándome con ganas.

—Eres la mejor amiga que he tenido, Violeta.

Eso no podía ser cierto.

—Por supuesto que no —repliqué, aunque le devolví el abrazo y me apoyé en su hombro.

—Sí, lo eres. S-siempre he tenido problemas para hablar con las personas, me cuesta conocer gente nueva y por eso suelo ser muy solitario. En el colegio se burlaban de mí por ser así, y por supuesto yo no decía nada. Me daba miedo, se me atoraban las palabras, y eso solo hacía que se riesen más. Me ponían toda clase de nombres, inventaban cosas de mí a mis espaldas, incluso en ocasiones me golpeaban —admitió. Me hubiese gustado decir que no podía creer lo que estaba escuchando, sin embargo, había experimentado de primera mano la crueldad de las personas. Lo creía—. Contigo todo ha sido tan fácil, y me has ayudado tanto… Nunca te burlaste de mí, siempre me alentaste, me dijiste que sí podía, que no era un inútil bueno para nada y, en vez de reírte, me enseñaste. Nadie había hecho eso conmigo.

—Oh, Tim. —Lloré y lo apreté con más fuerza.

—Quiero que sepas que jamás lo voy a olvidar. —Asentí contra su hombro, intentando lidiar con el maldito dolor que me apuñalaba la garganta—. Y quiero que sepas que, aun cuando no vayas a trabajar más aquí, voy a aplicar todo lo que me enseñaste.

—Gracias, Tim. De verdad. Eres una de las mejores personas que he conocido. —Me alejé solo lo suficiente para mirarlo a los ojos y que sintiera mis palabras. Me costaba tanto hablar y sacarlas de mí, pero lo conseguí. Necesitaba que lo supiera—. No pierdas eso. Jamás. Hay… Hay demasiada maldad en el mundo, y lamento, lamento tanto… —Mi voz se desgarró. No me importó. Él lloraba frente a mí, y supe que él necesitaba escucharlo tanto o más que yo decirlo—. Lamento tanto que esa maldad te haya llegado a ti.

—Yo también lo siento muchísimo, Violeta.

—Tim… —Suspiré una vez, sabiendo que esta era la despedida—. Nunca pierdas lo que te hace ser tú.

Fue lo último que le dije.



El orfanato me recibió con esa calidez que yo asociaba a él, una calidez completamente bienvenida para mi interior entumecido. Apenas el azul de la casa apareció, recordé la primera vez que lo vi. ¡Cómo había llorado!

—¿Lista? —preguntó Dominik.

Asentí y nos bajamos del auto. Esta era la última parada antes de poder ir a casa y descansar. Estaba exhausta, y no era solo mi cuerpo el que estaba agotado, sino también mi cabeza. Eran demasiadas emociones en un solo día, tanto que asimilar, mucho dolor con el que cargar —el mío, el de los demás, el de saber que el dolor de ellos era por mi causa—, un poco de todo.

Solo quería volver a casa y que Dominik me abrazara hasta quedarme dormida, pero primero tenía que hacer esto. Se lo debía a

ella, lo sabía a la perfección, y esa era la razón por la cual había evitado tanto esa conversación. Era estúpido, no obstante, para mí decirle a Camila la verdad sobre mi enfermedad era como decirle a la niña de catorce años que lloró al ver esa casa que podría morirse.

Pero incluso si lo aborrecía tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo para sanar.

Le hice un gesto a Dominik y él tocó la puerta con decisión. Un minuto después escuchamos los pasos acercarse en el interior, y la puerta abrirse tan rápido que la madera crujió. Camila sonreía del otro lado.

—¡Violeta, hace tanto que…! —Su emoción, así como su voz, se fue apagando en cuanto empezó a procesar la imagen que tenía delante.

En cuanto empezó a procesarme *a mí*.

—Hola, Camila.

Pude ver la preocupación teñir cada una de sus facciones. Miró a Dominik como si buscara una explicación que él no podía darle. Eso no le trajo consuelo en lo absoluto, me imaginé, porque si buscaba algo que reasegurara su confianza rota, no iba a encontrarlo en él, en el chico demacrado que distaba mucho del que les contaba cuentos a los niños.

Volvió a verme con la duda y el miedo grabado en los ojos.

—Pero, mi niña, ¿qué…?

—¿Puedo pasar? —Hice un gesto hacia adentro, hacia el calor y hacia una silla. Necesitaba sentarme—. Tengo mucho que contarte.

Camila asintió, muda, sin ser capaz de pronunciar una palabra.

Entramos en la casa. La chimenea estaba prendida al fondo del salón, así que una agradable oleada de calor nos llegó apenas

cruzamos el umbral y la puerta se cerró. Caminé sin esperar a nadie hasta la cocina y me senté junto a Dominik en un banco.

Camila se sentó del otro lado. Debía estar realmente asustada, porque no me ofreció ni siquiera un vaso de agua cuando dijo:

—No has venido en mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Qué está pasando, Violeta? ¿Por qué te ves así?

—Es una larga historia…

—No me des rodeos, por favor —pidió. Sonaba tan cansada como yo me sentía.

Bien.

—Tengo cáncer, Camila.

Eso había salido de mí con más facilidad de la que había proyectado.

Esperé con paciencia que ella asentara las palabras y entendiera su significado. Observé de reojo a Dominik; tenía la cabeza baja y los ojos entrecerrados. Odiaba que tuviera que presenciar eso, escuchar esas palabras que eran como cuchillos helados para su alma. Nunca me miraba cuando las decía, nunca reaccionaba, era como si estuviese…

—¿Qué? —La voz de Camila me sacó de mis pensamientos.

—Me enteré hace poco más de un mes. Ya tuve mi primera sesión de quimioterapia, y empiezo con radiación el mes que viene, si todo va bien.

—¡Violeta! ¿¡De qué demonios estás hablando!? —chilló ella.

Le sonreí con tristeza, sabiendo que prefería no entenderlo antes que aceptarlo.

—Es verdad, Camila. Es horrible, pero es… es la verdad. Tengo un tumor en la cabeza.

—Pero, mi niña, ¿cómo…? No lo puedo creer —dijo casi con una sonrisa indignada, mirando hacia arriba tratando de hacer retroceder las lágrimas—. Sencillamente…

—Yo tampoco lo puedo creer. Todavía es difícil. Yo… no había querido venir porque no quería aceptarlo. Aún no lo hago del todo. Estaba tratando de evitar esta conversación, pero te lo debía. Sé que es horrible, y lamento no poder ahorrarte el dolor.

Lo lamentaba de verdad; no poder ahorrarle ese dolor a ella y a todos los que estaban alrededor mío. Si no había forma de cambiar mi enfermedad, al menos me hubiese gustado cambiar eso.

—No… No, Violeta. No tienes nada por lo que disculparte, ¿me oyes? Jamás. Nada de esto es tu culpa, y por supuesto que prefiero saberlo. No te preocupes por mi dolor, cuando eres tú…

Se detuvo. Su mirada me dijo tanto en ese momento, cosas que no podría jamás poner en palabras.

—También quería decirte que… no podré seguir adelante con la gala. —Me reí. No supe por qué. Le había puesto tanto de mí, a la gala, a este lugar, y ya no estaría ahí para verlo, para ayudar a hacer esa diferencia que desearía que alguien hubiese hecho por mí—. No por ahora, al menos. El tratamiento es demasiado intenso y me está costando mucho recuperarme.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, casi incrédula de mis palabras.

—¡Pero, por favor! Ni siquiera pienses en eso. Violeta, has hecho tanto. Ahora te toca a ti. Concéntrate en ti, en sanar.

—Es solo que quería…

—Lo sé —me cortó, todavía negando—. Pero cuando estés sana y completa podremos planear muchas galas. Me pondré los vestidos y haré todos los discursos que quieras.

Lo dijo con tanta seguridad que algo dentro de mí se removió con fuerza.

Camila extendió su mano para tomar la mía por sobre la mesa, con los ojos en el punto en que nuestros dedos se entrelazaron. Así, sin soltarme, se levantó de su banco y fue a sentarse a mi lado.

Me voltee una vez hacia Dominik, quien dio todo de sí para sonreírme y darme ánimos. Se lo agradecí con la mirada y me volví hacia Camila. Sus ojos no se habían levantado.

—¿Camila? ¿Estás bien?

—Yo… No sé cómo reaccionar. Aún estoy en *shock* —admitió—. Te conozco desde tan pequeña, y siento como si me quisieran quitar a mi hija.

Sus palabras se clavaron tan profundo en mi interior. Nunca pensé que me viera de ese modo a pesar del vínculo que nos unía desde ese primer momento en que *verdaderamente* se preocupó por mí… y lo hizo sin conocer nada excepto mi pasado. Y se encargó de que eso no me definiera.

Me miró con tanto dolor en los ojos que no pude soportarlo.

—Por favor, no me veas así —le pedí—. No me mires con lástima, no me compadezcas. He perdido tantas cosas, pero mi determinación sigue igual. —Traté de reír. Me salió apenas.

—Violeta…

—He perdido todo en esta vida, Camila, y ahora quizá pierda la mía también. No tengo el control de nada, nunca lo tuve. Estoy aterrada de lo que pueda pasar, y me siento tan indefensa… Así que,

por favor, no me mires así porque siento que voy a llorar, y si eso pasa no podré detenerme.

Camila asintió.

—Dios, recuerdo cuando eras una niña, y ahora… —Me abrazó fuerte, antes de que pudiera reaccionar, apretándome contra su pecho sin soltarme. Yo dejé que me abrazara como una madre y me refugié en su calor—. Has crecido tanto, Violeta. Te has convertido en una mujer hermosa, segura de sí misma. Sabes lo que quieres y luchas por ello.

—Demonios, Camila, te dije que no me hicieras llorar —mascullé.

Ella tuvo el descaro de reírse de mí mientras mis ojos se aguaban. Se separó lo suficiente para verme a la cara y dijo:

—Siempre, *siempre* has peleado por lo que quieres, y por eso lo consigues. Porque no te rindes. No te rindas ahora. Todavía tienes mucho que vivir. —Asentí llorosa. No dije nada solo porque ella ya lo había dicho todo—. Sé que es imposible en este minuto, cuando todo parece tan oscuro, pero cree en ti, Violeta. Eres fuerte. Y si no lo crees, solo piensa en todo lo que has vivido y date cuenta de que sigues sonriendo. Si eso no es fortaleza, entonces no sé qué lo es.



Esa noche, Zoë me llamó. Me fui a mi antigua habitación para hablar con ella, anteponiéndome al llanto que sabía iba a inundarme.

Suspiré descolgando el teléfono y llevé el aparato a mi oído. Ni siquiera me saludó. No me dio la oportunidad de hablar antes de decir:

—Voy a ir a verte. Estaré allá el mes que viene, y no tengo boleto de vuelta.

Lo declaró como si nada, como si no estuviese dejando todo de lado para estar conmigo mientras me desvanecía entre medicamentos y exámenes.

—¿Qué? Pero, Zoë… tu proyecto… toda tu vida está allá.

—No hay nada que no pueda resolverse con una videollamada. Ellos lo entienden. Además, puedo diseñar desde cualquier lugar. Llevaré todos mis materiales y trabajaré en ello, te lo prometo. No voy a atrasarme.

Sus palabras me conmovieron en lo más profundo. Me preocupaba por ella, así como ella por mí. Nos cuidábamos la una a la otra.

—Zoë… —No me dejó terminar.

—Iré, Violeta. Ya hablé con Dominik y me quedaré con ustedes. Ayudaré en lo que sea posible, y él me dijo que hasta podía conseguirme un escritorio gigante para trabajar en mis planos, así que…

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué minuto?

Moría por hacer esas preguntas, pero me había quedado sin habla. Mi corazón se estrujaba como un trapo dentro de mi pecho, estilando lágrimas y sonrisas. Dominik había hablado con ella porque sabía que iba a necesitarla.

—Para que veas —se jactó— lo mucho que nos importas. Estaré ahí el próximo mes, y no está sujeto a discusión.



CAPÍTULO 28

Flores entre la nieve

«Like I’m Gonna Lose You» – Jasmine Thompson Zoë se removió en su asiento, inquieta e incómoda en ese reducido espacio. Pero lo que le molestaba no era estar apretada, o que por los nervios sus piernas no dejaran de moverse, sino que llevaba horas en ese avión y sentía que estaba desperdiciando un tiempo valioso sin hacer nada más que moquear y llorar. Dios, qué tonta se sentía, y qué papelón debía estar haciendo, sin embargo, estaba demasiado concentrada en sus asuntos como para detenerse a analizar qué pensarían otras personas sobre ella. Sinceramente, tampoco le importaba.

Lo único que le preocupaba era Violeta. De haber sido por Zoë, hubiese ido a verla en el minuto en que se enteró, pero si quería ir por más tiempo, tenía que asegurarse de dejar todo en orden antes de poder irse del país por… no sabía cuánto tiempo. La respuesta era simple: todo el tiempo que la necesitaran.

Esa era otra de las cosas que no le importaba: le daba lo mismo dejarlo todo atrás con tal de estar con su amiga. De solo pensar en tener que volver a casa, en tener que preguntarse si esa sería la última vez que la vería… No, prefería quedarse.

Había partido la noche anterior y había llegado a media mañana a su vuelo de conexión, en el que ahora se encontraba. Llamó a Dominik antes de embarcar, pues sería él quien iba a esperarla en el aeropuerto. Violeta estaba demasiado delicada como para ir, demasiado cansada, demasiado débil. Zoë odió escuchar esas palabras. Apenas consiguió susurrar una respuesta a medida que el nudo se construía en su garganta, y fue un alivio subir al avión y tener que cortar la llamada, pues ya no podía hablar de la emoción y la pena.

Trató de no fijarse en las miradas curiosas y entrometidas que algunas personas le dirigieron dentro del avión. Al final, se terminaron acostumbrando a sus lágrimas mudas, a la chica que lloraba en silencio en el asiento de segunda fila, junto a la ventana. Pero estaba bien llorar, suponía Zoë, y era un alivio poder desahogarse antes de llegar, pues no quería que Violeta viera su dolor ni que fuera testigo de su llanto: ya tenía dolor suficiente como para añadir también el suyo. Así que, con eso en mente, se puso los auriculares y apoyó la cabeza en la ventanilla.

Sintió los ojos de la persona que iba sentada a su lado clavarse en su perfil, en sus hombros encorvados y en su semblante desanimado. Zoë se volteó a verla: era una mujer mayor, de unos sesenta o setenta años, de cabello color ceniza surcado por el blanco. Se veía genuinamente preocupada por ella, por lo que fuese que le estuviera pasando, sin embargo, Zoë no pudo hacer más que ofrecerle una mirada de disculpa por ser la llorona que le había tocado por compañera, y seguir llorando. La anciana asintió solo una vez y volvió a concentrarse en la película que estaba viendo, dejando a Zoë sumida en su mundo luego de esa pequeña interacción con la realidad.

No sollozó. No hizo ruido y su respiración tampoco se aceleró. No era un llanto descontrolado, sino uno de quien sabe que ya no hay nada que hacer salvo mantener la calma y estar presente. Las lágrimas rodaban en silencio por sus mejillas y ella dejó que cayeran en su regazo, limpiándose la cara con un pañuelo cuando sentía que le ardía demasiado. Y contempló las nubes y el horizonte por debajo de ella, ansiando el momento en que eso la hiciera sentir que estaba por sobre sus problemas.

Al menos, la hermosa vista la calmaba y contenía, evitaba que entrase en la histeria. Iba a ser un vuelo largo.

En algún momento se quedó dormida, mas se despertó de un salto pensando en que ya le faltaba poco para aterrizar. Cuando se dio cuenta de que no habían pasado más de cinco minutos, lágrimas volvieron a aguar sus ojos, impulsadas por su arrebato y estupidez.

Zoë suspiró y se volvió a apoyar con un gran y sonoro suspiro en el respaldo reclinado de su asiento. En su impulso había saltado como un resorte hacia adelante.

Se volteó al sentir que alguien le tocaba el hombro. Era la mujer, su compañera de fila, que la veía con una sonrisa amable y cálida tanto en los labios como en sus ojos verdes. No le dijo nada, solo señaló con el mentón hacia abajo. Zoë siguió su mirada hacia un pequeño paquetito de pañuelos del que sobresalía uno. La miró un tanto avergonzada y lo tomó.

—Gracias —dijo antes de limpiarse la cara y la nariz—. Eeh… puede que necesite otro —se disculpó.

La mujer sonrió todavía más.

—Tómalos, son para ti.

Zoë logró sonreír: era lo más lindo que habían hecho por ella ese día.

—Muchas gracias.

—¿Sabes qué necesitas? Un caramelo. Creo que tengo unos por aquí… —La mujer rebuscó en sus bolsillos y luego en su bolso. Al final, sacó de él un paquete de dulces cerrado, que abrió al instante. Se metió uno en la boca—. Mmm —lo saboreó—. Nada que un dulce no arregle.

—No sé si esto pueda arreglarse —murmuró Zoë con pena, pero se animó a sacar un par de dulces de la bolsa que ella le ofrecía.

—¿Sabes? Cuando era más joven que tú, vi un día a una mujer llorar en el aeropuerto. Estaba tan desconsolada, y ¡cómo lloraba! Me sentí muy mal por ella. Estaba sola y pensé que quizá necesitaba a alguien que le ofreciera un pañuelo. Quise hacerlo, pero me contuve porque me dio miedo que me rechazara. Yo era muy tímida de adolescente. —Sonrió, recordando la época pasada—. Al final, la mujer se fue y nunca pude darle el pañuelo. Me prometí ese día que, si la oportunidad volvía a darse, ofrecería mi consuelo a un extraño sin dudarlo, porque tal vez lo necesitara. —Le sonrió—. Ya ves, han pasado más de cuarenta años, pero aquí estás.

Lo había logrado. Zoë se imaginó la escena mientras se la describía: su bondad y simpleza la hicieron sonreír.

—Espero que esa mujer haya podido solucionar lo que sea que la haya hecho llorar tanto.

La anciana asintió.

—Yo también. Y espero que tú lo hagas de igual modo, mi niña. No llores así, todo se puede solucionar, excepto la muerte.

—Ese es el problema —musitó Zoë con profunda tristeza.

—Oh, ya veo.

—Es mi mejor amiga —soltó Zoë, y antes de que pudiera contenerse se encontró contándole toda su vida, cómo siempre había luchado por mantener amistades, pensando en que quizá estaba haciendo algo mal… y luego llegó Violeta y se dio cuenta de que no había conocido a alguien con quien conectara de la manera adecuada.

Le contó sobre esos años en París, cómo por primera vez en su vida sintió que estaba todo completo, que tenía alguien con quien contar mientras estudiaba tan lejos de casa y de su familia. Y le habló de la enfermedad que ahora la aquejaba.

Cuando terminó, el llanto había vuelto a hacerse presente, así que se limpió de nuevo la cara con los pañuelos.

—No puedo decirte que entiendo exactamente por lo que estás pasando —le dijo—, pues jamás he perdido a una amiga. Pero sí a mi padre hace varios años…

—Oh, lo siento mucho.

—Yo también. —Asintió con tristeza, sin embargo, una sonrisa de nostalgia cubría su rostro—. Siempre fuimos muy unidos, desde que yo era pequeña, y éramos solo los dos. Cuando me fui a vivir por mi cuenta seguimos siempre en contacto, hablábamos todos los días, compartíamos la vida en tantos sentidos… era como si pensáramos lo mismo. Escuchábamos la misma música, leíamos los mismos libros. Me encantaba pasar tiempo con él. Desde que lo perdí, siento que nada jamás podrá llenar ese vacío.

—¿Eso es lo que me espera, entonces, si Vi no aguanta? —No pudo reprimir un sollozo—. ¿Un vacío que no…? —No pudo terminar la oración.

Por Dios, no quería ni pensarlo.

Zoë no estaba acostumbrada a la pérdida. Jamás había *perdido* a nadie y el pensamiento la aterraba. ¿Qué sería de su vida? ¿Y qué si no lograba superarlo?

—No voy a mentirte, ese vacío siempre estará en mí, pero con el tiempo… Es como un agujero en tu pecho cuyos bordes lentamente

se van limando, ¿me entiendes? Sigue ahí, solo que es más llevadero. Y vuelves a sonreír.

—¿Y si no? —insistió.

—Encontrarás la forma. ¡Vamos! Ten un poco más de fe en ti. Y en tu amiga, que suena maravillosa.

Zoë rio.

—A veces me falta eso, la fe en mí.

—A todos —admitió—. Pero siempre piensa en que el mundo sería un lugar mucho mejor si todos creyésemos en nosotros mismos.



El aeropuerto, como de costumbre, estaba lleno de gente que se movía de un lado a otro cargada de bolsos, abrigos, niños y maletas. Zoë odiaba las multitudes, además estaba muy impaciente, así que se apresuró a pasar por migración y tratar de ubicar el lugar donde recoger su pesado equipaje. Había empacado bastante, dos maletas grandes, para asegurarse de tener todo lo necesario tanto para su uso diario como para su trabajo y sus diseños.

Se había despedido con cariño de la mujer del avión, esa anciana tan amable que le había brindado su apoyo sin esperar nada a cambio. Quedaban pocas personas así en el mundo.

Corrió hacia la cinta número veintiocho, que era la correspondiente a su vuelo. Se perdió un par de veces en el camino, porque su sentido de la orientación era pésimo y porque estaba tan desconcentrada que omitía las señales más obvias que le indicaban por dónde ir. Danzó y dio tumbos por los pasillos, revoloteando y

abriéndose paso entre la gente, tratando al mismo tiempo de no atropellar a nadie. Era un caos.

Después de varios intentos logró llegar a la maldita cinta. Lo único bueno de su demora era que la máquina ya había empezado a andar, así que con suerte sus maletas vendrían pronto. Recordaba que de niña solía pararse justo al lado de la salida, y así observaba entremedio de las compuertas cómo cargaban el equipaje. Le gustaba tratar de adivinar si la siguiente sería la suya.

Esperó con la vista fija en cada bolso de color que aparecía. Su pie se movía con impaciencia en un tic nervioso que ya no podía detener. De algún modo, ese movimiento la ayudaba a calmarse, a tener algo más en lo que fijar su atención hasta que, por fin, los bultos rojos aparecieron ante su vista. Los tomó, fingiendo que no le pesaban. Con una pequeña sonrisa triunfal se dirigió a la salida.

Zoë tuvo que pararse de puntillas para poder ver mejor entre la multitud, sosteniendo una maleta en cada mano y con un bolso y una mochila colgando de los hombros. Ignoró todo lo que no le era relevante: las personas que le ofrecían sus servicios de transporte o los chillidos de alegría de quienes se reencontraban… Eso le hizo recordar cómo ella y Violeta habían gritado cuando se vieron en el bar luego de tanto tiempo.

El cabello despeinado e inconfundible de Dominik apareció ante sus ojos. El chico le hizo una seña a la distancia a modo de saludo, y ella tomó con firmeza sus maletas para encaminarse hasta él.

Cuando estuvieron frente a frente Zoë pudo sentir su dolor, pudo *verlo* en sus ojos cansados, en su expresión exhausta… Lo abrazó sin pensar. No se conocían demasiado, sin embargo, recordaba a la perfección que en una noche de borrachera él le había confesado

sus más profundos sentimientos hacia su mejor amiga. Le había hablado de su amor, de su amistad, de su deseo, de sus miedos. Y ahora que al fin estaban juntos, Zoë no podía imaginarse una peor pesadilla que la que estaban viviendo.

Compartieron por unos segundos todo ese miedo y angustia en el abrazo. Entonces se separaron y él sonrió, aliviado de verdad.

—Gracias por venir, Zoë. Significa mucho. Violeta va a estar tan contenta de verte…

—Por supuesto, solo quiero estar con ella. Para lo que necesite.

Dominik asintió sonriendo apenas.

—Ven, salgamos de aquí.

Asintió, notando que él estaba tan ansioso por volver como ella por llegar. Dominik tomó sus maletas sin aceptar réplicas por su parte, así que se lo agradeció. Tampoco aceptó quejas cuando pagó el estacionamiento.

Fue un alivio salir del aeropuerto y respirar aire fresco por primera vez en horas. Llevaba todo el día viajando, así que la brisa fue bienvenida. Dominik le indicó el camino al auto en silencio, taciturno, y a Zoë se le hizo un nudo en el estómago de pensar en que esa persona desgarrada que tenía frente a ella era la misma que una vez fue sarcástica y arrogante, esa con la que había bromeado e incluso coqueteado, en su momento.

Es lo que hace el dolor, pensó, *destruye*.

Se pusieron en marcha no bien subieron al auto. Tardaron unos minutos en salir del estacionamiento, sin embargo, en la carretera el tránsito fue más expedito y pronto pudieron alcanzar una velocidad que hacía que el exterior se perdiera en una mancha borrosa.

En el vehículo reinaba un silencio nervioso, aunque Zoë supuso que los nervios eran únicamente cosa suya, pues estaba tratando de reunir el valor para preguntar lo que llevaba pensando todo el viaje. No sabía cómo hacerlo, ni siquiera estaba muy segura de estar preparada para oír la respuesta, pero era importante que lo hiciera, así que habló:

—¿Cómo está ella? —preguntó en tono bajo, cuidadoso—. Y sé sincero, no trates de endulzarlo —agregó.

Necesitaba la verdad, cruda como fuera.

El silencio de Dominik fue respuesta suficiente, no obstante, Zoë aguardó porque tenía que escucharlo. Podía imaginarse muchas cosas, así que necesitaba que alguien se lo acotara, que se lo describiera para saber qué esperar y así, con suerte, sería menos chocante. Y no por ella. No; lo que fuera, ella podría manejarlo, pero a veces le costaba controlar sus expresiones faciales y no quería hacer sentir mal a su amiga.

Lo que no consideró fue a Dominik, y enseguida se maldijo por ello. No quería traerle más dolor a él, aunque supuso que hablar sobre el tema era lo de menos. *Verlo* debía ser lo difícil. No quería ni imaginarse la agonía que debía significar que la persona que amabas se estuviera desvaneciendo en el aire.

Lo observó apretar la mandíbula y las manos sobre el volante hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Mantuvo la vista en él porque todo era información que estaba procesando. Después de un rato, Dominik soltó un suspiro.

—Ya no es la misma de antes —dijo entre dientes.

Oh. Suponía que tenía sentido.

—Está cansada todo el tiempo —continuó—, solo levantarse la deja exhausta. El primer ciclo de quimio no fue bueno, pero el segundo está siendo… Hay días en que le duele todo el cuerpo, tanto que le cuesta moverse o ya de plano no puede hacerlo. Tiene muy poca energía, muy poco apetito… y la entiendo. —Suspiró de nuevo, como dándose ánimos para seguir—. Hay días más difíciles que otros. A veces llora cuando está sola, para que yo no la vea. Sé que odia sentirse así, pero no sé cómo ayudarla. Lo peor es que creo que…

—No hay nada que puedas hacer —completó Zoë.

Dominik asintió.

—No. La ayudo en todo, pero al final no puedo hacer nada en contra de lo que la tiene así. Contra eso que la está… — *Matando*. Aquella palabra flotó en el ambiente sin que nadie se atreviera a pronunciarla en voz alta—. Todavía le quedan unas semanas de radioterapia, pero no… Los doctores no ven que el tumor se esté encogiendo.

Al inicio, Zoë no procesó lo que eso significaba.

—Y ¿entonces? ¿Qué van a hacer?

—¿Ajustar la estrategia? —Era más una pregunta que una respuesta—. No sé, Zoë. —Suspiró—. Pero es más difícil verla así de mal y saber que todo lo que ha hecho no está resultando. —Se quedó callado por mucho rato. Tanto, que Zoë tuvo tiempo de entender lo que había querido decirle: *no estaba resultando*. Después, Dominik agregó—: El tratamiento le ha causado estragos físicos, así que es bueno que estés preparada.

Zoë asintió, aunque no sabía si algún día estaría por completo preparada. Lo que sí sabía era que daría todo de sí. Todo lo que

fuera necesario.

—Hay días buenos —se apresuró a añadir. Lo dijo con tanta fuerza, con tanta convicción, que Zoë pensó que esos pocos días buenos eran a lo que Dominik se aferraba, el delgado hilo que lo mantenía a flote—. Días en los que no tiene tanto dolor ni mareos ni náuseas. En esos días tratamos de hacer cosas, de salir, en auto, para que no se canse. Vamos a comer o vemos una película, lo que sea que la haga feliz. Y ella sonríe y con eso sé que lo he ganado todo.

Sus palabras le dolieron, le calaron en lo más profundo del corazón y lo rompieron un poquito más. *Contrólate*, se dijo, sin embargo, no pudo evitar pensar: ¿Qué sería de él si…?

—¿Cómo estás tú? —Dominik tensó los labios.

—Yo no soy importante.

—No digas eso. Por supuesto que eres importante. Violeta *te ama*…

—Para —pidió él, tratando de mantenerse compuesto con todo su ser—. Por favor. Ya lo sé, es solo que… desearía que…

—¿Qué, Dominik?

—Desearía ser yo.

Ay, Dom…

—Ella se moriría sin ti —le hizo ver.

—Y yo, ¿qué? —Lo dijo en un tono más brusco del que pretendía, mas Zoë no se inmutó. Sabía que su furia no era con ella, sino con todo lo demás que lo estaba destrozando de a poco—. No puedo vivir sin ella, Zoë. Ni siquiera sabría cómo.

Malditas fueran sus emociones que se desbordaban. Puso una mano sobre su brazo, un pequeño consuelo que él agradeció.

—Lo sé… Lo sé.

No dijeron nada más: no hizo falta. Pero Zoë lo observó el resto del camino, esperando, deseando que su presencia pudiese ayudarle a alivianar un poco de la tensión que notaba en sus hombros. Era lo único que ella podía ofrecer: su ayuda, su apoyo, su amor… y temía que no fuera suficiente. Al fin y al cabo, la desgarradora realidad era que no había nada que ella pudiese hacer o decir para quitar el hecho de que aquella chica que era a la vez amor, mejor amiga y una hermana para ambos… se estuviera yendo. ¿Qué sería de sus mundos sin Violeta Cortana?

Pensó en todo lo que había pasado de niña, las cosas que tuvo que enfrentar a tan corta edad… No lo merecía. Nada de eso.

Ninguno de los dos.

El dolor de Dominik casi podía sentirlo como oleadas que le llegaban desde su asiento, y no quiso aumentarlo. Había tantas palabras que no había dicho y, sin embargo, ella podía leerlo en su expresión como si se las estuviera gritando: «Hemos estado juntos toda nuestra vida y ahora tengo que hacerme la idea de que quizá vaya a dejarme». No hacía falta que lo dijera, lo tenía escrito en los ojos enrojecidos y llenos de ojeras, y en la sonrisa que ya no era capaz de esbozar.

La amo, le había dicho él ese día en el hotel, hacía meses. *Estoy tan enamorado de ella que a veces siento que no puedo respirar y que algo va a explotar dentro de mí cuando la miro y me sonríe*.

No puedo vivir sin ella.

Desearía ser yo.

Zoë tuvo que contener las lágrimas una vez más. Respiró profundo y se concentró en el camino, abrazándose a sí misma ante el frío

desgarrador que se había apoderado de su ser.

Cuando llegaron al departamento no supo si sentirse aliviada de por fin estar ahí, o tensa y nerviosa, ya que no sabía qué le esperaba.

Dominik la ayudó a meter sus enormes maletas y cerró la puerta con cuidado.

—Puedes dejar tus cosas por aquí…

—¿Dom? —Era Violeta.

Su voz fue un murmullo, un susurro del viento que se extendió por el techo, las paredes y llegó hasta ellos trémulo, cansado y con un pequeño dejo de… ¿esperanza? No podía estar segura.

Zoë frenó el impulso de ir corriendo hacia esa voz para lanzarle a Dominik una mirada dudosa. Él asintió solo una vez y fue suficiente para que ella se precipitara hacia adelante mientras que él se ocupaba de su equipaje.

Deambuló por el pequeño pasillo mirando de un lado a otro, pasando por la que vendría a ser su nueva habitación durante tiempo indefinido: no se detuvo, ya podría explorarla más tarde. Siguió avanzando hasta que entró en el cuarto principal. Ahí, parada en medio de la habitación, estaba su mejor amiga.

—Vi… —susurró al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Pensó que si lloraba todas sus lágrimas en el avión ya no tendría más que soltar en ese momento, que podría ser fuerte frente a su amiga y que ella no tendría que verla romperse y saberse motivo de su sufrimiento. Suficiente ya tenía con todo, pero… maldita sea, sus ojos se aguaron sin su permiso.

—Hola, Zoë Alessia Brunet.

—Hola, Violeta Camille Cortana —dijo con una sonrisa, aunque gracia era lo que menos sentía.

Violeta también lloró. Se envolvieron en un fuerte abrazo y entonces sí que las lágrimas de Zoë salieron con fuerza. Dominik le había dicho que tenía que prepararse, pero se había quedado corto. Porque jamás en su vida pensó que Violeta, la chica llena de vida y dinamismo que había conocido en París con el mundo a sus pies, estaría a punto de disolverse entre sus brazos, ni que estaría abrazando más un saco de huesos que a una joven fuerte y saludable.

No quiso soltarse.

Cuando Violeta la miró… Dios. Sonreía con bolsas enormes y moradas bajo sus ojos. Su piel ya no se veía rosada, ni siquiera pálida, sino gris y demacrada. Transparente, delgada. Casi podía notar las venas bajo ella. Más que una piel era una capa de velo que la cubría y trataba de mantenerla completa, sin derrumbarse, pero era demasiado débil y toda ella se estaba viniendo abajo. No obstante, sonreía. Cansada y todo, sonreía de verdad, con ganas, así que Zoë se forzó a hacer lo mismo.

Iba a sonreír hasta el fin de sus días si así le daba ánimos.

—Ay, Zoey, te he echado tanto de menos.

Tomó sus manos y apretó con toda la fuerza que se atrevió a usar. Se veía tan pequeña y débil que Zoë tuvo miedo de romperla.

Y sonrió. Con lágrimas en los ojos y dolor en el alma, pero sonrió, feliz de estar ahí.

—Ssh… Aquí estoy, Vi. Y no voy a irme.



CAPÍTULO 29

Nuestro «para siempre»

«Don’t Shy From Te Light» – Neulore

«Leaving My Love Behind» ?? Lewis Capaldi

Violeta

Los meses que siguieron fueron los más difíciles de nuestras vidas. Tener a Zoë ayudaba: ella era el rayo de alegría que nos faltaba. Siempre veía el lado positivo de todo y nos sonreía cada vez que nos veía. Yo sé que le costaba, que la sonrisa no siempre le salía natural… pero lo hacía: de igual modo encontraba la fortaleza para sacarnos de la oscuridad. Jamás terminaría de agradecerle por eso.

Esos momentos robados al tiempo eran como las flores que siempre deseaba ver surgiendo entre la nieve, mas el invierno de mi enfermedad era cada vez más crudo.

A medida que los tratamientos avanzaban, más débil me volvía. Se suponía que esto era lo que iba a sanarme, lo que *tenía* que sanarme. En cambio, yo solo sentía que con cada sesión de radiación me acercaba un paso más a la muerte. Mi presencia era como la de un fantasma que deambulaba perdido por la casa. Mi piel estaba tan delgada y pálida que casi podía ver a través de ella. Odiaba mirarme al espejo, lo odiaba más que nada en el mundo. El doctor me había dicho que tenía que ser amable conmigo misma, pero ¿cómo iba a serlo, si ni siquiera parecía yo?

Cada vez que veía mi reflejo, eso se me olvidaba. Me faltaban mechones enteros de pelo, y todas las mañanas me encontraba con que se estaba cayendo más. Los huesos se me notaban a través de la ropa, las costillas, los hombros, la clavícula… Sabía que no estaba sana, sin embargo, lo peor era *verlo*, verlo y darme cuenta de que estaba enferma. Raquítica, fea y *enferma*.

Me sentía y me veía horrible. No sabía cómo los demás soportaban mirarme cuando ni yo misma lo hacía, era desagradable. Ya no era la chica que había sido, ya no había nada lindo en mí, nada atractivo. Era una bolsa de huesos, químicos y toxinas lista para deshacerse y arrasar con todo a su paso.

Pero trataba de sonreír. Cada mañana que me despertaba junto a Dominik, sonreía: era una noche más que había tenido con él, un regalo. Cada vez que Zoë y yo salíamos, sonreía también para ella. En esta situación, a pesar de la desesperanza y el dolor, era imposible no darme cuenta de que estaba viviendo con tiempo comprado, de que cada día era un regalo e iba a tomarlo como tal.

Me decía a mí misma todas las mañanas que no importaba lo terrible que lucía, o lo mal que me sentía. Me repetía que todo eso era transitorio y que, una vez que todo esto acabara, íbamos a encontrar la forma de estar bien. *Tenía* que creerlo, *teníamos* que estar bien.

Había vuelto a ir un par de veces al orfanato, mas terminé dejándolo cuando me di cuenta de cómo me miraban. No lo soportaba, y sabía que también les dolía verme de esa forma, tan distinta a la Violeta a la que estaban acostumbrados.

Hay un día en particular que recuerdo, y mi mente siguió viajando una y otra vez a esa tibia tarde en que con Dom y Zoë salimos a

pasear. No me quisieron decir a dónde íbamos, pero a medida que nos acercábamos a la costa yo me di cuenta de que me llevaban a la playa. Y al pensar en eso, en los colores del atardecer reflejándose sobre el mar, tal como el día en que decidí que me olvidaría de todo y seguiría mi corazón, un nudo se formó en mi garganta.

Por primera vez en lo que se me hacía una eternidad había algo bueno por lo que quería llorar, de emoción.

Estacionaron el auto a la orilla de la playa. Zoë me ayudó a bajar, y cuando me puse de pie Dominik me envolvió en una manta para ayudarme a mantener el poco calor que tenía. Lo hizo con tanto amor, con tanto cariño…

No pude evitar quedarme un segundo abrazada a él, sintiendo los latidos de su corazón a través de la camiseta mientras me frotaba los brazos para calentarme.

—Con cuidado —me dijo.

Yo asentí y caminé junto a ellos.

Cómo habían cambiado las cosas en el último año. Los recuerdos a veces me abrumaban, como ver una película en blanco y negro. Ya no me identificaba con la chica de esas memorias, era como soñar con una vida pasada. Antes de empezar el frío, había estado riendo y bromeando en una playa como esta, en medio del mar, con Dominik a mi lado. Lo único que no había cambiado era que él seguía ahí, como siempre.

Ya no podría meterme al agua ni aunque quisiera. No me daban las fuerzas para bajar más, acercarme a la orilla. Ahora me daba miedo pensar en el futuro por razones completamente diferentes a las de entonces. Esa Violeta había estado segura de sí misma; a esta

apenas le quedaba pelo en la cabeza, por eso siempre llevaba puesto un gorro o una peluca, y me hacía sentir tan horrible…

No me gustaba que me miraran, no salía mucho por lo mismo, y aun así Dominik me observaba como si fuese la cosa más hermosa en todo el universo, y me susurraba que nada más importaba, que estábamos juntos, como si eso arreglara todo. Yo también quería creerlo. A veces lo hacía, como ahora.

—No me importa que no tengas pelo, o que estés delgada —me decía—. Estás preciosa.

Observamos la puesta de sol los tres juntos, sentados en una de las bancas que estaban junto a la acera. Zoë no soltó mi mano y Dominik jamás dejó de abrazarme. La única certeza que tenía era que nada duraba para siempre, pero esto… Esto era diferente. Eran vínculos que estaban tan arraigados dentro de nosotros que jamás morirían.

Y me sentí feliz, tan agradecida de tenerlos conmigo, de que estuvieran ahí… Sabía a lo mucho que habían renunciado. Sabía que Zoë tenía proyectos en los que trabajar, y que Dominik ya no iba a postular a la universidad, por lo menos ese año, y no les había importado. Prefirieron estar conmigo, pasara lo que pasara, el tiempo que fuera.

Conversamos sobre lo lindo que se veía el mar, sobre las personas que estaban en la playa disfrutando del sol, y hasta jugamos a adivinar quiénes serían los que se saldrían primero del agua tiritando, para irse a casa. Reímos por las cosas más simples, de las bromas más tontas. Hasta disfrutamos tomándole el pelo a Dominik por cualquier motivo, y su falso tono ofendido nos sacó risas hasta

que nos dolió el estómago. En ese minuto me olvidé de todo lo demás.

Observé la bola de fuego que era el sol en el horizonte y me acordé de mi madre, y de esa pintura que nunca pudo terminar y que ahora estaba colgada en la pared frente a nuestra cama. Era lo primero que veía al despertarme, y así, de algún modo, el sol siempre brillaba. Observando ese atardecer, se me ocurrió que quizá se habría inspirado en uno como este. Quizá había predicho este momento, y había pintado el mismo atardecer que yo estaba viendo ahora.

¿Dónde estaría ella? ¿A dónde habría ido? A pesar de la cantidad de personas que había perdido, nunca quise preguntarme demasiado qué pasaba luego de morir, si habría una vida después, o no. Sin embargo, en este minuto me pregunté si, cuando fuera mi turno, podría verlos a todos. Quería creer eso.

El pensamiento me hizo sonreír y me trajo paz. *Tal vez pronto los vea*. Tendría muchas cosas que decirles, a todos.

Esa misma noche se me ocurrió una idea. No empecé a llevarla a cabo sino hasta que Dominik fue a ducharse, lo cual me dejaba bastante tiempo, porque últimamente se demoraba la vida en el baño. No sabía si era porque lloraba, porque se quedaba contemplando la existencia o tratando de reunir valor para salir y enfrentar la realidad.

Me costó. En teoría no era una tarea difícil, pero en la práctica… Ah, en la práctica era imposible. Me obligué a hacerlo, porque lo necesitaba y no solo yo. Cuando terminé, tenía la cara llena de lágrimas y el pecho apretado en un revoltijo de emociones.

A esas alturas me sorprendía que aún me quedara líquido para botar. Me limpié el rostro con un pañuelo, poniendo especial énfasis en secarme las pestañas: esas siempre delataban. Respiré profundo con los ojos cerrados. Una vez, dos veces… Los abrí y, sonriendo, tomé mis cosas y me encaminé a la habitación de Zoë, el cuarto de las estrellas.

La encontré sentada en el escritorio con la luz encendida y la cabeza entre los planos. Estaba encorvada sobre el dibujo, con un lápiz de grafito en una mano y una regla en la otra, haciendo la línea más cuidada que había visto nunca.

No dije nada para no interrumpirla; además, me gustó verla así de concentrada en su trabajo. A los pocos segundos, Zoë habló:

—Sé que estás ahí, mirona.

—Perfecto, entonces. Me daba miedo asustarte y hacerte arruinar esa hermosa línea.

—Por suerte, ya está lista. —Se levantó como un resorte y estiró la espalda. Se escucharon varios *crac* por toda la habitación—. ¿Todo bien?

—Sí. Quería pedirte un favor.

—El que quieras. —Hizo un gesto como de una reverencia.

Siempre tan dramática, por eso me caía bien.

Le expliqué lo que necesitaba con lujo de detalle. Era importantísimo, así que no quería dejar nada al azar. Además, era un favor a largo plazo, por lo que no quería que Zoë olvidara nada. Le conté todo: mis razones y mis expectativas.

Cuando terminé, ella me miró con un poco de aprensión, negación y tristeza, todo junto. Ya ni siquiera me sorprendía la cantidad de cosas que uno podía sentir a la vez.

—Vi, sé que estás asustada, pero…

—¿Asustada? Eso es decir poco.

—No sé qué decir, yo solo… Supongo que es normal. Es lo desconocido, no saber qué pasará. Es normal.

—No estoy asustada *por mí* —le hice ver. Un nudo crecía en mi garganta—. ¿Qué pasará con ustedes? ¿Qué pasará contigo, con Dominik, con Camila? ¿Qué pasa si algún día me necesitan y yo no estoy?

—Violeta… —comenzó Zoë, insegura de sus palabras, de su vida, de todo—. Tienes que dejar de pensar en morir como un hecho. Los tratamientos van bien, ¿no?

—No tuvimos el resultado esperado con la quimio, así que no; que las cosas no vayan *peor* no me es ningún consuelo. La ansiedad me come viva.

—Entonces tienes que creer que estaremos bien, pase lo que pase. Vamos a estarlo. Tienes que creerlo con todo tu ser porque, si no, vas a vivir el resto de tus días atormentada pensando en *lo que podría ser*.

No era un tema sobre cómo vivir, ni de perder la esperanza, o de tirar todo por la borda. Era un tema de aceptar la realidad como era, y yo sabía que, tarde o temprano, quizá ahora o quizá en muchos años, iba a morir. Y si eso pasaba antes o después, fuese como fuese yo me sentiría mejor con esto en sus manos.

Se lo expliqué a Zoë. Ella lloraba ante mis palabras, pero yo estaba siendo fuerte y firme. No iba a romperme.

Al final logré que lo entendiera.

—Lo haré —prometió—. Lo haré todo tal como tú dijiste.



Llevaba tanto tiempo con el plan de tratamiento que perdí la cuenta de las semanas. Habían pasado unos cuatro meses, eso lo sabía. Había estado tan adormecida ante todo, no solo por los medicamentos sino también por el dolor. El cansancio extremo me había dificultado las cosas. Incluso cuando había querido salir y disfrutar, tratar de estar *presente*… muchas veces fue imposible. Por suerte, ya todo iba a terminar.

Ese día me dirían si, con todo lo que probamos, habíamos logrado reducir el tumor. Ya había pasado un mes desde que terminé la radioterapia. Para todos los efectos prácticos, estaba «recuperada». Del tratamiento, al menos. La semana anterior me habían tomado la resonancia junto con otros exámenes. Hicieron varios, para estar seguros. Mentiría si dijera que no estaba nerviosa hasta el punto en que pensé que, de haber tenido cabello, se me estaría cayendo.

No podía quedarme quieta. Me dolía cada movimiento que hacía, cada tic nervioso. No podía evitarlo. Me pasé la última hora preguntándole a Dominik si ya podíamos irnos, pero faltaba mucho y me daba cuenta de que él también estaba nervioso y asustado, así que traté de contenerme. Cuando —¡al fin!— me dijo que sí, me apresuré a ponerme el gorro que ocultaba mi enfermedad, mi abrigo y las botas.

Zoë había querido acompañarnos, pero tenía una reunión importante sobre su proyecto y, debido a la diferencia horaria, no tenía muchas más opciones. Le deseé toda la suerte del mundo. Esperaba que, con todo, pudiera concentrarse en lo que tenía por delante y no estar todo el día pensando en cómo nos estaría yendo.

No quería alimentar demasiadas esperanzas. Me aterraba que me las aplastaran. Intentando no pensar en nada, nos pusimos en marcha a la consulta del doctor Miller.

—Va a estar todo bien… ¿cierto? —le susurré a Dominik.

Él, quien siempre me había dado la razón, quien me hubiese dicho que el cielo era verde si eso me hacía feliz… no tuvo el valor de decirme que sí. Pensé que él tendría incluso más miedo que yo. Tener miedo de morir era una cosa, pero tener que pensar en perder a la persona que amabas era otra totalmente distinta. Odiaba que fuera de esa forma, pero yo no sabría estar en su situación. Había sido tan fuerte y valiente, incluso cuando él creía de sí mismo todo lo contrario, y *prefería* ser yo. No podría aguantar lo contrario, perder a alguien más, a él, que siempre estuvo conmigo.

Al llegar tuvimos que esperar bastante. Conversamos lo mínimo, como esa vez hacía tantos meses, cuando recién nos dieron la noticia.

Aparté el pensamiento. No quise compararlo de ese modo, porque no me daba un augurio de nada bueno.

Al fin, tras lo que me pareció una eternidad, el doctor Miller entró en la consulta. Dominik, que estaba sentado en la silla a mi lado, saltó como si algo lo hubiese impulsado.

El doctor no se dio por enterado de nada. Creo que no quería, pues a mí me bastó una mirada a su postura tensa, a su semblante dudoso, a su paso trémulo y a su expresión decaída…

No era bueno.

Su silencio decía mucho más que sus palabras.

—No funcionó, ¿verdad? —me aventuré. Al menos, le ahorré eso, tener que decirme las malas noticias.

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No, no funcionó. El tumor no se ha encogido ni un milímetro. Tu cuerpo no está respondiendo a los tratamientos.

Casi quise reírme, porque todo eso significaba que me había gastado cuatro meses de vida en un tratamiento que había acabado conmigo, y que no había resultado.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —Los dos esperamos a que Dominik encontrara sus palabras, sin embargo, mientras el doctor lo miraba con pena, yo no me atreví. Estaba detrás de mí, cerca de la ventana… y yo fui demasiado cobarde para voltearme y enfrentarlo —. ¿Qué significa eso?

Miré al médico, esperando su respuesta.

—Significa que… que no hay «tratamiento» como tal, Violeta. No podemos operar si no podemos reducirlo, y si la quimioterapia no funciona…

—No se puede hacer nada —finalicé.

La información bajaba por mi cuerpo como una píldora difícil de tragar.

—De aquí en adelante hay dos caminos que podemos tomar —me dijo. Hice el esfuerzo de volver a la realidad, al presente, y de no perderme en mis propios miedos y pensamientos tormentosos—. Podemos probar con otra ronda de quimioterapia para ver si así funciona: dos ciclos más. Pero tengo que ser sincero, Violeta: es improbable lograr reducirlo a estas alturas. —Cada una de sus palabras iba introduciendo más y más profundo el cuchillo que estaba enterrado en mi pecho. Como si la herida no estuviera lo suficientemente abierta, él continuó—: Por otro lado, seguir con el tratamiento, que no está dando ningún resultado, empeoraría de

forma drástica tu calidad de vida. Ya ves los efectos que ha tenido en ti, y podrías no llegar a recuperarte del todo por la forma en que… avanza.

Me contuve de mirar a Dominik, de respirar, de asentir o de negar. Me quedé inmóvil, congelada, mas tenía que admitir que parte de mí ya se lo esperaba. Estaba preparada, lo mejor que podía estarlo.

—¿Cuál es el segundo camino? —preguntó Dominik.

Su voz carecía de vida, de emoción. No necesité voltearme a verlo para saber que se estaba conteniendo como una represa a un océano, y que no iba a saber cómo recuperarse cuando esta se desbordara.

El doctor Miller lanzó un profundo suspiro, me miró a los ojos, y dijo:

—Puedes tomar un tratamiento paliativo, enfocado en impedir que el tumor crezca más, en mantenerlo estable y así mejorar tu calidad de vida. Podrás recuperarte de los efectos de la quimioterapia y la radiación y… disfrutar la vida. Violeta —dijo con suavidad. Agradecí que no desviara la vista; podía ver emoción en su rostro. No era un robot entregándome datos crudos, sino un humano que intentaba ayudarme y, de todo corazón, lamentaba que no lo hubiese logrado —, tienes que saber que este tipo de tratamiento no es una cura, y dejará de funcionar eventualmente.

Tomé aire.

Disfrutar la vida. Eso no era esperanza, no era recuperación, era solo… resignación. Aceptar, de una buena vez, lo que me estaba pasando, que estaba enferma y que no sanaría. No esta vez.

Había enfrentado tanto, sobrevivido a tanto…

Pero no esta vez.

Tenía que deshacerme del dolor fuese como fuese, de una forma u otra, porque si no… La perspectiva era demasiado desalentadora. Iba a consumirme de a poco, de a un respiro por vez hasta que ya no quedara nada de mí. Tenía que dejar el dolor porque a este paso ya no habría nada que entregarle a la muerte salvo la cáscara rota de la chica que alguna vez fui, esa que tantas veces perdió la esperanza para volver a encontrarla.

No quería que me la quitasen de nuevo. Si iba a irme, quería que fuera en mis propios términos.

Pero era tan difícil hacerme la idea… era tan difícil encontrar la fortaleza, la *voluntad* para sonreírle a la vida cuando esta no hacía más que escupirme en la cara. A veces me sorprendía de mí misma cuando me encontraba pensando en las innumerables ocasiones en que todo iba cuesta abajo. Tantas veces había creído que mi suerte ya no podía ser peor… El destino debe haberse reído mucho de mí por ser tan ingenua.

Me pregunté entonces con una risa amarga cuál era el punto de todo esto, si habría algún sentido mayor o un tipo de razón para todas las cosas terribles que me habían pasado. De haberlo, creo que jamás lograría descifrar cuál era. Cuál era el punto de que mi padre engañara a mi madre, de que ambos murieran, de vivir en la Residencia y soportar tantos abusos y maltratos, de perder a tantas personas y tanto de mí misma. Siempre tuve la incertidumbre de saber qué hubiese sido de mí si nada hubiera pasado, quien habría sido y a qué habría llegado, solo para venir a darme cuenta ahora, años después y con una sentencia de muerte sobre los hombros, que no hubiese habido diferencia, porque esa chica no estaba destinada a existir. Que yo era el resultado de mis acciones y

experiencias, y que esa niña inocente que no conocía la maldad murió hacía doce años junto con sus padres.

Sin embargo, aún conservaba la esperanza de que algo de ella todavía viviera en mí, en un lugar de mi mente y de mi ser al que nadie podía llegar porque estaba tan oculta. Esa era la parte de mí que seguía intacta a pesar del dolor, del miedo, del odio y la muerte. Era lo que me hacía seguir estando entera después de todos estos años, la que iba a seguir creyendo hasta el fin de los tiempos en la esperanza y la felicidad, y esa era la que yo necesitaba hacer surgir a toda costa si quería disfrutar el resto de mis días, que cada vez eran menos.

Todo eso fue lo que pasó por mi mente en los segundos que me tomó procesar las palabras del médico.

—Entonces… —¿*Qué se puede hacer*?, quise preguntar. Me contuve; su expresión me decía mucho y no quise poner sobre sus hombros el peso de tener que decírmelo. Era una pequeña misericordia que todavía podía darle a él, al mundo—. ¿No se puede hacer nada… de nada?

Negó con la cabeza.

Pensé que esa respuesta me destruiría, que me enviaría más al fondo del precipicio… En cambio, solo suspiré. Él trató de darme una leve esperanza, un rayo de ilusión.

—Aún podemos seguir intentando otras opciones, pero…

—No es seguro que funcione.

—No. Y, como dije, tu calidad de vida disminuiría mucho, porque tu cuerpo ya no respondió de la mejor manera a los ciclos iniciales.

Suspiré de nuevo. No había nada que hacer, nada más que esperar. Y por algún motivo, eso me dio paz.

Una mirada a Dominik me hizo dudar. Veía en sus ojos qué era lo que quería que hiciera, así como me daba cuenta de que él se aferraría al más mínimo gramo de esperanza de mantenerme con vida. Suspiré, tratando de mitigar mi dolor.

—¿Qué haría usted? —le pregunté al doctor—. No quiero su opinión profesional, ni qué es lo más probable o lo mejor. Quiero saber qué haría usted si estuviese en mi situación.

Él se lo quedó pensando durante mucho tiempo, pero no lo interrumpí ni lo apresuré. Sentí que de verdad se estaba poniendo en mi lugar, porque ya no había lástima ni compasión en sus ojos: lo que había era otra cosa, que llameaba con un fuego no de esperanza, sino de adrenalina.

—Mandaría todo a la mierda —susurró al fin.

Dominik explotó.

—¿Qué?

—Eso. Diría adiós a los tratamientos, haría las paces conmigo mismo y con los demás y disfrutaría al máximo mi tiempo aquí.

Asentí: era justo lo que yo pensaba.

—Está de broma —espetó Dominik tras de mí.

Miré al médico con una disculpa que no me atreví a formular en voz alta.

—¿Nos…? —No hizo falta que terminara de decirlo.

—Por supuesto.

Salió de la habitación sin decir nada más. Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio se volvió más pesado. No me atreví a mirar a Dominik, no de inmediato, porque tenía miedo de decirle lo que estaba pensando.

Sentía su tensión a mis espaldas, y sentí sus ojos taladrándome con furia, retándome a verlo, a hablar. Deseé poder dejarlo fuera de esto, que hubiese una forma de hacerlo todo más fácil, de que no tuviera que sufrir conmigo, pero no era posible.

—Todas las oportunidades que he tenido… He engañado a la muerte demasiadas veces, Dominik. Creo que ya es hora de dejarla ganar.

—De rendirte, dices —espetó molesto.

—No —negué—: de aceptar que hay batallas que no puedes pelear.

—No quiero. Me rehúso a eso.

Lo miré con tristeza, tratando de no romperme ante su expresión destruida y sus ojos cristalizados. Habíamos sido él y yo contra el mundo durante tanto, tanto tiempo… todas nuestras vidas, en realidad. Él había estado ahí para mí en todo momento. Gracias a él nunca estuve sola, y él me protegió cuando ni yo misma podía hacerlo. El problema era que nadie podía protegerme de esto.

—No tenemos opción, Dom. —Pero él no iba a dejarlo estar. No iba jamás a estar en paz con esto, y yo lo entendía. ¿Podría yo estarlo si la situación fuese al revés? No. Por supuesto que no. Perdería la cabeza, pero no me quedaba más remedio que intentar darle ánimo con lo último que me quedaba del mío—. ¿Crees en el karma? Yo sí. Creo que las personas malas obtienen lo que se merecen, y las personas buenas también. Mi vida ha sido terrible, la mayor parte. He disfrutado de uno que otro momento de felicidad que, sin saberlo, siempre está contado. Uno creería que eso me hace merecer al final cosas buenas... pero basta con que uno haga algo malo, una simple acción en decadencia para que el karma te atrape

entre sus garras. Una sola cosa mala... y yo he hecho muchas. Este es mi karma.

El resopló y apartó sus ojos de los míos, clavándolos en la mesa junto a la camilla. Apretaba los dientes, la mandíbula y los dedos. Me quedé esperando sin decir palabra: ya no sabía qué decir, y no quería lastimarlo, pero decirle lo contrario habría sido darle falsas esperanzas y yo… yo no podía hacer eso.

—Estás rompiéndome el corazón, Violeta. Lo sabes, ¿verdad?

Y eso rompió el mío. Las lágrimas que había intentado contener por él brotaron de mis ojos en silencio. Y es que yo no quería morir. No quería dejarlo. Me aterraba pensar qué sería de mí, pero más me aterraba no saber qué sería de él cuando yo me fuera.

—Lo siento, Dom. Lo siento tanto…

—*Por favor* —suplicó. Sonaba como si se estuviera ahogando con sus propias palabras. Fue incapaz de seguir sosteniéndose a sí mismo y dejó caer la cabeza sobre la camilla, sobre sus brazos—. Eres lo único que me importa. Violeta, por favor… Por favor no me dejes, tienes que seguir intentando…

Traté de ponerle algo de humor a la situación. Hubiese hecho lo que fuera con tal de que dejara de sufrir. No soportaba verlo así.

—¿El gran Dominik Benedict está rogándome que me quede? —La broma me salió a medias—. Así es difícil resistirse.

Levantó la cabeza contrariado, como si no supiera si era más fuerte su molestia ante mi tono o el dolor que se había apoderado de su ser.

—¿Cómo puedes encontrarlo gracioso? —espetó—. Por favor, explícamelo, porque yo no logro entenderlo. Cuéntame cómo hacer para no sentir que es a mí a quien le están arrancando la vida de

cuajo, porque eso es lo que eres para mí, es lo que siempre has sido desde que me enamoré de ti como un adolescente imbécil que no era capaz de admitirlo por miedo a arruinarlo todo. Dime cómo puedo soportar sentarme y ver cómo te desvaneces ante mis ojos sin poder hacer nada para que estés bien, para que te quedes conmigo… Hemos pasado por tanto, y me da exactamente lo mismo lo que creas, Violeta —volvió a mirarme enfadado, con lágrimas en los ojos—: mereces ser feliz. Te mereces todo lo que quieras de este mundo y no solo por lo que has tenido que enfrentar, sino por quién eres. Y me odio a mí mismo por no ser capaz de cambiarme por ti… —Su voz se quebró.

—No digas eso. Jamás digas eso…

—¡Es cierto!

—Vas a estar bien —dije con determinación. Llorando más que nunca, porque cada una de sus palabras se había clavado en mí tan profundo que estaba segura de que ni la muerte me las podría arrebatar.

—Esto es una mierda, Vi —me dijo apoyando la cabeza en mi hombro, hundiéndola y hundiéndose a sí mismo todavía más.

Y lo era. Era una mierda absoluta y, a pesar de eso, yo traté de sonreír, recordando lo que solía decirme hacía una eternidad.

—M-mejor lentamente que de un solo golpe, ¿o no?

Él se levantó como si le hubiera dado la corriente, alejándose de mí. Sentí su ausencia como un puñal. O peor, porque conocía esa sensación y no se comparaba.

—Ya no es gracioso —susurró, sin verme, porque él…

Estaba llorando.

Suspiré, me levanté y fui hasta él, abrazándolo por la espalda, recargando mi cabeza en sus omóplatos, sintiendo el sudor frío del pánico pegotearle la camiseta.

—No, supongo que no.

Pero lo cierto era que ya nada era gracioso, no así.

—Te estás rindiendo —me acusó.

—No —le hice ver—. Pero sé que no hay nada que pueda hacer, Dom. Yo… siento cómo la enfermedad se esparce dentro de mí, cómo me consume cada día más. —Él se alejó de nuevo, negando con la cabeza. No fue capaz de voltearse a verme—. Sé que no es lo que quieres escuchar, pero yo tengo mucho que decir y no quiero irme sin haberlo hecho. Y te lo repetiré todos los malditos días que me quedan si es necesario: te amo, y si este tiene que ser el fin de nuestra historia, estoy y estaré siempre feliz de haberte elegido, y lo haría mil veces más. Agradezco cada minuto que pasamos juntos, todas nuestras risas y nuestras discusiones. Lo atesoro absolutamente todo.



CAPÍTULO 30

Un amor que nunca se olvida

«Hold me while you wait» – Lewis Capaldi

«Repeat until death» – Novo Amor

El peor día de la vida de Dominik Benedict llegó cuando menos lo esperaba. Siempre era así, supuso, y la verdad era que ya debería haber estado esperándolo, pero no conseguía hacerse la idea.

Dominik jamás le había tenido miedo a la muerte. Nunca pensó que podría perder algo con ella, hasta que conoció a Violeta y se dio cuenta de que, en realidad, podía perderlo todo. No solo una amiga o una novia, sino que una compañera, un vínculo mucho más fuerte que todo lo anterior, y eterno. Era un idiota, un ingenuo… porque por un minuto se había permitido creer que podrían ganarle a la muerte traicionera. Se recordó en el hospital, tantos meses atrás. Cuando lograron salir de esa situación había creído que ganaron la partida, que ya no tendrían nada de qué preocuparse, pero al final la muerte los había alcanzado. Siempre lo hacía.

Si él hubiese creído en algún momento esa tontería sobre las almas gemelas, habría abandonado su fe ahí mismo, en ese momento, en ese lugar, porque se negaba a creer que, si existía tal cosa como el destino, este fuese tan cruel como para quitarle a la suya.

Lo peor era que no pudo despedirse. Creyó que, cuando llegase el momento, no tendría nada que decir. Durante esos meses había dicho cada pensamiento, cada palabra amorosa, cada miedo, cada deseo, cada esperanza y cada tristeza. Lo había dicho todo, se lo había dicho a ella, aterrado de que se fuera y haberse quedado con

secretos guardados. Esos secretos ya no le servirían de nada. Sin embargo, en ese minuto se dio cuenta de un torrente de ocurrencias que desbordaban su mente, e incluso si no, siempre podría haberle repetido mil veces lo mucho que la amaba, o lo que significaba su compañía para él. Y cuando más importaba, no pudo decir nada de eso.

Porque había estado fuera. Había salido por petición de ella, para conseguirle la comida que le gustaba. Él creyó que su apetito y sus antojos eran una buena señal, un signo de que quizá se estaba recuperando… Ahora se preguntaba si Violeta supo lo que venía, que ya iba a… a morir, y lo había enviado fuera para que él no tuviese que presenciarlo.

Llegó al hospital hecho una furia, un rayo y una tormenta luego de la llamada histérica de Zoë diciéndole que Violeta no despertaba, que había llamado a la ambulancia y que ya iban a la clínica. En ese minuto casi pudo escuchar el silencio de su propio corazón dejando de latir, y el zumbido en sus oídos a medida que el mundo se desmoronaba.

Pasó por alto todas las leyes de tránsito y ni siquiera había terminado de estacionarse cuando saltó del auto cerrando la puerta de un portazo que resonó por todo el edificio. Entró en la sala de urgencias vuelto loco, y en cuanto vio a Zoë corrió hasta ella.

—¡¿Dónde está?!

—Dominik…

—¡VIOLETA! —gritó Dominik, fuera de sí—. ¡VIOLETA!

Zoë se apresuró a abrazarlo de atrás, tratando de contener sus movimientos furiosos y descontrolados. El luchó contra su agarre, peleó por liberarse… pero parte de él debía haber sabido que era

una causa perdida desde el principio porque —Zoë estaba segura— si de verdad hubiese querido liberarse, lo habría hecho.

Quizá tenía miedo de avanzar y que lo detuvieran en la puerta. Quizá tenía miedo de lo que había detrás de ella.

—Dom... No puedes ir —le dijo despacio, apretando su torso con más fuerza, temiendo que se derrumbara—. Ya la ingresaron, y no… No podemos entrar.

—Déjame —suplicó. Pero ya no se movía, ya no peleaba.

Se había rendido.

—No puedo, Dom. Lo siento.

Él no respondió. Todo su universo colapsó mientras que sus ojos seguían mirando el punto donde Violeta había desaparecido. Las puertas todavía se movían.

—Zoë. —Dominik se derrumbó.

Se dio la vuelta y la abrazó dejando que casi todo su peso cayera sobre la muchacha. Zoë por poco perdió el equilibrio, pero encontró su fortaleza cuando se dio cuenta de que ella era lo único que lo estaba sosteniendo por completo. No supo durante cuánto tiempo estuvieron así, abrazados en medio de la sala de urgencias.

—¿Ahora qué voy a hacer, Zoë? —Estaba destruido, su voz era apenas un murmullo suplicante que luchaba por salir de su cuerpo mientras él se ahogaba en el llanto. Zoë odiaba que le preguntara algo como eso, porque ella no tenía la respuesta. ¿Qué consuelo podía ofrecerle? Ninguno, no existía—. *No puedo* vivir sin ella. Hemos estado juntos toda nuestra vida, jamás nos hemos separado, y ahora se supone que yo voy a... a *dejarla morir*.

—No es tu culpa…

—¡Claro que lo es! —gritó.

Su voz resonó por los pasillos. Todas las personas que caminaban por ahí giraron la vista hacia ellos, y lo único que vieron fue a una chica a medio contenerse y a un muchacho al que le habían quitado lo que más amaba, que lloraba en medio de la sala y lo seguiría haciendo hasta quedar seco, sin nada, porque ya nada más para él tenía importancia.

Dominik se volteó hacia ella tirándose el pelo con las manos y con el rostro lleno de lágrimas. Esa visión terminó por romper el corazón de Zoë. Había intentado… pero no pudo. Las lágrimas empezaron a correr por su cara, ardiendo, como un reflejo de las de él.

Dominik se llevó las manos al pecho, y Zoë se preguntó si es que no querría arrancarse el corazón que lo estaba matando.

—Es mi culpa —lloró—. Debí haber prestado más atención, debí haber estado más atento, debí… debí haber hecho más y quizá…

—No puedes saberlo. —Zoë se encogió sobre sí misma para quedar a su altura.

Extendió una de sus manos y la posó en su mejilla, obligándolo a mirarla. Sus ojos eran un pozo de dolor inconmensurable.

—¿Qué voy a hacer ahora, Zoë?

Apenas logró hablar a través del nudo en su garganta.

—Seguir adelante.

Ni ella misma lo creía, pero tendría que bastar. De lo contrario, ambos caerían en el abismo y jamás podrían volver a levantarse.

Dominik la observó como si hubiese dicho la peor de las blasfemias. Sus ojos brillaban por las lágrimas, una agonía indescriptible le impedía respirar. Sentía el pecho como si un puño estuviera revolviendo sus entrañas y estrujándole el corazón. Había

creído que por fin… había tenido la esperanza de que al fin podría ser feliz, de que serían felices *juntos*. Vaya idiota.

—Ella es parte de mí.

—Lo sé.

Tenía doce años cuando la vio por primera vez. No se había dado cuenta entonces, era demasiado joven para ser consciente de que eso que sentía traspasaba todos los límites de lo posible… pero se había enamorado de ella. Y, contra todo pronóstico, ella se había enamorado de él. Había pensado que eso los hacía más que perfectos el uno para el otro, la forma en la que se complementaban, cómo podían ser ellos mismos sin barreras ni trabas cuando estaban juntos. Creyó que estaban destinados, mas el destino tenía planes diferentes.

Violeta se había encajado tan profundo en él y ahora, al borde de perderla, sentía como si le estuviesen arrebatando de cuajo las raíces del corazón y todo lo que venía con ellas, dejando horribles heridas sangrantes en toda su alma.

No podía, no podía con eso. El dolor iba a matarlo. No supo en qué momento se había sentado en una de esas horrorosas sillas de plástico, pero era bueno, porque las piernas ya no lo sostenían.

Reuniendo toda su rabia, toda su ira, su culpa y su agonía, habló:

—Y es que soy tan idiota por creer que todo iba a estar bien, que estaríamos juntos para siempre… ¡Ella merecía más! ¡Mierda! —gritó con furia, enterrando la cabeza en las piernas y tirando de su pelo. Apenas sintió el dolor cuando se arrancó mechones de la cabeza.

Necesitaba que el dolor *de adentro* se fuera, que los pensamientos se apagaran, necesitaba que todo el maldito mundo se apagara.

—No soy tan fuerte —musitó. Ya ni siquiera hablaba con Zoë, no sabía si lo alcanzaba a escuchar. No le importaba—. Nunca lo he sido. Sigo siendo un niño idiota, tonto e ingenuo.

Supo que, viviera cuanto viviera, Violeta jamás se iría de su ser. Lo que había sentido nadie nunca lo podría equiparar. Ella siempre viviría dentro de él.

—Dominik, yo… —Alzó la vista para ver que Zoë también lloraba desconsolada en la silla junto a la suya.

Para colmo, se sintió la peor de las basuras. Una basura egoísta por concentrarse en su propio dolor y no pensar en el de ella también.

—Lo siento, Zoë. —La chica asintió, demasiado conmocionada para seguir hablando—. Superaremos esto. —Se obligó a decir aquella mentira que le quemó la garganta.

No sería así, lo sabía. Jamás podría simplemente *superarlo*, pero necesitaba creer que era posible, porque si no ya nada valía la pena.

Dejó que Zoë recargara la cabeza en su hombro y, juntos, hicieron lo único que podían hacer: esperar.

Mientras las horas pasaban, Dominik decidió dejar de mirar a la puerta que llevaba al pasillo por donde Violeta había desaparecido: cada vez que alguien salía su corazón saltaba y ya no soportaba sentirlo. Un tic nervioso se había apoderado de su pierna izquierda, la cual ya no podía dejar de mover. En algún momento lo había llamado su madre: tuvo que entregarle el teléfono a Zoë para que hablara ella, porque la voz no le respondía.

Por su mente pasaron tantas cosas, tantos recuerdos… Él y Violeta bajo un sauce en el jardín de su casa azul. Ellos en la calle, junto a

los basureros; él molestándola, preguntándole si quería meterse al tacho con las bolsas. Ella mandándolo a la mierda.

Habían vivido tanto, habían estado juntos en sus peores momentos, se habían acompañado durante las cosas horribles, y también en los momentos maravillosos. Mientras más recordaba, más sentía que el agujero se iba abriendo en su pecho, ensanchando ahí donde ella debía estar, donde esa niña de ojos grandes y curiosos lo había mirado por primera vez y había quedado marcado.

«¿Quién eres?»

«¿Quién eres tú?»

Recordó cada abrazo, cada broma, cada beso… ¿Cómo se suponía que iba a dejar ir algo como eso?

No sabía cómo afrontarlo. Cada vez que se imaginaba un futuro en donde Violeta ya no estaría, en donde jamás volvería a verla sonreír o burlarse de él, las lágrimas se deslizaban por su rostro. Y dolía cada maldita vez que una de ellas caía.

—¿Crees… que lo haya hecho a propósito? —le preguntó a Zoë—. ¿Enviarme fuera?

—No lo sé, Dom. Quizá… quizá intuía que…

—¿Y por qué…?

—No quería que sufrieras.

—Eso es imposible, y no era su decisión.

Zoë suspiró. Ya no lloraba. Dominik no sabía cómo lo hacía, no sabía de dónde sacaba esa fuerza que la contenía no solo a ella, sino también a él. Desearía poder ser la mitad de fuerte de lo que ella era.

—Lo siento tanto, Dominik.

—Yo también —susurró.

—Quisiera… —Nunca llegó a saber lo que Zoë iba a decir, porque entonces una voz interrumpió en la estancia, una voz que no había pensado escuchar, no en directo.

—¿Dominik?

Mamá.

Adelaide Benedict se veía tan ajena a la sala de urgencias… No entendía cómo, cuándo, pero ahí estaba. Y su padre entró tras ella, pasando la vista con el ceño fruncido y preocupado hasta que sus ojos amables cayeron sobre el chico. Habían venido *por él*.

Se levantó como movido por un hilo que lo controlaba, porque ciertamente ya no era dueño de sí mismo. No reconocía a la persona que estaba en su piel, esa que no podía dejar de llorar, que no podía hacerle frente a la situación más espantosa y ser fuerte por otros. No sabía quién era, pero lo aborrecía. No quería ser él mismo. Hubiese dado lo que fuera por salir de su cuerpo, por dejar de sentir, por dejar de pensar solo un momento y que el dolor desapareciera, porque era más grande que él. Se sentía tan vulnerable e indefenso… y no veía cómo iba a sobrevivirlo.

—*Mamá* —susurró con la voz aguda y quebrada. Ella extendió los brazos… y él se arrojó a ellos.

Su padre los cubrió a ambos con sus amplios brazos y, junto a su oído, susurró:

—Estamos aquí, hijo.



—¿Violeta Cortana? —La voz de la doctora llegó amortiguada a sus oídos.

Un zumbido se había apoderado de ellos, mas ese nombre, pronunciado en voz alta, fue todo lo que bastó para traspasar la horrible bruma que lo envolvía.

Dominik y Zoë saltaron de sus asientos. Esperó que le dijera buenas noticias, que estaba despierta… Sus ojos no transmitían nada bueno.

—¿Cómo está ella? —apuró Zoë, cuya ansiedad se desbordaba por todos sus poros—. ¿Está…?

—Entró en coma —dijo la doctora con pena—. Hicimos todo lo que pudimos, pero su cuerpo está fallando.

—Pero ¿está bien ahora? —insistió Dominik.

—Yo… Lo siento muchísimo; no creo que despierte.

Asintió. Fue todo lo que se vio capaz de hacer. No lloró más porque… era lo que se esperaba. Había una parte de él que lloraba, sí, y le suplicaba que dijese algo más, que pidiera una explicación.

Mayor era el adormecimiento que se había apoderado de su ser. Si un bloque de concreto le hubiese caído encima, habría dolido menos.

La doctora volvió a hablar:

—Si quieren despedirse, ahora es el momento.

—¿Despedirme? —dijo Zoë casi con indignación—. ¿Cómo se supone que voy a *despedirme*?

—A veces, solo lo haces —le dijo la mujer, con pena y aprensión en la mirada—. Con el dolor de tu corazón y sin saber qué decir, cómo enfrentarlo; vas y lo haces.

Zoë asintió para sí, y miró a Dominik con una interrogante en los ojos.

—Ve primero —le pidió él.

Zoë volvió a asentir y siguió a la doctora, que la llevaría donde… No quería ni imaginarse a Violeta en esa camilla. Ya tenía una imagen bastante vívida de cómo era eso y no quería otra.

Se fue a sentar junto con sus padres, quienes le susurraron palabras de apoyo y le acariciaron la espalda hasta que, a lo lejos, vio salir a Zoë con la cara llena de lágrimas. Había sido más rápido de lo que pensó, o quizá así le había parecido a él. Lo cierto es que ni siquiera tuvo tiempo para pensar en qué era lo que quería decir.

Volvió a levantarse y atajó a Zoë antes de que ella pasara de largo.

—¿Estás bien?

Era estúpido preguntar; por supuesto que no estaba bien, mas ella asintió y, contra todo, sonrió. A medias, pero lo hizo.

—Sí. Ve, estaré aquí cuando vuelvas.

Le señaló a la doctora que lo estaba esperando en la entrada del pasillo. Los pocos metros que lo separaban de esas puertas dobles se le hicieron eternos, y más todavía el trecho que recorrieron hasta que la mujer se plantó delante de una puerta en particular y la abrió despacio. Dominik tuvo que respirar profundo varias veces antes de atreverse a entrar.

Apenas la vio, supo que esa imagen no podría olvidarla ni en sus mejores sueños. Sin embargo, se dijo ahí mismo que si ese era el final, no iba a ser *esa* la última visión que tuviera de ella. No, al contrario: siempre la recordaría despierta, con el viento alborotándole el cabello y labios y ojos sonrientes. Reluciente, *viva*.

—Estaré afuera —le dijo la mujer. Él empezó a asentir cuando una duda lo asaltó.

—¿Puede…? ¿Puede escucharme?

Vio en sus ojos que ella quiso decirle que sí con toda su alma, mas no podía mentirle.

—No lo sé, cariño. Pero quiero creer que sí.

Yo también, pensó.

Cuando lo dejó solo, el peso del mundo le cayó encima. Ver a Violeta de esa forma, tan… apagada, conectada a un monitor cuyos pitidos apenas sonaban… No había nada que hacer.

La recorrió por completo, diciéndole un adiós silencioso a esos ojos que ya no vería abrirse, y a esa sonrisa que amaba con *la vida…* Su cabello había empezado a crecer de nuevo, ya le llegaba hasta las orejas. Recordaba cuando era niña y quiso cortárselo. Se había arrepentido durante todos los meses que se demoró en volver a crecer.

Observó cada rasgo, cada parte de su piel, sin embargo, su mente remplazaba esas imágenes por otras. En lugar de ver su rostro demacrado, veía su expresión contenta, feliz. En vez de sus ojos cerrados, los veía brillar de emoción, como la noche en que colgó las luces en su ventana, y sus labios sonreían. No vio su piel opaca, pálida y traslúcida, sino que la vio bronceada y saludable como los últimos veranos que pasaron juntos, y se imaginó su cabello largo, liso como a ella le gustaba, y recordó cómo se sentía entre sus dedos o cuando le llegaba de pronto uno de esos mechones castaños a la cara. Así que olvidó el lugar donde estaban, las intravenosas conectadas a su brazo y la horrible ropa de hospital, y se imaginó a Violeta como ella hubiese querido que lo hiciera.

Fuera como fuera, ahí o ahora… era hermosa. Siempre lo sería.

—No sabes cómo te… —Su voz se quebró de inmediato. La emoción era demasiada, pero tenía que hacerlo. Era lo más importante que diría en su vida. Se acercó hasta sentarse a su lado y le tomó la mano que tenía el monitor en el índice. Saber que aún sonaba le dio fuerzas—. No sé si puedes escucharme, pero… si es que puedes, quiero que sepas que… te estoy increíblemente agradecido por todo lo que has hecho por mí. Gracias por ser una persona tan increíble, tan sincera… gracias por ser *tú*.

»*Gracias* por llegar a mi vida, Violeta. Me has salvado en más formas de las que jamás podré agradecerte. Te amo como no puedes imaginarte. Te amo con todo lo que soy y por todo lo que eres, con tu luz y tu oscuridad. Te amo con sonrisas o lágrimas, te he amado en nuestros peores y mejores momentos, y así es como sé que te voy a amar para toda la vida, la tuya… y la mía. Solo desearía haberme dado cuenta antes, desearía haberte ahorrado todo el dolor, haberte alejado de todo lo malo de este mundo porque te merecías más… Te merecías tanto más.

Suspiró, un par de lágrimas saladas le entraron a la boca.

Se acercó más a Violeta, llevó la mano que le sostenía hasta sus labios y la besó.

—Creí que tú y yo seríamos para siempre —admitió—. Creí que tendríamos más tiempo juntos, más tiempo para ser felices, pero ahora me doy cuenta de que quizá… quizá tú no eras para este mundo que te ha tratado tan mal. Y eso está bien, si te tienes que ir, yo… —Se detuvo. No podía creer lo que estaba a punto de decir, mas lo necesitaba. La amaba demasiado como para retenerla dentro de ese dolor, dentro de ese cuerpo que estaba muriendo—. Lo

acepto. Si te tienes que ir, yo *lo acepto*. Y voy a… encontrar la forma de estar bien. Te lo prometo.

Entonces, hizo lo más difícil que había hecho y que haría jamás, en toda su vida: la dejó ir. La miró por última vez, depositó un último beso sobre sus labios y cerró los ojos. Las lágrimas cayeron por su rostro cuando susurró:

—Te amo, Violeta. Nunca te voy a olvidar.

Sintió un leve apretón en la mano. No supo si se lo había imaginado… Sí, tenía que haber sido su imaginación, pero quería creer que era ella, que lo había escuchado, que le daba fuerzas y le decía que lo amaba también. Y que tampoco lo olvidaría.

Esa fue la última vez que la vio.



Epílogo

Vivir amando

«Light Me Up» – Ingrid Michaelson

«State Lines» – Novo Amor

Seis meses despUÉs

Con el corazón en un puño, Dominik sonrió.

Su reflejo en el espejo era impecable, como siempre que iba a ese tipo de eventos. De pequeño los odiaba, cuando todavía vivía con sus padres y lo obligaban a ponerse traje a los ocho años. No tenía demasiados recuerdos de esas épocas, pero de eso sí que se acordaba. No le gustaba tener que medir cada uno de sus movimientos para que el traje no se le arrugara. Si había algo que odiaba más que el traje en sí, era que estuviera arrugado. No le gustaba, tampoco, tener que recordar desabrocharse el botón de la chaqueta al sentarse y luego volver a cerrarlo cada vez que se levantaba. Tenía muy marcadas las palabras de su padre en ese sentido, que le decía: *si tiene dos botones, abrochas el de arriba. Si tiene tres, el de al medio*. Habían pasado más de quince años y todavía no podía dejar de escuchar esas palabras.

No le gustaba nada de eso, mas la ocasión lo ameritaba. Violeta se aseguraría de perseguirlo para el resto de sus días si no se ponía corbata, así que eso hizo. Eligió una azul, un color vivo, pero no tan chillón. Tampoco quería resaltar tanto, aunque supuso que, siendo el organizador, eso venía con el puesto.

Parecía chiste que ella, que había trabajado tanto para eso, no fuera a estar ahí para presenciarlo. Con un suspiro, Dominik se ajustó el nudo de la corbata y también abrochó el primer botón de su traje azul oscuro. A través del espejo fue como si le devolviera la mirada el niño de ocho años, recriminándolo por estar casi contento de estar haciendo eso.

Y lo cierto es que lo estaba. Los últimos meses habían sido tan difíciles, y pensar en estar haciendo algo bueno por otras personas, por los niños que crecerían para convertirse en increíbles personas… Eso lo había salvado.

Todavía quedaba una hora antes de que tuviera que salir: había estado tan nervioso por el evento que una vez que se despertó, ya no pudo dormir. Quería asegurarse de que todo saliera de maravilla, tal y como Violeta lo habría querido. Dominik suspiró, apagó la luz del cuarto de baño y salió. Volvió a su habitación, mas no alcanzó a entrar; se quedó clavado en la puerta, observando todo lo que ese lugar ya no era. Había cambiado bastante, casi tanto como él.

Le había costado decidirse, pero ahora estaba seguro de que era lo correcto.

Jamás pensó que estaría en esa situación, solo en el departamento que una vez compartió con el amor de su vida y, sin embargo, ahí estaba, haciendo un esfuerzo por seguir adelante cuando todo lo demás había fallado. Lo cierto era que ya no tenía

mucho a lo que aferrarse, excepto, tal vez, por sus padres. Y cuando se dio cuenta de que ya no podía seguir viviendo en esa casa, de que las paredes se le cerraban encima más y más cada noche, y de que todos los días se despertaba sintiendo que se ahogaba… fue que su madre le ofreció la solución. Irse a vivir con ellos a Washington había sonado como un disparate, una idea de las más locas, pero mientras más le daba vueltas, más se convencía. Cuando finalmente aceptó, algo de la tensión en su pecho se aflojó, y pudo respirar de nuevo.

Quedaban pocas cosas fuera de las cajas que había armado, mayoritariamente ropa y lo justo que necesitaba para cocinar y limpiar. Se había deshecho de las cosas que no quería, lo cual fue más fácil de lo que en un principio hubiera pensado. De nuevo, no tenía mucho a lo que aferrarse. Las pertenencias de Violeta fueron otro tema. Dejarlas ir había sido casi tan doloroso como dejarla ir a ella. Había manejado todo de la mejor forma que pudo, hizo lo que se vio capaz de hacer. La mayor parte de sus cosas pararon en el orfanato: Violeta le había dicho que eso era lo que quería, así que él cumplió su deseo al pie de la letra.

El departamento que había sido suyo, el que estaba en renta, también había quedado a nombre de Dominik. Él lo había puesto en venta y tenía planeado donar ese dinero al orfanato. Ahora casi parecía que Violeta Cortana jamás hubiese vivido en esa ciudad. Casi, y solo *casi*, porque sin contar lo material, todo Nueva York estaba lleno de ella. Cuando paseaba por la ciudad veía con tanta claridad los recuerdos que compartieron. Recordaba cuál era la calle exacta en la que se conocieron, y todos los lugares a los que habían ido a comer o a caminar. Estaba el bar en donde ella trabajaba, los

clubes en los que habían bailado, las plazas en donde habían reído. Todo era ella, y Dominik no podía olvidarlo.

Por eso también tenía que irse. No quería olvidar a Violeta, jamás. Incluso si quisiera, sabía que nunca podría. Esperaba que, en algún momento, en el futuro, fuera más fácil volver y reencontrarse con todo eso, estar presente viviendo en el lugar donde *fueron*, pero ahora era demasiado difícil. Lo único que lo retenía ahí era la gala. Se realizaría esa misma tarde, en el jardín botánico de Brooklyn, el lugar favorito de Violeta. Después de eso, Dominik se iría a Washington y no sabía cuándo iba a volver, si es que lo hacía.

Sería un nuevo comienzo, uno bienvenido, en donde no estaría solo y, con suerte, lograría lo que aquí tanto le estaba costando: avanzar.

Estaba haciendo hora para salir cuando sonó el timbre. Dominik se extrañó. No esperaba nada ni a nadie. Sus padres lo verían en la gala, así que no sabía qué podría ser. Caminó hasta la puerta con paso lento, nervioso todavía, pensando en la beneficencia.

Del otro lado, en el pasillo, estaba un repartidor de correo, con uniforme azul y una gorra de béisbol que ocultaba su cabello. Tenía un sobre grande entre las manos.

—¿Dominik Benedict? —preguntó, amable.

Él asintió.

—Soy yo.

El hombre le pidió que firmara algo y luego le entregó el sobre.

—Este viene desde lejos —comentó—. ¡De París! Nada menos.

Zoë.

—Gracias —musitó Dom, contrariado.

—¡No hay de qué! —Fue lo último que dijo antes de desaparecer por el pasillo.

En cuanto cerró la puerta, Dominik examinó el sobre con detenimiento. Era amarillo, de esos acolchados. Lo tocó y no notó que adentro hubiese algún objeto; no podía imaginar qué sería.

No conocía a nadie más que ella en París, pero igualmente sintió una pequeña alegría al ver la letra cursiva de Zoë que escribía su nombre en marcador rosa, y justo debajo, en letras azules, decía:



Sonrió, negando con la cabeza. Por supuesto, hizo lo que le pedía. No tenía idea de qué hora era allá, al otro lado del mundo, pero le importaba poco, porque su curiosidad iba a ganar y, si Zoë no le contestaba, temía no poder esperar para abrirlo.

—¡Dominik! —chilló con emoción al otro lado de la línea. A él le encantaba escucharla feliz—. ¡Ya era hora!

—No es como si no habláramos seguido, Zoë —replicó.

—No, pero me imagino que esta vez me llamas porque mi paquete ya llegó, ¿a que sí? —Dominik ni siquiera alcanzó a preguntarle cómo lo sabía, porque ella agregó—: Vi el seguimiento en línea, decía que llegaría hoy.

—¿Puedo preguntar qué es?

Fue a su habitación a sentarse sobre la cama y dejó el paquete a un lado.

Después de la muerte de Violeta, Zoë se quedó con él. Fue difícil, extremadamente doloroso para ambos, y él le agradecía desde lo más profundo de su ser no haber tomado sus maletas y haberse ido en el primer vuelo a Europa. No sabría cómo hubiera sobrevivido sin ella.

Al principio no hablaron mucho. Cada uno se había sumido en una burbuja de tristeza y desesperación. A menudo se habían encontrado en la habitación del uno o la otra, donde se sentaban juntos en el suelo sin decir palabra durante horas, hasta que se sentían acalambrados y adormecidos. Habían compartido la pena, se dijeron durante días y días que todo iba a estar bien, que superarían esto juntos. En un primer momento sonaba falso, sonaba hipócrita y poco realista decir eso, no obstante, lo siguieron repitiendo hasta que un día comenzaron a creerlo. Poco a poco, paso a paso, segundo a segundo.

Después de dos meses, Zoë tuvo que irse. Él se había entristecido, no quería quedarse solo, mas sabía que ella tenía que rehacer su vida… y él también. En ese tiempo se habían vuelto muy cercanos. Zoë era una persona increíble, y Dominik se alegraba de haberla tenido.

—Es una sorpresa —le dijo ella al fin.

Dominik resopló.

—Eso no me dice nada.

—No, lo sé. Pero tienes que verlo por ti mismo. Solo abre el sobre verde primero, ¿sí?

—Estás llena de instrucciones.

—Es como me gusta —bromeó, siguiéndole el juego—. ¿Cómo estás, Dom?

Era una pregunta fácil… en teoría.

—Es difícil, Zoey, pero… creo que estoy mejor.

No era mentira. En ese momento, en ese segundo, lo creía.

—Me alegra escucharlo. ¿Es hoy la gala, cierto?

—Sí, es hoy.

—En el sobre hay otra cosa que tienes que abrir; esa va al final. Está dentro de… bueno, dentro del sobre azul en el sobre amarillo. Y hay uno blanco… ese tienes que abrirlo antes.

—Amarillo, verde, blanco y azul. Vale.

—¿Cuándo te vas a Washington? —quiso saber.

—Hoy mismo, después del evento.

Casi pudo escuchar cómo Zoë asentía al otro lado de la línea, a miles de kilómetros de distancia.

—Estoy muy feliz de que hayas tomado esa decisión.

—Yo también. Así… así no me siento tan…

—¿Tan…?

—Solo —admitió.

—No estás solo, Dom. Sé que estos meses han sido imposibles, pero no estás solo. Tienes a tus amigos, me tienes a mí… y ahora también tienes a tus padres. Quizá estaba destinado a pasar el que te reencontraras con ellos.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo. Ahora tienes a alguien más a quien aferrarte. Tienes a tu familia. No estás solo —repitió.

Tenía razón. Se había sentido tan desarraigado. Tenía que volver a encontrar muchas cosas. A sí mismo, a su familia… y tenía que

decidir quién quería ser de ahí en adelante.

—Gracias, Zoey. ¿Cómo has estado tú?

—Mejor. Me ha ido mejor. Sigue siendo duro, a veces siento que una parte de mí se quedó allá en Nueva York, contigo y con Vi, pero estoy… estoy mejor. Intento seguir adelante, como ella hubiese querido. Sigo trabajando en mi proyecto, los planos ya los aprobaron y en unos meses empieza la construcción.

—¡Eso es excelente! —Sabía lo duro que había trabajado, y lo mucho que le había costado volver a centrarse en el proyecto con todo lo demás.

—Y… conocí a alguien —admitió.

De inmediato su instinto protector salió a flote.

—¿Cómo?

—Fue por el trabajo. Está supervisando la obra y… me dijo que estaba impresionado con lo que había hecho. Nos conocimos hace unos meses, en realidad, y hemos estado saliendo. Es muy bueno, Dom.

—¿Te hace feliz, Zoë?

—Sí. Mucho.

—Entonces estoy feliz por ti.

—Gracias, Dominik.



—Voy a empezar la universidad el próximo semestre —comentó—. En Washington.

Zoë lanzó un gritito de emoción por el auricular.

—¡Ay! ¡Quiero saberlo todo!

—Lo sabrás. Tienes que venir a visitarme.

—O puedes venir tú —sugirió.

—Esa idea me gusta más. —Su vista volvió a caer en el sobre amarillo del que por un minuto se había olvidado—. ¿Puedo… abrirlo?

—Sí. Yo solo… llámame luego, ¿está bien?

—Lo haré —prometió—. Cuídate, Zoey.

—Adiós, Dom.

Con un suspiro cortó la llamada y tomó el sobre grande entre las manos. Rasgó el papel de la parte de arriba y vació todo el contenido encima de la cama. Tal como Zoë le había dicho, había tres sobres más pequeños dentro, uno azul, uno verde y uno blanco. Los puso en el orden que ella le indicó y abrió el verde primero.

Dentro había una nota escrita en marcadores de colores, con letra pequeña y desordenada, igual que Zoë.

Dom, perdóname por no haberte dicho nada de esto antes. No es que quisiera guardármelo para mí, de hecho, estuve a punto de dártelo muchas veces, pero... Verás, hace meses, poco después de que llegué con ustedes, Violeta me pidió un favor, y me hizo prometer que haría las cosas tal como ella me dijo que hiciera. Lo prometí, así que estoy cumpliendo esa última promesa.

Ella te había escrito una carta, y quería que yo te la entregase cuando ya no estuviera. No sabía cuándo iba a ser eso, pero quería dármela por si acaso. ¿Por qué esperé tanto? Porque me dijo que solo te la entregue cuando hayas logrado sonreír sin ella. Creo que quería que encontraras el camino primero por tu cuenta, y luego darte un último empujón. Así que aquí está.

Cuídate, Dom, Zoë

Su corazón se volvió loco con esas pocas palabras. Un nudo de nervios le había revuelto el estómago, junto con todas sus emociones. Dejó la nota a un lado y abrió el siguiente sobre, temblando. Cuando desplegó el papel y vio la caligrafía ordenada de Violeta en letras negras… lloró. Ella había pensado en todo, se había asegurado de que siempre hubiera una parte de sí junto a él para

contenerlo, para recordarle que tenía que seguir incluso si era doloroso.

Tenía miedo de empezar a leer, mas cuando lo hizo, fue como si ella estuviese a su lado, tomándole la mano y hablándole al oído. La *sentía*, con todo su ser.

Dominik,

Cuando tuve esta idea jamás me imaginé lo difícil que iba a ser tratar de encotrar las palabras corectas para despedirme. No sé cómo, es extremadamente difícil pensar en que esto es lo último que te diré jamás, algo co lo que te vas a quedar para el resto de tu vida. Quizá la clave no está en buscar, sino en decir lo que sea que me salga del coazón. Me debo a mí misma y a ti intentarlo, poque recuerdo cuando me cotaste lo que significó para ti la carta que te dejó Valerie. Dijiste que te trajo paz, y espero que esta haga lo mismo. Así que... Bueno, aquí va.

A los diez años vi moir a mi padre. A los diez años dejé de creer que el amo existía para darme cuenta de que todos, incluso las persoas en las que más cofías, pueden traicioarte. Viví tanto y tan poco después de eso... Creí un tiempo que todo mejoaría y rápidamente me di cuenta de que no era así, de que tendría que seguir bajando, y empeorando. De que tendría que estar en el mismísimo fodo antes de que las cosas pudiesen cambiar para bien. Lloé, perdí la esperanza. Ilusamente me entregué solo para

que me devolvieran pedazos de lo que había sido yo. No hay día en que no piense en la niña que fui y en la mujer que pude ser si nada de eso hubiese ocurrido.

Cambié mucho en adelante, y lo más impotante es que me di cuenta de que mi visión del mundo estaba manchada, y que, si seguía pensando así, mejo sería dejarme vencer, poque no quedaría nada po lo que valiera la pena pelear. Pues verás, alguien que coserve intacta su fe en la humanidad jamás será bueno juzgando a la gente; su ingenuidad será su ruina, así como alguien que ha perdido completa fe en el mundo nunca juzgaría corectamente a otro, poque siempre se esperará lo peo de todos.

Alguien, en cambio, que se mantenga al margen de ambos, y que aún crea que hay gente que vale la pena, pero que no sea extraño a la maldad del mundo, podrá cumplir co mayo éxito esta tarea que cualquiera de los anterioes.

Así que aprendí a descofiar y cofiar a la vez. Cuando te coocí, acababa de perder a la única persoa que me había dado algo de cosuelo dentro del infierno que era mi vida y, en vez de escapar po temo a perder a alguien más, me acerqué a ti.

Desde entoces jamás me has decepcioado. Has estado aquí incluso cuando me he alejado, o cuando otros han estado en el medio. Esperaste po mí cuando me fui de la ciudad, del país. Cuando pensé que quería a otro, cuando mis heridas terminaro

po cosumirme, tú estuviste ahí. Poque a pesar de todo lo que pasaba en nuestras vidas, jamás has olvidado que, en primer lugar, somos amigos, y que desde ahí se ha costruido todo lo demás. Yo solía pensar que era el amo lo que lo podía coquistar todo, pero no es así. No es solo el amo, éramos nosotros.

Te he amado desde antes de saber lo que era amo, antes de saber que eso era lo que sentía po ti. Te he amado desde el momento en que te encotraste co una extraña en la calle y le preguntaste quién era co toda la autoidad de un niño que no sabe lo que está haciendo, ni dode está parado.

Desde que decidiste que nuestra amistad era tu prioidad y que no dejarías que nada nos separe.

Te amo po no haber dejado que ni siquiera yo co mis decisioes erráticas me interpusiera entre nosotros.

En algún momento me dijero que iba a moir mintiendo. Eso me atomentó po tanto, tanto tiempo... ahoa me da lo mismo. Me di cuenta de que no me impota. No me impota cómo muera, haciendo qué o de qué foma. Lo único que impota es cómo viví, lo que hice, las cosas que aprendí, lo que elegí... elegí amar.

Y estoy feliz de haber vivido amándote,

Violeta

Dominik terminó de leer y, con cuidado, dobló el papel y se lo llevó al pecho, al corazón. Había extrañado tanto su voz… Ahora la escuchaba de nuevo.

No tenía mucho que decir, salvo una cosa. No sabía dónde estaría ella, o si lo escucharía… con todo su corazón, esperaba que sí.

Lleno de emoción, susurró al aire:

—Te sigo amando, Vi.



AgradeCimientos

(Y una explicación)

NO LEER SIN HABER TERMINADO EL LIBRO

En serio, no lo leas hasta que llegues al final

Bueno, aquí va:

Me es muy difícil decir exactamente cómo me siento de que estén aquí, al final de este viaje, pero lo intentaré lo mejor que pueda. Hace ocho años (2018) empecé a escribir esta novela. Al contrario de las historias que suelo crear, que siempre son de fantasía y magia, esta no tenía nada que ver. Quería que fuera una historia cruda, que mostrara una realidad diferente que, desgraciadamente, les toca vivir a algunas personas. Quería mostrar un lado duro de la vida y cómo también, con ayuda, se puede superar, seguir adelante y no dejar que el pasado nos controle en el presente.

Violeta es una chica que lo pasó muy mal, que tiene muchos traumas, no solo el de haber perdido a sus padres y ha-

berlos visto morir, sino que también el *shock* que fue para ella pasar de una familia amorosa a vivir en un lugar donde era maltratada y abusada. A pesar de todo esto, conoció a personas que le hicieron creer, que no le debían nada, mas decidieron darle amor y cariño, que decidieron ayudarla y estar con ella. Esto hizo que no perdiera la esperanza de que, aunque a veces cueste encontrarlas, hay personas buenas; almas generosas escondidas en el mundo. Si no las hubiese tenido, esta historia sería muy diferente.

Al principio, ella está cegada por su odio y el rencor que le tiene a Katherine, y con toda razón, porque debido a ella su vida cambió. No le importó nada, ni siquiera Ethan, a quien todavía no conocía. Lo

único que quería era tener justicia para sus padres, porque sentía que eso no se había logrado. Sin embargo, terminó enamorándose y dándose cuenta de que a veces los planes pueden cambiar. Se dio cuenta de que podía olvidarse de las personas que le habían hecho daño si eso significaba tener la posibilidad de ser feliz, pero todo salió mal. Tomó conciencia de que su odio no solo no le sirvió de nada, sino que casi la mata.

Como dije antes, esta no es una historia de teorías conspirativas ni de *plot twist* intensos (sin contar el final, ¿ok?), sino de superación, de amistad, de amor y de perdón. De hacer las paces no necesariamente con los otros, sino con uno mismo, que suele ser lo más difícil.

Sobre el final... Tuve muchas dudas sobre si Violeta tenía que morir o no. No sabía qué hacer, porque ella es parte de mí, pero siento que así es como tenía que ser, porque, como dijo Dominik en el último momento, ella ya no pertenecía a este mundo. Espero que les haya gustado y que haya destruido sus corazones solo un poquitito, no demasiado.

No me odien, por favor. Les prometo que esta historia no ha acabado.

Muchísimas gracias por todo su apoyo, por sus votos en Wattpad para quienes lo leyeron ahí, y sus lindos comentarios. Me ayudaron más de lo que creen. Como dije, empecé esta historia hace años y la pausé. No podía seguir, pero publicarla y ver que les gustaba me ayudó infinitamente. Gracias de nuevo, me ayudaron a terminar esta novela que siempre llevaré en el corazón.

Adoro a cada uno de mis lectores y lectoras, son lo mejor que podría haber pedido, y significa un mundo para mí que puedan estar

leyendo este libro ahora, después de todo lo que luché para que llegara a sus manos.

Espero de corazón que, más allá del final, se queden con lo lindo, con lo que busqué transmitir en cada parte del viaje de Violeta: que la vida se trata de vivirla, no de odiar o de llenarse de rencores, ni tampoco de estancarse en el pasado. Que hay que aprovecharla, hay que hacer que cada segundo cuente. Que sonriamos, incluso cuando cuesta. No; *en especial* cuando cuesta. Esas son las sonrisas más lindas. Que se puede elegir la felicidad por sobre otras cosas...

Se puede elegir vivir amando.


EL SOBRE AZUL
BANQUE DE LA CONCORDE
12/2018
DATE
PAY TO THE ORDER OF
Zoe Alessia Brunet
$ 1200.-
One thousand and two hundred
DOLLARS
MEMO
Para el orfanato
Authorized Signature
⑆567890⑆ ⑆1234567890⑆ 1234





Título original: *Vivir Amando (Ebook)*

Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Guzmán Claro, Antonia
© 2026, © 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566490012

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta

Nota de la autora

Acompaña tu lectura con esta playlist

Parte 1

- Capítulo 1. Visitas inesperadas
- Capítulo 2. Sanar las heridas
- Capítulo 3. ¿Todavía me amas?
- Capítulo 4. Deseo
- Capítulo 5. Colores y grises
- Capítulo 6. Ir hacia adelante
- Capítulo 7. Vuelven a brillar las estrellas
- Capítulo 8. El amor más grande y roto
- Capítulo 9. Las lágrimas que lloramos
- Capítulo 10. Recuerdos que dejamos
- Capítulo 11. El vínculo que no tuvimos
- Capítulo 12. Con el paso del tiempo
- Capítulo 13. Elegir ser feliz
- Capítulo 14. Después del ocaso
- Capítulo 15. La estrella más grande

Parte 2

- Capítulo 16. Algo nuevo
- Capítulo 17. La cena
- Capítulo 18. Nueva York
- Capítulo 19. Washington
- Capítulo 20. Los Ángeles
- Capítulo 21. Libre
- Capítulo 22. Inquebrantable
- Capítulo 23. Vuelve el invierno
- Capítulo 24. Un agujero en el pecho

Capítulo 25. Vivir a medias
Capítulo 26. Medio corazón
Capítulo 27. Aprender a decir adiós
Capítulo 28. Flores entre la nieve
Capítulo 29. Nuestro «para siempre»
Capítulo 30. Un amor que nunca se olvida
Epílogo. Vivir amando
Agradecimientos
Créditos